CHRISTINE LEUNENS

EL CIELO ENJAULADO

Una de las novelas más impactantes sobre la Segunda Guerra Mundial



ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
El gran riesgo de mentir...
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
Agradecimientos
Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Johannes es un niño cuando Austria es anexionada al Tercer Reich y es seducido por la doctrina de Hitler. Sus padres no comulgan con el régimen, pero durante la guerra queda gravemente herido y se ve forzado a quedarse en casa. A las pocas semanas descubre que sus padres esconden a una joven judía, Elsa. Poco a poco Johannes acaba enamorándose de ella de un modo tan enfermizo que se convierte en su obsesión, y cuando la joven le confiesa que su amor no es correspondido ambos inician una extraña relación de mutua dependencia. Al terminar la guerra, Johannes sabe que eso significa que perderá a Elsa, y para que eso no ocurra decide mentirle para retenerla para siempre. Empieza así una relación llena de secretos, mentiras y silencios que os acabará llevando a la locura.

EL CIELO ENJAULADO

Christine Leunens

Traducción de Claudia Conde



A mi marido, Axel

El gran riesgo de mentir no estriba en que las mentiras sean falsedades, y, por tanto, irreales, sino en que se vuelven reales en la mente de los demás. Escapan de la mano del mentiroso como semillas liberadas al viento y germinan con vida propia en los sitios más inesperados, hasta que un día el mentiroso se sorprende contemplando un árbol solitario pero saludable, capaz de entristecerlo y asombrarlo a la vez. ¿Cómo ha podido llegar ese árbol allí? ¿De qué se alimenta? Es hermosísimo en su desamparo, levantado sobre una estéril falsedad, y aun así perfectamente verde y vivo.

Han pasado muchos años desde que sembré las mentiras y, por consiguiente, de las vidas de las que hablo. Pero tendré que separar las ramificaciones con más cuidado que nunca y determinar cuáles brotaron de la verdad y cuáles de la falsedad. ¿Será posible recortar las ramas engañosas sin mutilar irrevocablemente el árbol? Tal vez sería mejor desarraigarlo y trasplantarlo a un suelo llano y fértil. Pero el riesgo es grande. Mi árbol se ha adaptado de cien maneras distintas a su irrealidad, ha aprendido a doblegarse al viento y a vivir con poca agua. Ha cedido hasta el punto de volverse horizontal: un verde enigma, perpendicular a la pared yerma de un alto acantilado. Al menos no yace en el suelo con las raíces pudriéndose cubiertas de rocío, como pasaría si lo trasplantara. Los troncos retorcidos no se pueden enderezar, como tampoco puede erguirse mi vieja y cansada espalda, ni pueden estirarse mis arrugas. Un entorno más apacible, después de tan prolongada penuria, seguramente le resultaría mortal.

He encontrado la solución. Si simplemente cuento la verdad, el acantilado se erosionará partícula a partícula, piedra a piedra. ¿Y cuál será el destino de mi árbol? Levanto al cielo mi viejo puño y suelto mis plegarias. Ojalá mi árbol alcance el lugar adondequiera que ellas vayan.

1

Nací en Viena el 25 de marzo de 1927. Johannes Ewald Detlef Betzler: un bebé gordo y pelón, según he visto en los álbumes de fotos de mi madre. Siempre que los hojeaba me divertía tratando de adivinar, observando sólo los brazos, si era mi padre, mi madre o mi hermana la persona que me sostenía. Como la mayoría de los bebés, supongo, tenía una gran sonrisa desdentada, sentía gran interés por mis piececitos, y, más que comerme la mermelada de ciruelas, la llevaba puesta. Sentía mucho apego por un canguro rosa de peluche, el doble de grande que yo, que me empeñaba en arrastrar por la casa; y no me hizo ninguna gracia que alguien me metiera un cigarro en la boca, o al menos eso creo, porque se me ve llorando.

Estaba tan unido a mis abuelos como a mis padres. Me refiero a mis abuelos paternos, porque a los maternos, mi Oma y mi Opa, no llegué a conocerlos. Eran de Salzburgo y los sepultó un alud antes de que yo naciera. Mi Oma y mi Opa eran grandes aficionados al excursionismo y al esquí de fondo. Mi abuelo era capaz de reconocer, sin abrir los ojos, un pájaro solamente por su canto, y un árbol por el sonido del viento entre sus hojas. Decía que cada clase de árbol tenía su murmullo particular. Sé que mi madre no exageraba, porque mi padre también juraba que mi Opa era capaz de hacerlo. Mi madre hablaba tanto de sus padres que tengo la impresión de que llegué a conocerlos bien y a apreciarlos. Vivían en algún lugar con Dios, mirándome desde lo alto y protegiéndome. Ningún monstruo podía esconderse bajo mi cama para agarrarme las piernas si tenía que ir al baño en medio de la noche, ni ningún asesino podía acercarse a mí a escondidas durante el sueño para clavarme un puñal en el corazón.

A mi abuelo paterno lo llamábamos Pimbo, y a mi abuela, Pimmi, más el sufijo *-chen*, que en alemán es un diminutivo cariñoso, y que tenía el curioso efecto colateral de reducirla un poco. Eran nombres que mi hermana se había inventado de pequeña. Pimbo vio por primera vez a Pimmichen en un baile, uno de esos típicos bailes fastuosos de Viena, en el que ella bailaba un vals con su apuesto prometido, que iba vestido con uniforme militar. El novio fue a buscar unas copas de *sekt*, y mi padre lo siguió para decirle lo hermosa que era su futura esposa. Cuando el joven le respondió que en realidad era su hermana, Pimbo ya no permitió que bailara ni una canción más. El tío abuelo Eggert tuvo que quedarse sentado, porque, comparadas con su hermana, todas las demás jóvenes le resultaban poco atractivas. Cuando los tres se disponían a marcharse, mi abuelo los llevó hasta un automóvil de lujo aparcado justo detrás de los carruajes y, apoyando el brazo en el asiento descubierto como si fuera el dueño, levantó la vista al cielo con expresión soñadora y dijo: «Lástima que sólo haya sitio para dos. Hace una noche estupenda, ¿por qué no vamos andando?».

A Pimmichen la cortejaban dos buenos partidos de la sociedad vienesa, pero se casó con mi abuelo, convencida de que era el más guapo, ingenioso y encantador de todos, y de que su posición social era bastante buena. Sólo que esto último no era cierto. A decir verdad, incluso la pequeña burguesía lo habría considerado más pobre que un ratón de iglesia, como solía decirse, sobre todo después de lo mucho que había gastado en los meses anteriores a la boda llevándola a los mejores restaurantes y funciones de ópera, todo gracias a un préstamo bancario. Pero fue un engaño relativamente inofensivo, porque una semana después de conocerla, con aquel mismo préstamo, fundó una pequeña fábrica de planchas y tablas de planchar, y al cabo de varios años de duro trabajo había reunido la fortuna suficiente para vivir de manera desahogada. A Pimmichen le gustaba contarnos cómo la langosta y el champán se convirtieron en sardinas y agua del grifo al día siguiente de la boda.

Mi hermana Ute murió a causa de la diabetes cuatro días antes de cumplir los doce años. A mí no me dejaban entrar en su cuarto cuando se ponía la inyección de insulina. Al oír a mi madre diciéndole que se la pusiera en el muslo si le dolía el vientre, yo desobedecía y la sorprendía con el vestido verde desabrochado, colgando más abajo de la cintura. Una vez se le olvidó ponerse la inyección al volver de la escuela. Mi madre le preguntó si se la había puesto y ella respondió «sí, sí», pero eran tantas las veces que tenía que inyectarse que sus respuestas se habían vuelto más una cantinela que una confirmación.

Por desgracia, me acuerdo más de su violín que de ella: la caja barnizada con nervaduras oscuras, el olor de la resina con que frotaba el arco y la nube que se formaba cuando empezaba a tocar. A veces me dejaba probar, pero no me permitía tocar las crines de caballo, porque podían ennegrecerse; ni tensar el arco como hacía ella, porque podía partirse; ni tampoco girar las clavijas, porque se podía romper una cuerda, y yo era demasiado pequeño para tener en cuenta todas esas cosas. Cuando tenía la suerte de pasar el arco por las cuerdas y arrancarles un sonido que sólo a mí me deleitaba, podía estar seguro de que ella y su amiga estallarían en carcajadas y de que mi madre no tardaría en llamarme para que la ayudara en alguna tarea que le resultaba imposible de realizar sin la colaboración de su pequeño adalid de cuatro años: «¡Johannes!». Aun así, yo hacía un último intento, pero nunca conseguí deslizar el arco recto, como me enseñaba Ute; siempre acababa tocando el puente, la pared o el ojo de alguien. Entonces me arrancaban el violín de las manos y me arrastraban hasta la puerta, a pesar de mis airados chillidos. Recuerdo las palmaditas que me daban en la cabeza, antes de que ella y su amiga se encerraran para seguir ensayando.

Sobre una mesita del salón había siempre las mismas fotografías de mi hermana, y con el paso de los años, uno a uno, casi todos mis recuerdos fueron absorbidos por esas poses. Se me fue volviendo cada vez más difícil conseguir que se movieran, cobraran vida o hicieran algo más que sonreír dulce y despreocupadamente a través de las peripecias de mi vida.

Pimbo también murió debido a la diabetes menos de dos años después, a los sesenta y siete años. Aunque él no sabía que fuese diabético. Mientras se recuperaba de una neumonía, la

enfermedad salió de su estado latente. Su pena era incurable; se culpaba de la muerte de Ute. Mis padres dijeron que se dejó morir. Para entonces, Pimmichen tenía setenta y cuatro años y no queríamos que estuviera sola, así que la trajimos a casa. Ella se oponía a la idea, porque pensaba que iba a perturbar nuestra vida, pero no quería morir en el hospital como Pimbo. Todas las mañanas, durante el desayuno, tranquilizaba a mis padres diciéndoles que no iba a molestarlos mucho tiempo más. Pero no los tranquilizaba ni a ellos ni a mí, porque ninguno de nosotros deseábamos que muriera. Cada año iba a ser el último de Pimmichen, y cada Navidad, Pascua o cumpleaños mi padre levantaba la copa con los ojos húmedos y decía que aquél sería tal vez el último año que nos encontrábamos todos juntos para celebrar la ocasión. A medida que pasaban los años, en lugar de creer cada vez más en la longevidad de mi abuela, curiosamente creíamos cada vez menos.

Nuestra casa, pintada del amarillo de Schönbrunn tan extendido en Austria, estaba en el decimosexto distrito, llamado Ottakring, en las afueras, al oeste de Viena. Aunque estábamos dentro de los límites de la ciudad, teníamos bosques a un lado, Schottenwald y Gemeindewald, y prados al otro. Al volver del centro de Viena, teníamos la impresión de vivir en el campo más que en una capital. Aun así, Ottakring no estaba considerado uno de los mejores distritos para vivir; al contrario, junto con Hernals, era uno de los peores. Su mala reputación se debía a que la parte que se extendía hacia el interior de la ciudad estaba habitada por «mala gente», según los mayores. Supongo que querían decir que eran pobres, o que hacían lo que fuera preciso para dejar de serlo. Pero nosotros vivíamos muy lejos de esa zona. Desde las ventanas de nuestra casa no llegábamos a ver las viñas de las colinas, famosas por el vino blanco afrutado que producían tras todo un verano de calentarse al sol; pero si cogíamos las bicicletas, en cuestión de minutos estábamos serpenteando por los caminos al pie de aquellos viñedos. Lo que sí podíamos ver eran las tres casas de nuestros vecinos, pintadas de color oro viejo o de verde cazador, las alternativas más frecuentes al amarillo de Schönbrunn.

Tras la muerte de mi abuelo, mi padre pasó a dirigir la fábrica. Cuando mi abuelo estaba al frente, mi padre trabajaba con él, supervisando a los empleados. Aunque mi madre le había advertido del peligro de crecer demasiado, él decidió fusionar la empresa con Electrodomésticos Yaakov, que no era más grande que Planchas Betzler, pero exportaba sus artefactos a todo el mundo y obtenía sustanciosos beneficios. Mi padre argumentó que el ciento por ciento de cero era cero, mientras que una pequeña porción de una enormidad siempre sería mayor, se mirara como se mirara. Estaba satisfecho con la sociedad, y muy pronto Yaakov & Betzler estaba exportando electrodomésticos y planchas modernizadas a tierras extrañas. Mi padre compró un globo terráqueo, que me enseñaba después de la cena, y me mostraba dónde estaban Grecia, Rumanía y Turquía. Yo imaginaba a los griegos, a los romanos (que suponía viviendo en Rumanía) y a los turcos vestidos con túnicas muy lisas, muy bien planchadas.

Dos incidentes destacan en mi infancia, aunque no fueron los momentos más felices ni los más tristes de aquellos primeros años. Tampoco fueron superlativos en ningún sentido. Aun así,

son los que mi memoria ha elegido conservar. Mi madre estaba lavando una lechuga y yo fui el primero en verlo: un caracol alojado entre las hojas. Lo tiró a la basura. Teníamos varios cubos, y uno de ellos era para las mondas, las cortezas y las cáscaras, que ella enterraba en el jardín. Me preocupaba que el caracol se ahogara, ya que allí dentro solía haber bastante humedad. Mi madre no me dejaba tener perros ni gatos, porque era alérgica al pelo de los animales. Después de algunos ruegos por mi parte, algunas vacilaciones y cierta expresión de fastidio en su cara, me permitió quedármelo en un plato. La mía era la más adorable de las madres. No pasaba un día sin que yo diera de comer lechuga a mi caracol. Se puso más grande que cualquier otro caracol que hubiese visto, grande como un pájaro pequeño. O casi. Sacaba la cabeza de la concha cuando me oía venir, balanceaba el cuerpo y movía los cuernecitos, todo a su ritmo lento y pausado.

Una mañana, cuando bajé, vi que mi caracol no estaba en su sitio habitual. No tuve que ir muy lejos para encontrarlo. Lo despegué de la pared y lo devolví a su plato. Aquello se convirtió en un hábito: todas las noches se fugaba y llegaba un poco más lejos. Yo dedicaba el comienzo del día a buscarlo y despegarlo de las patas de la mesa, de la porcelana Meissen, del papel pintado o del zapato de alguien. Una de esas mañanas se me hacía tarde para ir a la escuela, y mi madre me dijo que lo buscara después del desayuno si me quedaba tiempo. Mientras lo decía, apoyó la bandeja en la encimera de la cocina. Los dos oímos el crujido. Dio la vuelta a la bandeja..., y ahí estaba mi caracol, con la concha hecha pedazos. Yo era demasiado mayor para llorar como lo hice. Ni siquiera me sobrepuse cuando mi padre vino corriendo, convencido de que me había cortado con un cuchillo. Sintió no poder hacer nada, porque tenía que irse al trabajo, pero mi madre prometió que intentaría arreglar la concha de mi caracol. Yo estaba tan afligido que finalmente accedió a que no fuera a la escuela.

Corrí en busca del pegamento para encolar los trozos, pero mi madre temía que la sustancia atravesara la piel del caracol y lo envenenara. Lo mantuvimos húmedo con gotas de agua, pero menos de una hora después mi pobre caracol había encogido hasta volverse una cosita miserable. Mi abuela sugirió que fuésemos a comprar conchas de caracol a Le Villiers, un colmado francés en Albertina Platz. Al principio le dejamos la concha nueva en el plato, pero no pasó nada: mi caracol no salía de la vieja por su propia iniciativa. Finalmente, ayudamos a aquel trocito marchito de vida a meterse en la concha nueva aún con los fragmentos de la otra pegados al dorso. Al cabo de dos días más de preocupación y dolor, quedó claro que mi animalito estaba muerto. Si su fallecimiento me afectó más que el de mi hermana o el de mi abuelo fue sólo porque ahora yo era mayor, lo suficiente para entender que nunca más volvería a ver a mi caracol, ni tampoco a ellos.

El otro incidente no fue realmente un incidente. Los viernes por la noche, mis padres salían a cenar o asistían a exposiciones o funciones de ópera, y Pimmichen y yo fundíamos una barra entera de mantequilla en la sartén para freír nuestros filetes empanados. De pie delante de la cocina, pinchábamos pan con un tenedor y lo mojábamos en la mantequilla, llevándolo a nuestra boca aunque ardiese. Después, ella preparaba *Kaiserschmarrn* para el postre, echando a

cucharadas o espolvoreando en la sartén todos los ingredientes que normalmente no me dejaban probar y que en breve iban a convertirse en un festín no sólo para mi vista. Mi madre me tenía prohibido soñar siquiera con ese tipo de cosas, porque temía que las comidas dulces o con mucha grasa me causaran diabetes. ¡Si se hubiera enterado! Pero, de algún modo, todo sabía mejor si no estaba enterada ella ni nadie más.

Un día, a mediados de marzo de 1938, acompañé a mi padre al taller de un zapatero especialista en calzado ortopédico. Recuerdo la fecha porque faltaba poco para mi undécimo cumpleaños y el zapatero tenía un calendario en la pared. Mientras esperábamos sentados en el banco, no podía dejar de contar los días, porque sabía que mis padres iban a regalarme una cometa china. Muchos no habrían acudido a un especialista en calzado ortopédico por el problema de mi padre, pies planos, pero él se pasaba todo el día de pie en el trabajo y acababa muy dolorido. Pimmichen también compraba allí sus zapatos y tenía a Herr Gruber en la más alta estima; decía que le cambiaba la vida a la gente, porque, según ella, los pies doloridos roban a las personas mayores las ganas de vivir. Cuando Herr Gruber fabricaba un par de zapatos, consideraba que era su deber tener en cuenta todos los juanetes, protuberancias y callos propios de la edad. Tenía mucha demanda, como podía verse por la media docena de clientes que esperaban su turno en el estrecho taller que olía a cuero y a aceites de curtir.

Empecé a sacudir las piernas para que el tiempo pasara más rápidamente. En la calle había un ruido tremendo, como si se estuviera cayendo el cielo. Me incorporé de un salto para ver lo que pasaba, pero mi padre me ordenó que cerrara la puerta, porque estaba entrando frío. Mi siguiente impresión fue que toda Viena gritaba las mismas palabras, pero el vocerío era demasiado enorme para distinguirlas con claridad. Le pregunté a mi padre, y él tampoco las distinguía, aunque se irritaba cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Herr Gruber no prestaba atención a lo que estaba ocurriendo fuera. Seguía tomando las medidas de un chico que había padecido la polio y necesitaba un alza de unos diez centímetros en el zapato izquierdo, para compensar el deficiente crecimiento de la pierna. Cuando por fin Herr Gruber nos atendió, mi padre ya no podía estarse quieto, sobre todo cuando el zapatero terminó de tomarle las medidas de los pies y pasó a calibrarle las piernas para ver si había alguna diferencia, porque no era bueno para la espalda que la hubiese. Herr Gruber hacía lo mismo con todos sus clientes. Se preocupaba por ellos, como decía mi abuela.

Cuando salimos pasamos por Heldenplatz, y allí, nunca lo olvidaré, vi a más gente de la que había visto en toda mi vida. Le pregunté a mi padre si eran un millón, y él me dijo que, más probablemente, unos cientos de miles. Yo no veía la diferencia. Mirándolos, sentí que me sofocaba, tal vez de pura insignificancia. Un hombre en el balcón del Neue Hofburg gritaba a voz en cuello, y la masa de gente compartía su furia tanto como su entusiasmo. Lo que más me sorprendió fue el centenar de adultos y niños que se habían encaramado a las estatuas ecuestres del príncipe Eugenio de Saboya y el archiduque Carlos de Austria y contemplaban desde arriba la escena. A mí también me hubiese gustado subir, se lo supliqué a mi padre, pero me dijo que

no. Había música, vítores, banderas; todos podían participar, era increíble. Las banderas tenían símbolos que parecían a punto de empezar a girar si soplaba el viento, como giran las aspas de los molinos.

En el tranvía de vuelta a casa, mi padre no hizo más que mirar al vacío por la ventanilla. Yo le reprochaba que no me hubiese dejado sumarme a la fiesta habiendo estado tan cerca. ¿Qué le habría costado? ¿Unos pocos minutos de su tiempo? Estudié su perfil. Sus facciones en sí mismas eran más bien agradables, pero su mal humor —me avergonzó notar— las volvía feas. Tenía un gesto de determinación en la boca, el rostro tenso, la nariz recta y severa, las cejas fruncidas en señal de irritación y los ojos concentrados en algo ausente, hasta tal extremo que nada le distraería a él, ni a mí mientras estuviera con él. Hasta su pelo peinado con cuidado me pareció de pronto meramente falso, un ardid para vender más. Me dije que a mi padre le preocupaban más su trabajo, sus beneficios y su fábrica que las diversiones que pudiera tener su familia. Poco a poco, mi enfado se fue esfumando y sentí pena por él. Su peinado ya no me pareció tan bonito; le sobresalían algunos pelos en varios lugares de la coronilla, donde se estaba quedando calvo. Aproveché que el tranvía tomaba una curva para apoyar un poco más mi peso en él.

—Padre, ¿quién era ese hombre de ahí arriba? —le pregunté.

—Ese hombre —me contestó mientras me rodeaba con un brazo y me estrechaba afectuosamente, sin mirarme— es alguien que no le concierne a un niñito como tú, Johannes.

2

Algunas semanas después, dos hombres llevaron a mi abuela en camilla para que también ella pudiera votar en el referéndum sobre el Anschluss y expresar así si estaba a favor o en contra de la anexión de Austria al Reich alemán, en calidad de provincia. Mis padres habían salido a primera hora de la mañana para votar. Mi abuela, tras volver de la farmacia de comprar ungüento de mentol para hacerse fricciones en las rodillas, estaba de buen humor por primera vez desde que había resbalado sobre el hielo y se había fracturado la cadera.

—Tuve suerte de ir a la farmacia aquel día —les dijo a los hombres—; gracias a eso, ¡se me ha curado la artritis! Ya no me acuerdo de las rodillas, porque la cadera me duele aún más. El mejor remedio para un achaque es que te salga uno mayor en otro sitio.

Los dos se esforzaron en reírle la broma. Se veían elegantes en sus uniformes, y yo me azoré un poco, porque me di cuenta de que para ellos Pimmichen no era Pimmichen, sino tan sólo una vieja.

—¿Ha comprobado que no haya olvidado la documentación, señora? —le preguntó uno de los hombres.

Como a Pimmichen le resultaba más fácil hablar que escuchar, yo respondí por ella. Entusiasmada como estaba, tampoco me oyó a mí. Siguió hablando mientras levantaban la camilla: se sentía Cleopatra transportada hacia César, hasta que uno de los hombres estuvo a punto de dejarla caer, y aun así se puso a bromear, diciendo que volaba sobre Babilonia montada en una alfombra. Les habló de lo muy diferente que había sido la vida para ella y para sus padres antes de que cambiaran las fronteras y las mentalidades, y les contó lo mucho que había soñado con una Viena convertida una vez más en la capital floreciente de un gran imperio, imaginando que la unión con Alemania renovaría la grandeza perdida de Austria-Hungría.

Más tarde, Pimmichen se sentía exhausta y con necesidad de dormir, pero a la mañana siguiente ya se encontraba en el sofá, lidiando con el periódico, cuyas hojas parecían un par de alas insubordinadas. Yo estaba desnudo sobre la alfombra, acuclillado delante de mi madre, que con unas pinzas acababa de extraerme un aguijón de abeja de la espalda y otro del cuello. Después presionó almohadillas de algodón embebidas en alcohol sobre las picaduras. Me buscó garrapatas por los lugares más inverosímiles: entre los dedos de las manos y de los pies, en las orejas y en el ombligo. Cuando quiso inspeccionarme entre las nalgas, protesté, pero no me hizo el menor caso. Ya me había advertido que no fuera a los viñedos a remontar mi cometa.

Temeroso de que me impusiera nuevas restricciones, le expliqué lo sucedido. Primero había ido al campo, pero como no hacía suficiente viento, me había visto obligado a correr para que la

cometa levantara el vuelo y a seguir corriendo para que no se viniera abajo. Si me hubiese parado un solo segundo para recobrar el aliento, se habrían aflojado los hilos y habría caído aún más; por eso, había tenido que correr y correr hasta llegar justo al límite de las viñas, donde obedientemente me detuve, te lo prometo, mami, pero entonces la cometa, sin que yo hiciera nada, cayó justo en medio de los viñedos, y tuve que ir a buscarla. Era el regalo tan bonito que me habíais hecho papá y tú.

—La próxima vez que no haya suficiente viento —replicó mi madre, acomodando con cada frase un mechón de pelo sobre mi frente—, trata de correr en otra dirección, lejos de los viñedos. En el campo hay bastante espacio para correr hacia el otro lado.

Mirándome desde su altura, arqueó una ceja con escepticismo mientras dejaba caer sobre mí toda mi ropa hecha una bola.

—Sí, mamá —entoné, feliz de no recibir ningún castigo. No conseguí vestirme suficientemente deprisa: me dio una palmada en el trasero, como sabía que haría, y me llamó *Dummer Bub*, «niñito tonto».

—Noventa y nueve coma treinta por ciento a favor del Anschluss —leyó Pimmichen, con un gesto menos victorioso de lo deseado al quedar interrumpido por una involuntaria caída del brazo —. Vaya, vaya, casi un ciento por ciento.

Antes de cerrar los ojos, consiguió pasarle las hojas arrugadas a mi madre, que las apartó sin decir nada.

Hubo muchos cambios y confusión en la escuela. El mapa se modificó. Austria fue borrada y convertida en Ostmark, una provincia del Reich. Los libros antiguos cedieron paso a los nuevos, del mismo modo que nuestros viejos profesores fueron sustituidos por otros. Me dio pena no poder despedirme de Herr Grassy. Era mi maestro preferido, como también lo había sido de mi hermana seis años antes. La primera vez que pasó lista se dio cuenta de que yo era el hermano pequeño de Ute Betzler y se me quedó mirando, tratando de encontrar el parecido. Los amigos de mis padres solían decir que nos parecíamos en la sonrisa, pero en ese momento yo no estaba sonriendo. Mi hermana había sido alumna suya el año en que murió. No podía dejar de pensar que probablemente él la recordaría mejor que yo.

Al día siguiente, me retuvo después de clase para enseñarme una especie de arca hecha con un coco, en cuyo interior había diminutos animales africanos labrados en maderas exóticas: jirafas, cebras, leones, monos, cocodrilos, gorilas y gacelas, todos en parejas, un macho y una hembra. Me dijo que la había encontrado en 1909 en un mercado de Johannesburgo, en Sudáfrica —Johannes, como yo—, y me la regaló. En mi alegría hubo una veta de culpabilidad. No era la primera vez que la muerte de mi hermana me procuraba regalos y atenciones.

Fräulein Rahm sustituyó a Herr Grassy. La razón según nos dijo era que, en gran parte de las asignaturas que él nos enseñaba, el noventa por ciento de la información que nos obligaba a memorizar caía en el olvido antes de llegar a la edad adulta, por lo que resultaba del todo inútil. Sólo servía para que el Estado gastara un dinero que podía destinar a otros fines más

provechosos para el pueblo. Nosotros éramos una nueva generación, una generación privilegiada, la primera que se beneficiaría de los programas escolares modernizados y de estudiar asignaturas que las generaciones anteriores no habían tenido ocasión de aprender. Sentí pena por mis padres, y me propuse enseñarles por las noches todo lo que pudiera. Curiosamente, dejamos de aprender de los libros tanto como antes. El deporte se convirtió en nuestra principal asignatura. Pasábamos horas haciendo ejercicio para llegar a ser hombres fuertes y saludables, en lugar de debiluchas ratas de biblioteca.

Mi padre se había equivocado. Aquel hombre sí que nos concernía a los niñitos como yo. Él, el Führer, Adolf Hitler, tenía una gran misión que confiarnos. Sólo nosotros, como niños que éramos, podíamos salvar el futuro de nuestra raza. Hasta entonces no sabíamos que la nuestra era la raza más selecta y más pura, y que además de ser listos, de tez clara, rubios, de ojos azules, altos y esbeltos, incluso nuestras cabezas presentaban un rasgo que las hacía superiores a las de cualquier otra raza: éramos «dolicocéfalos», mientras que los otros eran «braquicéfalos», lo cual quería decir que la forma de nuestra cabeza era delicadamente ovalada, y en cambio la de los otros era primitivamente redonda. No veía la hora de volver a casa para contárselo a mi madre. ¡Qué orgullosa iba a estar de mí! Hasta ese momento, yo nunca había prestado la menor atención a mi cabeza, no a su forma al menos. ¡Y pensar que tenía un tesoro así sobre los hombros!

Nos enseñaron cosas nuevas e intimidantes. La vida era una guerra constante, una lucha en que cada raza se enfrentaba a las demás por el territorio, la comida y la supremacía. Nuestra raza, la más pura de todas, no tenía suficientes tierras, y muchos de los nuestros vivían en el exilio. Otras razas tenían más hijos que la nuestra y se estaban mezclando con nosotros para debilitarnos. Corríamos un gran peligro, pero el Führer confiaba en nosotros los niños. Éramos su futuro. ¡Cuánto me sorprendió saber que el Führer, el mismo que yo había visto en Heldenplatz vitoreado por las masas, el gigante de las vallas de toda Viena, el hombre que hasta hablaba por la radio, necesitaba a un niñito como yo! Nunca hasta entonces me había sentido indispensable. Yo era pequeño y, siendo los niños inferiores a los adultos, consideraba que lo mío era un defecto sólo subsanable con tiempo y paciencia.

Nos hicieron estudiar un gráfico de la escala evolutiva de las especies superiores. Los monos, los chimpancés, los orangutanes y los gorilas ocupaban el nivel más bajo y se esforzaban por subir. El hombre estaba en lo alto. Cuando Fräulein Rahm empezó la lección, advertí que algunas de las figuras que yo había tomado por simios eran en realidad razas humanas, dibujadas con algunos de sus rasgos más acentuados, para que comprendiéramos mejor su relación con los primates. Fräulein Rahm nos hizo ver que una mujer negroide estaba más cerca del mono que del hombre, tal como habían podido comprobar los científicos quitándole el pelaje a un simio. Nos dijo que era nuestro deber deshacernos de las razas peligrosas a medio camino entre el hombre y el mono. Además de ser sexualmente hiperactivas y brutales, no compartían con nosotros los sentimientos superiores del amor y el cortejo. Eran parásitos inferiores que sólo podían debilitarnos y abatir a nuestra raza.

Mathias Hammer, famoso por sus preguntas raras, quiso saber si no llegarían a ascender las otras razas por la escala evolutiva, tal como habíamos hecho nosotros, si les concedíamos suficiente tiempo. En lugar de regañar a Mathias, como me temía, Fräulein Rahm dijo que su pregunta iba al meollo de la cuestión. Dibujó una montaña en la pizarra y nos dijo:

—Si una raza tarda todo este tiempo en evolucionar desde aquí hasta aquí, y otra raza tarda tres veces más, ¿cuál de las dos es superior?

La primera, convinimos todos.

—Cuando las razas inferiores alcancen la cima donde nos encontramos ahora, nosotros ya no estaremos aquí, sino aquí, mucho más arriba.

Dibujó rápidamente, sin mirar, y la cumbre añadida resultó ser demasiado alta y empinada para parecer estable.

La raza a la que debíamos temer más que a ninguna otra era la llamada *Judisch*. Los judíos eran una mezcla de muchas cosas: orientales, amerindios, africanos y nuestra propia raza. Eran especialmente peligrosos porque habían tomado de nosotros nuestra piel blanca, para engañarnos con más facilidad. «No confiéis nunca en un zorro judío.» «Los judíos son hijos del diablo.» «Los judíos sacrifican niños cristianos y usan su sangre para sus rituales.» «Si no conquistamos el mundo, ellos lo harán.» «Por eso quieren mezclar su sangre con la nuestra: para fortalecerse a sí mismos y debilitarnos a nosotros», nos recordaban de forma constante. Empecé a sentir un temor clínico a los judíos. Eran como los virus que nunca había visto, pero causaban la gripe y otros padecimientos, según me habían enseñado.

Una vez leí un cuento que trataba sobre una chica alemana a quien sus padres habían advertido que no fuera a ver a un médico judío. Ella desobedeció. Se encontraba ya en la sala de espera cuando oyó gritos en el interior de la consulta. Convencida de que haría mal en entrar, se incorporó para marcharse, pero justo en ese instante el doctor abrió la puerta y le indicó que pasara. Sólo por la ilustración, se veía con claridad quién era el médico: el mismísimo Satanás. En otros libros para niños, yo me fijaba bien en los judíos, para estar seguro de que los reconocería nada más verlos. Me preguntaba cómo era posible que engañaran a nadie, sobre todo a arios perspicaces como nosotros. Tenían los labios gruesos, la nariz grande y ganchuda, y unos ojos oscuros y malignos que siempre miraban de lado. Eran rechonchos, llevaban adornos de oro alrededor del cuello y tenían el pelo desordenado y las patillas descuidadas.

Lo malo era que en casa no me otorgaban el reconocimiento que merecía. Cuando le enseñaba a mi madre mi hermosa cabeza, sólo se le ocurría despeinarme. Cuando le anunciaba que yo era el porvenir —*Zukunft*, en alemán— y que el Führer confiaba en mí para conquistar el mundo algún día, ella se echaba a reír y me llamaba *Zukunftie*, «Futurillo», haciéndome parecer gracioso en lugar de serio e importante como era.

Tampoco mi padre aceptaba mi nueva categoría. No agradecía en lo más mínimo mi buena disposición para enseñarle hechos importantes. Desdeñaba mis conocimientos y decía que eran majaderías. Se oponía a que los saludara a él, a mi madre o a Pimmichen con un *Heil Hitler*, en

lugar de los tradicionales *Guten Tag*, «buenos días», o *Grüß Gott*, expresión medieval que ya nadie recuerda si significa «saludos a Dios», «saludos de Dios» o «saluda a Dios de mi parte». Para entonces, todos en el Reich habíamos adquirido el automatismo de saludarnos con un *Heil Hitler*, incluso en interacciones sin importancia, como comprar el pan o subir a un tranvía. Era lo que la gente se decía.

Intenté razonar con mi padre. Si no protegíamos a nuestra raza, el resultado era cuestión de lógica, pero mi padre adujo que no creía en la lógica. Me pareció increíble en alguien que tenía una fábrica: ¿cómo era posible que no creyese en la lógica? Su respuesta era tan tonta que pensé que seguramente me estaba tomando el pelo. Me aseguró que no, que las emociones son la única guía digna de nuestra confianza, incluso en los negocios. Dijo que la gente cree que analiza las situaciones con la mente y considera que sus emociones no son más que el resultado de la cognición, pero en realidad no es así. La inteligencia no está en la cabeza, sino en el cuerpo. A veces sales de una reunión preguntándote: «¿por qué estoy enfadado cuando debería estar saltando de alegría?». Otras veces paseas por un parque en un día soleado y no entiendes por qué sientes el corazón oprimido ni sabes qué diablos te preocupa. Sólo más tarde lo analizas. Las emociones centran tu atención en lo que la lógica no puede descubrir por sí sola.

No fui lo suficientemente rápido para encontrar un buen ejemplo que le demostrara su error. Me vino a la mente más tarde, cuando ya estaba en la cama, y fue el único que se me ocurrió:

—Si un extraño te ofreciera estadísticas comprobadas de tu negocio, ¿las tirarías a la papelera sólo porque tuvieras la impresión de que están equivocadas? ¿Preferirías confiar en sensaciones ilógicas antes que en hechos demostrados?

Por toda respuesta recitó una retahíla de números, entre cuatrocientos treinta y cuatrocientos cuarenta hertzs y me preguntó qué significaban para mí aquellas cifras aplicando la lógica. Yo no respondí, contrariado al ver que eludía el tema de la discusión y encima me salía con una cursilada, ya que *hertz* suena igual que *Herz*, que en alemán quiere decir «corazón».

—Para tu cerebro, esas cifras no significan nada, sólo unas frecuencias de onda; puedes estudiarlas cuanto quieras sobre el papel, y aun así no conseguirás sacar nada en claro. Pero...

Se acercó al piano, tocó unas teclas y me miró de una manera que me obligó a desviar la vista.

—Escucha estas notas, hijo, y sabrás lo que siento cuando te oigo hablar así. La lógica no te llevará a ningún sitio que merezca la pena en esta vida. Te llevará a diferentes lugares, a muchos y muy variados, desde luego que sí, pero a ninguno que realmente merezca la pena cuando vuelvas la vista atrás y repases tu vida, te lo aseguro. Las emociones son la inteligencia de Dios en nosotros, en ti. Aprende a escuchar a Dios.

No pude contenerme más y estallé:

—¡Yo ya no creo en Dios! ¡Dios no existe! ¡Dios no es más que una manera de mentir al pueblo! ¡Una forma de engañar a la gente y obligarla a hacer lo que quieren los poderosos!

Pensé que se iba a enfadar, pero no fue así.

—Si Dios no existe, tampoco existe el hombre.

—Eso es una tontería, papá, y tú lo sabes. Estamos aquí. Yo estoy aquí. Puedo demostrarlo.

Me golpeé los brazos y las piernas con la palma de las manos.

—Entonces, lo que en verdad te estás preguntando es si Dios creó al hombre o el hombre a Dios; pero, en ambos casos, Dios existe.

—No, padre. Si el hombre inventó a Dios, Dios no existe. Solamente existe en la mente de las personas.

—Has dicho «existe».

—Pero sólo como parte del hombre.

—Un hombre crea un cuadro. El cuadro no es el hombre que lo creó, ni una parte de ese hombre, sino algo totalmente separado de ese hombre. Las creaciones escapan al hombre.

—Un cuadro se puede ver, es real; Dios no se puede ver. Si sales y gritas «¡Hola, Dios!», nadie te responderá.

—¿Alguna vez has visto el amor? ¿Lo has tocado con la mano? ¿Te basta con llamarlo, «¡Eh, amor!», para que acuda corriendo sobre sus veloces cuatro patas? No dejes que tus jóvenes ojos te engañen. Las cosas más importantes de esta vida no pueden verse.

Nuestra discusión prosiguió en círculo, hasta que llegué a la conclusión de que Dios era la más estúpida de todas las invenciones del hombre. Mi padre rio con tristeza y me dijo que estaba completamente equivocado, que Dios era la más bella de las invenciones del hombre, y el hombre, la más estúpida de las invenciones de Dios. Estábamos a punto de enzarzarnos en una nueva discusión, pues yo tenía una elevadísima opinión del hombre y de sus capacidades, cuando mi madre insistió en que necesitaba mi ayuda para sostener un molde boca abajo mientras ella intentaba desmoldar la tarta. Distraída, la había dejado demasiado tiempo en el horno. Reconocí su vieja táctica.

La peor discusión que tuve con mi padre fue a propósito de nuestra concepción del mundo. Yo lo veía como un lugar enfermizo y contaminado, necesitado de una buena limpieza, y mi sueño era verlo algún día habitado únicamente por arios sanos y felices. Mi padre prefería la mediocridad.

—¡Qué aburrimiento, qué aburrimiento! —exclamó—. ¡Un mundo donde todos tuvieran los mismos hijos con carita de muñecos, los mismos pensamientos aceptables e idénticos jardines que podarían el mismo día de la semana! ¡Nada es tan necesario para la existencia como la diversidad! Necesitamos diferentes razas, idiomas e ideas, no sólo por su valor propio, sino para saber quiénes somos. ¿Quién eres tú en tu mundo ideal? ¿Quién? ¡No lo sabes! Eres tan parecido a todo lo que te rodea que desapareces. ¡Un lagarto verde sobre un árbol verde!

Aquella vez lo vi tan afligido que no insistí y decidí no volver a sacar el tema. Pero, cuando ya me había ido a la cama, oí que mis padres hablaban en su habitación, así que apoyé la oreja en la puerta para intentar distinguir lo que decían. A mi madre le preocupaba que mi padre discutiera ese tipo de cosas conmigo, porque los profesores en el colegio podían preguntarnos por los temas de los que hablábamos en casa. Lo preguntarían de tal manera que yo no me

apercibiría del peligro. Era demasiado pequeño e inocente para saber cuándo me convenía cerrar la boca.

—¡Ya hay suficiente gente a la que temer ahí fuera! ¡No voy a empezar a tener miedo de mi propio hijo!

—Debes tener cuidado. Tienes que prometerme que no volverás a discutir con él de esas cosas.

—Tengo el deber de educar a mi hijo, Roswita.

—Imagina los problemas que podrías causarle si aceptara tus ideas.

Mi padre reconoció que a veces olvidaba que estaba discutiendo conmigo y que se sentía como si les estuviera hablando a «ellos». Dijo que el lenguaje era más personal que un cepillo de dientes, que enseguida se percataba de cuándo alguien usaba lenguaje ajeno en una carta o una conversación, y que oír las palabras de ellos en boca de su muchachito le disgustaba profundamente.

3

El 19 de abril, la víspera del cumpleaños de Adolf Hitler, ingresé en el *Jungvolk*, la sección infantil de las *Hitlerjugend* o Juventudes Hitlerianas, como era costumbre. Mis padres no tuvieron opción: era obligatorio. Mi madre trató de animar a mi padre diciéndole que, al no tener hermanos, me estaba volviendo un niño solitario y que me sentaría bien la vida al aire libre y la compañía de otros niños. Le aseguró que incluso en los grupos juveniles católicos estaban aprendiendo a manejar armas y a tirar al blanco, por lo que no debía tomarlo como si me mandaran al frente ruso. Mi madre —se lo noté en la cara— me encontró guapo con el uniforme, aun a su pesar. Me ajustó la camisa marrón, me anudó el pañuelo y me dio un cariñoso tirón de orejas. Mi padre apenas levantó la vista del café para mirarme. No pude dejar de pensar que, si estuviese partiendo hacia la Gran Guerra, probablemente habría actuado con idéntica indiferencia.

Ese verano nos asignaron a los del *Jungvolk* nuestra primera tarea importante. Habían reunido en la ciudad todos los libros que promovían la decadencia o la perversidad, y nosotros teníamos que quemarlos. La temperatura era alta aquel mes. Por la noche era imposible dormir con las sábanas y, con nuestras hogueras, el calor llegó a hacerse insoportable. Los más pequeños teníamos que cargar con los libros y entregárselos a los chicos de las *Hitlerjugend*, a quienes correspondía el auténtico privilegio de echarlos al fuego. Todos los muchachos de mi edad los envidiábamos, porque obviamente su parte era la más divertida. Si uno de nosotros tiraba un libro al fuego por su cuenta, se llevaba una colleja.

Pronto, el aire alrededor de la hoguera se volvió candente y difícil de respirar. El humo era negro y apestaba a tinta quemada. Los libros no se doblegaban al calor: estallaban con un estruendo que rompía los tímpanos o disparaban brasas al rojo que amenazaban nuestros ojos y nuestra ropa.

La jerarquía establecida no duró mucho tiempo. Al cabo de un rato, el trabajo de tirar los libros al fuego pasó a ser la función de los parias. ¡Cuánto me costó, con mis brazos flacos, echar libro tras libro, volumen tras volumen, a suficiente distancia entre las llamas! Leí un nombre en un libro que me llamó la atención: Sigmund Freud. Lo había visto antes en casa, en las estanterías de nuestra biblioteca. Lo seguían Kurt Freitag, Paul Nettl, Heinrich Heine y Robert Musil, así como uno de mis textos de historia, probablemente obsoleto. Con torpeza, lo arrojé cerca de mis pies. El fuego no conocía límites, y muy pronto también aquel libro comenzó a humear y a marchitarse; algunas páginas revolotearon por el aire; un par de saltos, un último impulso vital, incandescente, desmenuzándose.

Cuando volví a casa, había en nuestra biblioteca huecos que me inspiraron una vaga sensación de incomodidad, como si al apretar las teclas de un piano no volvieran a levantarse. En algunos puntos, todo el contenido de un estante se había desmoronado como las fichas de un dominó, disimulando los libros que faltaban. Mi madre subía con dificultad la escalera, cargada de ropa para lavar. Cuando volvió a bajar, se sobresaltó al verme. Lo atribuí a mi cara ennegrecida; pero al ayudarla con el siguiente viaje, me sorprendió ver una cesta llena hasta arriba de libros. Vacilando en la elección de las palabras, me explicó que, ejem, los guardaba por si llegado el invierno no teníamos suficiente papel de periódico para prender el fuego en nuestra chimenea, y que era inútil quemarlos cuando hacía tanto calor. Yo me quedé sin habla; sólo podía preguntarme si ella no sabría en qué líos podía meternos. Me dijo que me quitara los zapatos y que fuera a darme un baño.

Curiosamente, cuando la obligaron a asistir a clases para madres, la atmósfera familiar se aligeró. Mi padre se divertía haciéndole bromas durante la cena. Una vez dio un puñetazo en la mesa y le tendió el plato para que le sirviera otra porción, gritando que ya era hora de que asistiera a clases para esposas. A Pimmichen y a mí nos encantó cuando la reconvino por estar lejos aún de conseguir la *Deutschen Mutter Orden*, la «Orden de la Madre Alemana», concedida a las mujeres que traían cinco niños al mundo. Ella se ruborizó, especialmente cuando yo me sumé al requerimiento: «¡Sí, mamá, más hermanos!». Y también Pimmichen: «¿Empiezo ya a hacer punto?».

Nuestra insistencia no hizo más que aumentar cuando mi madre nos recordó con delicadeza, acomodándose el fino pelo castaño detrás de las orejas, que se estaba haciendo demasiado mayor para tener más hijos. Iba a la caza de piropos y los consiguió. Mi padre le dijo que esperaba que en las clases para madres le enseñaran la manera de fabricar bebés guapos y regordetes. Pimmichen le dio una palmada en la mano para que callara, pero nada de eso era un secreto para mí. Yo ya había aprendido en la escuela todo lo que debía saber acerca de esos trabajos científicos.

Mi padre suspiró y reconoció que se había casado demasiado pronto. Si hubiese esperado, podrían haber obtenido un préstamo por matrimonio, con la posibilidad de cancelar la cuarta parte de la deuda cada vez que tuvieran un niño. Mi madre podría haber sido una inversión interesante. ¿No podían divorciarse y empezar de nuevo? Ella bizqueó, fingiendo enfado, y respondió que sólo accedería si mi padre le permitía comprarse vestidos nuevos con su dinero de pega. Se refería al Reichsmark, la moneda del Reich, que todavía se nos hacía extraña. Tenía los pómulos anchos y los labios finos y bonitos, pero no conservó mucho tiempo la expresión grave. La boca se le empezó a retorcer y a contorsionar, hasta que la carcajada de mi padre liberó una sonrisa. Me gustaba que mis padres se demostraran afecto delante de nosotros. Cada vez que mi padre besaba a mi madre en la mejilla, yo besaba a mi abuela.

El ambiente alegre duró poco. Creo que fue justo al mes siguiente, posiblemente octubre, cuando empezaron los problemas. Todo comenzó cuando varios miles de miembros de los

grupos de jóvenes católicos se reunieron para oír misa en la catedral de San Esteban. Fuera del edificio había más personas de las que cabían entre los viejos muros de piedra. Después, delante de la catedral, en el corazón de Viena, entonaron himnos religiosos y canciones patrióticas austríacas. Su lema era «Cristo es nuestro guía», y «guía» en alemán es *Führer*. El acto había sido convocado por el cardenal Innitzer.

Yo no estuve allí, pero me enteré de lo sucedido en una reunión de nuestro grupo juvenil convocada de urgencia. Andreas y Stefan, que sí habían asistido a la concentración, nos ofrecieron una vívida descripción del acto. Puesto que he decidido ser franco, he de admitir que para entonces Adolf Hitler era tan importante para mí como mi padre, o tal vez más. Indudablemente, era más importante que Dios, en quien yo había perdido la fe. La expresión «Heil Hitler» tenía una connotación sagrada. Estábamos furiosos. El acto había sido una amenaza, un insulto a nuestro amado Führer, un sacrilegio. No íbamos a tolerarlo sin más. Al día siguiente nos unimos a los chicos mayores de las Juventudes Hitlerianas para irrumpir en el palacio episcopal y defender a nuestro Führer derribando todo lo que encontramos a nuestro paso: cirios, espejos, ornamentos, imágenes de la Virgen y antifonarios. Aparte de los rezos, los esfuerzos por contenernos fueron mínimos y, en algunas salas, inexistentes.

Unos días después, me hallaba en Heldenplatz en medio de una muchedumbre comparable a la que había visto más de medio año antes con mi padre. Las pancartas «Innitzer y los judíos, un mismo linaje», «Los curas, a las mazmorras», «No necesitamos políticos católicos», «Sin judíos y sin Roma construiremos una auténtica catedral alemana», entre otras, todas de grandes dimensiones, aleteaban al viento, produciendo sonidos como los que podría haber hecho un pájaro enorme, según imaginé. La tentación era grande y decidí que esta vez treparía a uno de los monumentos, preferiblemente al caballo del príncipe Eugenio, que me gustaba más que el del archiduque Carlos. Se lo señalé con un codazo a Kippi y a Andreas, pero adujeron que la muchedumbre era demasiado densa para atravesarla. Aquello no me detuvo. Estaba decidido a hacerlo y, por suerte, era suficientemente pequeño. Me abrí paso entre la gente y, después de algunos resbalones, conseguí encaramarme a la fría pata delantera del caballo. La rodeé con un brazo y me agarré con fuerza, para que no me empujaran ni me desplazaran los que estaban de pie delante de mí. Desde arriba, el griterío era diferente, casi mágico. Contemplé la masa de pequeños individuos moviéndose. Me recordaba a un árbol ruidoso, animado con invisibles gorriones, y a lo que sucede cuando por alguna enigmática razón todos echan a volar y ya no se oyen cantos, sino un tremendo aleteo, y entonces la masa emerge del árbol, y un cuerpo compuesto por incontables puntos vacilantes, un cuerpo que alguna fuerza perfecta e infalible mantiene unido y hace girar, torcer y caer en picado en el cielo, levanta la cabeza como una sola criatura gigantesca.

Poco después de los sucesos que acabo de referir, llegó el frío de noviembre para quedarse: el

cielo, despejado; el sol, un distante punto blanco; los árboles, desnudos. Había tensión en el ambiente. Aquel noviembre, lo recuerdo bien, empezó a circular el rumor de que un estudiante judío había entrado en la embajada alemana en París y había disparado contra un funcionario. Las habladurías crecieron como una bola de nieve, en la calle se oían murmullos de venganza y la gente acabó rompiendo los escaparates de diversas tiendas de judíos en todo el Reich. A mí no me dejaron salir para verlo, pero lo escuché por la radio. Lo llamaron *Kristallnacht*, «la noche de los cristales rotos», y yo imaginaba el vidrio triturado cubriendo como la nieve las calles y las aceras del Reich, el tintineo hueco, el sonsonete de los fragmentos que seguirían cayendo y las estalactitas de cristal aferradas a los marcos de los escaparates, un decorado ártico, resplandeciente y a la vez siniestro.

Después, mi padre empezó a ausentarse durante días enteros, y cuando estaba en casa, su estado de ánimo era tan sombrío que yo prefería que no estuviera. Ya nadie bromeaba en casa, sobre todo desde que la fábrica, Yaakov & Betzler, había cambiado abruptamente su nombre por el de Betzler & Betzler. Hasta mi madre y mi abuela se andaban con tiento cuando hablaban con él. Bajaban la voz para preguntarle si quería un café, o tal vez algo de comer. Entraban de puntillas en la habitación donde estaba cavilando, le ponían cerca la bandeja y no refunfuñaban si dejaba en el plato una galleta medio mordisqueada junto con las demás. Ellas se comportaban como ratoncitos, y él comía como si lo fuera.

Yo era el único que se divertía, lejos de casa y de sus muchas y complejas tensiones. Atravesando campos que en breve estarían llenos de girasoles, trigo y maíz, marchábamos y cantábamos. Entre el envidioso griterío de los grajos, disfrutábamos de nuestras raciones de pan con mantequilla, que nunca me supo mejor que entonces, con los tenues rayos del sol calentándonos la espalda. Más allá de la parda vastedad había otra, y después otra más. Cada vez llegábamos más lejos; con el macuto a la espalda, diez kilómetros se hacían pesados, me habían salido ampollas en los pies, cómo me dolían, pero no me quejaba. Tampoco Kippi, mi nuevo amigo. Cuanto más cojeaba, más intentaba disimularlo. Íbamos a conquistar el mundo, lo haríamos por el Führer, aunque a veces no podía evitar pensar que el mundo era un lugar muy grande.

Uno de aquellos fines de semana fuimos a un campamento especial de supervivencia en la naturaleza. Con más suerte que habilidad, encontramos moras verdes, pescamos varias truchas pequeñas y atrapamos una liebre. Nuestra barriga no quedó llena, pero nuestra cabeza estaba repleta de las canciones de victoria que entonamos junto al fuego. La noche a cielo abierto se nos hizo ardua; por fortuna, el camión que nos seguía nos proporcionó un desayuno sustancioso cuando llegó la ansiada mañana.

Nuestro capitán, Josef Ritter, era sólo dos años mayor que nosotros, pero era un experto. Nos enseñó un juego nuevo. Nos hizo dividirnos en dos equipos, cada uno de un color diferente, y nos repartió unos brazaletes. Teníamos que tomar prisioneros a los chicos del equipo contrario tirándolos al suelo. Marcó el terreno y dio la salida.

Yo corrí como si me fuera la vida en ello, fue muy divertido. Nuestro equipo, el azul, hizo cuatro prisioneros más que el rojo, por lo que ganamos. Kippi se comportó como un héroe. Cuando él ya había capturado a tres prisioneros, yo no había hecho más que eludir ataques y no había atrapado ninguno. Entonces vi que uno de los rojos trataba de derribar a Kippi; acudí para salvarlo y, con su ayuda, conseguí mi primer prisionero. Después de eso, corrí por todo el terreno tratando de encontrar a mi amigo, derribé a otros dos chicos y finalmente me capturaron. Los prisioneros teníamos que esperar sentados bajo las ramas de un viejo abeto, y fue allí donde vi a Kippi descalzo, con las ampollas de los pies rojas y supurando. No se me había ocurrido buscarlo en ese lugar. Me atacó con el olor de sus zapatos y yo me defendí con algo aún peor, el hedor de los míos.

Llegué a casa exhausto, casi no podía subir los peldaños sin agarrarme al pasamanos. Mi madre se alarmó al verme, me llamó su pobrecito bebé, su niñito cansado, pero yo no estaba de humor para besos ni abrazos. Primero me senté en la cama para quitarme las botas de marcha y luego me tumbé para desabrochar las hebillas con los pies en el aire... ¡Eran tan pesadas! Me desperté por la mañana igual de mugriento, pero con un pijama que olía a limpio y con un dibujo de perritos que me hizo sentir como un tonto, entre otras cosas porque no recordaba haberme desvestido. Creí estar en una habitación ajena, porque mirando de un extremo a otro de las paredes no vi más que color albaricoque, en lugar de verde oliva. Donde antes estaban mis mapas militares, mi cuadro de nudos y mi máscara antigás, había estampas enmarcadas de cerezos y manzanos en flor. En mi cuarto había animales de peluche, pero estaban guardados en un baúl. Ahora habían salido y estaban sobre mi escritorio: el canguro, el pingüino y el búfalo, con la cabeza ligeramente ladeada y una expresión de pedir disculpas, como si tampoco ellos acabaran de creerse su recuperada categoría.

No le dije nada a mi madre pese a su mirada expectante. Finalmente, me limité a preguntarle dónde había puesto mis navajas, y ella aprovechó la oportunidad que estaba esperando para decirme, de un modo que me sonó a discurso largamente ensayado, que mi habitación parecía más la de un soldado que la de un niño, que una casa no era un cuartel, que le afligía pasar junto a mi puerta abierta, porque con lo poco que yo estaba en casa a veces se sentía como una madre que hubiese perdido a su hijo en la guerra, y que, tras la muerte de Ute, ella había quedado muy sensible, yo tenía que entenderlo; pensaba, además, que el bonito trabajo de decoración que había hecho en mi ausencia iba a ser de mi agrado. Pimmichen acompañaba cada una de sus aseveraciones con un gesto de asentimiento, como si ya hubiesen hablado largamente del asunto entre ellas y se estuviera asegurando de que mi madre no olvidaba mencionar ningún punto de la lista.

Yo no discutí, y hasta pensé en no decir nada para no herir sus sentimientos, pero no pude reprimir un bajo instinto en mi interior que me impulsó a decir que era mi habitación. Ella admitió que era mi habitación, pero me recordó a su vez que mi habitación estaba en su casa. Iniciamos así una rocambolesca discusión sobre derechos territoriales y sobre quién tenía

derecho a hacer qué cosa, bajo el techo de quién, detrás de qué puerta y entre qué paredes. Nuestros respectivos derechos y territorios parecían superponerse en aquel pequeño cuadrado que considerábamos mi habitación. Al final, nuestro debate se volvió menos racional, ella se atrincheró en sus sentimientos maternos de buena voluntad y yo en las violaciones de la intimidad, hasta que ella zanjó la discusión: «¡El Führer está sembrando la guerra en todas las familias!».

Días después, al volver de la escuela, me encontré con Kippi, Stefan, Andreas, Werner y nada menos que con Josef, el líder del campamento, sentados en torno a nuestra mesa, con los gorritos cónicos de papel que mi madre les había repartido. Aunque lo intenté, no conseguí disimular mi turbación, sobre todo cuando vi que también mi abuela llevaba puesto un gorrito. Se había quedado dormida en su sillón y estaba roncando, y el gorrito le apartaba el pelo hacia un lado, de tal manera que parte de su cuero cabelludo, de un tono rosa pálido, quedaba al descubierto. Los globos que mi madre había elegido para adornar el salón también eran de color rosa, para que combinaran con el pastel, pero a decir verdad yo habría preferido cualquier otro color, incluido el negro.

Mi madre fue la primera en gritar feliz cumpleaños, arrojar confeti y empezar a bailar de un lado para otro. Josef, nuestro capitán, sonrió sin sumarse del todo a la algarabía, y yo supe exactamente lo que estaba pensando. A los chicos del *Jungvolk*, de diez a catorce años, nos llamaban *Pimpfe*. La palabra, tal como suena, corresponde a esa poco agraciada edad, llena de complejos, cuando se es demasiado mayor para ser niño y demasiado joven para ser hombre. Por la forma en que mi madre me felicitó cuando apagué unas velitas que cualquiera habría apagado al primer intento con un parpadeo —rebosante de orgullo materno, como si hubiera cumplido una gran hazaña—, sentí que mis doce años encogían más deprisa que las doce velitas derretidas, que ahora inclinaban tristemente sus mechas, tan desgraciadas como yo.

Después de la segunda porción de pastel, cuando empezábamos a divertirnos repasando las anécdotas de nuestro último campamento de supervivencia, mi madre insistió en que abriera mis regalos delante de todos. Intenté escabullirme, pero mis amigos me lo impidieron. Reconocí el regalo de mis padres por el papel de fantasía y lo aparté para abrir primero los demás. Stefan y Andreas, que eran gemelos, me regalaron una linterna; Josef, un cartel del Führer que ya tenía, y Werner, las partituras del *Horst Wessel Lied* y del *Deutschland über Alles*, que en Viena estaban prácticamente agotadas. Pimmichen me había regalado unos pañuelos con mis iniciales bordadas. Kippi me dio una fotografía de Baldur von Schirach, el líder de las Juventudes Hitlerianas de todo el Reich. Josef se mostró muy complacido, lo cual me hizo sentir mucho mejor, hasta que mi madre pidió ver la foto y le preguntó a Kippi si era de su hermano mayor, o quizá de su padre. En lugar de dejar el tema, siguió insistiendo en que veía cierto parecido, y sólo cuando Kippi se hubo puesto rojo como un tomate ella admitió que tal vez era sólo por el uniforme.

Inevitablemente, tuve que abrir el regalo de mis padres, y debo decir que, de haberlo recibido

un año antes, me habría encantado. Era un perrito de juguete que ladraba y saltaba. No sé dónde lo habrían conseguido, porque supuestamente ya no se vendían juguetes en el Reich. Mi madre lo había elegido porque yo siempre había querido tener un perro y ella era alérgica al pelo de los animales; era, por tanto, un regalo simbólico, un gesto por su parte. Mis amigos sonrieron lo mejor que pudieron: éramos demasiado mayores para los juguetes, por muy bonitos que fueran. Agobiado, agradecí el regalo, deseando secretamente que mi madre no hubiera venido a darme un beso, que para colmo fue de los sonoros.

Los chicos le dieron las gracias a mi madre por la invitación y empezaron a recoger sus cosas. Josef nos recordó que el fin de semana siguiente debíamos reunirnos antes del alba, porque íbamos a recorrer todavía más kilómetros. En ese instante mi padre entró en casa, arrancándose la corbata y desabotonándose el cuello de la camisa de tal manera que parecía que estuviese a punto de enzarzarse en una pelea.

—Johannes no podrá ir —soltó.

—*Heil Hitler*.

Cuatro ecos siguieron al saludo de Josef.

—*Heil Hitler* —murmuró mi padre.

—¿Por qué? —preguntó Josef mirándome, asombrado y ofendido.

—¿Por qué? ¿No has visto cómo tiene los pies? No quiero que coja una infección.

—¡Qué dices! —protesté yo.

—Las ampollas no son una causa médica que justifique la falta de asistencia. Tiene que venir.

—Mi hijo descansará con su familia este fin de semana. Nunca más volverá a casa como el otro día, incapaz de andar y desmayándose de cansancio. Una infección puede producir gangrena.

—¡No me desmayé de cansancio! ¡Me quedé dormido! ¡Papá, tú ni siquiera estabas en casa!

Mi madre, visiblemente incómoda y apoyándose ora en un pie, ora en otro, le aseguró a Josef que yo asistiría al siguiente campamento.

—Si no viene a éste, tendré que informar de ello. No me dejan ustedes otra opción.

—¡Pero no puede andar! —suplicó—. Mi pobre niño...

—¡Sí que puedo! Son sólo unas ampollas, ¡a quién le importan!

—Debería llevar otras botas. Ya se lo he advertido. Las suyas no son las adecuadas.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó mi madre.

—No son de nuestro estilo. Deben tener cordones, como las nuestras. Las suyas son demasiado oscuras, demasiado grandes. Son botas de campo.

Dijo «de campo» dando a entender «de campesino». Yo sabía que mi madre se ofendería. De todos modos, no hizo nada por disimularlo. Para ella era un orgullo que yo llevara las viejas botas de marcha que su padre había usado de niño. Y ahora resultaba que las botas del abuelo no eran suficientemente buenas.

—Mi hijo no es consciente de los riesgos a largo plazo que puede ocasionar abusar de los pies

—intervino mi padre.

—¿Tiene los pies planos como usted? —preguntó Josef.

Asombrado primero, mi padre me miró de arriba abajo, con la expresión de quien se siente traicionado. Los pies planos eran simplemente un tema del que Josef y yo habíamos hablado una vez junto al fuego del campamento, y era cierto que había mencionado los de mi padre, pero sin la menor intención de decir nada malo de él, ni con el tono despectivo que Josef acababa de usar.

—No, que yo sepa.

—Entonces, por el bien de su hijo, y también por el suyo, será mejor que venga.

Josef estaba decidido. Pese a su corta edad, con su uniforme, tenía todo el aspecto de una autoridad militar. Pude notar que mi padre estaba a punto de decir lo que pensaba, pero la mirada suplicante de mi madre consiguió impedirlo.

4

Tras pasar tres años muriéndonos de impaciencia, Kippi, Stefan, Andreas y yo tuvimos la edad suficiente para ingresar en las Juventudes Hitlerianas. Estábamos eufóricos, sobre todo Kippi y yo, que soñábamos con pertenecer a la guardia personal de Adolf Hitler cuando fuéramos mayores, pues habíamos oído decir que el proceso de selección era tan riguroso que una muela picada constituía un motivo suficiente para que te rechazaran. Nos gustaba repasar todos los defectos que podían descalificarnos y ponerles remedio: falta de fuerza, resistencia o valor, ciertamente, pero más a menudo cosas más insignificantes como la caries dental, contra la cual éramos de los pocos dispuestos a cepillarnos los dientes en el campamento. Yo tenía una uña encarnada y Kippi solía curármela. No podía permitir que un defecto menor empañara mi historia clínica. Se suponía que debíamos soportar el dolor sin ni siquiera parpadear, pero la resignación estoica tampoco era suficiente, por lo que me echaba a reír nada más ver las tijeras. Kippi añadía dramatismo abriéndolas y cerrándolas, como si fueran un pico hambriento, pero entonces veía la expresión de mi cara y se tenía que detener para reírse. A veces pasaban varios minutos antes de que pudiera empezar de nuevo.

Por su parte, Kippi a los quince años ya tenía pelos que le sobresalían de las orejas, y los dos llegamos a la conclusión de que el Führer podía interpretar eso como un rasgo primitivo más propio de un mono. La expresión de humillación en la cara de Kippi fue suficiente para hacerme reír hasta quedar sin aliento. Aproveché para tomarme la revancha, y si hasta entonces él lo había tenido fácil en comparación conmigo, las pinzas también tenían su pico hambriento, y se abrían y se cerraban antes de arrancarle aquellos pelos de tres en tres.

La época de diversión y aventuras infantiles terminó con el *Jungvolk*. Los campamentos de las Juventudes Hitlerianas eran duros, y también lo era la competición deportiva. Ya nadie decía «no es más que un juego», porque estaba claro que no lo era: se trataba de una prueba de superioridad. El ascenso en la escala tuvo sus inconvenientes. De ser el mayor había pasado a ser el más joven, y lo mismo le había sucedido a mi fuerza. Los chicos mayores eran muy buenos en esgrima. Yo salía del paso agitando el florete como un loco, y a ellos les bastaba con hacer un par de escuetos movimientos para quitármelo de las manos. Eran buenos jinetes y sabían saltar. En cambio, yo tenía que disimular mi temor cuando iba a ensillar mi caballo, que me enseñaba los dientes para advertirme, más allá de toda duda, de que iba a morderme si le apretaba demasiado la cincha. Aquellos días pasaba mucho miedo.

Los chicos mayores molestaban a los pequeños y los obligaban a lustrarles los zapatos y a acariciarles la entrepierna. A nadie le gustaba, pero nos pegaban si nos negábamos a hacerlo. A

veces, alguno de los pequeños se chivaba, y entonces los mayores se veían metidos en un buen lío. En el régimen de Adolf Hitler no se toleraba ninguna forma de homosexualidad, por leve que fuera. Pero los chivatazos iban seguidos de un ajuste de cuentas, y los ajustes de cuentas, de un nuevo chivatazo; las amenazas engendraban coacciones aún mayores, y aquello no terminaba nunca. Cuando salíamos a pedir el *Winterhilfe*, dinero y otras donaciones para que los pobres resistieran el invierno de octubre a marzo, algunos chicos se lo quedaban para gastarlo en mujeres.

En uno de nuestros ejercicios tuvimos que matar los patos de un corral con las manos desnudas. Fue horrible, porque cuando abrimos la verja salieron confiados, dando graznidos como si pudiéramos entender las particularidades de sus deseos. A una de las patas la seguía una docena de patitos, que también tuvimos que matar. Fue como abatir nuestra propia infancia, como sofocar la sensación de maravilla y asombro de cuando éramos niños. Si algún chico se echaba a llorar después de cumplir la hazaña, era objeto de tales burlas y recriminaciones que nadie hubiese querido estar en su lugar. ¿Acaso no comía aves de corral como todo el mundo? ¿No le gustaba saborear una suculenta comida a base de pato cuando eran otros los que la preparaban? Entonces, ¡no era más que un hipócrita, un llorica y un inútil! Y, por favor, ¡si había alguien más como él, que lo dijera! En algún rincón de mi mente empecé a aporrear con los puños el teclado del piano, que de todos modos nunca aprendí a tocar; quizá eso me ayudó a no oír el ruido de los cuellos al romperse.

Después, Kippi me preguntó si sería capaz de matarlo a él por el Führer. Lo miré. Su cara me era tan familiar que supe que yo no podría hacerlo. Tampoco él podría haberme matado a mí. Pero los dos convinimos en que aquello no estaba bien; éramos débiles y teníamos que remediarlo. Según nos había dicho uno de nuestros superiores, lo ideal sería que fuésemos capaces de estrellar la cabeza de un bebé contra un muro sin sentir nada. Los sentimientos eran el enemigo más peligroso de la humanidad; eran lo primero que había que erradicar si queríamos llegar a ser un pueblo mejor.

Lo que arruinaba nuestra atmósfera eran las pandillas que estaban surgiendo por todas partes, y cuanto más hablábamos de lo poco que los temíamos, más miedo nos daban en realidad. Eran los Chavales Errantes de Essen, los Navajos de Colonia o los Piratas de Kittelbach, pandillas de chicos de nuestra edad que habían declarado la guerra a las Juventudes Hitlerianas. Era exasperante. Se movían a voluntad por todo el Reich, atravesando incluso las zonas de guerra.

Una vez estábamos en las afueras de Viena, en una de nuestras marchas habituales, probablemente hacia finales del verano, cuando un coro bastante nutrido de voces se sumó a nuestra canción. Yo levanté más aún la bandera, para que los recién llegados pudieran distinguir las franjas roja, blanca y roja, y el emblema de la esvástica. No había nadie a la vista. Dejamos de cantar y advertimos que nos habían cambiado la letra.

Honor, gloria, verdad
buscamos.

Honor, gloria, verdad
deseamos.
Honor, gloria, verdad
guardamos.
¡Somos de Hitler la juventud!

Nuestra canción se había convertido en:

Deshonra y falsedad
se buscan.
Porque es que, la verdad,
apestan.
Con nosotros se las verán
ahora.
¡Son de Hitler los bebés!

Salieron de detrás de la colina. Vestían camisas de cuadros, pantalones cortos oscuros y calcetines blancos. A mi parecer, bastante inofensivo. Pero muy pronto nos vimos rodeados y en inferioridad numérica. De cerca, las insignias metálicas con el edelweiss, la calavera y las tibias cruzadas que llevaban prendidas al cuello no dejaron lugar a dudas. Eran los Piratas de Edelweiss. Entre ellos había algunas chicas, que nos observaban de arriba abajo con desdén, porque nosotros éramos un grupo formado únicamente por chicos. Una de ellas, mirando a los ojos a nuestro capitán, Peter Braun, empezó a manosear las partes íntimas del chaval que tenía al lado.

A Peter le metieron los dedos en la nariz y los ojos, y al poco tiempo le estaban dando puntapiés en las costillas y la cara. Salimos en su defensa, aunque no con tanta eficacia como hubiésemos deseado. No pasó mucho tiempo, al menos no tanto como nos pareció, antes de encontrarnos tendidos en el suelo, revolcándonos y gimiendo. Sólo uno de ellos salió peor parado de lo que esperaba: nos quedamos con su camisa y con varios de sus dientes.

Aquel año, en el colegio los crucifijos se sustituyeron por retratos de Adolf Hitler. Estudiamos la eugenesia y la esterilización de lo que los norteamericanos llamaban «escoria humana», prácticas que ya en 1907 habían comenzado a aplicarse en treinta y tantos estados de Estados Unidos. Los retrasados mentales, los desequilibrados y los enfermos crónicos eran un lastre para la sociedad, y era preciso evitar que trajeran al mundo a otros como ellos. También había que esterilizar a la población de los bajos fondos, porque, generación tras generación, permanecía sumida en la miseria y el alcoholismo en viviendas perpetuamente miserables. Sus hijas eran tan malas como sus madres y sus abuelas, e incapaces de evitar embarazos adolescentes no deseados, que sólo servían para traer al mundo otra generación de promiscuidad. Distinguidos profesores de las universidades más prestigiosas habían demostrado que la tendencia a vivir en la pobreza y la suciedad era genética, por lo que se precisaba impedir la multiplicación de los portadores de

esos rasgos. La cirugía obligatoria impuesta en aquellos estados contribuía a restringir el número de indeseables.

Aprendimos más sobre la raza judía. La suya era una larga historia de traiciones, engaños e incestos. Caín mató a su hermano Abel con una piedra en el campo; a Lot lo engañaron sus hijas para que se acostara con ellas y así poder concebir hijos judíos, Moab y Amón; Jacob le arrebató la primogenitura a su hermano mayor, Esaú, por un plato de lentejas. Durante la Gran Guerra, mientras los nuestros caían por millares en el frente ruso, ellos no hacían más que escribir cartas en las trincheras. Me torturaba la curiosidad. ¿A quién escribirían? ¿Qué podía ser tan importante para que, en medio de las balas y las bombas, cuando estaban a punto de morir, sacaran papel y pluma del bolsillo y se pusieran a escribir? ¿Sería una despedida, una última declaración de amor o de cariño a una novia, un padre, una madre? ¿O quizá información secreta sobre el lugar donde habían escondido las reservas de oro y las joyas?

Nos enseñaron también que los judíos eran incapaces de apreciar la belleza. Preferían la fealdad. Nos mostraron cuadros que habían pintado y que admiraban, obras horribles en las que el ojo de un personaje no estaba en el lugar del ojo, sino en la frente, cuadros en los que las manos parecían las ubres hinchadas de una vaca, las caderas se unían directamente con el pecho y los personajes no tenían cuello ni cintura. Había uno que parecía estar gritando con todas sus fuerzas, pero no tenía boca; era como un espantapájaros aullando en silencio en unos trigales infestados de cuervos.

Reconozco que esos conocimientos encendieron en mí una morbosa fascinación por los judíos, pero antes de que mi interés desembocara en indebidas cavilaciones, el tiempo del aprendizaje se agotó. Los bombardeos habían empezado y Viena se convirtió en base de la defensa antiaérea. Para los muchachos de nuestra edad fue tan emocionante como protagonizar una película. Éramos héroes en potencia ante los ojos del mundo, gigantes cuyas palabras y gestos estaban siendo proyectados sobre la gran pantalla eterna de la vida llamada historia. Nuestras vidas se hincharon hasta alcanzar las inmortales proporciones de un acontecimiento destinado a la fama.

Peter Braun y Josef Ritter tenían edad suficiente para ir de voluntarios a las Waffen-SS, porque en 1943 la edad mínima se había reducido de los veinte a los diecisiete. Con quince años, podíamos ser auxiliares de la defensa antiaérea; pero los más jóvenes teníamos envidia, porque en los auténticos mandos de muchos cañones había chicos que conocíamos de las Juventudes Hitlerianas, y sus puestos eran inaccesibles para nosotros, aunque fuéramos tan capaces y valerosos como ellos. Era como si ellos tuvieran papeles de verdad, mientras que a nosotros nos relegaban a la condición de extras.

Pronto llegó la ocasión de ponernos a prueba. La escuadrilla de bombarderos volaba por el cielo, formando una V con los aviones, con las alas casi tocándose, como pájaros indiferentes a todo que dejaban caer sus excrementos sobre nosotros. Era indignante, y nosotros les devolvimos la afrenta, aunque varias veces en medio de la acción volví a sentir lo que experimentaba de niño

cuando el juego me absorbía por completo, sólo que esta vez los juguetes eran más grandes y costosos. Ver caer algo desde tan alto era hipnótico: las bombas silbaban en el trayecto descendente, y los aviones zumbaban una triste melodía que se oía en los cien rellanos de una escalera rota. Kippi estaba atravesando un descampado, para inspeccionar el morro y la cola de un avión derribado, cuando una bomba que acababa de caer a cierta distancia levantó por los aires un montón de tierra. En un instante Kippi quedó sepultado bajo un montículo de arena. La composición parecía una absurda tumba improvisada. Si hubiese vuelto a la vida, podríamos haber intercambiado los papeles y habernos reído del asunto. Pero sin él, ya no volví a reír ni a hablar mucho con nadie. Fue el comienzo de una soledad irreprimible, de deambular con un gran agujero en las entrañas. A veces me sorprendía mirar mi cuerpo y ver que en realidad no tenía ningún agujero.

Me esperaban otros cataclismos. Los auxiliares de los cañones antiaéreos estábamos acostumbrados a comer y a dormir en el mismo refectorio, a vivir juntos. Kippi había sido mi mejor amigo, pero había otros chicos de mi clase con quienes también me gustaba vivir. De un día para otro nos separaron y nos enviaron a diferentes sectores. A medida que fue avanzando la guerra, nos redujeron los permisos y nos apartaron cada vez más de nuestras familias, hasta convertirnos en soldados como los demás.

Por eso, rara vez volvía a casa, y cuando regresaba, mi madre no lamentaba despedirme cuando llegaba el momento de separarnos. Nada más sentarme en el sofá, ya me estaba preguntando por la fecha de mi partida, y cuando le decía el día, enseguida quería saber la hora. Nunca se interesaba por lo que estaba haciendo, ni me preguntaba si mi vida corría peligro. Me dolía que ella prefiriera manifiestamente no tenerme en casa. Cuando yo estaba, se ponía nerviosa; era como si me tuviese miedo. Si me encontraba por el pasillo cuando ella salía de su cuarto, volvía a entrar en su dormitorio. Si oía que estaba en el piso de abajo al mismo tiempo que ella, podía pasar horas en el cuarto de baño. Cuando entraba en la cocina, ella dejaba lo que estaba haciendo. Una vez se estaba preparando un bocadillo y al verme empezó a fregar la pila, que sin embargo estaba perfectamente limpia. Me quedé más tiempo adrede, pero ella no comió ni un bocado mientras yo estuve allí. En la mesa no distribuía bien las porciones. Yo pensaba que al menos podría acordarse de mí, pero era incapaz de llamarle la atención y hacerle notar que mi plato seguía vacío sin sentirme como un mendigo.

Con el racionamiento, mi abuela se había debilitado y pasaba casi todo el día en la cama. Cuando por casualidad mi padre y yo nos cruzábamos, él parecía ansioso por saber lo que estaba haciendo y cómo lo hacía. Si yo aludía al comportamiento de mi madre, él lo negaba todo, suspiraba y se frotaba los ojos, o tenía prisa por ir a ocuparse de sus asuntos.

A medida que se intensificaban los bombardeos, algunos chicos de los puestos de defensa antiaérea fuimos adquiriendo un coraje más temerario. La actitud de mi madre, que yo no podía olvidar, me insensibilizaba ante el peligro y en los momentos críticos me impulsaba a correr ciertos riesgos. Era liberador sentir que nadie temía por mí, tenía menos miedo, pero el agujero

en mi interior se ensanchaba. Durante un bombardeo, eché a correr para ponerme a cubierto veinte metros por detrás de dos auxiliares de la Luftwaffe cuando una línea de fuego me complicó el rumbo. Era un bombardeo inesperado, al alba, después de que diéramos por sentado que esa noche ya no veríamos ningún otro. Por cómo salía disparada la tierra, siempre parecía que el enemigo estuviera debajo, no encima. Daba menos miedo verlo así. Me pasaría de largo una vez más, quise creer, mientras me desviaba todo lo posible a un lado cuando el cuerpo me lo pedía.

Debo decir que me sentí feliz como un recién nacido cuando desperté en el hospital y la vi llorando por mí, llamándome otra vez su pobrecito bebé, su pobre niñito. Eso fue antes de enterarme de la gravedad de mis heridas. Al principio nadie quería decírmelo, porque la alegría de descubrir que todavía estaba vivo era demasiado intensa y no las había notado por mí mismo. Pero los rostros de mis padres me lo revelaron, pues sus muecas eran medias sonrisas que escondían una pena inexpresada. Empecé a comprender que algo no iba bien.

Ojalá no me hubiese visto. Había perdido el pómulo bajo el ojo izquierdo, y me faltaba parte del brazo del mismo lado, que no podía mover por el hombro ni por el codo. Me encontraba en un estado de choque que me debilitaba aún más, según creo, que las propias heridas. Me despertaba en casa, en mi cama, y echaba un rápido vistazo bajo las sábanas para comprobar si era cierto lo que temía, y en cada ocasión lo era, irreversiblemente cierto; entonces me dejaba caer otra vez en el consuelo del sueño. De vez en cuando repasaba con los dedos la mella de mi cara, la piel floja, las cicatrices endurecidas semejantes a orugas.

Pasé meses durmiendo. Mi madre me despertaba para darme de comer. Yo tragaba solamente una fracción de lo que ella esperaba, y volvía a adormecerme. Me acompañaba al baño y me sostenía la cabeza contra su vientre, sin quejarse nunca de que tardara mucho. Si alguna vez yo veía mi brazo mutilado o la sorprendía a ella cuando lo miraba, mi voluntad de recuperación sufría un golpe.

Fue gracias a Pimmichen que al final me recuperé. Mis padres vinieron a buscarme en medio de la noche. Primero pensé que era por otro ataque aéreo; pero en cuanto vi a mi padre llevándose el pañuelo a los ojos supe que me llevaban al lecho de muerte de Pimmichen. Cuando por fin llegué al piso de abajo, con todas mis fuerzas agotadas, tuve que acostarme junto a ella. Tumbados los dos boca arriba, sus gemidos despertaban y renovaban los míos a medida que transcurrían las horas. Al abrir los ojos, el día había dejado en la habitación una polvorienta columna de luz. Nariz contra nariz, ella me miraba a través de sus acuosas cataratas, con la sonrisa pegada en algunos puntos, como si tuviera los labios cosidos con hilos de saliva que se estuvieran soltando.

Mi madre me dijo que debía regresar a mi cuarto para que Pimmichen pudiera descansar, pero ninguno de los dos quisimos volver a separarnos. Ella no podía hablar, pero se aferraba débilmente a mi mano, y yo a la suya. Todos nuestros movimientos eran descoordinados, y eso creaba un vínculo entre nosotros. Tenía cierta gracia ver cómo se esforzaba por incorporarse para

que mi madre le diera de comer. Después llegaba mi turno; pese a nuestra diferencia de edad, estábamos en el mismo barco. Por eso esperábamos con ansia la ocasión de mirar al otro. Cuando el té se nos escurría por el pecho, o cuando mi madre se mostraba excesivamente entusiasta por la cantidad de patata que había conseguido meter en la boca de uno de nosotros, aunque la mayor parte se saliera, nos daba la risa. Poco a poco, Pimmichen empezó a comer más, media patata más, dos cucharadas de sopa más, y yo también lo hice; después, ella logró atravesar la habitación sin ayuda de nadie para buscar una toalla, y yo también. Yo estaba orgulloso de mi abuela, y ella de mí.

Cuando estuvo en condiciones de volver a hablar, me contó toda clase de cosas que yo no sabía. Pimbo solía cazar con un pequeño halcón llamado *Zorn*, pero un día, cuando fue a darle de comer, le dio un picotazo en un dedo. Por fortuna, llevaba puesto un anillo y no le hizo mucho daño; de no haber sido por eso, habría perdido el dedo. Aquel pico podía partir un ratón en dos, y quizá había sido el anillo mismo lo que había llamado la atención del ave. Los pájaros eran impredecibles, me dijo ella. Un día, una urraca entró por la ventana abierta de su dormitorio y le robó un collar de rubíes. Fue una suerte que lo viera con sus propios ojos, pues de lo contrario habría culpado a su sirvienta polaca.

Mis padres decían que, si podía hablar, ya estaba bien. Había llegado el momento de que yo regresara a mi habitación. Fue entonces cuando advertí multitud de pequeñas rarezas y comencé a preguntarme si mi abuela estaría realmente bien o si tal vez mi madre había caído enferma. Por ejemplo, mi madre oreaba la casa todos los días, abriendo de par en par puertas y ventanas, lloviera o tronase. Sin embargo, cuando me levantaba por la mañana, me subía un nauseabundo olor a excrementos, lo cual podía significar que mi madre se había puesto enferma, o quizá Pimmichen, aunque con menos probabilidad, ya que el dormitorio de mi abuela estaba en la planta baja, al lado del cuarto de baño, y últimamente se la veía muy bien. Lo digo, entre otras cosas, porque una vez vi a mi madre vaciando un orinal de loza, pero parecía tan avergonzada que no me atreví a preguntarle qué pasaba. Como es obvio, ella estaba demasiado débil para salir por la noche de su habitación.

Estaba seguro de que oía pasos que iban y venían por el vestíbulo en plena noche, y me preguntaba si sería mi padre, que rondaba intranquilo. Cuando prestaba mucha atención, podría haber jurado que, pese a la casi perfecta simultaneidad de los pasos, había dos personas andando, por lo que mi madre debía de estar con él. Se lo mencioné un día de pasada, pero me dijo que por la noche ni ella ni él se levantaban, sino que era mi abuela la que se ponía a recorrer la casa. Yo dormía junto a la habitación de mis padres, por lo que normalmente ellos habrían tenido que oír cualquier ruido que yo oyera; pero me insistían en que no oían nada. Por curiosidad, le pregunté a mi abuela qué hacía cuando se levantaba a altas horas de la noche, pero ella ni siquiera entendió de qué le estaba hablando. Tuve que explicarle lo que oía y repetírselo, hasta que al final exclamó «¡ah!» y me dijo que años atrás solía levantarse y deambular mientras dormía.

Pimbo se lo contaba a la mañana siguiente, pero si él no se lo hubiese jurado por las cenizas de su madre, ella jamás lo habría creído.

Los pasos dejaron de oírse. Más o menos un mes después, al alba, mi madre soltó un alarido. En el desayuno nos pidió disculpas a Pimmichen y a mí por habernos despertado; había tenido una pesadilla. Apoyó la cabeza en la mesa, hundió la cara entre los brazos y reconoció que había soñado conmigo cuando me habían herido. Me di cuenta de que me quería más de lo que yo pensaba.

La noche siguiente, algo rodó por la escalera y se rompió en mil pedazos. Salí corriendo de mi habitación a ver qué era. Por un momento, pensé que mi abuela había tropezado con una de las ménsulas. Pero por el suelo estaban los fragmentos del orinal de loza, junto con la causa del hedor. Mi padre estaba agachado junto a mi madre, ayudándola a recoger los trozos. Ella fue incapaz de levantar la vista y mirarme mientras yo la observaba, estupefacto. Advertí que le temblaban las manos. Si se sentía tan mal que no podía desplazarse hasta el baño, en ningún caso debería haber llevado ella sola el orinal. Había sido una temeridad por su parte.

Mi padre la rodeó con un brazo, reconfortándola; le dijo que debería haberlo despertado para que la ayudara, y que le sabía mal no haberla oído. En camisón, mi madre parecía más delgada que cuando estaba vestida; los pechos se veían más pequeños, tenía los pies huesudos y los pómulos le sobresalían de una manera que traspasaba la sutil frontera entre la belleza y la aflicción. Mi padre me sermoneó en pleno verano, diciendo que iba a pillar una bronquitis o una neumonía si no volvía ya mismo, pero ya mismo, a la cama. Me ayudó a regresar a mi cuarto, rodeándome con sus brazos, y después se detuvo un momento en la puerta, como si estuviera a punto de hacerme una confesión. Por primera vez, me torturaba la idea de que mi madre fuera a morir de alguna enfermedad incurable, como el cáncer. Inspiró profundamente y me deseó que durmiera bien. No lo hice.

5

Mi padre pasaba cada vez más tiempo en la fábrica. Cuando regresaba a casa era, por lo general, a mediodía, y entraba y salía enseguida, sólo empleaba el tiempo suficiente para recoger unos papeles. Iba mal afeitado y tenía una expresión sombría en los ojos inyectados en sangre. Después dejó de volver a casa. Decía que no merecía la pena para una hora o dos de sueño. Mi madre se puso aún más nerviosa y cualquier ruido la sobresaltaba. Era como si estuviera pendiente de que él volviera a casa al minuto siguiente, y había muchos minutos en su jornada.

Al final apareció con un rompecabezas bajo el brazo, oculto bajo una revista. Supuse que era para mí y me alegré, porque me aburría con lo poco que tenía que hacer a lo largo del día, aparte de contemplar mis heridas y leer los periódicos, ya que hasta las buenas noticias sobre la superioridad de nuestras fuerzas armadas y la sucesión de victorias se volvían monótonas. Subió corriendo la escalera y bajó a toda prisa con unas carpetas. Pensé que habría salido a ver si tenía correspondencia. Para mi amarga decepción, me di cuenta de que había vuelto a marcharse, olvidando darme el regalo. Me puse a cavilar, calculando los días que pasarían antes de que volviésemos a verlo, y entonces decidí ir a buscar el rompecabezas por mi cuenta; después de todo, él tenía muchas preocupaciones y yo estaba seguro de que no le importaría.

No lo encontré por ninguna parte. No estaba en su estudio ni en ningún lugar del segundo piso. Lo había visto subir con él y bajar sin él. Era increíble. No podía haber desaparecido, forzosamente tenía que estar. Pero no estaba ni siquiera en los sitios más inverosímiles, que inspeccioné obstinadamente. Como yo era zurdo y ya no tenía la mano izquierda, movía las cosas con comprensible torpeza. Me resultaba más fácil sacarlas que volver a guardarlas con cierto orden. Devolví como pude las cajas, las cartas y los papeles a su sitio. Me divirtió encontrar una vieja fotografía de mi padre y reconocer su expresión resuelta en medio de toda una clase de caras menos maduras. Encontré monedas extranjeras, viejos certificados escolares de buena conducta y pipas con el olor dulzón del tabaco, pero no lo que estaba buscando. Me rendí varias veces y otras tantas reanudé la búsqueda.

—¡¿Qué estás haciendo ahí arriba, Johannes?! ¡¿Alguna travesura?! —gritó mi madre.

—Nada —respondí, y ella me pidió que bajara a hacerle compañía.

Cuando me quejé de las largas ausencias de mi padre, ella me dijo que pensaba ir a visitarlo a la fábrica. Me alegró que dijera que podía acompañarla, porque iba a tener la oportunidad de preguntarle por el rompecabezas.

Tuvimos que coger cuatro tranvías para llegar a la fábrica, que estaba fuera de los límites de la ciudad, al este, en el lado opuesto a donde vivíamos, más allá del vigésimo quinto distrito,

Floridsdorf, que ya de por sí estaba muy lejos. Resulta fácil imaginar cuánto me humilló que una anciana se levantara para dejarme el asiento, pero tuve que aceptar, porque íbamos bastante apretados y aún no me había recuperado lo suficiente para mantenerme en pie durante los frenazos y los acelerones. El último tranvía llegó a su destino, y los pocos que quedábamos a bordo tuvimos que apearnos. Cuando bajé, mi madre se colgó de mi brazo. Según creo, la afectaron sobre todo los edificios bombardeados: costillares de acero arrancados a cuchillazos de sus entrañas de piedra. Había mucho que andar hasta la fábrica. Por el camino, tuve que sentarme a descansar en varios bancos, y en cada ocasión mi madre se alegraba de poder apoyar la cesta que cargaba. El entorno estaba despojado de toda alegría. Había cervecerías, molinos y otras fábricas más grandes que la de mi padre, y sus chimeneas parecían ser la causa del desapacible techo de nubes de color pedregoso, un techo que parecía destinado a desmoronarse y a caer tarde o temprano.

Desde pequeño me disgustaba ir a la fábrica. Desprendía olores que me obligaban a respirar lo más lentamente posible, como si de esa manera pudiera evitar que se me metieran en los pulmones. Las náuseas que me producían eran tanto mentales como físicas. Imaginaba que estaba entrando en una máquina ruidosa que escupía y exhalaba vapor, con un crisol al rojo por estómago, una estruendosa unidad de bombeo por corazón y tuberías en lugar de arterias, y yo no era más que un niñito que iba a verla. Si no contribuía a su proceso vital, me consideraría un desecho.

El despacho de mi padre estaba vacío. Los papeles cubrían su mesa, y había una taza de café esperando. La rodeé con la mano para calentarme las yemas de los dedos, pero estaba fría. Encontré una fotografía mía y de Ute que no había visto nunca; íbamos en una barca y mi padre remaba. Las montañas nevadas que flotaban en la superficie oscura del lago parecían tan reales como las que se erguían sobre el cielo azul. No recordaba haber estado nunca en aquel lago, el Mondsee. Un empleado reconoció a mi madre y se la señaló a otro, que con un gesto llamó la atención del hombre que estaba a su lado.

Poco después, varios hombres que olían a agua de colonia, pero sin afeitar, nos rodearon, devorando la cesta con la mirada. Vi que uno le daba un codazo a otro en las costillas, pero ninguno parecía dispuesto a ayudarnos.

—Estoy buscando a mi marido. Me reconoce, ¿verdad, Rainer?

Rainer asintió con la cabeza y murmuró:

—Nos dijo que iba a regresar.

—¿Y?

—Nada, señora.

—¿Tenía alguna cita?

Las miradas inquisitivas de Rainer suscitaron por toda respuesta varios encogimientos de hombros.

—¿Sabe dónde está? ¿Dónde puedo encontrarlo? Le he traído algunas cosas. ¿Se las dejo

aquí? ¿Sabe si volverá?

El hombre que le había dado un codazo al otro tomó la palabra.

—Dijo que volvería hoy. Es todo lo que sabemos.

Mi madre y yo nos sentamos fuera, sobre un tramo de tubería en desuso, y compartimos un bocadillo y una manzana. El cielo se oscureció, amenazando un diluvio que finalmente no cayó, tan sólo se formó una neblina que depositó en nuestro pelo minúsculos huevos transparentes del tamaño de una cabeza de alfiler. Los trenes surcaban los campos lejanos como un ejército interminable de criaturas semejantes a gusanos. Nos distrajimos arrugando hojas, rompiendo ramitas, hurgando la tierra con el cañón de una pluma y hasta jugando a piedra, papel o tijera, como antes. Pero mi padre no volvió.

En casa, mi madre recibió una llamada telefónica informándola de que habían detenido a mi padre para someterlo a un interrogatorio de rutina. Mi abuela le prodigó todos los cuidados de que fue capaz a su avanzada edad: le llevó las zapatillas y le preparó tazas de té y bolsas de agua caliente, para reconfortarla durante las largas horas que pasó sentada en la cocina, preguntando al techo qué podían querer de una pobre gente como nosotros. Como para explicar su conducta, Pimmichen me confió que la Gestapo había registrado la casa más de una vez mientras yo estaba fuera, de ahí la desesperación de mi madre. Estaba segura de que los chasquidos que oía por teléfono no se debían únicamente a que las familias con las que compartíamos línea escucharan nuestras conversaciones. Mi abuela la cogía de la mano y le besaba la frente cuando se iba a dormir, pero mi madre no le prestaba atención; estaba en su mundo, y cuanto más gimoteaba ella, más la veía yo como una persona débil e irracional.

Estaba convencido de que su resistencia a apoyar al Führer se debía únicamente a su lealtad hacia mi padre. Aproveché, por tanto, las circunstancias del arresto para poner las cosas en su sitio y exponerle de nuevo desde el principio el sueño de Adolf Hitler, explicándole que cualquier interferencia con sus planes —si es que era eso lo que había hecho mi padre— era un crimen. Para llegar a ser una nación poderosa y sana, debíamos estar dispuestos a sacrificar a todo el que se opusiera, incluidas nuestras familias. Si no dejaba de lloriquear, ella también sería una traidora. Aunque hacía como que escuchaba, advertí que la mayoría de su ser estaba en otro sitio, y que la parte presente no me daba del todo la razón, por más que de vez en cuando asintiera con la cabeza mientras repetía «ya veo, ya veo».

Quería que ella reconociese que mis heridas eran heroicas, y con ese fin la seguí por toda la casa. Cuanto más eludía responder directamente a mis preguntas, más fuerza cobraban mis sospechas de que su punto de vista era otro. Sentí rencor hacia mi padre, que no le permitía a mi madre ver la verdad. No pude contenerme, porque no dejaba de pensar en todo lo dicho, y volví a sacar el tema de mis heridas, diciéndole que los ideales eran más importantes que yo mismo, mi padre o cualquier otro individuo. Le dije, para su información, que si tenía que dar la vida por Adolf Hitler, estaría muy feliz de hacerlo.

—¡Y morirás! ¡Morirás! Si no tienes cuidado, si no abres los ojos, ¡vaya si morirás! —replicó

ella.

Me quedé boquiabierto, era la primera vez que la oía gritar, o al menos gritarle a alguien. Corrió al sofá, sacó un panfleto de entre los cojines y me lo tiró a la cara.

—¡Mira! ¡Lee! ¡Esto es lo que se avecina! ¡Tú y tu querido Führer! ¡Me alegro de que Ute haya muerto! ¡Me alegro! ¡Porque si no hubiese muerto, la habrían matado!

Me senté y leí el folleto mientras ella me echaba encima su cálido aliento. El panfleto decía que los padres de un niño discapacitado habían solicitado a Adolf Hitler que mataran al bebé, y el Führer había instruido al jefe de su cancillería personal para que diese orden de matar a todos los niños aquejados de defectos biológicos o mentales, estableciendo primero el límite de edad en tres años, para ampliarlo más tarde a los dieciséis. Decía que ya habían matado a cinco mil niños, por inyección o inanición. No tuve corazón para asegurarle a mi madre que era por el bien de todos, porque sabía cómo se sentía por lo de Ute.

Seguí leyendo hasta llegar al pasaje sobre la ingrata necesidad de liberar a la sociedad de sus lastres, entre los que figuraban los retrasados mentales, los inválidos y, entre estos últimos, los veteranos mutilados entre 1914 y 1918, lo cual me dejó estupefacto. Al menos doscientos mil parias biológicos habían sido eliminados, y ahora estudiaban un nuevo procedimiento con monóxido de carbono. Releí tres veces el párrafo. Sólo mencionaba a los veteranos de la Gran Guerra, no a los que habíamos luchado por la causa del Führer en nuestra época. Pero ¿no nos incluirían más adelante, como habían hecho con esos desgraciados? Sentí náuseas, y enseguida ira, por dudar de la única persona a la que idolatraba. Rompí el panfleto y le grité a mi madre que no fuera tan crédula y que no cayera en la trampa; aquello no era más que propaganda del enemigo. Iban a cubrirme de gloria cuando terminara la guerra. Al día siguiente y al otro, los trozos de papel todavía seguían en el mismo sitio donde habían caído.

Después de nuestra discusión tuve una pesadilla. Unos hombres que hablaban un idioma incomprensible estaban a punto de arrojarme por un acantilado. El odio en sus ojos era inequívoco. Yo no dejaba de rogarles que me respondieran: «¿Por qué, por favor? ¿Cuál ha sido mi error?». Uno de ellos señaló mi brazo tullido. Bajé la vista y lo que vi fue peor que la realidad: colgajos de tejido adheridos al muñón y un hueso sobresaliendo que tuve que empujar para devolver a su sitio. «¡Puedo arreglarlo, lo juro! ¡Concededme solamente una hora!», supliqué; pero no me entendían y tenían prisa por empujarme, porque detrás los esperaba la merienda, servida sobre un mantel de cuadros en la hierba, y, más curiosamente, la noria gigante del Prater, a lo lejos, cargada de niños que intentaban arrojar al vacío a sus compañeros, sólo por divertirse.

Desperté y volví a oír pasos. Agucé el oído hasta estar seguro de que los pasos eran dobles, porque si bien sonaban como uno solo, de vez en cuando se oía más de un talón o más de una punta. Por alguna razón, en medio de la noche me resultó fácil creer que el fantasma de mi abuelo caminaba junto a mi abuela sonámbula, para hacerle compañía. La idea me dio tanto miedo que no pude levantarme a ver de qué se trataba, ni tampoco conciliar el sueño. Deseaba

con todas mis fuerzas encender la luz, pero estaba prohibido hacerlo, porque podían distinguirla los bombarderos, y, de todos modos, no iba a sacar el brazo de debajo de las mantas para encontrar quién sabe qué espectro.

A la mañana siguiente, cuando mi madre había salido a buscar pan y yo me dirigía al cuarto de baño, oí que llamaban. Como es natural, no estaba en condiciones de abrir, pero cuando al final lo hice, ya no esperaba encontrar a nadie, y menos aún a mi padre. En primer lugar, no lo reconocí, porque había adelgazado y tenía la nariz rota; y en segundo lugar, no podía imaginar que él, justamente él, llamara a la puerta de su propia casa. La sorpresa que se dibujó en mi cara suscitó desdén en la suya.

—No, no estoy muerto. Lo siento.

Me quedé sin habla. Me apartó y empezó a recoger sus cosas. Oí que abría y cerraba cajones en su estudio y arrastraba muebles. Bajó y se me enfrentó, mirándome fijamente a los ojos.

—Has estado revolviendo mis cosas, ¿verdad, Johannes?

Debería haberle explicado lo del rompecabezas, pero no me atreví; sólo atiné a negar con la cabeza.

—¡Qué curioso! Nada está como lo dejé. Puedes revolver todo lo que quieras, siempre que quieras, porque no tengo nada que ocultar; pero cuando lo hagas, al menos intenta dejar las cosas tal como estaban.

Hice como que no sabía de qué me estaba hablando, pero mi padre tenía en la mano algunos de los papeles que yo había desordenado. Al reconocer entre ellos la fotografía de su clase, desvié la mirada. Mi conducta confirmó sus sospechas. Cuando mi madre regresó, él ya se había marchado sujetando con la barbilla una pila de archivadores. Mi madre cogió los cuatro tranvías sin mí. Pasé el rato odiando a mi padre por sus falsas acusaciones. No, yo no lo había denunciado.

Pese a los artículos de los periódicos que proclamaban nuestra superioridad, los bombardeos hacían cada vez más estragos. No había trenes, ni agua, ni electricidad. Por eso me pareció ridículo ver a mi madre llevando una regadera hasta el piso de arriba; si no había agua para que nosotros bebiéramos, ¿a quién podían importarle las estúpidas plantas? A ella; eran criaturas de Dios y tenían derecho a vivir como todas las demás. Poco después, se dispuso a hervir patatas y se dio cuenta de que no tenía suficiente agua para cubrirlas. Recordé la gran cantidad de agua que había cogido para las plantas y subí a ver si quedaba algo, pero me sorprendió que la regadera había desaparecido y que las plantas estaban marchitas y la tierra seca.

Empecé a espiar a mi madre por el agujero de mi cerradura. La vi subiendo un bocadillo y dos velas encendidas. Hubiese sido algo bastante normal de no ser porque bajó demasiado pronto y con una sola vela. A la mañana siguiente vi gotas de agua salpicando por los bordes de la regadera mientras ella avanzaba trabajosamente, doblegada por el peso. Esperé con impaciencia, y, más tarde, cuando ella ayudaba a mi abuela a fregar los cacharros en un cuenco de agua, subí sigilosamente. No había absolutamente nada ni nadie. Miré por todas partes: bajo la cama de

matrimonio del dormitorio de invitados, detrás de los archivadores del estudio de mi padre y en cada grieta y rincón del desván, pero no hallé nada.

Cuanto más espiaba a mi madre, más conductas extrañas descubría. Me pregunté si no se estaría volviendo loca. En medio de la noche, volvía a subir con velas y con la comida que se había dejado en el plato. ¿Estaría practicando algún ritual? ¿Invocando a los muertos? ¿O quizá sólo quería comer lejos de mí? A veces no volvía a bajar tan pronto como de costumbre, o se quedaba arriba. Cada vez que se ausentaba y Pimmichen estaba durmiendo, yo inspeccionaba la casa. Olía algo, estaba seguro de que percibía algo. El cuarto de invitados, en particular, no olía como si estuviera desocupado. Me paré a escuchar, pero no había nada, al menos no allí dentro. Quizá los débiles ruidos que oía de vez en cuando vinieran de fuera. ¿O serían imaginaciones mías? Agucé la vista mirando a mi alrededor, pero no había absolutamente nada. Tal vez era yo el que se estaba volviendo loco.

Mi madre me preguntó si pasaba mucho rato en el piso de arriba cada vez que ella salía. No comprendí cómo podía haberse enterado, porque yo tenía la precaución de dejarlo todo exactamente como lo encontraba y, antes de que volviera, me metía en la cama a leer tebeos.

—¿Cómo lo sabes?

Se tomó su tiempo para encontrar una respuesta.

—A veces, tu abuela te llama y tú no contestas.

Me di cuenta de que era mentira; mi madre no sabía mentir. Decidí mirar en otros sitios, por si estuviera intentando desviar mi atención. Miré en el sótano y en la despensa junto a la cocina. Repasé la casa de arriba abajo, centímetro a centímetro. Incluso estando ella presente, me ponía a examinar las junturas de los tabiques. Eso la ponía muy nerviosa.

—¿Qué es lo que estás buscando? —preguntaba.

—Ratas.

Fue entonces cuando empezó a buscar excusas para sacarme de la casa. La abuela necesitaba esta o aquella medicina, aun cuando la propia Pimmichen insistiera en que no; pero sí, claro que la necesitaba, tenía un sarpullido en la espalda, o se le secaba la garganta y debía de estar a punto de pillar un catarro, o le hacía falta un poco de ungüento de mentol para la artritis. Cuando me sugirió que me presentara como voluntario para participar en el esfuerzo de la guerra, supe que quería deshacerse de mí. En una ciudad que estaba siendo bombardeada, lo menos indicado para mi bienestar era permanecer a la intemperie.

Así pues, me vi otra vez con mi uniforme de las Juventudes Hitlerianas, recorriendo a pie la ciudad para distribuir órdenes de reclutamiento. Pensé que debía de haber un error cuando un hombre de unos cincuenta años aceptó el papel, diciendo que era para él y no para su hijo, que había muerto. La mujer que salió a atenderme en la puerta siguiente era aún mayor; llamó a un tal Rolf y salió su marido, medio encorvado por el lumbago, a recoger la orden. ¿Por qué demonios estaban reclutando a los viejos? No conseguía entenderlo. Me froté los nudillos y llamé al número 12 de Wohllebengasse, en el cuarto distrito; tras una larga espera, Herr Grassy

abrió la puerta con un chasquido y asomó la cabeza. Contempló mi cara destrozada, mi uniforme y mi manga vacía, como si en lugar de estar orgulloso de mí se sintiera decepcionado por lo que había hecho con mi vida. Había envejecido desde la última vez que lo había visto, y las bolsas de sus ojos, su calvicie o quizá su aire melancólico me recordaron a una tortuga.

—Gracias —dijo, antes de cerrar tras él una sucesión de cerrojos.

De vuelta en casa, me propuse coserme la manga, doblándola hacia arriba, para que pareciera menos patética. Revisé los cajoncitos de la máquina de coser de mi madre y encontré una caja de caramelos Dandy con un dibujo del Danubio, en cuyo interior había carretes de hilo guardados de manera tan compacta que resultaba difícil sacarlos. Pensando en comparar los tonos de marrón hasta encontrar el que más se aproximara al de mi camisa, golpeé el fondo de la caja para hacer caer los carretes, y entonces advertí que la caja de lata tenía doble fondo y que entremedias había un pasaporte.

Al abrirlo vi una pequeña fotografía en blanco y negro de una niña de ojos grandes y una bonita sonrisa. Primero pensé que debía de tratarse de una foto de la infancia de alguien de la familia, pero entonces vi la letra J y el nombre «Sarah» junto al de Elsa Kor. Mi corazón latía desbocado. ¿Estarían mi padre o mi madre protegiendo a esa judía? ¿La habrían ayudado a huir al extranjero?

Toda clase de ideas atravesaron mi mente en ese instante. Habría examinado el pasaporte durante más tiempo, pero tuve que devolverlo a su sitio antes de que descubrieran que conocía su existencia. Estaba furioso con mis padres por arriesgar sus vidas y más todavía por hacerlo en nuestra casa, donde podían incriminarme también a mí. Aun así, en ese momento, lo que más les reprochaba era su estupidez. Obviamente, eran ilógicos y acientíficos. Después me sobrecogió un temor irracional. ¿Y si Elsa Kor formaba parte de nuestra familia? ¿Y si mi padre había engañado alguna vez a mi madre con una judía? ¿O sería quizá que alguno de mis antepasados, uno solo, era judío? La idea de no ser ario puro fue lo más devastador. Si alguien encontraba aquel pasaporte, alguna verdad oculta podía estallarme directamente en la cara. Tal vez fue eso, por encima de todo, lo que evitó que me enfrentara a mis padres.

La siguiente vez que Pimmichen y mi madre salieron a tomar el fresco, me puse a dar vueltas, gritando: «¡Hola! ¿Hay alguien en casa? ¡Hola! ¿Hay alguien arriba? ¿Y abajo? ¡Contestad!». Estaba seguro de haber oído un ruidito en el piso de arriba, apenas un chasquido, algo casi imperceptible. Intentando descubrir dónde se había producido aquel sonido, llegué a una pared que por alguna razón no pude dejar de mirar fijamente, ya que sentía como si el muro estuviera conteniendo la respiración.

Aquella noche me deslicé a través del vestíbulo, subí la escalera despacio, peldaño a peldaño, y sólo encendí la vela cuando llegué arriba. Tardé mucho tiempo, porque tenía que avanzar centímetro a centímetro para que no crujieran las tablas del suelo. Sentí una presencia y tuve miedo, como si pudiera ser mi abuelo, que todavía se hallara entre nosotros. La pared parecía respirar sumida en el sueño, y, aunque débilmente, habría jurado que podía oírla. A mí, en

cambio, me costaba respirar. Allí arriba hacía calor y faltaba el aire. Entonces, a la luz vacilante de la vela, la vi: una línea en la pared, tan fina que de día no se distinguía, pero por la noche, la sombra la acentuaba. La seguí con la vista y me condujo a otra línea, y luego a otra. El techo estaba inclinado, porque las habitaciones del segundo piso se encontraban bajo el tejado, ya que habían formado parte del desván. En consecuencia, los tabiques eran bajos, y éste, situado unos sesenta centímetros por delante del muro original, era de paneles forrados de papel pintado. Estaba tan bien hecho que nadie habría sospechado jamás. Detrás quedaba una cuña con espacio suficiente para que una persona se acostara —aunque no le sería fácil volverse—, o para que estuviera sentada, pero no de pie. Incluso para sentarse, inevitablemente habría tenido que inclinar el cuello. Seguro que detrás de ese tabique estaba ella.

Pasé toda la noche dando vueltas en la cama y preguntándome qué hacer. No puedo negar que consideré la idea de denunciar a mis propios padres, no por la gloria de mi acción, sino porque al oponerse al Führer se estaban oponiendo a lo que era bueno y correcto. Sentía que mi deber era proteger al Führer de sus enemigos. Pero, en definitiva, tenía demasiado miedo: me preocupaba que saliera a la luz alguna cosa que hubiese preferido no saber. La mejor solución era matarla si de verdad estaba oculta allá arriba. Mi madre la encontraría muerta y así tendría su merecido, o tal vez le sirviera para recuperar el juicio. No tenía derecho a proteger a una sucia judía.

Mi siguiente problema era cuándo y cómo matarla. Decidí esperar hasta la próxima vez que mi madre saliera de casa; entonces la estrangularía, era el procedimiento más limpio. Pero tal vez no pudiera hacerlo con una sola mano. En la fotografía se veía que era una chiquilla ágil y ligera; ¿y si escapaba? No, sería mejor degollarla con una de mis navajas. Las estudié cuidadosamente, escudriñándolas una a una, antes de decidirme por una de las viejas de Kippi, que me había regalado su madre. De esa forma sería como si él me estuviera ayudando.

Transcurrieron dos largos días antes de que se presentara la ocasión, dos días interminables y dos noches en vela. Mi madre cerró la puerta de la calle y yo dejé lo que estaba haciendo para subir precipitadamente la escalera. No me importó que mi abuela no estuviera durmiendo, ya no podía esperar más. Apreté con fuerza la navaja, hasta que las acanaladuras del mango me hicieron daño en la mano. También tenía que retirar el tabique, pero no sabía cómo hacerlo. Siempre se me olvidaba que ya no tenía dos manos. Introduje la punta de la navaja en una de las grietas e hice presión. El tabique, que pivotaba sobre cinco bisagras aceitadas, se abrió unos pocos centímetros. Inspiré profundamente y, con el hombro, lo abrí por completo, resuelto a hincar la navaja con todas mis fuerzas en lo que fuese que encontrara. Pero mi brazo se negó a obedecer las órdenes de mi cerebro. Acurrucado en el pequeño espacio situado a mis pies, había un cuerpo joven. Una mujer. Pude mirarla directamente a la cara cuando ella inclinó la cabeza hacia atrás y se volvió hacia mí. Una mujer hecha y derecha, con curvas y pechos, con su vida enteramente a mi merced, me miraba con reprimido temor, o tal vez sólo con curiosidad. Sencillamente estaba ahí, preguntándose quién sería su asesino, diría yo que con resignación,

como dispuesta a aceptar cualquier decisión que yo tomara en la siguiente décima de segundo. No se movió, ni siquiera parpadeó, y no opuso la menor resistencia.

Yo no podía respirar y era incapaz de desviar la mirada. Bajé la navaja sobre ella, en un movimiento lento y casi onírico, como para demostrarme que era capaz de hacerlo. Cuando la detuve contra su garganta, me sobrecogió una fascinación enfermiza. En ese momento supe que, si no la destruía de inmediato, acabaría por destruirme ella a mí, como judía que era, pero aun así me pareció que el peligro resultaba agridulce. Era como tener una mujer prisionera en mi propia casa, una judía en una jaula. En cierto modo, era excitante. Al mismo tiempo, estaba disgustado conmigo mismo, pues me parecía deplorable no haber sido capaz de cumplir con mi deber. Ella comprendió que la navaja ya no era su enemiga, porque las lágrimas empezaron a fluir de sus ojos y desvió la vista, dejando su cuello al descubierto, como instándome a actuar. Cerré el tabique y me marché.

6

Desde aquel día empecé a observar a mi madre para ver si estaba al corriente de lo sucedido. Si lo estaba, nada, ni el más leve parpadeo en falso me lo reveló. Actuaba con más discreción que nunca, pero todo lo que hacía, todo lo que llevaba o traía del piso de arriba, por muy íntimo que fuera, de repente cobró sentido. Yo, por mi parte, tuve que fingir que no me daba cuenta de toda la organización interna que mantenía con vida a la mujer joven. Cada vez que abría la boca, temía hacer alguna alusión involuntaria.

¿Quién era? ¿De qué la conocían mis padres? ¿Pertenecían ellos a alguna organización clandestina? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Años? ¿Se había hecho mujer en nuestra casa, encerrada en un lugar tan pequeño y oscuro? ¿Era eso posible? ¿O tal vez la fotografía de su pasaporte era de varios años atrás? Fui a buscarlo para poder repasar las fechas, pero ya no estaba; de hecho, la caja con los carretes de hilo había desaparecido.

A partir de ese momento, no pude evitar comparar todo lo que yo hacía, libremente, con lo que ella debía de estar haciendo, acostada en la oscuridad, sintiendo el tacto de las paredes. Me preguntaba qué estaría cavilando allá arriba, qué opinaría de mí. ¿Me tendría miedo? ¿Pensaría que iba a denunciarla? ¿Esperaría verme de nuevo? ¿Le habría contado algo a mi madre? «Tu hijo ha intentado matarme.» «Ten cuidado. Lo sabe todo.»

Al mismo tiempo, me daba cuenta de que no había estado a la altura de lo que Adolf Hitler nos pedía, y un sentimiento de culpa iba y venía en mi interior. Intenté convencerme de que mi conducta no había sido tan mala. ¿Qué mal podía hacerle ella al Reich, estando ahí encerrada, sin molestar a nadie, como un ratón en su madriguera? ¿Y quién iba a enterarse de que yo lo sabía? Además, ella no era una invitada en nuestra casa, sino una prisionera.

Mi padre vino a pasar el fin de semana a casa y fue más amable conmigo. Me pregunté si sabría lo que yo sabía; tal vez fuera por eso por lo que había cambiado de actitud y ya no pensaba que yo era tan malo como creía. Era imposible saberlo. Le hice algunas insinuaciones a Pimmichen; hablé de esqueletos en los armarios y de que nunca se sabe realmente cuántas personas viven bajo un mismo techo, pero me pareció que ella no tenía la menor idea de lo que le estaba diciendo. Supuso que hablaba de fantasmas y me dijo que ya estaba bien de locuras. Su conducta me demostró su inocencia. Cuando las raciones se volvieron más pequeñas, pasó a mi plato las sobras que mi madre había dejado en el suyo, haciendo caso omiso a sus protestas. Mi madre se me quedó mirando, para ver si me las comía, lo cual a mi entender fue como preguntarme si lo sabía o no. Yo la miré directamente a los ojos y me las comí.

Poco a poco, Elsa se fue filtrando fuera de su encierro, hacia todos los rincones de la casa. La

mesa del comedor estaba dos pisos más abajo y en el lado opuesto de la habitación, pero incluso allí conseguía molestarme y me hacía percibir su presencia. En mi cama, por la noche, se cambiaba por mí, y era ella quien disfrutaba de la suavidad de mis sábanas mientras yo me encontraba constreñido en su nicho sin ventilación.

Me obligué a esperar antes de ir a verla de nuevo, pero al cabo de una semana mi paciencia se agotó. No sé lo que esperaba, seguramente respuestas a mis preguntas, pero antes de subir cambié de idea al menos dos veces. ¿De qué tenía miedo? ¿De que me descubrieran mis padres? ¿De la Gestapo? No era sólo eso.

La luz del día le hizo fruncir el entrecejo; creo que le hizo daño en los ojos.

—Ya no distingo el día de la noche —dijo mientras se encogía y se tapaba la cara con dos pequeñas manos cuyas uñas estaban comidas más allá de la carne; después levantó dos dedos, dejando un ojo al descubierto, como hacía mi hermana cuando jugaba conmigo a «cucú, ¿dónde estoy?».

Su cabello era burdo, grueso y negro; hacía tiempo que no se lo peinaba, y tenía finos pelos negros a los lados de la cara y el cuello. Sus ojos vidriosos tenían una mirada cruda y primaria, y eran tan oscuros que costaba distinguir las pupilas. Las pestañas eran muy espesas, casi se podría haber dicho que eran peludas. Desvié la vista disgustado y capté mi propia imagen reflejada en el cristal de una litografía enmarcada de la Viena del siglo XIX, con mujeres en traje largo y sombreros con plumas. Mi cara era horrorosa. Una de las mitades estaba igual que antes, pero por el lado estropeado la cicatriz me estiraba los labios hacia atrás en una sonrisa, como si la muerte no quisiera que me olvidara de la broma que me había gastado. En lugar de reunirme yo con ella, Elsa se había reunido conmigo, estaba viva y caminaba a mi lado, sonriendo en cada uno de mis movimientos.

Me resultó difícil mirar a la chica después de ver mi propio rostro, pero ella me estaba contemplando como si viera algo raro, más por mí mismo —me pareció— que por mi cara. Nadie habría dicho, por su forma de mirarme, que mi rostro estaba lastimado. Otras personas contemplaban primero una mitad y después la otra, y trataban de concentrarse en una sola cuando me hablaban, aunque continuamente su vista se desviaba hacia la de la cicatriz mientras luchaban por mantener la atención en el lado bueno. Yo solía distinguir ese estado de confusión en sus caras. Pero nada en mi rostro le pareció a ella fuera de lugar: la mía era una cara completa, colocada al frente de una persona, y entonces, para mi satisfacción y disgusto, recordé que me habían contado que los judíos preferían las cosas feas.

Mentalmente intenté adivinar cuántos años tenía ella más que yo: cinco o seis, por lo menos.

—¿Cómo te llamas?

—Elsa Kor.

—Elsa *Sarah* Kor, querrás decir.

No respondió. Yo hubiese querido sentir una ira que no sentía. Bajé la vista para ver qué tenía ella entre los dedos: una pieza de rompecabezas con la imagen de un campo de margaritas. A su

alrededor había otras piezas, entre migas de pan y mechas de vela.

—¿Cuánto hace que estás en mi casa?

Hizo ademán de no saberlo, frunciendo los labios (unos labios que no precisaban de gesto alguno para atraer la vista, porque además de ser carnosos, el labio superior se hundía en el centro, como la mitad superior de un corazón rojo). La observé mientras cogía otras piezas del rompecabezas. Las examinaba una por una, acercándolas mucho a los ojos, como si fueran monóculos que se estuviera probando, pero nunca juntaba ninguna con otra. La vez anterior llevaba puesto un camisón de mi madre. Esta vez, pese al calor, se envolvía además en un chal. Había algo de prohibido en ella; quizá fuera por las leyes de Núremberg, que habían ilegalizado las relaciones físicas entre arios y judíos.

Le dije que podía salir. Me dio las gracias, tras lo cual empezó a mordisquearse las uñas otra vez. Nos quedamos así, en silencio, hasta que quise marcharme, pero no supe cómo. Hubiese querido cerrarle simplemente el tabique en la cara y largarme, como había hecho la vez anterior, pero no me atrevía. Hubiese deseado que ella dijera algo. Entonces, Pimmichen tosió y los dos fingimos un sobresalto. En mi prisa por cerrar el tabique, y en la suya por ayudarme, perdió una pieza del rompecabezas. La recogí y empecé a darle vueltas, pasando del reverso de cartón, de forma extrañamente humana, al amorfo fragmento de un campo. La limitada visión lo volvía tan vasto y deseable como si mirara un jardín por el agujero de la cerradura de una mazmorra. Dejé caer la pieza en uno de mis bolsillos.

Después de eso, por alguna razón, procuré que ella me oyera todo lo posible. Cuando volvía a casa, intentaba que mi voz sonara alegre y confiada: «¡Pimmichen! ¡Soy yo! ¡He vuelto!». Y antes de acostarme: «¡Pimmichen, buenas noches! ¡Me voy a la cama!». «Mamá, ¿dónde has puesto mi mapa? Quiero consultar una cosa.» Recorría la casa pisando fuerte, arrastraba la silla de mi escritorio y exageraba cada tos y cada bostezo. Quería que ella estuviera al corriente de todos mis movimientos, como yo lo estaba de los suyos. Mi madre me decía que no armara tanto alboroto, pero Pimmichen le recordaba que sólo así podía oírme con el oído malo.

Unos días después fui a ver a Elsa de nuevo, pero esta vez tamborileé con los dedos antes de abrir el tabique. Sentía que yo era un intruso para aquella chica, cuando en realidad la intrusa en mi casa era ella. Aproveché como excusa la pieza perdida del rompecabezas, y actué como si acabara de encontrarla en el suelo. Fue entonces cuando reparó en mi mano, o quizá deba decir en la ausencia de mi mano. El sufrimiento que reflejaba su cara fue terrible; se me encogió el corazón, fue como si hubiese visto algo siniestro. Extendió las manos y la apretó; es decir, apretó el aire donde debería haber estado mi mano. Aunque sabía muy bien que ella era inferior a mí y que, por tanto, no había razón para que yo apreciara sus gestos, lo cierto es que ninguna mujer me había hecho nunca algo así.

—Ése era mi mayor miedo cuando tocaba el violín —susurró—, perder la mano con la que presionaba las cuerdas. Solía decírselo a Ute y ella se reía.

Al oír el nombre de Ute me quedé atónito. Me recordaba vagamente a alguien... Sí, vi algo en

su rostro que me resultó familiar, y la chispa de mi mirada al reconocerla le provocó una sonrisa. Así que era ella: la chica que venía a todas horas a ensayar con Ute. Bajé la vista hasta la mano que ella no estaba apretando. Me emocioné tanto al ver que ella, una mujer, cualquier mujer, no sentía asco por mí que pensé que iba a ponerme a llorar. Tuve que marcharme antes de que eso sucediera.

Aquella noche se apoderó de mí una extraña embriaguez. Mi vida, tan intolerable en los meses posteriores al accidente, cuyos minutos y horas habían sido dolorosamente trabajosos, había dado un giro inesperado. Ahora, cada minuto era intenso, mi corazón palpitaba con fuerza en mi pecho cuando cobraba conciencia de mí mismo cada mañana, antes incluso de abrir los ojos. ¿Iría a verla o no? ¿Cómo lo haría? Era emocionante, un desafío para mi imaginación, y me sentía vivo. Los papeles se habían invertido. Ahora era yo quien le sugería a mi madre que saliera de casa a tomar el aire, porque la veía pálida. ¿No deberíamos ir a ver a papá a la fábrica? ¿O a buscar provisiones? Cuando mi madre estaba lista, con la cesta colgada del brazo, me invadía de pronto una repentina lasitud y la dejaba ir sin mí.

Aunque al principio intenté quitarme de la cabeza a la joven, para entonces estaba tratando de olvidar a Adolf Hitler. Me irritaban sus constantes reproches de mis defectos: mi incapacidad, mi actitud acientífica, mi indignidad, mi deslealtad, todo lo cual me privaba de su aprecio. Cuando encontraba una fotografía suya en una revista, aunque hubiera sido una figura paterna para mí, se me encogía el estómago y rápidamente pasaba la página.

Durante más de un año, ella y yo vivimos juntos en la misma casa de esa manera tan demencial.

A causa del peligro latente, la confianza iba y venía. Yo subía a verla siempre que podía, sin que nadie lo supiera, y poco a poco fue creciendo entre nosotros una extraña afinidad. Le hablé de Kippi, de los campamentos de supervivencia y de mi accidente, pero tenía cuidado con lo que decía. Curiosamente, a mí me resultaba más difícil hablarle a ella que a ella hablarme a mí. Elsa se censuraba menos. Yo suponía, no sé si con razón, que su franqueza se debía más a su soledad que a una auténtica confianza en mí, al ser yo la única persona más o menos de su edad con quien podía hablar. A veces parecía alegrarse de verme, pero supuse que eso era también por el tiempo que le permitía pasar fuera de su confinamiento.

Me habló de sus padres, Herr y Frau Kor, que discutían por la forma de servirse la mantequilla. Frau Kor cortaba una fina lámina de un extremo de la barra, mientras que Herr Kor rascaba con el cuchillo la parte superior. Tenían dos escuelas de pensamiento para todo, desde la manera correcta de guardar los calcetines —planos y doblados en dos, o bien hechos una bola, uno dentro del otro—, hasta el modo de recitar las oraciones para que Dios las oyera: a su hora, en voz alta y balanceando el cuerpo adelante y atrás, o bien, puesto que Dios no necesitaba oídos para oírnos, en silencio y a cualquier hora del día cuando la necesidad fuese espontánea. Me

habló de sus dos hermanos mayores, Samuel y Benjamin, que soñaban con emigrar a Estados Unidos y abrir una tienda de coches usados; y, sobre todo, me habló de su prometido, Nathan.

Nathan era brillante en matemáticas y hablaba cuatro idiomas: alemán, inglés, francés y hebreo. ¿Quién podía considerar el hebreo un idioma?, objeté. Me dijo que, aunque yo no lo hiciera, eran tres lenguas las que escribía, leía y hablaba con fluidez, lo cual era más de lo que podía decirse de la mayoría. En eso tenía que darle la razón. Aunque no se la di. Hubiese querido decirle que a un judío ni siquiera deberían permitirle hablar el alemán, pero no podía insultarlo a él sin insultarla también a ella, lo cual se repitió en otras muchas ocasiones.

Nathan no practicaba ningún deporte y pasaba casi todo el tiempo leyendo libros de historia, filosofía y teoría matemática. Yo no podía creer que a ella le entusiasmara tanto semejante pelmazo. Podía pasar horas enteras hablando de él. Los ojos oscuros se le iluminaban, el pecho se le ensanchaba, su expresión se suavizaba y sacudía su densa cabellera, sentada con las cortas piernas de niña flexionadas primero a un lado y después al otro, y los piececitos demasiado arqueados, inusualmente pequeños, descalzos sobre la alfombra, aunque debo decir que parecían trabajosamente calzados en unas invisibles zapatillas de baile. Si le hacía alguna insignificante pregunta sobre él —lo que pensaba de tal cosa o lo que hacía con tal otra—, más que nada para demostrarle mi superioridad, ella empezaba y no acababa. A veces cerraba los ojos e inclinaba la cabeza a un lado, como si imaginara que iba a recibir un beso suyo antes de abrirlos. Terminé por irritarme cada vez que ella mencionaba su nombre, en parte porque, teniendo delante a un ario superior, Elsa no hacía más que pensar en Nathan. Pero eso no significaba que yo la deseara, ni que estuviera celoso.

Un día (mucho después de averiguar que el color favorito de él era el azul, porque era el de la longitud de onda más corta en el espectro luminoso, el más refractado y, por tanto, el que penetraba a mayor profundidad en el mar, lo cual explicaba que el mar y el cielo fueran azules; que su palabra favorita era «quintaesencia» y que le gustaba repetírsela a ella sin motivo al oído; que nada más verlo, ella había comprendido que estaban hechos el uno para el otro, porque él llevaba en la mano el *Tractatus logico-philosophicus* de un tal Ludwig Wittgen-no-sé-qué y ella también lo llevaba, aunque se trataba de una coincidencia estúpida, porque ambos estaban en la sección de filosofía de la misma biblioteca pública, donde las únicas personas del mundo que habían oído hablar de semejante tocho de libro eran un puñado de vieneses pedantes que pasaban todas las tardes allí; y que los pies de él eran griegos, porque el segundo dedo era más largo que el dedo gordo, aunque toda su helenidad no pasara de ahí) me armé de coraje y le pregunté si tenía alguna foto de él.

Fue curioso. Me sentí traicionado al enterarme de que sí tenía una foto suya, allí, en mi propia casa. ¡Escondida en ese espacio secreto suyo! Me dije que mi ira se debía únicamente a que en cierto modo me había sido impuesto un segundo huésped judío al que nadie había invitado. Rebosante de orgullo, ella me enseñó a su novio de cara de ratón y pelo rubio sucio, con sus feas gafas de montura de concha. No sé si le servirían para agrandar la letra pequeña, ¡pero cómo le

agrandaban los ojos! ¡Parecían dos bolas de billar! ¿Cómo podían dos ojos humanos sobresalir tanto y a la vez parecer tan ausentes? ¡Dos pedruscos de un par de kilos! ¡Pero si era más feo que yo! Era cierto que a los judíos les atraía la fealdad, de eso no cabía la menor duda. Hubiese querido decirle que por nada del mundo habría cambiado mi cara por la suya. Sentí rencor hacia ella por pensar que semejante escoria era una gran persona.

—¿A que es guapo? ¿A que sí? —insistió ella—. Cuando termine la guerra nos casaremos. Ese hombre afable, ese erudito, será mi marido.

La contemplé mientras acariciaba el contorno de aquella mezquina cabeza de cerebro de guisante. Yo no quería ni esperaba que terminara la guerra, pero hasta entonces no había tenido claras mis razones. A partir de ese momento las tuve.

Si en aquel tiempo Elsa era importante en mi vida, también lo fue Nathan. Se sentaba a la mesa y comía conmigo, divagando sobre alguna improbable teoría, mientras ella batía sus pestañas para él y no para mí. Compartía con ella aquel apretado espacio diminuto, abrazándola. Yo podía sentirlo. Hubiese querido sacarlo agarrándole por los pies y arrojarlo por la ventana de una vez por todas. Toda nuestra casa era su patio de recreo: subían y bajaban la escalera corriendo, siempre de la mano, y se desternillaban de risa tumbados en nuestros sofás y en nuestras camas. ¡Qué dulce sería ese beso tanto tiempo anhelado, habiendo tenido ella embotados todos sus sentidos en aquel encierro! Imaginaba esos dedos ruines tocando sus mejillas, atrayendo su rostro hasta tocar los labios de ella con los suyos. Me ponía furioso. De vez en cuando me atrevía a imaginar que ese beso era mío, entonces sentía un vacío en el estómago y me invadía una especie de indolencia. ¿Estaría enfermando? ¿Me estaría contaminando ella? Sabía que me estaba rebajando, pero no me importaba. ¿Quién podía enterarse?

Empecé a leer el periódico con otros ojos. Ahora, cada victoria me acercaba un poco más a Elsa, y el único propósito de cada ataque enemigo era arrebatármela. La guerra perdió cualquier otro sentido. Ganar significaba ganarla a ella. Perder era perderla *a* ella.

El beso se volvió una obsesión. ¡Yo, que había superado todas las pruebas del valor y había defendido al Reich, descubrí que era demasiado cobarde para emprender esa minúscula acción! ¡Y ella ni siquiera era aria! Estaba furioso conmigo mismo: pasaba horas y horas con ella sin pensar en ninguna otra cosa, pero era incapaz de hacer algo más que escuchar tontamente su conversación, cautivado por los variados movimientos de sus labios en forma de corazón rojo, asintiendo todo el tiempo con la cabeza. Era una agonía, sobre todo cuando me hablaba de Nathan, porque todo lo que había creído posible se volvía imposible como por arte de magia. Cada despedida me dejaba una profunda sensación de fracaso.

Me juré por mi honor que la próxima vez que la viera, pasara lo que pasase, la besaría y punto. Ensayé el beso mil veces con el pensamiento. El hecho de que estuviera en mi casa me hacía sentir que legítimamente ella era mucho más mía que suya. Entonces llegó el momento. Dejó de hablar y se hizo un breve silencio. Yo aún no me había movido, pero estaba a punto de

hacerlo; tenía la mente preparada y estaba concentrándome con toda la intensidad de que era capaz cuando ella me miró, reparó en la expresión ridícula que debía de estar poniendo y estalló en carcajadas.

Cerraba un ojo más que el otro cuando reía, como si nos estuviera haciendo un guiño a mí y al mundo, mientras sus labios parecían aún indecisos entre la risa y el llanto.

—¿Recuerdas, Johannes, cuando entrabas en el cuarto de tu hermana y nos fastidiabas a las dos? —Su risa se volvió más aguda y melódica—. ¡Nunca había visto rabietas semejantes! ¡Casi le rompías el violín, no lo soltabas! —añadió, desarreglándome el pelo.

Qué desgraciado me sentí. Todavía me veía como a un niño. Yo era más joven que ella y su adorado Nathan, es cierto, pero había cumplido los diecisiete. No sólo era un hombre, sino que ya había sido soldado, ¿no se daba cuenta?, ¡soldado! ¡Yo era más hombre a los once años, cuando hacía ejercicio y asistía a campamentos de supervivencia, de lo que él lo sería nunca a los treinta, a los cuarenta o incluso a los cien años! ¡Seguro que ese ratón judío ni siquiera era capaz de levantar un trozo de queso!

Después de aquella afrenta, salí a repartir órdenes de reclutamiento. Me movía a trompicones por la ciudad, cometiendo un error tras otro. Tenía que ir a la calle Sonnergasse, en el duodécimo distrito, y acabé en la Sommergasse, en el decimonoveno. Fui a la Nestroygasse, en el segundo distrito, sin saber (ni consultar) si había otra Nestroygasse en Viena, y sí que la había, ¡en el decimocuarto! Pasé todo el tiempo concentrado en pensar horrores de ella, hasta el punto de no ver nada a mi alrededor. Debería haber estado loca por mí y por mis atenciones, porque, aunque estaba tullido, mis genes permanecían intactos y eran superiores a los de él, pero en lugar de eso insistía en idolatrar a aquel niñato insignificante, lo cual demostraba que ella misma era igual de insignificante y que yo debía abrir los ojos y reconocer que estaba perdiendo el tiempo con un ser inferior. ¿Acaso no nos habían enseñado en la escuela todo lo que había que saber acerca de los judíos? ¿Por qué hacer una excepción con ella? ¿Por qué no la denunciaba? Habría sido la mejor manera de quitármela de encima. Ya iba siendo hora, considerando el tiempo que llevaba ella riéndose de mí. ¡Desde que tenía memoria!

En la calle había una mujer que vendía manzanas a un precio muy alto. Al pasar por su lado, vi un último ramillete de margaritas sin vender, remojándose en un cubo a sus pies, y sentí que perdonaba a Elsa y que ansiaba regalárselo. Como no tenía el precio marcado, llamé a la mujer para preguntárselo. Ella dio un paso atrás, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar el sobresalto que le producía mi cara, como si yo cometiera una insolencia al ofenderla con la visión de mi rostro. Los clientes más próximos a mí se volvieron para ver cuál era el motivo de tal sobresalto. Mis piernas no fueron lo bastante veloces para escapar y así evitar sus groseras exclamaciones de asombro.

Quería volver a casa, pero me quedaba una última orden por entregar. Sabía que las probabilidades de ver a Elsa a última hora de la tarde eran prácticamente nulas, pero me sentía más aliviado cuando la tenía cerca. Daría un portazo, para que supiera que había llegado.

Imaginé que se habría pasado el día esperando oírlo. Me habría gustado hacerla aguardar un poco más, pero, probablemente, para entonces la separación me molestaba más a mí que a ella.

De camino a Hietzing, vi a una mujer sobre una picota, con un cartel de cartón colgado del cuello que la acusaba de haber mantenido relaciones con un eslavo. La habían rapado, por lo que a primera vista la confundí con un hombre. Había un grupo de gente insultándola, y los recién llegados que leían el cartel le escupían a la cara. El borde del cartón se le hundía en la barbilla y le impedía agachar la cabeza lo suficiente para eludir, aunque fuera al menos psicológicamente, los ataques verbales más despiadados o sortear los escupitajos.

Me produjo una extraña sensación pasar por su lado andando libremente; sentí más pesadas las piernas, como si se pegaran al suelo a cada uno de mis pasos. Acabé arrastrando una pierna. En cuanto me distancié de la escena, intenté razonar con el niño que había sido, deshacerme de lo que fuera que se estaba apoderando de mí, pero era una batalla perdida en sus tres cuartas partes.

Nunca entregué mi última orden de reclutamiento. Antes de llegar a Penzing, di con un grupo de chavales de mi edad vestidos con elegante ropa inglesa, con el pelo largo y desordenado, bailando en plena calle al ritmo de una grabación de música de viento americana. A decir verdad, no bailaban, sino que movían el cuerpo como dementes. Se juntaban dos o tres y empezaban a dar saltos alrededor de una sola chica, sin tener ninguno de ellos la mínima cortesía de apartarse y esperar su turno. Saltaban como conejos, entrechocaban las palmas y se frotaban los traseros unos contra otros. Un tío con dos cigarrillos en la boca y una botella de licor aferrada en la mano se puso a arrastrarse de rodillas por el suelo, con la cabeza hacia atrás. Otros se doblaban hacia delante con el tórax colgando mientras movían espasmódicamente los omóplatos. Pero contrariamente a lo que pudiera parecer, no estaban enfermos, no, ¡era parte del baile!

En ese momento tuve la impresión de que íbamos a perderlo todo. En realidad, me bastó contemplar la destrucción a mi alrededor para comprenderlo. Por primera vez supe que íbamos a perder la guerra y, con ella, la moral, la disciplina, la belleza y el sentido de perfección humana por los que habíamos luchado. El mundo estaba cambiando, podía sentirlo, pero no en la dirección correcta. Incluso yo mismo había cambiado. Eso era lo más decepcionante de todo. Había defraudado a Adolf Hitler, a quien yo reverenciaba.

Aquella noche no volví a casa, no fui capaz. No hice más que vagar sin rumbo, mientras los bombardeos de la periferia, que sonaban como fuegos artificiales lejanos, me ponían nostálgico. Por desgracia, las bombas cayeron demasiado lejos para poner punto final a mi narración.

7

Mi madre me estaba esperando con la cara apoyada en la ventana. Antes de que yo llegara a la verja, salió corriendo para estrecharme entre sus brazos. El último año le había pasado factura: un mayor número de canas salpicaba su pelo castaño, los labios se le agrietaron en las comisuras y las ojeras le daban un aspecto de derrota. Mientras la abrazaba, apoyé el mentón en su cabeza y miré el vaho que había dejado impreso en el cristal, con las palabras no dichas esfumándose poco a poco.

Me preguntaba para mis adentros si debía decirle en ese preciso instante que estaba al corriente de lo de Elsa. Sabía que Elsa era contraria a contárselo, porque no quería que se inquietara por mi seguridad, pues ya tenía suficientes preocupaciones. Yo estaba convencido de que, si alguna vez descubrían a Elsa, mi madre asumiría toda la responsabilidad, pero temía que organizara su traslado si se enteraba de que yo estaba al corriente. Por otro lado, si habláramos sobre ese tema, podríamos aliviar las tensiones y quizá pudiera ver a Elsa más a menudo. Era un suplicio que transcurrieran los días sin poder hacer nada más que arañar la pared al pasar, o deslizar una nota con uno de los saludos de antes de la guerra —*Grüß Dich*, *Guten Tag*, *Hallo* o *Servus*—, escrita con mis trazos de niño de cinco años, que ella tenía que ocultar y que yo hacía desaparecer cuando volvía a verla, para que mi madre no la encontrara por casualidad.

A la mañana siguiente, bien temprano, salté de la cama resuelto a contárselo todo a mi madre, pero un incidente imprevisto me lo impidió. Pimmichen, al oírme pasar, me gritó que no se encontraba bien. Supuse que sólo quería que le llevaran el desayuno a la cama, como hacía Pimbo, y entré para subirle las persianas. El brillo en sus ojos me reveló que no me había equivocado. En nuestra casa, el otoño era peor que el invierno, porque todavía no poníamos carbón en las estufas; había, por tanto, una época durante la cual hacía frío, pero no tanto como para poner la calefacción. Aún tenía que enfriarse más el ambiente antes de que nos pusiéramos a caldearlo.

Fue entonces cuando vi «O5» pintado en la casa de enfrente. Pensé que lo habían puesto allí para que yo lo viera cuando subiera aquellas persianas, lo cual era una idea absurda, porque habitualmente no era yo quien lo hacía. La habitación de Pimmichen estaba del mismo lado que el nicho de Elsa, por lo que supuse que alguien lo habría escrito como amenaza contra ella y, en consecuencia, contra nuestra familia. La O era la inicial de *Oesterreich*, el nombre de Austria en alemán, escrito según la grafía antigua, y el 5 representaba la letra siguiente, la e, la quinta letra del alfabeto. Ya en época moderna, el grupo oe se sustituyó por la o con diéresis, ö, de ahí que hoy se escriba *Österreich*. Era el signo que la resistencia austríaca pintaba sobre los carteles

políticos y las ordenanzas gubernamentales que tapizaban los muros de la ciudad. No podía apartar los ojos de aquella pintada. Nuestros vecinos, Herr y Frau Bvlgari, salieron a la ventana, y nos quedamos así, frente a frente, mirándonos con desconfianza. Me pareció evidente que lo sabían. ¿La habrían visto pasar junto a la ventana, aunque fuera una sola vez? ¿Habrían estado espiando a mi madre? ¿Qué significaba aquello?

Mis preocupaciones se vieron desplazadas por otras peores cuando mi madre salió a la calle para verlo mejor y volvió corriendo. También lo habían pintado en nuestra casa; era eso lo que miraban fijamente los Bvlgari. Mi madre lo interpretó más como una acusación que como propaganda, porque no estaba en ningún otro muro. Sin perder tiempo, me mandó al sótano a buscar un último cubo de pintura amarilla de Schönbrunn. Para llegar a la pintura líquida tuve que retirar la película solidificada, que depositada sobre una hoja de periódico me pareció el sol ingenuo y venturoso de los dibujos escolares. Por muchas capas que aplicamos, turnándonos ella y yo, el amarillo no llegó a tapar del todo el negro, que cualquiera podía ver si miraba bien.

Desde aquel día, mi madre fue un manojo de nervios. Si cometía yo el error de entrar en una habitación sin llamar a la puerta, ella se volvía como una peonza, llevándose las manos crispadas al corazón. Cada vez que el viento hacía temblar una ventana, gritaba: «¿Qué ha sido eso?», «¿Quién anda ahí?». Decía que oía ruiditos al descolgar el teléfono y que no era la respiración de las cotillas con las que compartíamos la línea. Cuando bajaba la escalera por la mañana, no admitía nunca que las cosas estaban tal como las había dejado. «¡¿Qué hace ahí esa taza?!» «La dejé yo, mamá, ¿no te acuerdas?» Empezaba a redistribuir los ceniceros, hasta que su nerviosismo me afectaba a mí, y atendía menos a Elsa, por miedo a que la estuvieran vigilando. También ella misma se descuidaba: se dejaba puestos todo el día el camisón y las zapatillas, y dormía largas siestas. Elsa empezó a vivir en completa oscuridad durante días enteros, sin la menor tregua; por fortuna, yo la visitaba por las tardes, para ofrecerle una palabra amable, agua fresca o una patata cocida fría.

Los días se volvieron más cortos. Oscurecía por la tarde, y la noche se prolongaba hasta bien entrada la mañana. Aquel otoño me pareció excepcionalmente frío, quizá porque comíamos poco. Algunos días sólo teníamos caldo, pan viejo y un nabo. Me metía en la cama con la ropa puesta, con el pijama hecho una bola bajo el cuerpo, y sólo me cambiaba cuando la temperatura se volvía tolerable.

Una noche, hacia las tres, me despertó el ruido de unos sollozos. Me incorporé y salté de la cama. Elsa estaba arrodillada, con la cabeza apoyada en el marco de mi puerta. Tardé unos segundos en distinguir su postura, porque el pelo le tapaba la cara como un velo, por lo que a primera vista me pareció que sus piernas estaban flexionadas en un ángulo imposible. Corrí hacia ella, era la primera vez que abrazaba a una mujer. Estaba helada. La estreché entre mis brazos y le hice fricciones por todas partes, consciente de cada uno de sus huesos. Olía a orina y su boca tenía el hedor ácido del hambre, pero no me importó.

—Tu madre, Frau Betzler, ya no viene. ¡Me voy a morir! —gimió, y añadió en yidis *Tsures!*,

«¡pobre de mí!».

Le indiqué con un gesto que se metiera en la cama conmigo para calentarse, pero no me hizo caso; empezó a chuparse la uña del pulgar, sin responder. Entonces encontré una solución aceptable para los dos. Si se daba prisa, podía calentarse en mi cama sin mí, ya que las sábanas aún conservarían el calor de mi cuerpo. Eso sí lo aceptó, y me permitió que le frotara la espalda a través de las mantas.

—Por favor, Johannes, ve a buscarme algo de comer.

Me iluminé el camino con una linterna, sin preocuparme de que mi madre me oyera. Encendí el gas y en un par de centímetros de caldo puse en remojo el pan que encontré, para ablandarlo. Me pareció que transcurría una eternidad hasta que el primer vapor empezó a desprenderse de la superficie, mientras los constantes ronquidos de Pimmichen me sacaban de quicio. Ni siquiera un hombre recio podría haber hecho a posta tanto ruido expulsando el aire por la nariz (yo lo sabía, porque lo había intentado); ¿cómo era posible que ella lo consiguiera mientras dormía? De repente, me sentí tan furioso con mi abuela como con mi madre.

El regreso fue más difícil, porque tuve que sujetar la linterna entre los dientes. Me alegró que Elsa no estuviera mirando cuando entré en la habitación. Dejé caer la linterna sobre la cama, donde su luz nos envolvió en un desvaído halo amarillo. Casi se ahoga devorando el pan que le di. Después volví para buscar agua y se la acerqué a los labios, sosteniéndole la cabeza lo mejor que pude con el muñón del codo. Después de comer y llorar, su cara estaba húmeda y pegajosa. Sus ojos, iluminados por el perceptible brillo de la inteligencia, destacaban sobre las ojeras oscuras en un rostro afilado y desusadamente pálido, a los lados de una nariz perfectamente recta, cuya posición algo más alta en la cara le confería un aire majestuoso, que en otras circunstancias habría rozado la arrogancia. Sus cejas, el único rasgo asimétrico, transmitían la sensación de que cada ojo tenía un estado de ánimo diferente. Respiraba dócilmente, satisfecho un ojo y preocupado el otro. La besé sin darme cuenta. Ella no hizo nada por devolverme el beso ni por apartarme. Lo que en mí era amor, en ella era pasiva gratitud.

—Ahora tengo que volver —murmuró.

Incapaz de inventar con suficiente rapidez una excusa para retenerla, la seguí obedientemente. Al ser dos cabezas más alto que ella, me sentía torpe y desmañado. Fervoroso, me arrodillé y la tapé con mi edredón, que ella aceptó después de mucha insistencia. Yo mismo le explicaría a mi madre, al día siguiente, cómo lo había conseguido.

Me levanté a las cinco para no arriesgarme a que mi madre le llevara antes el desayuno. Quería evitarle el aturdimiento de cualquier explicación que pudiera darle Elsa. Esperé sentado en el sofá, en el pasillo de delante del dormitorio de mis padres, que estaba justo a la izquierda de la escalera, por lo que no podía salir sin que la viera. Me levanté para consultar la hora; habían pasado cinco minutos desde la última vez que había mirado. Eran las siete y yo ardía por dentro. No respondió cuando llamé a la puerta. Ya no pude esperar más y entré.

—Mamá...

Me paré en seco. La cama estaba hecha. ¿Adónde habría ido? ¿Y cuándo? ¿Se habría ido con mi padre? ¿Era parte de la resistencia? Tuve el presentimiento de que no era la primera vez que pasaba la noche fuera de casa. En cierto modo sentí alivio, porque aún no había encontrado las palabras justas, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que tenía algún tipo de problema. Mi abuela no sabía ni remotamente dónde podía estar.

—Habrá ido a comprar brioches a Le Villiers —aventuró—. A estas horas ya debe de estar abierto, ¿no?

Vivía en otra época. Le Villiers, nuestro colmado francés de Albertina Platz, había cerrado cinco años antes.

Miré en las habitaciones del piso de abajo, por si se hubiera quedado dormida leyendo. Justo cuando me disponía a abrir el cuarto clausurado de Ute, oí que mis padres estaban entrando a casa.

—A veces me sorprendo deseando que se la lleven de una vez —estaba reconociendo mi madre—. ¡Me siento mala cuando temo por mi propia familia! El amor por los míos me está convirtiendo en una mala persona.

—¡No digas eso! Tú has hecho todo lo posible para que ella esté aquí; lo estás haciendo muy bien. Ya sabes que estoy orgulloso de ti.

—No puedo más. Cuando subo, pienso que en cualquier momento puede aparecer un fanático apuntándome con una pistola. Estoy cambiando. Ya no soy alguien que pueda inspirar orgullo.

—No tendrás que padecer mucho tiempo más, Roswita. Te lo aseguro.

—Se suponía que a estas alturas ya deberían haber llegado. ¿Dónde están?, dime. Lo único que hacen es bombardearnos a nosotros. ¡A los civiles! ¡A la gente que los está ayudando!

Esperé hasta que pasaron de largo, y entonces fui por el otro camino, pasando por la biblioteca y el saloncito. Les salí al paso frotándome los ojos.

—¡Ah, buenos días, mamá, papá!

—Buenos días, hijo —respondió mi padre.

—¡Vaya! —dijo mi madre—. Te has levantado tan pronto como yo.

Como mi padre no se apartaba de su lado y me resultaba incómodo sacar el tema en su presencia, acabé por irritarlos a ellos y a mí con una charla intrascendente. Los seguí al sótano en busca de provisiones y también a la cocina. Con el rabillo del ojo advertí que mi padre sacaba una bolsa de agua caliente de debajo de la pila mientras yo continuaba conversando con mi madre. Se retiró quejándose del dolor en un hombro, pero vi que la llevaba al piso de arriba. Posteriormente, Elsa me dijo que la había rellenado de caldo caliente, dándole así un doble uso.

Estuve merodeando en torno a la escalera, listo para interceptar a mi madre. Pero como ya tendría ocasión de descubrir, mi padre la había relevado de su tarea de cuidar a Elsa, y cuando mi madre volvió a ocuparse de ella, ni siquiera prestó atención al edredón y, si lo hizo, debió de pensar que era cosa de mi padre, o al menos así lo esperé yo.

Después, mis padres estuvieron largo rato encerrados en su dormitorio. Él fue el primero en

salir. Cogió a Pimmichen por la cintura y se puso a bailar al ritmo de vals. Ella se quejó, diciendo que no podía bailar sin música.

—¿Qué? ¡Pero, mamá! ¡No me digas que te estás quedando sorda! ¿No oyes la obertura de *El murciélago*, de Johann Strauss? —preguntó mi padre asombrado.

Ante la insistencia de mi padre, ella prestó atención, con la concentración pintada en el rostro marchito, que finalmente cobró vida: ¡sí, ella también la oía! Mi madre intentó bailar, con su camisón y unas zapatillas que se le salían cada tres pasos, pero al final abandonó, aduciendo un motivo que según mi padre sólo una mujer habría sido capaz de concebir: dijo no poder bailar el vals si no llevaba el pelo recogido en un moño. Entonces mi padre cogió el broche que ella usaba para apartarse el pelo de los ojos y se lo colocó en la nuca. Tardó unos minutos en descubrir cómo funcionaba, pero la improvisación fue aceptable. El peinado no duró horas, pero nuestras risas sí.

Después volvió del jardín con una bolsa de hierbajos y una sonrisa cómicamente maligna. Lo que se le había ocurrido era, cuando menos, original. Preparó ensalada amarga de ortigas, asó castañas para el segundo plato y el postre, y aderezó nuestro caldo con las setas que había recogido. No era tan bueno como mi madre quitando la tierra de las hierbas ni cortando las partes malas, pero no nos importó. Tras una sola incursión, el jardín quedó arrasado, por lo que al día siguiente tuvo que recurrir al mercado negro. Nadie se creyó su patraña. Dijo que en el camino de vuelta a casa se había encontrado un jabato recién muerto, abandonado en medio de la calle, como si un cazador lo hubiese herido y el jabato hubiese escapado para ir a morir prácticamente a tiro de piedra de nuestro horno.

Desoyendo las advertencias de mi madre acerca de la escasez para el invierno, mi padre llenó de carbón la estufa de cerámica. Su conducta era muy poco habitual, pero no iba a ser yo quien objetara. Acercamos nuestras butacas a aquellos preciosos azulejos en delicados tonos verdes y nos quedamos contemplando el fuego como hipnotizados, esperando a que la temperatura aumentara lo suficiente para cerrar la puerta de la estufa. El fuego tenía todo el misterio de un drama que nadie pudiera comprender, con ígneos actores enunciando sus verdades más íntimas en una lengua muerta. Mi madre se había apoyado con cariño sobre mi padre, y yo deseé que Elsa estuviera conmigo. Sabía que ellos también estaban pensando en ella, porque mi madre dijo algo al oído de mi padre, y él enseguida se incorporó y salió de la habitación.

Aunque no me desagradaba estar con ellos, no veía la hora de estar solo. Sentía un impulso incontrolable de grabar el nombre de Elsa en la pared, al lado de mi cama, o de arañarlo en mi propio brazo. Volvía a imaginar una y otra vez nuestro beso, y anhelaba besarla más intensamente, besar sus hombros, su cuello y sus manos infantiles de uñas mordisqueadas. El hecho de que mis padres no repararan en mi estado de perenne ensoñación era una señal inequívoca de lo mucho que les preocupaba su propia suerte. Creo que a partir de aquel momento no tuve un instante de tregua pensando en ella. Puede que para los demás yo siguiera siendo el

mismo, pero para mí ella estaba presente en todas partes. Era increíble que nadie pudiese verla sentada sobre mis rodillas.

Aquélla fue una noche sin luna. Teníamos todas las persianas cerradas, y en las ventanas en las que no había ningún cierre, habíamos claveteado alfombras. Por todo el barrio se habían multiplicado los carteles que advertían: «¡El enemigo ve tus luces! ¡Apágalas!». La luz se había convertido en nuestro enemigo. Subí la escalera de rodillas y me abrí paso a tientas hasta ella. La oscuridad era mi amiga: ocultaría mi rostro y todas las torpezas que pudiera cometer. Había resuelto confesarle a Elsa que la quería, no podía seguir callando. Si perdíamos la guerra, emigraríamos los dos a América y me casaría con ella. No me importaba casarme con una judía. Ella no era como los otros judíos que yo había estudiado, era una excepción. Además, podía convertirse al catolicismo. Si mis padres la habían amparado, ¿cómo iban a oponerse?

El corazón me palpitaba con fuerza. Tuve que detenerme en el descansillo y repasar mi parlamento. Estaba seguro de que ella saltaría de dicha ante el privilegio de ser mi esposa, la mujer de un ario. ¡Claro que iba a aceptar! Si hasta entonces se me había resistido era sólo porque no le había hecho ninguna proposición seria; tal vez suponía que sólo quería jugar con ella, por pura diversión. Apoyé la mejilla en la pared y tamborileé con los dedos, haciéndole nuestra señal particular.

—¿Sí? —susurró.

—Soy Johannes.

Tuve que llamar otra vez. Tardó mucho en abrir. La busqué a tientas, enamorado con la intensidad de la juventud, pero curiosamente ella no hizo el menor esfuerzo por salir a mi encuentro. Intenté meter la cabeza para besarla, pero ella me rechazó con un suspiro.

—¿Qué pasa?

Pensé que estaba enfadada porque no había ido a verla antes. Me encontraba en una situación difícil, pues sabía que mientras no le expusiera mis planes, Elsa se me resistiría, pero no me resultaba fácil abordar el tema si ella no me ofrecía alguna señal de afecto.

Su voz tenía un tono contrariado:

—Ya no puedo vivir en esta estúpida negrura. Me dan ganas de gritar, de arrancarme el pelo... Y lo haría si sólo fuera por mí. ¿Qué cambiaría si yo muriera? Aquí dentro ni siquiera hay diferencia entre el sueño y la vigilia. ¡Sólo negro, negro, negro!

—Chiiis —la hice callar, acariciándole el pelo—. ¿Quieres que te deje una de mis linternas?

—¡¿A ti qué te parece?!

No esperaba que me contestara mal, pero lo atribuí a las incomodidades que estaba padeciendo, y debo decir que en cierto modo me sentí halagado, porque lo interpreté como una señal de que habíamos traspasado las barreras de la cortesía entre conocidos para acceder a una unión más íntima. Aun así, me tomé mi tiempo para bajar en busca de la linterna. Quería que se arrepintiera de haberme hablado de aquel modo. Dio resultado. Cuando volví, extendió la mano para sentir que yo estaba allí.

—Aquí la tienes.

Apoyé mi mano sobre la suya para enseñarle cómo funcionaba, y no la aparté cuando terminé la explicación. Ella retiró la suya.

—Elsa... —comencé, pero todo lo que tenía pensado decirle me pareció que estaba fuera de lugar.

De todos modos, ella me interrumpió, apuntándome con la linterna en plena cara. Yo asesté un par de ciegos manotazos para que la apartara, pero para entonces ya había vuelto a meterse en su escondrijo, ese que yo estaba empezando a odiar. Por mucho que dependiera de los demás, había en ella cierta autonomía cuando estaba metida allí dentro.

—El negro —empezó a contar— ni siquiera es un color. Nathan me explicó que el negro es la ausencia de color. Por tanto, estoy viviendo en la ausencia de color. No puedo verme; en consecuencia, cabe suponer que estoy ausente, que no existo.

—Para mí sí existes —dije inclinándome hacia ella—. Yo te amo.

Sus labios se retorcieron y me encontré besando sus dientes mientras ella lloraba con tal fuerza que temí que mis padres la oyeran. Le tapé la boca. Mi venturosa ilusión duró todavía unos segundos más. Pensé que su conmoción se debía a lo que acababa de decirle y al amor igualmente intenso que ella sentía por mí, pero tras una larga inspiración durante la cual pareció que iba a inhalar hasta la palma de mi mano, articuló —estoy casi seguro— el nombre de su amado.

Aturdido, retiré mi mano. Entre jadeos, ella repitió una y otra vez:

—Nathan, Nathan, ayúdame. Eres lo único que me mantiene viva, Nathan.

No estaba preparado para semejante desaire, por lo que oír los aviones fue un alivio. No me sentía como si ella hubiera rechazado mi proposición, sino como si hubiésemos estado juntos y me hubiera engañado con él. En ese momento deseé verla muerta. Estalló una bomba cerca de casa y yo aullé por el dolor que ella me había causado y que el estruendo hizo aflorar. Sonaban las sirenas, y oí que mi madre me estaba llamando. Me deslicé sentado escaleras abajo. Oí que mi madre me buscaba en la oscuridad, derribando mis cosas y golpeando mi cama.

La abracé por detrás. No le preocupó averiguar de dónde venía, lo único importante era bajar al sótano. Mi padre debía de estar llevando a Pimmichen en brazos, porque ella repetía refunfuñando que no quería morir sin la dentadura puesta y que, por favor, fuera a buscársela. Pimmichen describía a menudo su funeral: quería que la enterrásemos con su traje de novia, el rostro cubierto con el velo (que desde que tengo uso de razón tenía extendido sobre el cabecero de la cama), al son de *Schlummert ein, ihr matten Augen* («Reposad ahora, ojos cansados»), de J. S. Bach. Iba a estar tan bonita como el día de su boda y, naturalmente, ¡no podíamos olvidar su dentadura! Mi padre solía burlarse de ella: «¡Ya, por si se te ocurre sonreír!».

Nuestros pijamas eran una pobre protección contra el frío húmedo del sótano. La luz vacilante de la bombilla volvía aún más lóbrego el ambiente. Ni mis padres ni Pimmichen habían tenido tiempo de calzarse las zapatillas, y el suelo era de tierra dura y fría. Bajé la vista hacia las mías,

deseando que nadie se preguntara cómo había tenido tiempo de ponérmelas. Separé la película seca de pintura del papel de periódico y empecé a retorcerla en todas las direcciones mientras trataba de sofocar la preocupación que empezaba a sentir por Elsa, privada de un refugio decente.

Los muros se sacudían con cada explosión. Aquellas estructuras de piedra eran nuestra única protección, pero sabíamos que de un momento a otro podían convertirse en nuestros indiferentes verdugos. Pimmichen seguía exclamando:

—Mi dentadura. Si pasa alguna desgracia, prometedme que buscaréis entre los escombros hasta encontrarla. Estaba junto al lavabo.

Mi madre se volvió hacia mi padre:

—Si se desmorona el tejado, ¿te imaginas lo que se verá desde arriba? ¿Y si la casa se derrumba y los vecinos lo ven...? ¡Será nuestro fin!

Hundió la cara entre las manos.

—No te preocupes —la tranquilizó mi padre—. Si eso pasa, estaremos todos muertos.

La casa volvió a sacudirse. Miré cómo se balanceaba la bombilla que pendía del extremo del cable, agitando en las paredes nuestras sombras de gigantes.

—O puede que esté junto a mi cama. No lo recuerdo. Tendréis que ir a ver.

—¿Y si todos muriésemos menos uno? Sólo uno. ¿Lo has pensado alguna vez?

Retorciéndose las manos, mi madre examinó en silencio cinco posibilidades, en particular la última. Creo que le preocupaba la posibilidad de que muriésemos todos y Elsa quedase desprotegida. O quizá lo que le preocupaba era que fuese yo quien sobreviviera y tuviera que cuidar de otra persona

Mi padre le cogió la cabeza entre las manos:

—Haremos lo posible por morir todos juntos, ¿verdad que sí?

—¡Menuda situación sería ésa para mí! Miradme: descalza y con los pies sucios, sin dientes, como una pedigüeña, sin nadie que me organice un entierro como Dios manda.

—¡Bah! Si se cayese la casa, tendrías un entierro que sería la envidia del mismísimo Tutankamón —repuso mi padre—. ¿Tienes idea de las toneladas de escombros que habría que remover para desenterrarte? A lo mejor te haces famosa dentro de un par de siglos.

Se levantó una polvareda; sentíamos el polvo entre los dientes.

—No te burles. Un entierro es una cosa muy seria y puede marcar la diferencia entre el cielo y el purgatorio. Como sabes, soy de familia respetable.

—Siempre te he dicho que tú nos enterrarás a todos. Sólo en la Biblia la gente vive tanto como tú.

—Tranquilo, tengo tanto frío que de ésta me muero, seguro. ¿Has notado que bombardean más cuando hace frío? ¡Lo hacen adrede! Si no nos matan de un modo, nos matan del otro. En este país nadie se parará a contar a los que mueran de gripe, ¡caídos en la guerra lo mismo que los demás! Pero no, los que hemos resistido con fuerza y coraje no veremos nuestros nombres en

ninguna placa de bronce. ¡No grabarán nuestros nombres en ninguna estela monumental de granito!

—A Jesús le habría costado atravesar el mar embravecido con gente como vosotras. Sois peores que un agujero en el casco.

Mi padre nos pidió que nos diésemos las manos. Pimmichen se acomodó mi brazo izquierdo mutilado bajo el suyo.

—Cuando iba a la escuela —dijo mi padre—, recuerdo que cantaba con mis compañeros:

Canta
al Reino venidero,
canta
hasta que se haga Su voluntad.
Teme Su ira
y no cejes,
confía
y vuelve al redil.
Justa
y poderosa es Su espada,
canta
y ensalza al Señor.

Pimmichen empezó a cantar; se sabía la letra. Después, mi madre unió tímidamente su voz a las nuestras. Yo canté, pero era como si alguien estuviera cantando por mí, porque me encontraba en otra parte de la casa. El miedo a la muerte —el mío, el de ella, el de toda la familia — había convertido mi ira en una violenta mezcla de amor. Fue la primera vez que le hice el amor a Elsa en mi mente, más intensamente de lo que la vida real me habría permitido. Volví de forma brusca a la realidad cuando la bombilla se quemó. Quedó todo negro como la muerte, pero seguimos cantando como si nada hubiera pasado. Entonces hundí el dedo en el suelo y escribí «Elsa» hasta que la tierra me hizo daño bajo las uñas. Estoy seguro de que aún seguirá allí.

8

La alarma antiaérea había terminado. Estábamos congelados hasta los tuétanos, pero incólumes. Mi padre dijo que era preferible salir por la trampilla del sótano directamente a la calle, porque si las bombas habían alcanzado la casa, nos arriesgábamos a que nos cayera algo en la cabeza volviendo por la escalera interior. Lo primero que me impresionó al sacar la cabeza fue el aire caliente. Eso sucedió antes de ver que la casa de la señora Veidler, dos puertas más abajo que la nuestra, pero del otro lado de la calle, estaba en llamas. Los Bvlgari y un nuevo vecino, el joven doctor Gregor, le estaban prodigando palabras de consuelo, aunque inútilmente. Al ver a mis padres, les hicieron señas para que se acercaran.

—¡La casa no me importa! —oí decir a Frau Veidler—. Pero, por favor, ¡salvad a mis pajaritos, salvad a mis pequeños!

Desde que se había quedado viuda, compraba jaulas llenas de pájaros. Los vecinos se quejaban del alboroto. Se decía que su casa apestaba; según el cartero, era imposible entrar sin taparse la nariz y la boca con un pañuelo. Mi padre solía bromear con nosotros diciendo que si no teníamos suficiente para comer, siempre podíamos ir y cazar uno de aquellos pájaros malolientes.

Cuando el fuego consumió las vigas de madera del tejado, parte de la estructura cedió. No hubo nada que pudiésemos hacer ni salvar. Yo disfrutaba, no sin cierto sentimiento de culpabilidad, de la sensación de calor que proporcionaban las llamas. Creo que a Pimmichen le sucedía lo mismo. Se estaba frotando las manos, pero al advertir la mirada de mi madre, transformó extrañamente el movimiento para que pareciera que estaba rezando.

Una exótica ave blanca, que de tan delicada parecía hecha de encaje, salió volando de entre los restos del tejado. Fue un espectáculo estremecedor, pues sus alas y su larga cola estaban en llamas. No supe interpretar si sus chillidos nos maldecían a nosotros en particular o a la especie humana en general, aunque en definitiva puede que ambas cosas fueran lo mismo. Frau Veidler se llevó las manos a la cabeza: «¡*Anita*!». Tras un breve instante suspendida en el aire, el ave cayó al suelo, donde las llamas siguieron su curso.

Hubiese querido extinguirlas a pisotones, pero era imposible hacerlo sin aplastar al pájaro. Para poner fin a su sufrimiento, recordé lo que me habían enseñado en las Juventudes Hitlerianas, pero me habría repugnado hacerlo. El tórax del ave subía y bajaba emitiendo silbidos, como un acordeón pinchado. Al final, Frau Veidler la sofocó contra su pecho y se quedó sosteniendo su cadáver.

—¡Esos cabrones han matado a mi pajarito! ¡Malditos cabrones! ¡Mis preciosos pajaritos!

Nadie pudo conseguir que lo soltara, ni siquiera mi padre, que también lo intentó.

Había mucho humo, por lo que no podía ver bien en qué estado había quedado nuestra casa. Tuve la sensación de que algo andaba mal. ¿Habría abandonado Elsa su escondite? ¿Estaría vagando por las calles? Sin decir palabra, regresé a toda prisa. El tejado y las ventanas estaban intactos, pero de algún modo intuí su ausencia y, previendo algo indefinido pero horrible, subí corriendo la escalera.

Cuando entré en tromba en la habitación, vi atónito que todo estaba en su sitio, pero reparé en un curioso detalle que habría delatado su presencia de haber sido yo otra persona. Al cerrar el tabique, se había quedado atrapado un mechón de pelo que sobresalía por la juntura inferior. Con sentimientos encontrados, me agaché y me quedé sintiendo su textura entre los dedos. Sabiendo que estaba sana y salva, mi resentimiento resurgió con todas sus fuerzas y le arranqué uno de aquellos rizos. Si necesitaba consuelo, que se lo pidiera a Nathan.

Juré no volver a hablarle nunca más. Aun odiándola, ya la echaba de menos, y era una cruel ironía que el único ser humano capaz de aliviar mi padecimiento fuera la misma mujer que había causado mi dolor. No; decidí que la castigaría, para que nunca volviera a tratarme mal. Mi conducta fue sin duda infantil, fruto de un impulso y no de la reflexión. Sabía que había una botella con té que más tarde le iban a subir. Le quité el tapón y le eché sal.

No contento con eso, me ofrecí para limpiar la cocina. Puse jabón en las sobras de la comida, sabiendo que eran para ella. Pero me salió mal la jugada, porque nos sirvieron las sobras a nosotros, y me las tuve que comer, sin dejar traslucir lo mal que sabían. Para mi gran alivio, Pim-michen no se dio cuenta. Mi madre comió un poco, hizo una mueca y echó una mirada a mi brazo. Comprendía —dijo— que no era fácil lavar los platos con tan poca agua, pero me aconsejó que la próxima vez intentara aclararlos mejor.

Encontré el camisón que usaba Elsa, recién lavado y doblado, junto con una toalla. Me corté un mechón de pelo, lo reduje a trocitos diminutos y con ellos espolvoreé el interior de la prenda, para luego dejarlo todo tal como estaba. Esperaba que le diera urticaria. Ahora estábamos empatados. Yo también dormía apretando su mechón de pelo contra mi piel.

Al día siguiente, mis padres se marcharon a la fábrica. Empecé a caminar de un lado a otro delante de su tabique, pisando fuerte con las botas. Ni una vez se atrevió a llamarme por mi nombre, ni una sola vez, observé con amargura. Lo único que le preocupaba era su propia seguridad. Deseé que se le agotaran las pilas de la linterna que le había dado. Pero ese detalle en concreto se resolvió de una manera que nunca hubiera previsto cuando dos hombres vestidos de paisano se presentaron ante nuestra puerta al amanecer.

Pidieron hablar un momento con nosotros, solamente unas preguntas para proteger mejor el vecindario. ¿Nuestra casa había sido bombardeada? ¿Había sufrido algún daño? ¿Podían entrar para echar un vistazo? Mis padres no pusieron ninguna objeción. Los hombres anduvieron alrededor de la casa, haciendo comentarios acerca de las especies de árboles que teníamos, preguntando qué edad tenían y si los habíamos plantado nosotros mismos. Mientras tanto,

miraban persistentemente el ventanuco del cuarto de invitados. Mi madre les ofreció cumplida información sobre el sauce llorón y lo engorroso que resultaba tenerlo, por sus ramas largas y flexibles como látigos, por sus hojas, que todo el año estaban cayendo, y por la acidez de su savia, que impedía que creciera la hierba a su sombra.

Ellos esperaron cortésmente a que terminara.

—¿De quién es esa ventana de ahí arriba?

—De nadie. O quizá deba decir de todos. Es un cuarto de invitados, pero hace siglos que no tenemos huéspedes —explicó mi madre.

—¿Ah, no?

—No. Ninguno —terció mi padre.

—¿Se refugiaron en el sótano durante el bombardeo?

—Sí, todos nosotros.

—¿Cuántos en total?

—Mi mujer, mi madre, mi hijo y yo.

—¿Cuatro?

—Sí, cuatro.

—¿No olvidaron a nadie en el piso de arriba?

—No.

—Entonces, ¿se dejó uno de ustedes una luz encendida?

—No había ninguna luz encendida. Nuestra casa estaba completamente a oscuras —les aseguró mi madre.

—Durante el bombardeo hubo luz en esa ventana.

Mi madre no fue capaz de disimular el miedo.

—Eso no es cierto. ¿Quién lo dice?

—Lo vimos nosotros, señora.

—No es posible.

—Yo estuve arriba antes del bombardeo. Lo siento, mamá —intervine—. No podía dormir. Estaba tratando de leer con una linterna. No recuerdo haberla apagado cuando empezaron las bombas. He sido un imbécil, ya debería estar habituado a los bombardeos.

Los hombres me miraron fijamente.

—¿Cómo te llamas?

—Johannes.

—¿Juventudes Hitlerianas?

—Sí, señor.

—Debes tener cuidado. ¿No sabes que podría interpretarse como una señal?

—¿Quién iba a ayudar al enemigo a bombardear su propia casa? —interrumpió mi padre.

—¿Cayó alguna bomba en esta casa?

—No.

—Su vecina no tuvo tanta suerte. Por lo que sabemos, la luz en esa ventana pudo haber sido la diana que utilizaron.

Mi padre rompió el silencio preguntándoles si querían que mi madre les sirviera un café. No dijeron que no. Una vez dentro, se interesaron por diversos cuadros y piezas del mobiliario, dijeron que era una casa muy bonita y preguntaron si podían echar un vistazo. Abrieron la puerta de la habitación de Pimmichen y la encontraron acostada boca arriba, durmiendo con un cuenco de sopa apoyado en el pecho. Tenía el pelo recogido en un moño muy tirante, que hacía destacar aún más su prominente nariz. Se volvieron hacia mi padre y le preguntaron:

—¿Su padre?

Él se aclaró la garganta para alertarla y, señalándola educadamente con el brazo, dijo:

—Mi madre.

Si mi madre se hubiese puesto una tonelada de crema en las manos, no se las habría retorcido y frotado con más insistencia que en aquella ocasión. Mi padre se la llevó a la cocina y yo acompañé a los dos hombres al piso de arriba. Prestaban menos atención a los muebles y accesorios que a los techos, suelos y paredes. Uno de ellos alabó la calidad de la alfombra persa del pasillo, pero no fue más que una excusa para levantarla y mirar debajo de ella. Hicieron lo propio con nuestras camas. Cuando subimos el último tramo de la escalera, ya no me atreví a hablar, por miedo a que mi voz traicionara mi nerviosismo. Sólo podía pensar que, si su mechón de pelo sobresalía aún por la juntura, iba a ser el fin de todos nosotros. Me pregunté si sería capaz de fingir sorpresa cuando la descubrieran. ¿Qué pasaría si mi mirada se cruzaba con la de ella? Era una idea espantosa, porque yo la amaba y sus ojos me eran más familiares que los míos; pero si deseaba sobrevivir, tendría que fingir que no conocía su existencia. Imaginé la expresión de su rostro cuando la tratara como a una completa desconocida, una indeseable. Muchos me condenarán por esto, pero cuando la muerte llama a la puerta, no todos se comportan con el idealismo que orgullosamente se atribuyen en tiempos de paz.

Inspeccionaron detenidamente una pared antes de pasar a la siguiente. Miraron arriba, abajo, parecieron satisfechos, abrieron la ventana y se asomaron. A continuación hicieron un minucioso recorrido del desván y uno más somero del estudio de mi padre, tras lo cual uno de los hombres inhaló por la nariz, levantó un dedo y anunció:

—El café está listo.

Supuse que la prueba había concluido, pero mientras tomaban el café me preguntaron si les podía mostrar la linterna que había usado.

—Anda, ve a buscarla —me instó mi madre.

Me incorporé y ellos también lo hicieron, lo cual me produjo pánico, sobre todo cuando me siguieron a mi habitación. Por fortuna tenía otra que me habían regalado los gemelos Stefan y Andreas cuando cumplí los doce años. Uno de los hombres le quitó el polvo e intentó encenderla y apagarla, pero hacía mucho tiempo que la pila se había agotado. Yo no podía hacer otra cosa que mirar fijamente la linterna, con expresión estúpida.

—¿Estás seguro de que es ésta?

—Sí, señor.

—¿No tienes otra?

—No, señor.

—Ésta no funciona.

—La habré dejado encendida demasiado tiempo.

—¿Una sola noche?

—Antes la había estado usando mucho.

El hombre se la pasó a su colega, que sacó la pila y tocó con la lengua uno de los polos.

—No le queda nada —anunció, y se la guardó en el bolsillo.

No se acabaron el café, tenían prisa por marcharse. A mis padres les dijeron:

—Su hijo es un buen chico, pueden estar orgullosos de él.

—Desde luego que lo estamos —dijeron ellos con una sonrisa tensa mientras me rodeaban la cintura con un brazo, uno a cada lado, componiendo la imagen de la familia modelo.

Mi madre estaba furiosa conmigo. Como quería perderme de vista, me mandó a ver a la señora Veidler, que se alojaba en casa del doctor Gregor. Me encomendó que le llevara una maleta con toallas, sábanas y ropa de invierno, y que le preguntara si podíamos hacer algo por ella. El doctor se alegró de recibirme, seguramente porque al tener a alguien que prestara oídos a Frau Veidler, él podría descansar. La visita duró horas. Fue una tortura fingir interés por lo que me contaba: qué pájaros mostraban afinidad por otros, cuáles solía ella poner en la misma jaula, cuánto alpiste consumía diariamente cada especie, cuáles se bañaban en el agua de beber y qué otros pájaros detestaban esa conducta y rechazaban el agua, aunque se estuvieran muriendo de sed, si encontraban el menor rastro de plumas o excrementos en el bebedero. ¿Sabía yo que podían pudrírseles las patitas y que a veces se las picoteaban, al igual que los humanos nos mordemos las uñas? Con gran entereza, proclamó que ahora era libre de ir a donde quisiera y que así lo haría cuando acabara la guerra. Ya no tenía un techo que la protegiera, era cierto, pero había que reconocer que tampoco tenía una casa que la retuviera. Era libre como el viento por primera vez en cuarenta años. Al advertir que estaba a punto de echarse a llorar, me apresuré a preguntarle algo sobre los picos de las aves.

Cuando volví a casa, no encontré a nadie, ni siquiera a Pimmichen. Encima de mi cama estaba la linterna que yo le había dado a Elsa. ¿Se habría arriesgado ella a ponerla allí? ¿Sería una señal de rechazo? ¿O la habrían descubierto mis padres? ¿Y qué les habría dicho Elsa? Por fin tenía la excusa que necesitaba para ir a verla: no tanto una excusa ante ella como ante mí mismo, por romper la promesa que me había hecho de no volver a dirigirle la palabra. Pero antes de que pudiera dar un solo paso en su dirección, alguien empezó a dar frenéticos aldabonazos en nuestra

puerta, gritando a intervalos fastidiosamente regulares y con un timbre de voz cada vez más agudo: «¿Frau Betzler? ¿Frau Betzler?».

Sólo la señora Veidler podía hacer tanto alboroto. Decidí no abrir la puerta y guardar silencio, pero de pronto irrumpió en nuestra casa una figura espigada, de paso rígido y ampuloso entre los amplios pliegues de paño que la rodeaban y la seguían. Su descuidada cabellera gris, demasiado larga para su edad, parecía de alambre, pero su aspecto no era tan de bruja como podría haberlo sido a pesar de la verruga de la barbilla, que, vista de cerca, posiblemente no fuera más que una costra.

—Tengo que ver a tu madre, hijito. Ahora mismo.

—No está en casa.

—¿Cuándo crees que volverá?

—No lo ha dicho.

Con las puntas de los dedos sucias de lo que parecía ser grasa de motor, se anudaba y desanudaba un cordel que quizá hubiese servido alguna vez para atar un paquete, haciendo sonar los dijes de su brazalete.

—Es por un asunto urgente. Me marcho esta tarde a las siete. No volveré. Tengo que verla antes de irme. Es cuestión de vida o muerte. ¡Díselo! ¡Así como te lo estoy diciendo! Ella sabe mi dirección.

—Querrá saber su nombre...

—Ella sabrá quién soy.

—Perdone, señora, pero mis padres conocen a mucha gente.

—Ella sabrá de quién le hablas. Te daré algo.

Iba a dejarme uno de sus dijes de oro, y los estuvo recorriendo uno a uno hasta elegir primero un caballito de mar, que después sustituyó por un abejorro, pero finalmente cambió de idea e hizo un nudo marinero con el cordel. En cuanto se fue, tiré en un jarrón esa cosa llena de grasa, preguntándome qué tipo de personajes conocía mi madre.

Con la linterna como excusa, no recurrí a ninguno de mis viejos rituales antes de abrir el tabique. Quería impresionar a Elsa con mi nueva actitud viril, pero casi no di crédito a mis ojos: ella no estaba. Sólo encontré un pequeño espacio vacío. Nada, como si nunca hubiese existido. Podría haber derribado la pared a golpes, atacar a cualquiera que se me hubiese puesto delante. ¡Mis padres me habían engañado! Era por eso por lo que mi madre me había enviado a visitar a Frau Veidler, para trasladar a Elsa a otro sitio.

Las horas que siguieron fueron crueles, y yo no podía hacer nada, excepto ir y venir por la casa, como si no fuera la mía ni yo uno de sus habitantes. El solo hecho de respirar se convirtió en mi principal desafío y, cuando mi madre regresó, mi zozobra era demasiado intensa para disimularla. Se sorprendió al verme, pero no preguntó qué me pasaba. Yo me quedé mirándola, esperando a que dijera algo, cualquier cosa, pero no hizo más que devolverme una mirada cautelosa.

—¿Dónde está papá? —pregunté.
—En la fábrica.
—¿Y Pimmichen?
—Tuve que llevarla al hospital. Estaba escupiendo sangre.
—¿A qué hospital?
—Al Wilhelminenspital.
—¿Y dónde has estado tú, mamá?
—Parece que hoy es el día de las preguntas.
Hubiese querido aullar «¿Dónde está Elsa?».
—¿Cómo está Frau Veidler? —preguntó.
—Afligida por sus pájaros.
Miró por la ventana y suspiró.
—Es comprensible. Hoy están aquí y mañana ya no están.
—No puede pensar en otra cosa —dije.
—Cuando te acostumbras a su compañía, cuando no tienes a nadie más...
—Sé exactamente cómo se siente.
—¿Lo sabes?
—Yo estoy igual.
—¿Por Pimmichen?
—No, por ella no.
—¿Por papá?
No respondí. Mi madre se rascó una ceja.
—¿Y bien, mamá?
—Ni idea. ¿Me das una pista?
Me encogí de hombros.
—¿Es más grande que una panera?
—¿A ti qué te parece?
—No sé de qué me hablas.
—Seguro que lo sabes.
—¿Algo que se te ha perdido? ¿Tu linterna? Te la he dejado encima de la cama.
—¿Dónde la has encontrado? —pregunté.
Me miró sinceramente asombrada.
—Estaba al pie de la escalera. Pensé que tú la habías dejado allí.
¿Tal vez no estaba al corriente de la ausencia de Elsa? Decidí actuar con cautela.
—Sí, debo de haber sido yo.

¿Por qué no habría aprovechado su ausencia para registrar la casa de arriba abajo? Mi falta de previsión me revolvió el estómago. Di mil rodeos, pero si yo no estaba siendo sincero con ella, tampoco lo estaba siendo ella conmigo. Llegó un momento en que se me quebró la voz y mi

madre se adelantó para estrecharme entre sus brazos. Moviéndome lo menos posible, me enjugué las lágrimas rápido para que ella no lo notara.

Me alegró oír el timbre del teléfono —eso la mantendría ocupada mientras yo recuperaba la compostura—, pero me abrazó con más fuerza aún, como si quisiera demostrarme que yo, y solo yo, era su prioridad. Si no me deshice de su abrazo fue para protegerla de quien creía que podía estar llamando: aquella mujer extraña que había venido antes y que me había parecido una fuente de problemas. El teléfono siguió sonando y, al final, mi madre descolgó el auricular y empezó a tamborilear con los dedos sobre uno de sus pómulos mientras escuchaba. Inmovilizada por sus pensamientos, volvió a ponerlo en su sitio, pero sin soltarlo.

—Si es importante, volverán a llamar... —dijo en un susurro.

Intenté reanudar nuestra conversación, pero ahora era demasiado tarde y ella no volvió a hacer ninguna alusión al secreto. Ya podía insinuar yo cuanto quisiera, que ella se negaría a reconocer que me estaba entendiendo. Yo observaba a mi madre moviéndose por la casa como si nada hubiese sucedido; me habría gustado aferrarla por los hombros, darle la vuelta y obligarla a decirme lo que habían hecho con Elsa. Debió de sentirlo, porque se volvió y me sorprendió mirándola fijamente. Al verme, puso su suave y angelical sonrisa de mártir.

Registré toda la casa, centímetro a centímetro. Era una provocación y mi madre lo sabía, pero se negó a reaccionar. Cuando hacía demasiado alboroto empujando muebles o abriendo y cerrando puertas, ella suspiraba: «¡Ah, las ratas! Ya veo que están de vuelta».

Proseguí mi búsqueda por el vecindario, inspeccioné la copa de todos los árboles, por si veía las piernas de Elsa colgando entre las ramas. Busqué incluso entre los escombros de la casa de Frau Veidler, sabiendo que de ninguna manera Elsa podría haber encontrado refugio allí, pero así estaba yo de desesperado. Diminutos esqueletos de pájaro yacían distribuidos al azar entre las cenizas, como si cada uno de ellos huyera con una técnica diferente de natación y su movimiento hubiese quedado congelado por arte de magia.

Durante dos noches completas monté guardia junto al ojo de mi cerradura, pero mi madre no subió ni bajó, sino que permaneció en su cuarto. Antes de irse a dormir emparejaba calcetines, repasaba las facturas u hojeaba un libro de cocina italiano, repantigada en un sillón. Se la veía aliviada, con menos responsabilidades. La sorprendí rellenando una bolsa de agua caliente, pero se la llevó a su propia habitación cuando se fue a acostar. Ahora sólo tenía que cuidar de sí misma. No había nadie más.

Al tercer día pasó delante de mí, ignorando los mismos objetos que antes solía cambiar y acomodar hasta contagiarme su nerviosismo, y ya no pude soportarlo más. Tampoco podía aguantar su cuidada apariencia, sus vestidos planchados, sus bonitos peinados y sus uñas pintadas. ¡Cuánto tiempo tenía de pronto para cuidar de su aseo personal! No había la menor aflicción en su actitud y eso era lo que más me irritaba.

—¿Dónde está? Dime, ¿dónde está? —Sentí que el lado herido de mi cara se sacudía espasmódicamente. Ella me miró, alarmada, pero no respondió—. ¡Dímelo! ¿Dónde está? ¡Tú lo

sabes!

—¿Quién?

—¡No me mientas!

—No te estoy mintiendo.

—¡Dímelo!

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Me acerqué y, al hacerlo, tiré unos adornos.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Entre los trozos rotos dispersos por el suelo estaba el cuello intacto de un jarrón, del que sobresalía el nudo marinero. Por la forma en que mi madre se inclinó a recogerlo, comprendí que significaba algo para ella.

—¿Qué es esto?

—Un nudo.

—¿Cómo ha llegado a este jarrón?

—Vino una lunática. No se molestó en dejar su nombre. ¿Es la nueva moda en tarjetas de visita?

—¿Cuándo?

El nudo le temblaba en las manos.

—Lo siento, se me ha olvidado mencionarlo. Hace dos días. O quizá tres.

—¿Dijo acaso qué quería? ¿Alguna palabra en concreto?

—Sólo charlar. Iba a marcharse, o sea, que era ahora o nunca.

Mi madre apoyó las manos sobre la mesa para ayudarse a sostener su peso. Convencido de que intentaba cambiar de tema, se me agotó la paciencia.

—¡Mamá, por favor! ¡Dímelo ahora mismo! ¡Tengo que saberlo!

—¿Qué tienes que saber?

—¡No puedo creer que lo preguntes! ¡Lo sabes muy bien!

—Baja la voz.

—¿Temes que ella me oiga? —pregunté.

—¿De quién hablas? ¿Quién podría oírte? ¿Frau Veidler?

—¡No me refiero a Frau Veidler!

—¿A quién, si no? —preguntó mi madre.

—¡A Elsa!

—¿Elsa?

—¡Elsa Kor!

—Nunca he oído ese nombre. ¿Quién es?

—¡Elsa Sarah Kor!

Me abracé a mis propias costillas para no temblar.

Mi madre me observó un buen rato.

—No, el nombre no me suena.

—La amiga de Ute que trajiste a casa. La cuidaste durante años, detrás del tabique, en el piso de arriba. Le dabas de comer, la lavabas. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿En ese armario que hizo tu padre para guardar las cartas viejas? Son imaginaciones tuyas.

—Elsa. Tocaba el violín con Ute. Su pasaporte estaba en la caja donde guardas los carretes de hilo. Caramelos Dandy, con una estampa del Danubio. ¿Te suena?

—El accidente debe de haberte traumatizado. Ve a verlo, allí arriba no hay más que cartas. No tengo ninguna caja de carretes, ni tampoco caramelos.

—Reemplazó a Ute en tu corazón, ¿no es así? No vigilaste lo suficiente sus inyecciones, como deberías haberlo hecho, así que necesitabas lavar de alguna manera tu mala conciencia. Pero ahora la máscara de ángel se te ha caído.

Tras un silencio, la voz de mi madre sonó fría:

—¿Qué quieres de ella?

—Tengo que hablarle.

—No.

—¡Lo necesito!

—Olvídala.

—¿Dónde está?

—Ella no es para ti.

—No puedes saberlo.

—Ella no es para ti, ni tú para ella. Eres demasiado joven para ella, Johannes, sin contar todo lo demás. Por favor, quítatela de la cabeza.

—Tengo que saber dónde está.

—Ya no está aquí. Ahora, por tu bien, olvida que alguna vez ha existido.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Quién lo sabe?

—Ninguno de nosotros.

—¿La habéis enviado fuera de aquí?

—No, simplemente se fue, se marchó por su cuenta. Subí y encontré que su rincón estaba vacío. Me sorprendí tanto como tú. Se había marchado.

—¡Mentira!

—Yo confiaba en ella. Tal vez haya querido protegernos... —concedió mi madre.

En su agitación por escapar de mi acoso, perdió el equilibrio y me hizo tropezar, aunque a ella debió de parecerle que yo la había derribado. El remordimiento me devoraba las entrañas y, aunque era consciente de que había ido demasiado lejos, tuve que continuar.

—Johannes, si lo supieras, arriesgarías tu vida y la mía. Si te torturasen, te lo sacarían. Te pondrías en peligro a ti mismo y la pondrías en peligro a ella. Te das cuenta de eso, ¿no?

Dejé que se incorporara, y ella se puso en pie, sacudiéndose de la falda trozos de porcelana rota.

—¿Lo ves? Estoy arriesgando la vida de mi propio hijo para evitarme el dolor. Un arañazo. Yo. ¡Tu propia madre!

Le supliqué que me contara la verdad.

—¿Estarías dispuesto a morir por semejante tontería?

—Sí.

—Esto no es más que una pasión juvenil, no tiene nada que ver con el amor, no conducirá nunca a nada.

—No puede haber tortura mayor que la que siento ahora.

—No sabes lo que dices. Te causan dolor, dolor y más dolor, hasta que la única esperanza que te queda es sentir menos dolor, a cualquier precio, aunque alguien tenga que morir, y aunque ese alguien sea tu madre, tu padre o tú mismo.

—Mamá, yo la amo.

Se arrodilló y me cogió entre sus brazos.

—Eso es lo que crees, ya lo sé. Pero no sabes nada de la vida. Algún día, cuando seas un hombre hecho y derecho, me darás la razón. Amarás de verdad a otra persona, a alguien que será para ti. Todos sufrimos con el primer amor y a todos se nos cierran las heridas, créeme. La vida continúa, por muy convencidos que estemos de que no vamos a sobrevivir. Sé muy bien lo que digo.

—Mamá...

—Los sentimientos serán menos intensos, pero más genuinos, más maduros.

—¡Apiádate de mí!

Inspiró profundamente y apoyó ambas manos sobre su regazo con sobriedad.

—Va de camino a Norteamérica. En cuanto me informen de su llegada, te lo diré. —Se quedó un momento inmóvil—. Te juro por Dios que es la verdad. Va de camino a Nueva York. Sus hermanos llegaron hace tiempo. Uno de ellos está en Queens y al otro le está yendo muy bien en Coney Island.

Evitaba mirarme a los ojos. Acerqué mi cara a la suya lo suficiente para besarnos de haber sido amantes. Se la cubrió y gritó, exasperada:

—¡Deja de mirarme así! ¡Para ya! ¿Qué quieres? ¿Una mentira? Porque si prefieres una mentira, puedo mentirte.

No la dejé que desviara su rostro del mío.

—¿Prefieres que te diga que está muerta? ¿Así te sería más fácil olvidarla?

—¡Dime el sitio exacto donde está!

—¡Muy bien! ¡Tú lo has querido! Pero antes tienes que prometerme que no irás nunca a verla. ¿Lo harás? Júralo. Por mi vida.

Me llevó a su habitación y me indicó cuatro tablas corrientes del suelo, indistinguibles de las

demás.

—Se marcha mañana. Tu padre tenía esto preparado desde hace años, por si en algún momento nos veíamos en este trance...

Me enseñó un clavo doblado, que con la ayuda del asa de una taza de café podía usarse para levantar la trampilla. Los únicos orificios para respirar eran los que dejaban los clavos que habían quitado.

—Está sana y salva. No tienes nada que temer. Será feliz, créeme.

Se me encogió el corazón. El espacio allá abajo debía de ser del tamaño de una tumba. O bien mi madre me estaba mintiendo —nadie podría haber salido con vida de allí—, o bien Elsa ya estaba muerta.

9

Cuando a la mañana siguiente Pimmichen volvió a casa, mi tormento por Elsa eclipsó cualquier alegría que pudiera haber sentido. Sin ella estaba incompleto, reducido a la mitad de un cuerpo. A cada instante era consciente del antebrazo que no tenía, de mi media cara inmóvil. Mientras estuve con ella, mi carencia había desaparecido, me había vuelto a sentir completo, mi existencia se había desdoblado, había sido dos personas, no una ni media. Había vivido la vida en el lugar de ella tanto como en el mío, o incluso más. Ahora me encontraba literalmente desgajado de ella, amputado de mí mismo. Me estaba desangrando, no hay otra forma de describir lo que me estaba sucediendo.

Pimmichen nos sirvió una infusión. Su meñique, habitualmente extendido, estaba recogido con los otros dedos al calor de la taza. Bebía a sorbos para aliviarse la tos.

—Hay más gente en el hospital de la que quedará en este país si esta guerra no termina. No creeríais lo que he visto en un solo día. No lo creeríais. Cuando ganemos la guerra, no necesitaremos más territorios, sino menos. ¡Las cosas que han visto estos ojos! Hombres con la mandíbula arrancada de cuajo: el mentón, la lengua, todo. No sabía que fuera posible sobrevivir así. Una enfermera les daba de comer, ¡Dios mío!, no podían masticar, ni sonreír, ni hablar, su cara terminaba aquí, en los dientes de arriba. Por debajo no había nada, sólo el agujero que baja hasta el estómago. No, cariño, créeme, cualquiera que te vea puede imaginar lo guapo que eras antes. Pero los desgraciados que he visto yo han perdido su personalidad, ya no parecen humanos. Es como si un escultor loco les hubiese esculpido la cara.

Después nos habló acerca de las medicinas que le habían hecho tragar sin examinarla siquiera, y de las miradas hostiles que le dirigían las enfermeras, como si no tuviera derecho a ocupar una cama por ser una vieja. Había comprendido que lo mejor era marcharse por la mañana, antes de que le dieran una dosis de cicuta. Se tapó la cara con las manos y exclamó:

—¡Y aquéllos no eran los peores! A otro le faltaba toda la cara por debajo de la nariz. Dos ojos sobre un cuello, ¿cómo va a enfrentarse así a la vida? Nada de nada de aquí para abajo. Está acabado, nadie querrá casarse con él. ¿A qué chica se lo podría pedir? Se desmayaría nada más verlo. ¿Os imagináis despertaros y ver eso? No, cariño, reconoce que tú, comparado con ellos, no estás tan mal...

Me estaba deprimiendo hasta extremos inconcebibles. Dicho de otro modo, si los únicos que quedábamos con vida éramos aquel trozo de rosbif clavado en una estaca y yo, cabía pensar que alguna chica me elegiría a mí. Pero ¿qué chica iba a tener cerradas todas las otras posibilidades? Aproveché la poca atención que estaba prestando mi madre para levantarme.

—No, no —dijo ella, agarrándome por detrás del suéter—. Tú te quedas aquí conmigo.

—Sólo iba a buscar los tebeos que dejé arriba.

—Voy contigo.

—Ya tiene edad de ir a buscarlos solo, Roswita. ¿Verdad que ya no eres un bebé, cariño?

—Solamente iba a buscar mis tebeos, nada más.

—Muy bien.

Cuando llegué a la mitad de la escalera, oí que mi madre decía: «¡Oh, mis gafas!». Obviamente, estaban en su habitación, de la que salió poco después para bajar en busca de un libro que se había dejado en el primer escalón, donde tenía costumbre de depositar todo lo que pensaba subir. Como yo estaba en mi dormitorio, al lado del suyo, tuve tiempo suficiente para entrar rápidamente, apoyar la boca contra el suelo y llamar: «¿Elsa? Elsa... ¿Me oyes?». No hubo respuesta, pero incluso si la hubiese habido, no habría tenido tiempo de esperarla.

Mi madre y yo nos saltamos la comida del mediodía, ya que ninguno de los dos abandonamos nuestras respectivas habitaciones. Después vino a la mía, para rogarme que la acompañara a hacer la compra. No me sirvió de nada fingir que estaba enfermo. Cuando oí que se cerraba la puerta, me colé a escondidas en su cuarto, sólo para encontrarla a ella sentada en su cama, con los brazos cruzados.

—Johannes, me decepcionas. ¿Ya no recuerdas el pequeño pacto que hicimos? ¿Aquello que juraste por mi vida? Bueno, ahora que te sientes mejor —añadió mientras me tendía una lista de la compra—, ¿por qué no me traes todo esto?

El tiempo jugaba en mi contra. Consideré todo tipo de planes para esa noche, como acomodar las almohadas en mi cama para hacerle creer que estaba durmiendo, o ponerle en el vaso de agua una de las pastillas para dormir de Pimmichen. Las cosas transcurrieron de manera más sencilla. Mi madre se marchó sin decirnos adónde, cómo ni por qué. Pimmichen estaba enfadada. Me pidió que la vigilara, porque, sin mi padre en casa, no era difícil que alguien intentara aprovecharse de ella. Dijo que pensaba hablar seriamente con mi padre en cuanto tuviera ocasión.

Yo estaba convencido de que era un engaño. Seguro que levantaba la trampilla y me encontraba a mi madre con los brazos cruzados sobre el pecho y un gesto de reproche. Tal como estaban las cosas, no me preocupó. Si ella estaba allí, al menos sabría quién no estaba.

La habitación, recién recogida, parecía más espaciosa y casi sin uso. Como mi madre había sacado lustre al suelo, no pude localizar las cuatro tablas. Encontré el clavo, pero nada se movió por mucho que tiré con el asa de una taza de café. Me había creído su mentira como un idiota. Cuando salía hecho una furia, se me enganchó el calcetín en otro clavo.

—¿Elsa? Elsa... —grité, golpeando el suelo—. ¡Por lo que más quieras, responde! —Pero no hubo respuesta, y la imaginé respirando el aire marino, rumbo al Nuevo Mundo. Mis pensamientos y mi corazón se aceleraron. ¿La encontraría? ¿Viva o muerta?

Cuando conseguí levantar la trampilla unos milímetros, de debajo salió un ciempiés, y el

inmundo olor a encierro me dio náuseas. Al principio me llevé una sorpresa cuando distinguí las hojas de periódico que forraban el pequeño espacio, otras hojas más oscuras arrugadas en una bola, un cuenco de agua a un lado y un bocadillo enmohecido al otro. Había perdido volumen, estaba más delgada, y tenía manchas marrones en la cara, que estaba aún más pálida y consumida. Sus ojos se desviaron para evitarme, o quizá quería evitar la luz, porque en cuanto me vio, empezó a dar manotazos para volver a cerrar la trampilla.

—Siento haberte tratado mal. ¡Perdóname!

Se tapó la boca.

—No sé qué me pasó. Estaba...

No podía entender los sonidos que hacía ella.

—¡De verdad que lo siento! ¿Qué quieres que haga? ¡Dímelo y lo haré!

Sus deseos eran incomprensibles. Le aparté las muñecas de la boca. Entre jadeos, me costó entenderla.

—Me han prohibido hablar contigo... Si no te vas, las cosas empeorarán para mí.

—¿Quién lo dice?

—Frau Betzler. Tu madre.

—Las cosas ya están bastante mal.

—Se pondrán peor, mucho peor...

—Hablaré con ella.

Casi se ahogó intentando recuperar el aliento.

—No, no lo hagas. Ya me odia lo suficiente. Encontró la linterna y pensó que yo la había robado para hacer señales. Me dijo que había traicionado su confianza, que había puesto en peligro a su familia y que yo os estaba hundiendo.

—¿Por qué no le dijiste la verdad?

—Lo hice, no tuve otra opción. Pero sólo conseguí empeorar las cosas, me dijo que no tenía derecho a involucrarte en esto.

—¡Te está castigando!

—Me está protegiendo. Es mi última oportunidad. Fueron a buscar a tu padre a la fábrica.

—Ya lo sé. Lo soltarán, como hicieron la última vez.

—Lo han enviado a un campo de concentración —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Frau Betzler. Dice que lo torturarán. Por eso me ha trasladado aquí. Si lo cuenta todo, aquí estoy más segura, y también lo estás tú, ¡oh, no, Dios mío!, también lo estabas tú...

—Les dije que el de la luz era yo, que había estado leyendo.

Se llevó un dedo a los labios.

—Lo sé, ella me contó lo que hiciste por mí, Johannes. Nunca lo olvidaré. Si algo os pasa a ella o a ti, yo seré la culpable. Después registraron la fábrica. Tu madre tiene razón, la culpa es

mía. Pero no estaba haciendo señales a nadie, era sólo que... no quería esa maldita oscuridad.

La ayudé a sentarse y aproveché para abrazarla. A ella no le desagradó, creo, aunque mantuvo los hombros tensos cuando se inclinó hacia delante.

—Frau Betzler me dice que no falta mucho, que los años se deslizan sin que nos demos cuenta. Dice que terminará pronto, pero de una jaula he pasado a vivir en un agujero. No quiero morir, no puedo morir sin haber visto... una vez más...

Ella misma se censuró.

No vio el dolor en mi cara. Le acaricié la espalda.

—Esto es espantoso, ¿cómo voy a vivir aquí? Esa trampilla me oprime la cara y los pies, no hay aire...

—Estoy seguro de que mi madre te dejará volver arriba; el espacio detrás del tabique es más grande y mejor comparado con esto. Tengo ideas para el futuro, tú sólo tienes que resistir.

—Eso me recuerda una historia que me contaba mi madre cuando era niña —dijo tristemente —. «Una vez, una anciana fue a ver a un rabino, quejándose de que su casa era demasiado pequeña:

»—¿Qué plegarias debo decir para tener una casa más grande? —preguntó.

»—Nada de plegarias —respondió el rabino—. Tienes que actuar.

»—¿Qué debo hacer?

»—Una buena acción. Acoge a todos los del pueblo que no tengan techo.

»—¿Y dónde voy a meterlos?

»—Dios proveerá, ya verás como hace que se aparten las paredes de tu casa.

»Entonces ella acogió a cinco indigentes de Ostroleka que no tenían donde vivir. Había tan poco espacio que tuvo que desmontar su cama y dormir junto a ellos en el suelo. Cuando despertó, nada había cambiado. Se fue a ver al rabino, quien le explicó que Dios estaba poniendo a prueba su bondad. Los indigentes se quedaron con ella todo el invierno, y la casa le parecía cada vez más pequeña.

»—Con el verano llegará tu bendición —le prometió el rabino.

»Llegó el verano, y maduraron el trigo y el maíz. Con la cosecha, todos los pobres encontraron trabajo en diferentes lugares. Cuando se marcharon, la anciana volvió a visitar al rabino:

»—¡Que el cielo nos asista, rabí, tenía usted razón! Dios ha separado mis cuatro paredes, las ha separado muchísimo, mi casa nunca había sido tan grande.»

Cuando mi madre volvió a casa dos días después, era otra persona. El comentario grosero de Pimmichen —«Quien se fue a Sevilla perdió su silla», referido a la ausencia de mi padre— fue acogido con risas despreocupadas. Mi abuela pretendía insinuar que había otro hombre en su vida. Por toda respuesta, mi madre intentó mullirle la almohada, aunque ella no se movió para

dejarla hacer, y le dijo que no dijera tonterías. Supongo que mi madre sabía que yo estaba viendo a Elsa, pero ninguno de los dos sacó el tema. Abandonó por completo su vigilancia. Su actitud hacía pensar que estaba dispuesta a tolerar lo que ignorara.

Nos informó a Pimmichen y a mí de que mi padre, por sus conocimientos de metalurgia, estaba en Mauthausen supervisando un campo de fabricación de armas, pero que pronto volvería a casa. Pasó esos días escuchando la radio con una sonrisa traviesa mientras tejía un suéter para él. Pimmichen dijo que a mi padre no le sentaba bien el rojo, que lo sabía muy bien porque era ella quien lo vestía cuando era niño. Además, era el color de los comunistas, y no queríamos eso, ¿verdad que no? Mi madre asentía o negaba con la cabeza según lo que se esperase de ella, pero seguía absorta en su labor, cada vez más ancha su sonrisa, que confería una nueva ligereza a su ser. Al final le contagió el buen humor a Pimmichen, que también empezó a tejer un suéter, pero en ese tradicional verde austríaco que aún hoy sigue predominando en la indumentaria de nuestra gente. Los ovillos rivales competían, sacudiéndose en todas las direcciones, como si el primero en agotarse fuera el destinado a ganar y envolver a mi padre, convertido en su jersey preferido.

Yo contemplaba la lana rítmicamente menguante, que línea a línea perdía su redonda blandura para ser trabajada en los apretados y constreñidos nudos del presente. Fingía interés en su labor, en las pequeñas piezas de lana que crecían poco a poco, pero sólo podía pensar en Elsa: si aún estaba allí, si volvería a verla, y cada movimiento de las agujas era para mí otra vuelta de tuerca y otro pinchazo. Me obligué a esperar un poco más, otra línea de puntos, otra capa de los ovillos, pero cuanto más fijaba mi atención en ellos, más lánguidamente parecían reducirse. Hice entonces como que buscaba algo alrededor de mi silla, revolví un poco por toda la habitación y me aventuré a subir la escalera. Mi madre no levantó la vista de lo que estaba haciendo, aceleró el movimiento de las agujas y adelantó a su rival. Las agujas de Pimmichen se detuvieron, su bola de lana cayó junto a sus tobillos y su cabeza sobre el pecho, durmiéndose casi sin intención.

Casi con reverencia, me arrodillé junto al escondite, la mano apoyada en la madera. Era intenso el deseo carnal que experimentaba, como si al levantar las tablas del suelo estuviera a punto de desnudar a Elsa. Pensé visitar el cuarto de baño, porque si ella lo notaba, podía interpretarlo como una falta de respeto, pero el tiempo apremiaba. Una vez más, lo único que salió a mi encuentro fue la oscuridad, un siniestro manto de negrura que mi vista tuvo que esforzarse por apartar, para dejar al descubierto sus piececitos arqueados, que le conferían el aspecto de vivir en un perenne rapto de entusiasmo y, bajo el suave paño que los cubría, las formas tentadoras de las piernas, las anchas caderas, el vientre hundido, los pechos, los frágiles hombros, el cuello, la cara, el pelo grueso y salvaje, para poder así mirarla toda entera, pese a la atracción que sentía por cada una de sus partes.

No abrió los ojos, sólo respiró el aire fresco, separando los labios pálidos. Yo contuve el aliento, esperando a que se disiparan los olores encerrados, sobre todo un vago hedor a vómito que pude percibir sin siquiera respirar. Su pecho —me atreví a mirar— se expandía con sus suspiros. Mi mano se extendió para acariciar el aire sobre sus senos. Increíblemente, parecía

cargado de electricidad, magnético, o quizá sólo me lo pareció por el calor que desprendía su piel. Incluso acostada sobre su yacija de periódicos sucios, me resultaba tan sensual como si hubiese estado entre las sábanas de nuestro lecho nupcial. Anhelaba tocarla, estrecharla, sentir su sólida realidad, y no otro de los frustrantes fantasmas que iban y venían en mi mente.

—Gracias... —murmuró.

Creo que me tendió la mano para que la ayudara a salir, confundiéndome con mi madre. Echando la vista hacia atrás, entiendo su gesto. Pero entonces lo interpreté como una invitación para que bajara a donde estaba ella. Era arriesgado y mi madre podría haber aparecido en cualquier momento, pero contra toda lógica, la idea no hizo más que acentuar mi deseo. Recuerdo la excitación de penetrar en su encierro, de sentir a través del camisón que sus pechos se apartaban bajo mi peso, y con vergüenza debo reconocer que aquello me provocó una inmediata eyaculación. Creo que no lo notó, porque mis piernas estaban a un lado, sólo tenía la mitad superior del cuerpo apoyada sobre ella. Y si notó algo, debió de atribuir mis torpes movimientos a lo forzado de mi postura.

—Johannes... ¿Eres tú? Tu madre dice que ellos están ganando la guerra. Pronto seré libre —me susurró al oído con voz enronquecida, en un tono que preguntaba tanto como afirmaba.

No podía haberse expresado peor, sobre todo en un momento tan vulnerable.

—Eso es mentira, la mentira más grande que he oído en toda mi vida —repliqué enfadado.

Siguió como si no me hubiera oído.

—Muy pronto seré libre —se dijo a sí misma.

—Lo siento, no debería decirte la verdad, pero mi madre sólo intenta darte esperanzas.

Se tomó su tiempo antes de empezar de nuevo.

—¿No sabes que los norteamericanos entraron en la guerra el verano pasado? Están ayudando a los británicos en el norte de África, en Francia; están luchando para liberarnos.

Detrás de la pretensión de seguridad, había miedo en su voz.

—La mayoría de los estadounidenses están en contra. Quieren que su presidente vuelva a la política de aislacionismo.

—Tu madre se ha enterado de sus avances escuchando la BBC.

—Ayer mismo creyó oír a mi padre pidiéndole cola desde el piso de arriba para arreglar el papel pintado de tu escondite —repliqué, diciendo la verdad—. Es normal. Pasa casi toda la noche fuera, no duerme. Es lógico que sueñe con los ojos abiertos.

—He oído mucho la palabra *Amerikanisch*. Estoy segura. Mi oído se ha agudizado desde que uso menos la vista.

—Entonces sabrás que los japoneses han entrado en la guerra de nuestro lado. Te habrás enterado de que tenemos un arma secreta. Jamás perderemos esta guerra.

—Tu madre ha oído que los alemanes están trabajando mucho en eso..., pero dice que los americanos... —Su voz se fue apagando.

Le arrebaté los periódicos que tenía alrededor y se los puse bajo la nariz. Los titulares eran

favorables al Reich y las fechas que le señalé eran recientes. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse. Ella parpadeaba con gesto inexpresivo.

—No quiero que alimentes falsas esperanzas, Elsa. Puedo darte otras reales. Tengo mejores ideas para ayudarte.

No me preguntó cuáles eran, ni siquiera cuando la cogí de la mano y esperé a que me animara a continuar. Se volvió de su lado, dándome la espalda. Era la única de sus partes que me desagradaba, por independiente, obcecada y grosera, y le habría llamado la atención golpeándola con un dedo en el hombro si no hubiese atraído mi vista uno de los periódicos que dejó al descubierto cuando se giró. En la portada venía la fotografía de una ejecución pública por ahorcamiento en Colonia-Ehrenfeld, algo que por aquel entonces era bastante corriente. Pero lo extraordinario fue que reconocí la cara de uno de los sujetos que nos habían atacado durante una marcha de las Juventudes Hitlerianas. La examiné y me convencí de que era él. Los cabecillas de los Piratas de Edelweiss habían sido detenidos y ahorcados. Era asombroso. Una pena que Kippi no estuviera allí para enseñárselo.

De hecho, la situación era cada vez más desesperada. Me mandaron a recoger pilas, chatarra y todo lo que pudiera usarse como material de guerra. Yendo de casa en casa, era inevitable encontrar chalados. Algunos me ofrecían clavos oxidados y los depositaban en la palma de mi mano como si fueran pepitas de oro. Un hombre me dio las horquillas del pelo y los broches del liguero de su mujer, y una señora me entregó un puñado de hortalizas, diciéndome que contenían hierro. De verdad que no miento.

Yo añadí el receptor de radio de mi madre a los objetos que iba a entregar. Ella se resistió bastante, me pidió que dijera que no teníamos radio. En retrospectiva, mi excusa me parece imperdonable: le dije que no sabía mentir. Yo iba recogiendo los periódicos que ella dejaba por la casa. Si veía un artículo que no quería que Elsa leyera, arrancaba las hojas y las echaba a la estufa de carbón.

No quería reconocerlo, pero Elsa tenía razón. Pronto perderíamos la guerra y ella quedaría libre. No sabía qué hacer para retenerla. Confiaba en que llegaría a amarme y estaba convencido de que mi único enemigo era el tiempo. Necesitaba tiempo para conocerme mejor y así olvidar a Nathan. Instintivamente, sabía que, cuanto más desesperada fuese su situación, más probabilidades tenía yo. Sólo debía alimentar su aflicción y presentarme ante sus ojos como su única esperanza de salvarse, o de ser feliz. Día tras día esperaba un giro milagroso de los acontecimientos. Si conseguíamos ganar la guerra, mi vida estaría a salvo.

Una espesa humareda cubría la ciudad. Estaba ardiendo la Ópera. El Burgtheater, el Belvedere y el Hofburg (el antiguo palacio imperial de los Habsburgo) también habían sufrido daños, al igual que los palacios de Liechtenstein y Schwarzenberg. Recuerdo que había sido alcanzada la catedral de San Esteban, el lugar desde donde el cardenal Innitzer había predicado

contra Adolf Hitler. No había bomberos para extinguir los incendios, porque habían entrado en combate.

Viena fue declarada el nuevo frente. Los veteranos del Volkssturm pasaban corriendo por mi lado, con las piernas rígidas, aferrando las ametralladoras contra el pecho cansado. Pero los miembros más chocantes de aquellas unidades eran los niños, con aspecto de no tener más de ocho años. Con sus cascos y sus botas de adultos, hacían revivir en mi memoria el recuerdo de una Ute de pechos incipientes, recién salida del baño, paseándose delante del espejo, con los zapatos de tacón de mamá bajo los tobillos vacilantes.

Después de cada incursión aérea, eran más los que vivían en sótanos, catacumbas y calles desiertas. Empezaba a encontrar cierta belleza en la destrucción y la fealdad. Con tristeza e ironía, me dije que Elsa me lo estaba contagiando.

Me habían enviado a recoger material de guerra al vigesimoprimer distrito y, al pasar por Floridsdorfer Spitz, vi que se había realizado una ejecución pública. Pensando en el pirata de Edelweiss que había reconocido en el periódico unos días antes, me quedé mirando a los traidores, que según el cartel colocado delante habían apoyado a la resistencia.

Colgaban de la horca como si nada en el mundo les preocupara. Empecé a imaginar que eran marionetas y que yo era capaz de tirar de las cuerdas y devolverles la vida, haciendo que las piernas anduvieran, los brazos se balancearan y las cabezas se sacudieran. Las parejas se zangoloteaban y bailaban a saltitos, entrechocando los tobillos. Entonces vi a mi madre bailoteando con otro hombre. Parecerá que no tiene sentido lo que digo, pero la tierra se hinchó en mis oídos para dejar fuera el ruido y el tiempo, para solidificar la bóveda de cielo que a partir de aquel momento inerte cubrió para siempre buena parte de mí. Otro yo, un segundo yo sordo, insensible y embotado, salió de mi antiguo cuerpo y siguió adelante, hacia la borrosa continuación, con unos guardias que me cerraban el paso, pero yo, sofocándome, intentaba hacerles entender quién era yo y quién era ella, sin que me oyeran, luchando contra la mala voluntad, dando manotazos al destino, siendo arrastrado lejos de allí, ingrávido, impotente, con la cara en el barro, devuelto al lugar donde al principio había estado curioseando despreocupadamente.

Mi abuela comprendió que hablar de mi madre me resultaba demasiado doloroso. Lo entendió sin que tuviera que decirle nada. Hablarlo habría mermado la santidad de mi progenitora, que me había querido en vida como yo sentía que seguía queriéndome después de muerta. Mi silencio era mi forma de mantenerla en las alturas; mencionarla la habría traído de vuelta a nuestro lamentable mundo. Mi abuela expresaba el dolor a su manera. Cosió las dos piezas del suéter rojo que mi madre no terminó y cogió la costumbre de ponerse aquella prenda a medio hacer durante días. No le llegaba a la cintura y de los bordes le colgaban hebras de lana que, con el tiempo, se fueron soltando, de manera que el suéter se redujo cada vez más, pero sólo cuando lo llamé su «sexy sostén rojo» mi abuela decidió meterlo en el baúl con olor a naftalina donde guardaba las cosas viejas que más apreciaba.

10

Después de retirar las cestas de cartas que mi madre había guardado en el anterior escondite, cargué a Elsa al segundo piso, porque ella se mareaba cuando se sentaba sin ayuda y más aún cuando se ponía de pie. La cuidé lo mejor que pude, pero debo decir que no fue fácil. Nunca me había ocupado yo solo de la compra, de la cocina, ni de la limpieza de la casa, y de pronto me encontraba cuidando de Elsa y de Pimmichen. Cometí un error tras otro. Puse leche en el té de Pimmichen demasiado caliente para que se lo bebiera, y se formaron grumos. Había comprado nata en lugar de leche. Elsa prácticamente no tocaba los bocadillos que yo le preparaba, aunque no les había puesto sal ni jabón. Tuve que arrancarle el motivo: le dolía el estómago cuando comía ciertos productos de origen animal.

Mis comidas eran catastróficas. Desde las profundidades de su cama, Pimmichen me explicaba todo lo que necesitaba saber. Pones mantequilla en la sartén, añades las patatas cortadas en rodajas y las cubres con los huevos batidos. Cuando la tortilla esté hecha, la doblas por la mitad. No mencionó que las patatas tuvieran que estar cocidas. Me propuse hacer buey stroganoff para recordarle sus estancias de antaño en Budapest y —lo reconozco— también para impresionar a Elsa. Gasté toda la carne de nuestras cartillas de racionamiento, pero supuse que nos duraría toda la semana y que sólo tendría que calentarla. No pedí consejo a Pimmichen. ¿Para qué si bastaba con picarlo todo y mezclarlo?

Eché la carne, las cebollas, la sal y la pimienta, pero faltaba algo. A mi madre siempre le salía con muchísimo jugo. Como la carne se estaba quedando reseca y las cebollas negras, añadí un litro de agua, lo que hizo que los ingredientes flotasen. Recurrí a Pimmichen para una ayuda de último minuto. Me dijo que había que añadir harina para espesar la salsa. Se formaron grumos, que aplastados con un tenedor revirtieron en harina. Tras la evaporación, la salsa ganó en consistencia, pero la carne quedó tan dura que ni siquiera yo, que aún conservaba todos los dientes, pude masticarla. Al final pasé los trozos por el rallador de queso y conseguí al menos un sabor digno.

Huelga decir que las provisiones eran un problema cotidiano. El jabón estaba terriblemente caro. Lo compraba en bloques, en una granja de Neuwaldegg, donde una solterona lo fabricaba a la antigua usanza. Después de pasar la tarde andando hasta allí, tenía que dejarme media billetera. El mercado negro se había vuelto poco fiable. Las falsificaciones de cupones para el pan eran tan mediocres que todos los panaderos las rechazaban a simple vista. Poco a poco, los bosques se estaban quedando sin ciervos ni jabalíes. Bajaban la calidad y la cantidad de todo, mientras que los precios se disparaban. Muchos intermediarios sin escrúpulos se estaban

haciendo ricos aprovechándose del hambre de la gente. Los peores eran los pequeños comerciantes que rechazaban el pago en metálico. Un carnicero codicioso me ofreció un cuarto de kilo de manteca a cambio de los zapatos que llevaba puestos.

Una mañana, en el mercado, yo era el último en una cola que parecía la de una atracción de feria en un día festivo. Un granjero sacó la cabeza de su camión, estacionado en una zona de carga y descarga, y me susurró que el kilo de patatas me saldría a mejor precio si le compraba un saco entero. No me hacía ni pizca de gracia abandonar mi puesto, porque detrás de mí ya se habían alineado varios recién llegados, pero el granjero siguió reduciendo el precio, hasta convencerme de que fuera a echar un vistazo.

La bolsa que vi era más de lo que nos permitían comprar, y realmente era muy barata, pero como había salido a comprar a pie, como era mi costumbre, la cantidad me resultaba a la vez persuasiva y disuasoria. Adivinando mi pensamiento, el granjero me dijo que me ayudaría a cargarla en cuanto terminara de vender. Acepté, pero, para mi sorpresa, se marchó nada más arrojar el saco a mis pies. Al ver que yo no podía levantarlo solo, unos viandantes se apiadaron de mi invalidez y me ayudaron a cargármelo al hombro. Llevarlo a casa fue tan trabajoso como cargar a un muerto, e igual de nefasto para mis nervios, porque podían sorprenderme en flagrante posesión de un producto ilegalmente adquirido, cuyo volumen era prueba suficiente del delito. Cada cien metros se me caía y tenía que esperar a que alguien se prestara a ayudarme. Previendo mi problema, algunos se cambiaban de acera.

En un momento dado, dejé la bolsa donde estaba e intenté vender parte de su contenido a los transeúntes. Pero iban de regreso a casa, con las manos llenas, y no querían cargar con más patatas. Al final empecé a extraerlas del saco a puñados. Para subir la cuesta, tuve que tirar casi la mitad. Cuando volví la vista, afligido, vi que varias personas recogían la cosecha de la acera.

Empecé a preparar las condenadas patatas. Era la una y media del mediodía, se me había hecho tarde. Normalmente le llevaba la comida a Pimmichen a las doce, y a Elsa, alrededor de una hora después. Con sólo lavarlas y quitarles la tierra, el volumen original se esfumó ante mis ojos, dejando al descubierto unas patatas mucho más pequeñas. Pelarlas fue otra decepción. Les quité los ojos, las partes podridas y los brotes, y rebané los lados y la parte de arriba y la de abajo, hasta quedarme con unos cuantos trozos del tamaño de un dado. Juré matar al granjero si me lo volvía a encontrar. De aquella bolsa enorme no saqué más que un cazo de patatas, que me habría costado la décima parte de lo que pagué si lo hubiese comprado honestamente como todos los demás, por no mencionar el riesgo y los padecimientos que acababa de sufrir.

Con la limpieza no me fue mucho mejor. Lustré los muebles con la cera de abejas que usaba mi madre, pero por la manera en que se le pegaba el polvo, se hubiera dicho que era miel, y lo mismo debieron de pensar las hordas de hormigas que entraron por el alféizar de la ventana. Lavé la ropa, y me asombró que algo tan pequeño como un calcetín pudiera compartir su tinte con toda la colada. Lo peor era la plancha. Cada vez que planchaba una prenda por un lado,

producía la misma cantidad de arrugas por el otro, y acabé grabando aquel familiar triángulo marrón en buena parte de nuestra ropa.

Nuestras comodidades se deterioraban a ojos vistas. Recuerdo las tiras desgarradas de papel de periódico en el cuarto de baño, una sensación desagradable, que tal vez no habría sido tan mala si antes las hubiese leído. No teníamos teléfono, ni tampoco electricidad. Un maleante aserró los postigos y se metió por la ventana en medio de la noche. Cuando bajé, me corté los dedos de los pies con los cristales y el marco casi me dio en la cara, pero no había nadie a la vista. Nathan fue el primero que me vino a la mente; tuve la sensación de que estaba agazapado detrás de nuestro biombo japonés, aguardando la ocasión para atacarme. Pero eso fue antes de advertir que la repisa de la chimenea estaba vacía y que habían desaparecido nuestros relojes de pared y quién sabe cuántas cosas más.

Solamente subir y bajar a diario el agua para que Elsa bebiera y se aseara era una tarea ímproba, y no siempre teníamos agua corriente, por lo que antes había que ir a buscarla. Al principio era reacia a darme el orinal con sus heces, pero no le quedaba más remedio. Creo que era terrible para ella; no podía mirarme a la cara. Nada más lejos de mi intención que hacerla sentir incómoda, pero cuando veía aquello con el rabillo del ojo o no conseguía contener el aliento el tiempo suficiente, me venían arcadas. Le aseguré una y mil veces que no me importaba, y le insistí en que mi organismo tenía curiosas formas de reaccionar por su cuenta.

Lo que más la mortificaba era su sangrado mensual, aunque cada vez era menos abundante. Yo limpiaba su rincón día y noche, pero los ciempiés se multiplicaban. Le propuse llevarle arriba el cubo de la basura, para que ella misma pudiera tirar lo que quisiera, pero me dijo que era arriesgado, que si alguien veía el cubo, sabría que no estaba allí para Pimmichen ni para mí. Tenía razón. Me costó convencerla para que me dejara enterrar sus desechos en el jardín, con las mondas.

Por aquella época, Pimmichen padeció una serie de infecciones bronquiales, diarreas y catarros. Yo atendía tanto sus necesidades como las de Elsa, orinal incluido. No sé si alguien puede imaginar hasta qué punto había cambiado mi vida. Yo era un adolescente ansioso de aventuras y de pronto me encontraba en la piel de un ama de casa, haciendo la compra, cocinando y limpiando, todo lo cual me mantenía, para mi dolor y a la vez para mi consuelo, vinculado a mi madre. Al asumir su papel, pude entender mejor cómo había sido su vida, o al menos conocer de primera mano algunos de sus aspectos. A menudo comentaba mentalmente con ella los problemas domésticos, cuya existencia había ignorado hasta entonces. Apenas tenía un segundo de descanso y, considerando mis sentimientos de culpa, prefería que así fuera. Imaginaba que al no haber llegado a darle el recado había provocado su muerte, porque el nudo que me había entregado aquella mujer habría confirmado sus sospechas. Me reconcomía las entrañas pensar que, después de verla a ella, no había buscado a mi padre entre los ahorcados. ¿O estaría él entre la multitud cuando ocurrió aquello? ¿Se habría enterado? ¿Estaría sufriendo como yo? ¿O seguiría a salvo en su campo de trabajo? Procuré hacer lo que estaba convencido de que

solía hacer mi madre: centrarme en el cronómetro incesante de las tareas domésticas, aunque me costara más que a ella seguir el ritmo que me marcaba el mío. Con una sola mano, hasta la más nimia de las tareas, como untar el pan con mantequilla, me llevaba el doble de tiempo que a ella. O quizá se debiera más que nada a mi falta de experiencia. En más de una ocasión, cuando quemaba con la plancha la pechera de una camisa o carbonizaba el pan en el horno, la llamaba a gritos, sabiendo perfectamente que no vendría a socorrerme, aunque eso no me hiciera su ausencia más soportable.

Si los tres hubiésemos podido vivir normalmente, no habría sido tan malo. Sólo habría tenido que poner una bandeja en la mesa y cada uno se habría servido. Pero no era así. Pimmichen estaba enferma en su habitación y seguía una dieta especial. Elsa estaba en el segundo piso y yo tenía que subirle las comidas en secreto. Después de subir y bajar, le llegaba otra vez el turno a Pimmichen, y todo eso además de pagar las facturas, los viajes a la farmacia y los malabarismos con las cartillas de racionamiento, para que nadie se enterara de que éramos más de dos y aun así preparar comida suficiente para tres. Mi estómago tenía que quejarse a gritos para que me acordara de él, casi no me quedaba tiempo. Comía lo que tenía más a mano, sin sentarme siquiera.

Las labores domésticas eran tediosas, y yo demasiado joven para acostumbrarme al aburrimiento. Lo odiaba tanto como los viejos detestan la inestabilidad, pero nunca me planteé escapar. De hecho, en lugar de erosionar mis sentimientos por Elsa, la rutina los fortaleció. Yo cuidaba de ella, por tanto, ella era mía. Se esfumó quizá parte del misterio de antes, cuando Elsa era la protegida de mis padres, oculta detrás de un tabique o bajo el suelo, en los espacios inexistentes de la casa. Ahora teníamos una relación diferente, con la atención centrada en la alimentación y la higiene, y menos tiempo para conversar. Con mi abuela pasaba lo mismo.

Aquellas noches, la casa se volvía más grande. También la oscuridad que contenía. Elsa, arriba; Pimmichen, abajo; y yo, en medio. Me refugiaba en los recuerdos de mi infancia, cuando mi madre me recortaba copos de nieve mágicos de un papel o me arropaba por las noches y con el pulgar me hacía una pequeña señal de la cruz en la frente. Nunca aceptaría el hecho de que no me hubieran permitido darle sepultura. Los soldados se habían encargado, habían tirado su cuerpo en alguna fosa común, con los demás, o quizá los quemaron y se deshicieron de las cenizas. Lo que hacían con semejantes enemigos, cómo y dónde no se consideraba asunto nuestro.

Yo esperaba impacientemente otro amanecer, moviéndome y dando vueltas en la cama. Como deseaba que mi padre regresara, había acudido a la policía en busca de consejo, pero me habían dicho que de ningún modo podía ir a Mauthausen, si bien era libre de escribir cuantas cartas quisiera. Me costó decidirme a contarle a mi padre lo del ahorcamiento. A lo mejor no tendría que haberlo hecho, pero me parecía mal hablar del tiempo. Procuré relatárselo en tono neutro, para no incriminarlo. Tal vez tampoco eso fue buena idea y, al ver que no respondía ni me devolvían las cartas, empecé a pensar que me culpaba a mí.

Una vez entró la luz de la luna en la habitación. Vi sombras en la pared, como perros gordos con muchas orejas. Eran de las cestas que había dejado cerca de mi cama. Cuando hubo suficiente luz de día, saqué una carta de una de las cestas. Y después otra. Se me arrebolaron las mejillas, pero no pude parar.

No tenía ni idea de que mi madre hubiese conocido a otro hombre, un tal Oskar Reinhardt, antes de casarse con mi padre. ¡Un jinete! Mis abuelos no lo habían aceptado, aduciendo que no era trabajo de hombre ir cabalgando por ahí, delante de una multitud, con el culo levantado. Lo llamaban «el bufón de los jugadores». Como mis abuelos le prohibieron verlo, mi madre y él se reunían en secreto y usaban la dirección de un amigo común para escribirse, principalmente acerca de lo mucho que se amaban. Después, Oskar recibió una oferta para trabajar en Deauville, y las cartas comenzaron a llegar desde Francia, franqueadas todas ellas con el mismo sello del mismo perfil altanero de nariz ganchuda y rizos afeminados que durante mucho tiempo asocié con la imagen de él. Las fechas de esas cartas eran más espaciadas que las anteriores. La última terminaba con un poema en francés.

La mejor amiga de mi madre era Christa Augsberger, alguien de quien nunca había oído hablar. Al leer esas cartas me enteré de que mi madre había hecho cosas insólitas. Cuando Oskar dejó de escribirle, se enfadó con mis abuelos y les anunció que no sentía el menor interés por su decente agricultor. Huyó de casa y de su Salzburgo natal, y se marchó a Viena, donde durmió durante semanas en la estación de trenes. ¿Había conocido yo a mi madre? Estuvo limpiando pisos hasta que una de sus clientas le ofreció una habitación a cambio de hacer las labores domésticas y cuidar de los niños, dejándole tiempo suficiente, según decía, para hacer amigos. Christa le escribió diciéndole que la época de la esclavitud había pasado y que de ese modo jamás tendría tiempo de hacer amistades. Le aconsejaba que se buscara un trabajo remunerado y que alquilara una habitación, antes de que se convirtiera en una solterona. Le decía que conseguir al hombre adecuado estaba en sus manos: si quería uno culto, tenía que frecuentar los museos, y si quería un *bon vivant*, le aconsejaba leer libros en las terrazas de los cafés, pero le suplicaba que no acudiese a los hipódromos con el corazón acongojado, porque, si lo hacía, acabaría siendo la pobre esposa de un apostador.

Mi madre me había contado que había ido a Viena a estudiar dibujo y que después de la Gran Guerra, ante la difícil situación, se había puesto a trabajar. Yo sabía que mis padres se habían conocido en Viena, pero ahora me preguntaba en qué circunstancias. Me sorprendí lamentando aún más la pérdida de esa madre a la que no había llegado a conocer. Ella tampoco conocería al hombre en que me había convertido. Eso me hizo llorar todavía más. Era ya muy de noche y algunas verdades muestran sus sombras más alargadas a esas horas.

Había menos cartas de mi padre que de Oskar. Las de Oskar llenaban cestas enteras. Mi padre no escribía poemas y su caligrafía no era bonita ni predisponía a favor de su autor, como la de Oskar. Sólo empezó a escribir cuando ya estaban casados, durante sus viajes de negocios, usando el papel de carta de los hoteles. El contenido de sus misivas era práctico, una simple relación de

la marcha de su trabajo, de sus contactos en el extranjero y de cómo pensaba reformar la casa. Perdí interés por sus cartas, me decepcionó.

En ese momento decidí que tenía que aprender a escribir con la mano derecha. Fue lo que me ayudó a superar aquellas noches. Imitaba la caligrafía de Oskar hasta que los temblores de la mano me obligaban a darme por vencido. Para una persona zurda es antinatural arrastrar el lápiz como un dedo muerto, en lugar de llevarlo activamente como una extensión viva de la mano. No dejé de intentarlo, esta vez más modestamente, dejando torrentes de la letra a por toda la página. Le seguían la b, la c y las demás, hasta que el sueño me invadía y me transportaba a su mundo, donde todo es posible.

No voy a ponerme pesado con todos los poemas que le escribí a Elsa, pero es divertido leer el primero, que deslicé bajo su jabonera. Les ruego que disculpen el estilo, reflejo de mi juventud. Ella tuvo la gentileza de no echarlo al agua después de asearse.

Te colaste en mi casa
y sedujiste mi corazón
sin justicia ni razón.
Debes amarme también,
o dejarás tras de ti
el cadáver de mi ilusión.

¡Me horroriza imaginar lo que debió de pensar!

Por aquella época, me alimentaba de esperanzas con las cosas más tontas. ¡Y los «si» que me inventaba! Si dos nubes se fundían entre sí antes de que yo respirara tres veces (y era capaz de contener el aliento hasta ponerme azul), si una hormiga caminaba en determinada dirección (y lo hacía invariablemente, dado lo errático de sus desplazamientos)... Mientras tendía la ropa en el jardín, un petirrojo bajó a llevarse un pelo de Elsa. Lo interpreté como un buen augurio. Todo eso chocaba con mi pasado racionalismo. Yo mismo me daba cuenta, pero la primavera había llegado a pesar de la guerra, las ramas desnudas estaban germinando, el aire cortante se estaba endulzando, y la naturaleza, indiferente a las acciones humanas, tampoco prestaba atención a mis viejos conceptos pulcramente delimitados.

Sin radio ni periódicos, empecé a vivir aislado del mundo exterior, que había resultado ser inhóspito, brutal. Dentro estábamos protegidos, nuestra casa era segura, silenciosa, un refugio. Siempre que entraba en casa, apoyaba la espalda contra la puerta e inspiraba profundamente. El aire era diferente del que había a tan sólo unos centímetros de distancia. Era aire enjaulado, domesticado, olía a encierro, a seguridad. El aire del exterior se movía sin descanso de un sitio a otro, cambiaba de dirección con cada cosa que encontraba y olía a frescor impredecible. Lo de fuera era el peligro. Lo de dentro, un lugar más amable.

Fue entonces cuando cultivé un amor por el interior que probablemente no era más que la otra cara de la misma sucia moneda, el creciente odio que me inspiraba el exterior. Detestaba salir de

casa, y en cada ocasión imaginaba lo malo que podía ser para Pimmichen y para Elsa que me pasara algo. Aprovechaba las últimas gotas de agua, los últimos restos de comida que teníamos y, en los últimos tiempos, todo lo que vivía, se movía o se pudría en nuestro jardín, antes de salir a comprar más. Reduje las cantidades de todos los artículos de primera necesidad más de lo que lo hubiese hecho cualquier racionamiento impuesto por el gobierno. La guerra me servía de fácil excusa ante Pimmichen.

Después de muchas dilaciones, iba una vez más en busca de provisiones al único lugar donde podía encontrar lo suficiente para que me durara toda la semana: el sótano de un bodeguero, un mundo aparte en sí mismo, atestado de toneles de vino y artículos de lujo. Allí me encontré con Josef Ritter, mi antiguo capitán de las *Jungvolk*. Iba de uniforme, y tuvo el descaro de decirme que mientras no estuviera muerto tenía el deber de hacer trabajo voluntario. De la carne de caza que yo llevaba en la mano no dijo nada, probablemente porque él acababa de sacar el dinero para pagar un cartón de cigarrillos americanos. Le respondí que no tenía tiempo, que en casa tenía dos personas a las que cuidar. Me preguntó quiénes eran los inválidos. Sintiendo que la sangre se me retiraba del rostro, le contesté que mi abuela y yo mismo. Aunque mi agilidad mental me había salvado de algo peor, no me ahorró un sermón sobre las prioridades de la vida.

Muy a mi pesar, fui laboriosamente de puerta en puerta, pasando sobre escombros y cadáveres. Los pocos que salían a abrirme se habían quedado sin chatarra ni esperanzas. Una mujer con un bebé en brazos y un niño que le tiraba de la falda me dijo que para qué, que la guerra había acabado. Le advertí que podía meterse en problemas por decir esas cosas. Pero ella no fue la única en decírmelo. Cuatro casas después, otra mujer me preguntó si no había oído las noticias, la guerra estaba a punto de terminar, íbamos a rendirnos. Estuve yendo y viniendo por el vecindario, parando a la gente para preguntarle por aquellos rumores. Nadie había oído nada del final de la guerra. Entré en una panadería y la dependienta me dijo que sí, que había oído que la guerra había concluido. De hecho, muchas de las mujeres presentes lo habían oído, y por eso estaban allí. No quedaba más pan para vender. Esperaban que los occidentales se dieran prisa, porque, de lo contrario, las tropas rusas en nuestro país no vacilarían en convertirnos en una provincia de la Unión Soviética.

En la calle estallaban gritos de alegría. Aceleré el paso. Vi a personas sin hogar que no manifestaban el menor signo de júbilo. La estación del año era tan incierta aquel día como la guerra o la paz. Los brotes de los árboles se habían abierto en hojas brillantes, liberando una fuerza mágica que me recordó a cuando era niño y despertaba y contemplaba cómo se abrían mis puños somnolientos; siempre había algo de milagroso en la vida que me había sido dada. Los árboles cantaban con las aves ocultas entre el follaje, pero el aire seguía siendo frío.

Me dije que tenía que regresar antes de que otra persona le diera la noticia a Elsa. Esperaba ansioso su alarido de felicidad y el abrazo que me daría, tanto como temía su siguiente reacción,

las palmaditas en la espalda para apartarme y los inmediatos preparativos para marcharse. Le aconsejaría que fuera prudente y que esperara antes de hacer nada. Tal vez no fuera cierto, tal vez era una gran trampa.

Llegué a las afueras de Viena. El laberinto de construcciones, en pie o derribadas, dio paso a un paisaje más simple, los pinares fragantes, los dulces campos amarillos, las colinas cargadas de viñedos. Me dije que era la última vez que volvía a casa al encuentro de una Elsa oculta y secreta. Muy pronto, ella ya no sería mía, y sentí la tristeza de que así fuera. Después, otra idea cruzó mi mente. ¿Qué prisa tenía? ¿Quién iba a decírselo si no lo hacía yo? ¿No podía al menos dejar que durara un poco más ese último paseo hacia ella? Imaginé a Frau Veidler corriendo por el vecindario y agitando los brazos mientras gritaba la noticia, y entonces aceleré el paso.

En casa había un silencio sepulcral. Aporreé la puerta de Pimmichen, la entreabrí y la vi tumbada de espaldas en la cama, con una pierna extendida, una gota de sangre que le bajaba por la espinilla y un pañito entre cada dedo del pie para absorber la sangre que se le había acumulado allí. Sobresaltada, deslizó la pierna bajo las sábanas.

—¿No puedes llamar a la puerta, Johannes, antes de irrumpir en la habitación?

—He llamado.

—Me estoy quedando sorda. Sigue llamando hasta que responda.

—¡Pimmi! ¿Qué te ha pasado?

—Nada. —Se ruborizó—. Y si no respondo, querrá decir que me he muerto.

—¡Te has hecho daño!

Le arranqué las sábanas, cogí su pie y lo miré, parpadeando confuso.

—Miro mis partituras y están amarillas; miro el retrato de tu abuelo y está amarillo. Miro mi velo de novia, ahí colgado como un mosquitero viejo, y se ha puesto amarillo. Me miro las uñas de los pies, y lo mismo de lo mismo. El deterioro no espera a la muerte. El muy marrano es impaciente.

Comprendiendo lo sucedido, no supe qué decir.

—Cogí esto de la habitación de tu madre. Estoy segura de que no le habría importado. Ya sé que las señoras de familias respetables no se pintan las uñas de los pies, pero ya que la naturaleza se empeña en pintármelas por su cuenta, tengo derecho a cambiar el color por otro que me guste.

—¿Tenías pensado salir a festejar?

—¿De dónde has sacado una idea tan extravagante? ¿Hay algo que merezca una fiesta?

Sonreí nerviosamente.

—Algunos dicen que el final de la guerra está próximo.

—¡Ah! ¿De verdad? ¿Hemos ganado?

Sin mediar palabra solté su pie y le di la mala noticia. Levantó la vista y me vio en la cara que habíamos perdido, luego se quedó mirándose los dedos del pie, extendiéndolos y relajándolos, y al final dijo:

—Qué mala suerte. No imaginas lo que nos hicieron padecer la última vez. Dios nos asista.

Me senté al borde de la cama. Estuvimos un rato en silencio.

—Johannes... ¿Te importaría echarme una manita solamente con estos dos, cariño? Yo ya no llego.

Mi cabeza no se concentraba en lo que hacía y mi habilidad manual resultó tan dudosa como la suya, aunque afortunadamente, como de costumbre, fue benévola conmigo y no sometió mis pinitos a escrutinio. Al levantarme, sentí una gran pesadumbre. Ahora tenía que enfrentarme a Elsa.

No subí enseguida. No metí la carne en el horno, ni puse a calentar el agua para su té. Simplemente me senté en la cocina, saboreando aquellos últimos momentos en que ella aún estaba a mi cuidado. Aunque había sido agotador, cuidar de ella había dado sentido a mi vida. En lo sucesivo sólo tendría a Pimmichen a mi cargo, y quién sabía por cuánto tiempo. ¿Cuántos días pasarían antes de que mi padre volviera a casa para consolarme? Me dediqué a compadecerme de mí mismo, hasta que me puse de pie. Después me enjuagué la boca, me arreglé el pelo con los dedos y decidí que estaba listo.

Las rayitas verticales del papel pintado del tabique eran un motivo que a la vez odiaba y adoraba. Las odiaba porque se interponían como un escudo entre Elsa y yo, y las adoraba porque la mantenían allí donde estaba.

—Soy Johannes —anuncié—. Voy a abrir.

Bajé la persiana y la ayudé a salir. Se desplomó sobre la alfombra; le masajeé las piernas y se las levanté para que le circulara la sangre. Ninguno de los dos dijimos nada, conocíamos los movimientos de memoria. Pasándole el brazo por debajo de las axilas, la levanté del suelo. Apoyó su peso sobre mí y la estuve ayudando a andar. Cuando se cansó, volvió a deslizarse al suelo. Con su espalda apoyada en mis rodillas, le masajeé el cuello y los hombros. Le aparté el pelo porque deseaba besar su nuca, conocía cada pelillo y aquel pequeño lunar. Ella tenía la costumbre de hacer todo eso sin abrir los ojos. De vez en cuando le daba de comer así, y ella aceptaba lo que yo le pusiera en la boca. Cualquiera imaginará lo que me excitaba hacer todo eso. Si ella lo hubiese sabido... Aunque estaba seguro de que lo sospechaba.

Una tarde en particular, había inclinado una pierna a un lado y a otro, de un modo que parecía indicar que sus defensas estaban disminuyendo. Con una voz inesperadamente grave y gutural, le pregunté en qué había estado pensando allí dentro. «En muchas cosas, en muchas cosas bonitas», me respondió, abriendo rápidamente un ojo para mirarme y volviéndolo a cerrar. Durante una fracción de segundo, su sonrisa fue coqueta. Le masajeé las piernas como de costumbre, sólo que esa vez desplacé la mano un poco más arriba, vigilando en su cara cualquier señal de oposición. Su expresión no cambió. Deslicé el pulgar en dirección a su ropa interior y dejé que se quedara allí. No dijo ni hizo nada. Me atreví a pasarlo por debajo de la tela. Tragó saliva, me agarró la

mano, la apartó un poco y dijo: «Para ya, Johannes». El tono de su voz no había sido de enfado, sino que me pareció más bien maternal.

Pero esta vez no hubo ninguna ambigüedad. Al mirarla, sentí que era la culpable de la muerte de mi madre. La ayudé a mover un brazo, lo sacudí y lo dejé caer. Hice lo mismo con el otro, y después con una pierna: la agité y le hice bailar el cancán. ¿Qué se creía que iba a hacer ella, adónde iba a ir sin mí? La ayudé a incorporarse y empezamos a andar por la habitación. Yo hacía la mayor parte del trabajo, y sus piernas simplemente me seguían, como las de una marioneta. Hice que se estirara, que se inclinara, intenté que diera unos pasos de vals al ritmo de un, dos, tres, un, dos, tres. Se dio cuenta de que pasaba algo y abrió unos ojos amodorrados.

Seguí moviéndola toscamente de aquí para allá, al son de un tango aborrecible. Ta-ra-ta-ta-ra, ra-ta-ta-ra, ra-ta-ta-tá, arqueando hacia atrás su espalda cada vez que ella misma tropezaba con sus propios pies. Si no presté oídos a sus súplicas de que me detuviera fue porque estaba bailando con ella, la estaba imaginando en traje de novia, con una diadema de margaritas en el pelo, y yo era el novio, Nathan.

—¿Por qué te comportas así?

—¿No eres feliz? ¿No quieres bailar?

—¡Me estás haciendo daño en el cuello!

—Tienes mil razones para bailar. Mira qué guapa eres. ¡Una belleza semejante desperdiciada aquí! Imagínate dando vueltas en un salón de baile, compartiéndola con todos los hombres.

La hice girar a mi alrededor, cada vez más deprisa y con más fuerza, hasta que me desplomé con ella, la estreché contra mi pecho y me eché a llorar amargamente.

Ella consiguió incorporarse y me apartó el pelo de los ojos. Había pánico en su voz:

—¿Qué ha pasado?

Intentando sobreponerme, me limpié los mocos con la mano. Ella me sacudió por los hombros.

—¿Le ha pasado algo a tu padre?

—No, supongo que estará bien. Ocupado, como siempre.

—Entonces, ¿por qué estás... así?

—Porque me siento muy feliz.

En la calle se oían gritos de júbilo, mezclados con el ruido de la gente que, como yo, no gritaba. A lo lejos estallaban cientos de cohetes y petardos. Ella se irguió y se llevó una mano al cuello.

—¿Qué está pasando?

Había llegado el momento. Mi corazón bombeaba sangre a mis extremidades, pero tenía la sensación de estar desangrándome. Busqué con dificultad las palabras justas, y al final dije de manera improvisada:

—Hemos ganado la guerra.

La mentira me pilló tan desprevenido como a ella. Ni siquiera era una mentira, o al menos no

lo era en el momento preciso en que la dije. No sé del todo lo que era. Un montón de confusiones entremezcladas. En cierto modo, era una prueba para ver cuál habría sido su reacción si hubiésemos ganado, un pequeño experimento antes de anunciarle la verdad. Era también lo que me habría gustado decir, y no sólo decir, sino lo que realmente había deseado. Sé que a muchos les resultará difícil creerlo, pero además era una broma, tenía una fracción de ironía, destinada a ser graciosa. Otra fracción iba dirigida a torturarla, porque sabía que en poco tiempo ella me torturaría a mí con los hechos reales, y durante mucho más tiempo que el breve instante durante el cual yo la habría hecho sufrir. Había también un desafío, quería que ella averiguara por sí misma que lo dicho era un engaño, que descubriera mi montaje, que se enfrentara a mí y me insultara.

Se le ensombreció la cara, pero no hasta el extremo que yo había previsto. Fue una sorpresa. Me quedé esperando a que llorara, o que hiciera o dijera algo drástico que me obligara a decirle la verdad, algo que me estrujara el corazón y me sacara la verdad, pero actuó con tan razonable contención que no pude hacerlo. Fue entonces, en esos vitales segundos que siguieron, cuando mis palabras y cada uno de los elementos que contenían —experimento, deseo, broma, tortura, desafío, confusión— comenzaron a germinar en auténtica mentira. Quizá por el simple hecho de creerme, ella ofreció a la semilla su primera gota de agua.

Temblando, inseguro de mí mismo, abrí el tabique para ver qué haría ella, si contra todas las imposibilidades aquello funcionaría. Yo me esperaba una bien merecida bofetada, antes de verla salir en tromba de la habitación. Pero fue increíble. Entró. No oí un solo ruido. Había aceptado mi explicación, no podía dar crédito a lo que estaba pasando, lo fácil que había resultado. Jamás habría imaginado que iba a salirme bien.

Necesitaba estar solo, reflexionar. ¿Quizá sería mejor para mí esperar a que la situación se aclarara un poco más antes de anunciarle el verdadero giro de los acontecimientos? En cierto modo, la estaba protegiendo. Pero en el fondo, en un rincón oculto de mi corazón, lo que de verdad estaba pensando era que unos pocos días más no podían hacer ningún daño.

11

Viena sólo siguió siendo Viena como un ser amado conserva su nombre después de la muerte. La ciudad quedó dividida en cuatro, ocupado cada sector por las tropas de uno de los ejércitos victoriosos. Hietzing, Margareten, Meidling, Landstrasse y Semmering fueron ocupados por el Reino Unido. Leopoldstadt, Brigittenau, Wieden, Favoriten y Floridsdorf (distrito este último cerca del cual se encontraba la fábrica de mi padre), por la Unión Soviética. A Francia le correspondieron Mariahilf, Penzing, Fünfhaus, Rudolfsheim y Ottakring. Estados Unidos ocupó Nebau, Josefstadt, Hernals, Alsergrund, Währing y Döbling. Si a Viena la partieron en cuatro como a un pastel, el viejo Hofburg quedó como la guinda de adorno, masticada y abandonada en el plato para uso de todos. Como solía decirse, fue como poner cuatro elefantes en una barca de remos.

Las banderas de cada país estaban a la vista en los sectores asignados, pero curiosamente no eran lo que más nos hacía sentir la presencia extranjera. Las banderas eran como niños que nos enseñaran la lengua, irritantes, pero previsibles. Las patrullas armadas resultaban humillantes, pero no tanto por razones oficiales como por el hecho de que los soldados no podían reprimir una expresión de malicioso regocijo: ellos eran los vencedores, y nosotros, los perdedores. Me recordaban las esculturas medievales sobre el portal de las catedrales. El papa, los obispos y los que encargaron la obra son de proporciones gigantescas, y más abajo se distingue una procesión de hombrecitos que no les llegan a las rodillas, pero que son más importantes de lo que parecen a primera vista, porque sin esa raza de seres diminutos nadie apreciaría la grandeza de los primeros.

El aspecto más molesto, al menos para mí, era la invasión cultural. De la noche a la mañana, las calles se impregnaron de olores insólitos. Viena ya no olía a Viena. Y todo por culpa de los fritos que los norteamericanos preparaban para desayunar, los *fish and chips* británicos, los cafés franceses y los *bistros* rusos (*bistro* es una palabra rusa que los franceses se apresuraron a adoptar), por no mencionar las ventanas de las viviendas particulares asignadas a los militares casados. No me malinterpreten. Ninguno de esos olores era desagradable en sí mismo, pero no era nuestro. Idiomas incomprensibles sonaban entre el ruido de los cubiertos que acariciaban los platos y las copas que besaban a otras copas. Ni siquiera las risas eran nuestras, lo notábamos a kilómetros de distancia. Tal vez porque nosotros no teníamos nada de que reírnos.

Las lenguas extranjeras irrumpieron en las señales callejeras, los escaparates, los cines y las puertas de los lavabos, y empezamos a ver las monedas foráneas, sobre todo el dólar estadounidense, garabateadas en las pizarras de los puestos de salchichas y en los parabrisas de

los Mercedes viejos. *«We speak English»*, *«Ici, nous parlons français*». En cuanto al ruso, no sólo las palabras eran ininteligibles, sino también las letras de su alfabeto. Debo reconocer, sin embargo, que las lenguas escritas no eran tan irritantes como las habladas. Una cosa era que la ciudad ya no oliera como antes, pero que no sonara como el país donde había crecido, cómo decirlo, era como tener un puñal clavado en el corazón. El alemán era mi lengua materna, el idioma que mi madre me había hablado de niño, y yo lo amaba tanto como la había amado a ella.

Eran las lenguas de los vencedores, y ellos lo sabían. Había una nota de engreimiento en cada palabra. Los estadounidenses se caracterizaban por hablar a voz en cuello. Quizá su forma de hablar fuese más perceptible a distancia por ser particularmente nasal. Si bien es cierto que algo de nuestra lengua germánica nos sale de la garganta, yo diría que buena parte de la suya les sale de la nariz. Las otras nacionalidades también podían alborotar bastante, en especial después de beber unas copas, algo que norteamericanos, británicos y rusos practicaban a menudo. Por aquel entonces circulaba un chiste que decía: ¿cómo sabes que un oficial norteamericano ha estado bebiendo? Porque no puede andar en línea recta. ¿Y uno británico? Porque se esfuerza por andar en línea recta. ¿Y uno ruso? Porque sólo cuando bebe es capaz de andar en línea recta.

Llamaban más la atención que una verruga en la nariz: los británicos, con su tez pálida de adolescentes ruborizados; los franceses, por ir besando en las dos mejillas a todo aquel francés que se les cruzaba en el camino, como si fueran limpiaparabrisas, y los rusos, por esa costumbre suya de besuquearse en los morros. Sabía que nunca conseguiría acostumbrarme. Algunas ciudades grandes, como Nueva York, conocen el fenómeno. Dicen que Chinatown parece más un trozo de China que de Estados Unidos, pero se ha ido formando poco a poco. Imaginen despertar un día y descubrir que de la noche a la mañana todo el vecindario se ha transformado en otro país.

Y a propósito de país, el nuestro había vuelto a ser Austria. Habíamos dejado de ser una provincia del Reich alemán. Austria había sido declarada independiente (unos pocos tenían el descaro de afirmar que «había declarado su independencia») antes del fin de la guerra, cuando la marea se había vuelto contra el Reich. La mayoría de los austríacos prefirieron cambiar de chaqueta, blanquearse las camisas y actuar como si Austria hubiera sido invadida por el Reich contra su voluntad, en lugar de acoger la anexión con los brazos abiertos. Hasta el presente, Alemania sigue cargando sola con la culpa de la guerra. La verdad es que fuimos la pata trasera de la bestia, y no el blanco conejito atrapado en sus fauces. Otro chiste que circulaba entonces: ¿por qué le va tan bien a Austria? Porque le ha hecho creer al mundo que Beethoven era austríaco y Hitler, alemán.

Aquellos primeros días no fueron agradables. Hubo linchamientos en las calles. Los meses sucesivos estuvieron cargados de dedos acusadores: nazi por aquí, nazi por allá. Más de un nazi, por salvar la piel, acusó de serlo a un miembro de la resistencia y consiguió que lo arrestaran sin hacer preguntas. Buena parte de la población permanecía con los labios sellados, por miedo a que los nazis volvieran al poder en cualquier momento. Viena me parecía un gran circo. Los

escasos equilibristas que habían seguido una línea inflexible en la vida habían caído, tal vez deliberadamente, para no poner en entredicho su sentido de la moral. Los artistas del trapecio habían confiado sus vidas a manos ajenas; unos habían sobrevivido y otros no. Los malabaristas eran los que habían salido mejor parados, cambiando un gobierno por otro, por el más conveniente en cada ocasión, por el que tuvieran a mano, sin ningún pensamiento de por medio, porque pensando podían confundirse de bola, sólo recoger y lanzar, recoger y lanzar. Mejor que cayera la bola y no la persona. Yo mismo había empezado como hombre fuerte y había acabado convertido en un fenómeno de feria. Todo el país se miraba a sí mismo en un espejo distorsionador.

Si nuestra casa hubiese estado una calle más abajo, habríamos entrado en el sector norteamericano, considerado el mejor con diferencia. Por desgracia, estábamos en el límite del sector francés, el segundo peor. Lo decían todos. Los franceses no tenían ni un céntimo y eran unos rácanos, al menos con nosotros los austríacos. Eran los primeros en hacerse con las provisiones importadas, sobre todo de Estados Unidos, se llevaban cuanto necesitaban para su exquisita *cuisine* y, cuando nos llegaba el turno a nosotros, había escasez de alimentos. Nos faltaban artículos de primera necesidad: mantequilla, leche, queso, azúcar, café, por no hablar del pan y la carne. Los franceses no estaban dispuestos a pasar penurias por nosotros, ni siquiera se habrían planteado prepararse el café más aguado o ponerle solamente un terrón de azúcar. Necesitaban mucha mantequilla para cocinar, y les importaba muy poco que a nosotros no nos quedara nada para untar en el pan del desayuno.

El detalle que más comentábamos los austríacos, mientras hacíamos interminables colas intentando conseguir una reducida porción de algo que al final resultaba haberse agotado, era la botella de vino que siempre se encontraba en la mesa de los franceses a la hora de la comida y de la cena. Después de un año sin ninguna mejora, oí que una señora citaba un informe que había hecho alguien. Al lado de las treinta toneladas de azúcar y de carne consumidas por las tropas, nuestra población no había consumido nada. También recuerdo a un hombre que tenía otras estadísticas. Los de la cola éramos todo oídos. Leyendo en voz alta de una publicación mensual, proclamaba con furia que doscientos mil de nuestros civiles habían consumido cincuenta cerdos, terneras y corderos, y un centenar de pollos, mientras que veinte mil de sus soldados habían acabado con la desmesurada cantidad de cuatrocientos cerdos, terneras y corderos, y diez mil pollos. Aunque no recuerdo las cifras exactas, es fácil captar la idea general. De los cuatro países, Francia era el único que había sido ocupado por el Reich, incluido París, su máximo orgullo. Por eso, nuestro sector no era precisamente el más agradable de los cuatro. Los franceses querían llenarse la barriga y a la vez tomarse la revancha. Aunque tal vez su actitud no fuera tan vengativa como pudiera parecer. Francia había conocido el hambre y ahora se hartaba de comer y beber vino, como haciendo uso de un derecho largamente denegado.

Podría haber sido mejor, pero también peor, mucho peor. Los rusos eran famosos por su política de «una unidad de cada cosa por persona»: una cuchara, un cuchillo, una silla. Toda

propiedad «en exceso» se confiscaba y se enviaba a Rusia. A Schwarzenbergplatz le cambiaron el nombre por el de Stalin Platz, y en ella levantaron, aquel primer verano, un monumento de cuarenta metros de altura, coronado por una figura de bronce que portaba una bandera roja y un arma automática cruzada sobre el pecho. Rápidamente, el «soldado ruso desconocido» llegó a ser muy conocido entre los vieneses, que hasta le pusieron un apodo: el Saqueador Desconocido.

La rapiña no se detuvo en las viviendas, sino que se extendió a los civiles de la forma más brutal. En el sector ruso, reabrieron sus puertas los tugurios, los bares y las salas de fiesta, sin mostrar el menor respeto por el toque de queda. Se decía que muchas mujeres austríacas habían sido secuestradas a punta de pistola para hacer compañía a los rusos, que las violaban, y que lo mismo hacían las rusas con los hombres austríacos. La disentería y las enfermedades venéreas se propagaron, y el tifus adquirió proporciones epidémicas. Al respecto hay que decir que los soviéticos habían enviado tantos automóviles y camiones a su país que los moribundos tenían que ser transportados a los hospitales en carretilla. La tasa de mortalidad era impresionante. Supongo que los rusos tenían razones para ansiar venganza, porque solían justificar todos sus crímenes, incluso los más mezquinos, poniendo por delante los veinte millones de compatriotas suyos caídos durante la guerra y un número aún mayor de personas que se habían quedado sin hogar.

Yo nunca pasaba por la zona rusa si podía evitarlo, aunque éramos libres de hacerlo, porque podían reclutarnos sin previo aviso para trabajos forzosos, tanto para un día como para una semana. La vida cotidiana en el sector tenía algo de ruleta rusa. ¡Qué diferencia con la sección estadounidense, donde habían impuesto un límite de velocidad de cuarenta kilómetros por hora, incluso en avenidas interminables como la Währingerstraße! Sus leyes no sólo se promulgaban, sino que además se aplicaban a todos por igual.

Elsa no me preguntaba nada directamente, pero yo estaba listo para atrapar al vuelo sus preguntas. Cuando tenía una en la punta de la lengua, yo lo notaba, lo mismo que notaba el peso de su mirada cada vez que le llevaba el agua hervida (como precaución sanitaria) para que bebiera o se aseara. Si estaba arreglando su habitación, ella aprovechaba mi distracción para escudriñarme libremente. A veces yo hacía como que miraba por la ventana, ofreciéndole mi perfil bueno. Entonces me miraba directamente, pero cuando me volvía, ella bajaba los ojos, ocultando una mirada cuya ambigüedad yo no lograba descifrar del todo.

Tal vez intuía mi preocupación y le inquietaban sus causas, por las consecuencias que pudieran tener para ella. Quizá se sentía agradecida por lo que creía que estaba haciendo por ella, o sinceramente angustiada por mí, y tal vez culpable. Yo esperaba que mi padre regresara a casa en cualquier momento, y si por un lado imaginaba lo mejor, también temía lo peor. Podía ver su mano sobre mi hombro mientras elogiaba mi sensatez por esperar su regreso, en lugar de tomar por mi cuenta cualquier decisión concerniente a Elsa. Había hecho bien en no informarle a ella

de los acontecimientos, para impedir que tomara decisiones precipitadas. «Enhorabuena, hijo, has hecho un buen trabajo cuidando de tu abuela, de Elsa y de la casa, estoy orgulloso de ti. Sé que no ha sido fácil después de la pérdida de tu madre. Has sido muy valiente.»

O bien..., nada más verla se quedaría pasmado, estupefacto, preguntaría por qué demonios seguía encerrada en aquel rincón cochambroso. ¿Dónde diablos estaba mi madre? Elsa, con toda su inocencia, se lo explicaría, y él me cruzaría la cara de un bofetón delante de ella.

¿Había alguna solución? ¿Podía arriesgarme a decirle a mi padre que ella ya se había ido? ¿Subiría él a ver si aún seguía allí? ¿Podría persuadir a mi padre de que esperara solamente unos días para decirle la verdad, sólo el tiempo necesario para convencerla? Pero, después de pensarlo un poco, decidí que no podía confiar en que él comprendiera mis sentimientos; el riesgo era demasiado grande, mi padre lo arruinaría todo. No, no, tenía que decírselo antes de que volviera.

Elsa tomaba la sopa del cuenco. En un agotador esfuerzo de cortesía, hilvanaba las conversaciones más triviales que puedan imaginarse, centradas básicamente en las verduras: dónde las había conseguido, si aquello que había probado era una patata y qué bien que así fuera, y ¡anda, mira, un guisante! Al lado de las suyas, las palabras que yo necesitaba arrancar de mi boca eran pesadas como ladrillos. Ya me pesaban en la cabeza y no me parecía oportuno soltarlas en aquella atmósfera liviana y enrarecida. Se habrían estrellado contra el suelo. Si hubiese reunido el coraje suficiente para cogerla de la mano y mirarla directamente a los ojos, seguro que me habría paralizado con su mirada expectante, con una ceja levantada, como diciendo «¿sí?, ¿qué quieres?». ¿Sería yo capaz de decir así, como de pasada, algo tan importante que toda mi vida dependía de ello? «Ah, a propósito, hablando de verduras, ¿te he comentado ya que te mentí cuando te dije que habíamos ganado la guerra? La perdimos. Así que no tienes por qué quedarte ahí sentada, perdiendo el tiempo conmigo, tomando esa sopa aguada y medio fría. Estoy seguro de que tus padres te habrán preparado algo mucho mejor, y ya de paso, cuando salgas, ¿por qué no me tiras esa misma sopa a la cara?»

Cuántas veces me atormenté delante de una página en blanco. «Querida Elsa.» Mi pluma se detenía. «Querida Elsa» era trivial, un preludio impropio para lo que venía después, unas pocas notas ligeras de flauta antes de atacar con el trombón. Se taparía los oídos. Pero si empezaba directamente con una gran obertura, refiriéndome a ella de un modo más acorde con mis sentimientos, se pondría en guardia antes de pasar de la primera línea. Además, las expresiones de amor me planteaban un dilema. Me parecían manidas y superficiales. Puede que funcionaran para los primeros amantes que las usaron hace siglos, pero el tiempo las había convertido en viejas canciones con melodías demasiado familiares que despojaban a las palabras de todo significado. Ni siquiera yo mismo podía reprimir un gesto de desdén cuando las consideraba.

Un día, sin que viniera a cuento, Pimmichen me lanzó un pequeño disco de algodón. Era suave y estaba perfumado. Creo que lo usaba para empolvarse la cara.

—Venga, Johannes, puedes contárselo a tu abuela. Lo he visto y lo he oído todo antes que tú.

—¿Contarte qué?

—Me ha dicho un pajarito que algo te ronda la cabeza. ¿Una chica?

—¿De dónde has sacado esa locura?

—Cuando un joven de tu edad tiene esa mirada melancólica y sacude nerviosamente la rodilla porque preferiría no estar con su abuela sino en algún otro sitio, por lo general significa que la flecha de Cupido ha encontrado alojamiento en el lado izquierdo de su pecho.

—No hay ninguna chica, Pimmi.

—¿Te rechaza?

—Lo que quiero decir es que no conozco a ninguna chica.

—A mí no me engañas. He visto más del siglo pasado que tú de éste. Tengo mal los ojos, pero no estoy ciega. La soledad no se parece en nada a lo tuyo. Estarías demacrado, arrastrarías los pies. Parecería como si vagamente buscaras algo sin saber muy bien de dónde va a venir. Pero tú estás nervioso; tienes a una persona concreta en la mente. Miras por la ventana y te concentras tanto que dejas de moverte. Te he estado observando.

No pude reprimir una sonrisa.

—Quizá hay... alguien.

—¿Es un gran secreto?

Tentado de jugar con fuego, incliné un poco la cabeza.

—Me alegro por ti. Formar una familia es justo lo que necesitas. En mis tiempos, ya habrías estado en edad de casarte. Yo no estaré aquí para siempre, ¿sabes? Ya no tienes a tu madre, y sólo Dios sabe cuándo y en qué estado volverá tu padre. Los hijos son un gran consuelo para todas las desilusiones de la vida.

—¡Eh, qué dices! ¿Quién ha hablado de tener hijos?

—Tienes razón. Empecemos por el principio. ¿Ella te quiere?

—No lo sé. Quizá como amigo.

—Eso quiere decir que no. ¿Es por tu cara?

—¿Qué tiene de malo mi cara?

—Nada. ¡Y que nunca se te olvide! —exclamó, contemplándome muy complacida por alguna razón—. ¿Dónde os conocisteis?

—No puedo decírtelo.

—Todo es muy secreto... Hum, ¿no estará casada? —preguntó con una mueca de disgusto.

—No. Nada de eso.

—Ya. Entonces, ¿es monja?

—¿Monja?

—¿Está enamorada de otro? —De inmediato advirtió mi expresión ensombrecida—. Ya veo... ¿Él ha sido el primero en cortejarla?

—Así es.

—¿Y tú quieres quitársela? Puede ser complicado...

—Hace años que no se ven.

—¿A causa de la guerra?

—Bueno..., sí.

—¿Por qué no has recurrido antes a mí? ¿No sabes que puedo ser de gran ayuda en estos casos?

Contemplando su cara invadida de arrugas, pensé que podría ayudarme muy poco.

Debió de leerme la mente, porque abordó mi preocupación con franqueza.

—Tranquilo, Johannes. Recuerdo perfectamente los intrincados mecanismos del corazón. Creo que es lo único que recuerdo. ¡Ay, Dios mío! ¡El amor! —Pimmichen me miró con esa cara rara del cegato que, con ojos vidriosos, se empeña en distinguir los detalles de un paisaje lejano, hasta que de pronto volvió en sí—. Veamos. ¿Tendrás ocasión de ver de nuevo a esa chica?

—Sí, voy a verla.

—Pero, si tú no fueras, ¿crees que ella haría algo por verte a ti?

—Es complicado.

—Tengo que saberlo, es importante.

—Ella no puede venir a verme.

—¿Por qué? ¿Vive demasiado lejos?

—No se lo permiten.

—Padres estrictos. Eso es bueno. Y ella obedece. Supongo que no les importará que la cortejes. Eres de buena familia por mi parte, incluso de familia acaudalada, ¡nunca dejes que nadie lo olvide!

—Ella no se fija mucho en esas cosas. Por eso es distinta de lo que suele decir la gente de...

Sintiendo que se me arrebolaban las mejillas, me tapé la boca y tosí.

—¿De las mujeres? Sí, bueno, ¿alguna vez has pensado que tal vez no sepa lo que sientes por ella?

—Lo sabe.

—¿Lo has admitido delante de ella?

—Alguna vez.

—Hum, no has hecho bien. Todavía eres demasiado joven, demasiado sincero. Así nunca la conseguirás. La honestidad no es la mejor política en los asuntos del corazón. Mi consejo es que demuestres menos interés por ella. Sabe que has mordido el anzuelo, pero te mantiene en el agua, colgando del sedal. Para ella no eres más que una segunda opción, por si no consigue pescar al otro pez. Para que se interese, tiene que sentir que te estás alejando. Si no haces más que nadar en círculos alrededor de su barca, jadeando y mirándola con ojos de pez, ¿cómo esperas que vaya a recoger la red?

—¿Tengo que darle celos? ¿Hacerle creer que hay otra chica?

—Si hace falta, como último recurso, sí. Pero ten presente que no es necesario que sea mentira. Hay muchos peces en el mar. Tira la red y sacarás una docena.

Enseguida me puse a inventar los rasgos de una chica de ensueño, para que Elsa se diera

cuenta de que yo era un pescado de primera categoría. De momento, sólo tenía elementos sueltos: cabello rubio, ojos azules, nariz perfecta, sonrisa bonita, todo ello combinado, formando un rostro ario; pero cuando cerraba los ojos para imaginarla, la idea era genérica y poco real. Pensé que podía ser útil darle un nombre. Gertrud, Ines, Greta, Claudia, Bettina, sí, ése no estaba mal, Bettina. «Lo siento, Elsa, pero no quiero hacer esperar a Bettina en el *Volksgarten*.» «Me encantaría quedarme un rato más, pero tengo que irme. El sol podría hacerle daño. Ya sabes que Bettina tiene la tez muy clara, como sólo la tienen las rubias.» «Por favor, cuéntame otra vez lo que decía Nathan del color azul. Me gustaría repetírselo a Bettina, porque sus ojos son azules, aunque cada vez que los miro se me olvida todo lo que iba a decir...» Las fantasías evolucionaron hasta hacerse grotescas. Bettina llegó a ser campeona mundial, aunque no pude decidir qué deporte afectaría más a Elsa, si la natación, los saltos de trampolín o la gimnasia.

12

Debió de ser hacia media tarde, porque la sombra del árbol de los Bvlgari estaba invadiendo nuestro jardín y me obligaba a mover mi silla cada pocos minutos. Pimmichen salió de la casa con su paso vacilante, apoyados los dedos en la boca en un gesto pensativo que a mí no me engañaba —conocía sus trucos— y que sólo significaba que su dentadura era nueva y de estabilidad precaria. No entendí ni una palabra de lo que estaba diciendo. La seguía un soldado. ¿Cómo iba a entenderlo? Estaba hablando en francés. El hombre parecía sentirse ridículo, y con razón. Quién sabe por qué motivo, llevaba un uniforme estadounidense que era dos tallas más grande que la suya. Los puños de la camisa le tapaban las manos; las costuras de las sisas le llegaban a los codos, y llevaba los bajos de los pantalones enrollados en dos grandes alforzas.

A través de los pensativos dedos instalados a modo de perilla, mi abuela no dejaba de repetir: *«Vous promettez d'être gentil avec lui?»*,[1] a lo que él respondía: *«Oui, ça va, ça va»*,[2] con creciente irritación. Al final, ella me dijo que yo también tenía que ir con el soldado y que era el procedimiento habitual para todos los muchachos de mi edad.

El soldado me condujo a la base francesa, donde todos, tanto los oficiales como la tropa, vestían uniforme estadounidense. Me enteré de que los americanos habían donado uniformes al ejército francés, pero como el americano y el francés medio no eran del mismo tamaño, estos últimos no habían podido presumir de la generosidad estadounidense. Al principio no entendí por qué motivo daban los franceses uniformes a aquellos negros —para mí los marroquíes eran negros—, y supuse que era por pura decencia, para que no deambularan desnudos, como probablemente los habían encontrado en su África natal. Sólo más adelante me enteré de que los marroquíes eran ciudadanos de una colonia francesa. Las tropas marroquíes enviadas al frente no sufrían escasez en lo que a uniformes se refería. De hecho, en el frente, con todas las bajas que había, los uniformes podían considerarse incluso un excedente.

Yo no entendía mucho lo que decían, excepto las expresiones oídas a Pimmichen, a quien le agradaba presumir de sus conocimientos de francés. Presté oídos al árabe de los marroquíes y su entonación me pareció áspera y bárbara. Para mi alivio, no era yo el único austríaco, ni mucho menos: varios cientos llevaban más tiempo que yo esperando. Aquello habría sido Babel de no ser por los alsacianos, que dominaban el alemán y el francés y estaban allí para ejercer de traductores. Aun así, no eran muchos, y por desgracia sí lo eran los interrogatorios y los formularios.

Antes de permitirme salir, me hicieron leer un capítulo de un libro estadounidense. Puesto que Hitler había sustituido el francés por el inglés como la lengua extranjera que se enseñaba en las

escuelas, yo era capaz de entender lo más básico, como «*I am, you are*» o «*The book is on the table*», pero poco más. Los otros estaban en la misma situación que yo. Nos dieron a todos el mismo libro, del que sacamos muy poco provecho, pese a la buena voluntad de los norteamericanos y al dinero que habían invertido en la edición. Recuerdo que se llamaba *Handbook for Military Government in Austria*.

Fue allí donde me enteré de los detalles de la muerte de Adolf Hitler, que probablemente habían dejado de ser noticia, pero aún lo eran para mí, que rehuía la información del mundo exterior. Me quedé sin habla. No podía creer que alguien de su talla hubiera tenido una conducta tan poco acorde con los ideales. Por si no hubiese sido suficiente para un solo día, cuando me llegó el turno de cumplir con las formalidades, me informaron de las versiones contradictorias acerca de lo que le había sucedido a mi padre. Algunos testigos afirmaban que dos hombres habían escapado de Mauthausen, pero que mi padre no lo había logrado porque lo habían atrapado y le habían pegado un tiro en la cabeza; y otro distinto aseguraba que dos hombres habían conseguido huir y mi padre había sido acusado de tramar el plan, con lo que el resultado había sido el mismo. No esperé a salir y estar solo para llorar, no, agaché la cabeza delante del francés y de su compañero alsaciano y lloré desconsoladamente, berreando como un crío. Nadie mostró compasión por mí, ni por mi padre, aunque tampoco yo la buscaba.

A golpe de pico y hacha, los emblemas nazis fueron borrados de todos los edificios y monumentos de la ciudad. Despidieron a muchos funcionarios, desde agentes de policía hasta el alcalde. Se cambiaron los papeles, y ahora los miembros de la Gestapo eran los perseguidos. Hermann Goering, que hasta hacía poco hablaba por la radio, y otros como él fueron detenidos y llevados ante un tribunal. Lo mismo le sucedió a Baldur von Schirach, gobernador de Viena y jefe de nuestras Juventudes Hitlerianas, declaradas ahora organización delictiva.

Pese al curso de los acontecimientos, los franceses colgaban carteles por todas partes en los que nos calificaban de «país amigo». Habían adoptado la política de disociar a Austria de Alemania, debilitando así toda perspectiva de que volvieran a unir sus fuerzas. Después de «liberarnos» de los alemanes, los ocupantes nos «protegían» de ellos. Charles de Gaulle definió la misión intelectual de su país como la política de las tres des: desintoxicación, desnazificación y desanexión.

A mí me mandaron al sector estadounidense, junto con otros como yo que también habían sido miembros de las Juventudes Hitlerianas. Después de una marcha, los soldados norteamericanos nos obligaron a situarnos en formación junto a la vía del tren. Pensé que iban a enviarnos a la cárcel y estuve a punto de sucumbir al pánico, porque bajo ninguna circunstancia podía abandonar a Elsa y a Pimmichen. Cada vez que me apartaba de la fila, un soldado norteamericano movía el fusil, dándome a entender que más me valía volver a donde estaba.

Llegó entonces un tren, arrastrándose penosamente sobre su vientre metálico y trayendo consigo un hedor suficiente para volver nuestro estómago del revés. Es posible que mi memoria haya distorsionado parte de lo que voy a contar, porque al cerrar ahora mis viejos ojos ya no

puedo asegurar si lo que vuelvo a ver es exactamente lo que vi cuando se abrieron una tras otra las puertas de los vagones, o la esencia de lo que vi, o sólo una fracción de aquello que nunca he podido olvidar.

Del suelo hasta el techo de los vagones, cuerpos como esqueletos a los que sólo la piel y los ojos les hubieran sido añadidos se apilaban uno sobre otro. Fue un fogonazo del infierno, una orgía de cadáveres. Miembros indiferentemente enredados con otros miembros, cabezas caídas en todas las direcciones, genitales muertos desde hacía tiempo y, aquí y allá, un niño, fruto malogrado de algún éxtasis aturdido. Estaba en una pesadilla y la única salida era despertar.

Parpadeé y me encontré en el ambiente familiar de mi dormitorio, donde cada objeto concreto ocupaba el lugar de siempre. Lo malo era que no estaba durmiendo cuando me asaltó la pesadilla, por lo que al despertar me sumí en un estado de sueño en la vigilia, fabricando una ensoñación que ya nunca pude separar de la vida real.

13

Nuestro cambio de circunstancias me llevó a relajar las normas y a conceder a Elsa, literalmente, más espacio para respirar. Le anuncié que ya podía usar todo el cuarto de invitados —la cama, la mesa de escritorio y los libros—, para estar más cómoda. Estableceríamos un código. Antes de subir, le silbaría. Si oía que me acompañaba alguien, tenía que volver a meterse a toda prisa en su antiguo escondite, sin hacer ruido. Lo ensayaríamos para ver si era capaz de hacerlo con suficiente rapidez desde cualquier punto de la habitación, que no era muy grande, sobre todo por la oblicuidad de las paredes. De hecho, se recorría en cuatro zancadas. Debía tener siempre la persiana bajada y le prohibí que se asomara a la ventana. Cuando yo no estuviera con ella, le cerraría la puerta con llave. De ese modo dispondría de más tiempo en caso de... Le pregunté si lo entendía.

—No del todo.

—¿Qué?

—Es sólo que... No, nada.

—Anda, dilo.

—Sólo que, verás...

—Dilo, no te lo guardes.

Cruzó las piernas hacia un lado y después hacia el otro, incapaz de encontrar la posición justa al borde de la cama.

—Nunca me cuentas nada. ¿Por qué no ha vuelto tu padre si realmente ha terminado la guerra?

Deambulé de un lado a otro para ganar tiempo y, al final, se lo dije sin más.

—Ha muerto.

—¿Muerto? —repitió, cubriéndose la boca con las manos mientras las lágrimas le anegaban los ojos—. ¡Oh, Dios mío! ¿Por mi culpa? ¿Por lo de aquella noche?

—Una cosa condujo a la otra, y entonces... —tartamudeé hasta quedarme en silencio.

—Por mi culpa te has quedado sin familia.

Sollocé unos segundos hasta recomponerme, es decir, mis ojos seguían derramando lágrimas, pero yo ya no hacía muecas ni gemía.

—Todavía tengo a Pimmichen, ¿verdad? Y también..., también te tengo... a ti.

Entonces bajó la cabeza, apesadumbrada, y no supe si lloraba por mí o por sí misma, porque no intentó hacerme un gesto amable ni me dedicó una sola mirada. Durante un buen rato

simplemente se quedó allí, con el mentón hundido entre las rodillas y abrazándose las piernas, perdida como estaba en su pequeño mundo.

—La guerra, Johannes —dijo al fin—, nunca me has contado nada...

—¿Qué puedo decirte? La ganamos.

—¿Quiénes habéis ganado?

—Acabamos con los rusos, los ingleses y los yanquis. *Kaputt*. Ahora nuestro territorio se extiende desde la antigua Rusia hasta el norte de África.

Levantó la vista para mirarme a la cara con expresión desafiante:

—¿No me habías dicho que la participación norteamericana había sido mínima?

Mi propia patraña me sorprendió. Hice lo que pude para convertir mi nerviosismo en indignación:

—¡Y lo fue hasta el final! Después del ataque japonés a Pearl Harbor, les llevó mucho tiempo reunir una flota para entrar en combate. Mientras tanto, nosotros inventamos una bomba tan poderosa que con sólo dejarla caer desde el aire levanta olas capaces de hacer naufragar a todos los barcos en un radio de cientos de kilómetros. No tuvieron la menor oportunidad.

—¡Oh..., pero eso es terrible! ¡Entonces fueron ellos los primeros en conseguir el arma definitiva!

—Lamento que te parezca tan terrible. ¿Habrías preferido quizá que hubiésemos perdido? ¿No te habría importado que nos mataran a mi abuela y a mí? ¿Que arrasaran esta maldita casa? Mientras tu pequeña vida egoísta esté a salvo, todo lo demás te da igual, ¿no?

—Lo siento. No quise decir eso.

—¿Hay alguna otra cosa que quieras saber?

Se tomó su tiempo antes de preguntar con expresión sumisa:

—¿Y los judíos?

Más que por los judíos, estaba convencido de que preguntaba por Nathan. Los celos me hicieron hervir la sangre:

—Los han deportado a todos.

—¿Adónde?

—A Madagascar.

Eso era realmente lo que me habían dicho, años atrás, en un campamento de supervivencia; era el rumor que circulaba entonces.

Sacudió la cabeza:

—Por favor, Johannes.

—Es la verdad.

—¿A todos?

—Excepto a ti.

—¿Para que tomen tranquilamente el sol?

—Supongo. No sé lo que hace la gente en Madagascar.

—Los han mandado a Siberia, a helarse de frío. ¿Quién más iba a ir allí, aparte de unos condenados a trabajos forzados? Carbón, minerales..., es eso, ¿verdad?

—Te he dicho Madagascar y no volveré a repetirlo. Si no crees lo que digo, no me preguntes.

Me pareció ingrata y egoísta; la odié con todas mis fuerzas, pero deseé que dijera algo que me ayudara a disipar la infelicidad que estaba sintiendo. Yo únicamente quería amarla, sólo esperaba un simple gesto por su parte. Pero en lugar de venir a mí en busca de consuelo, pasó por mi lado y fue a apoyarse sobre los libros de la estantería. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Me marché.

Al cabo de cinco minutos, incapaz de contenerme, abrí violentamente la puerta y dije: «¡Gracias, Johannes!», imitando su voz. Se había acurrucado en el sillón de mi abuelo, pero no estaba leyendo como yo sospechaba; de haberlo hecho, le habría dicho cuatro cosas. Hizo un esfuerzo por sobreponerse a la mirada ausente y replicar, con más sinceridad de lo que me habría esperado:

—Gracias, Johannes.

Al principio tuve miedo de haberle dado demasiada libertad. ¿No se sentiría tentada de asomarse, sólo lo suficiente para echar un vistazo al vecindario, pero también lo suficiente para que un vecino la viera a ella? Me asaltaba la loca idea de que no fuera capaz de contenerse, tenía visiones de ella corriendo como una enajenada por la casa, gritando, riendo a carcajadas y agitando los brazos. Pimmichen pensaría que una demente andaba suelta. Creo que Elsa no sospechaba lo nervioso que estaba yo, ni que en pleno día tomaba los somníferos de mi abuela para tranquilizarme.

¡Cuánto me alarmé la primera vez que hallé vacía su habitación! Pensé que había saltado por la ventana. De todos los lugares posibles, finalmente la encontré en el último donde habría buscado (y donde miré): ¡detrás del tabique! Lo hizo en más de una ocasión, y cada vez estuvo a punto de matarme del susto. Decía estar más a gusto allí dentro, más segura, y afirmaba sentirse perdida en un espacio demasiado abierto. «¿Para qué voy a quedarme fuera si todo el tiempo tengo que estar concentrada en volver a esconderme, a la menor señal de alarma?», decía.

Pasaron meses antes de que se atreviera a pasar el día fuera, aunque siguió prefiriendo encerrarse para dormir. Y mucho después de habituarse a dormir en la cama de matrimonio, la sorprendí algunas veces echando una siesta en el suelo, con un brazo en el escondite. Por mucho que lo odiara, aquel rincón debía de ser para ella como un viejo amigo.

Sería un error afirmar que le estaba haciendo daño a Elsa; a mi modo de ver, la estaba protegiendo. En primer lugar, pensaba que sus padres habían muerto, y también Nathan, pues de lo contrario alguien habría ido a buscarla. Era evidente que sólo me tenía a mí. Las imágenes de lo que podría haberle pasado de no haber estado encerrada me acompañaban siempre. Además, me parecía haber tomado una decisión razonable, equilibrada y justa. Ella ya no tenía a sus padres y tampoco los tenía yo, pero ambos nos teníamos mutuamente. Sentía que la responsabilidad que había asumido por su causa me concedía cierto derecho a seguir teniéndola a

mi cuidado. Además, yo la amaba más de lo que nadie pudiera amarla. Es decir, que así estaban las cosas.

Se me olvidó mencionar que había recibido una notificación, según la cual tenía que volver a la escuela, no sólo yo, sino todos los muchachos de mi edad y otros mayores que nosotros. Habían decidido que no habíamos recibido una educación adecuada. Nos consideraban ignorantes, era bochornoso. Eso significaba que tendría que pasar fuera de casa buena parte de la semana, y a mí me repugnaba la idea de salir, así como el contacto con extraños. Recuerdo que le exageré a una asistente social la mala salud de mi abuela, con la esperanza de quedar exento. Le expliqué que mi presencia junto a su lecho de enferma era cuestión de vida o muerte. Ella sugirió ponerle una enfermera que la cuidara. Yo repliqué algo a propósito del carácter difícil de mi abuela y dije que nunca toleraría una extraña en su casa.

La mujer, con toda razón, se declaró confusa. Apenas unos segundos antes le había descrito a mi abuela como una nonagenaria que se debatía entre la vida y la muerte. Entonces añadí que sólo se ponía difícil en los raros momentos en que recuperaba la lucidez.

—Eso no es ningún problema —repuso, riendo entre dientes—. Estamos acostumbrados. Dame una llave de la casa y enviaré a una persona para que vaya a verla de vez en cuando.

—No es necesario molestar a nadie que no sea de la familia. ¡No está tan enferma! —repliqué, contradiciendo todo lo que acababa de decir.

Me explicó que tenía dos enfermeras disponibles. Empecé a balbucear una serie de excusas incoherentes mientras andaba hacia atrás. Una amplia sonrisa se dibujó en su cara:

—El primer día será el peor. ¡Seguro que haces amigos enseguida!

La escuela estaba a unos buenos cincuenta minutos andando de casa, cerca de la iglesia de Santa Egidia. Yo era capaz de orientarme por Viena con los ojos cerrados, pero no me fiaba demasiado del viejo callejero de Pimmichen, porque muchos edificios que me resultaban familiares ya no estaban en pie y las señales con los nombres de las calles habían desaparecido hacía tiempo. Estaba intentando averiguar dónde me encontraba, tratando de mantener abierta la página en medio del viento, con el brazo mutilado, cuando un grupo de mujeres francesas emperifolladas pasó por mi lado e interrumpió su cháchara el tiempo suficiente para mirarme de arriba abajo. En sus ojos leí «un derrotado», «un conquistado», «uno de los imbéciles que siguieron al otro imbécil». En la calle, yo era todo eso. No tenía paredes ni techo que me defendieran.

Pasé junto al palacio de Schönbrunn, donde se abrían en el suelo las cicatrices de cientos de cráteres. Era horrible, pero la naturaleza se encargó de ponerle remedio haciendo crecer la hierba sin ningún prejuicio, de modo que al cabo de tres semanas aquello adquirió el aspecto de un campo de golf. Un viejo con la barba larga como la bufanda de un aviador estaba predicando, diciendo que de las mil cuatrocientas habitaciones ninguna había sufrido daño alguno, con la

única excepción de un agujero en el tejado, que había destruido uno de los frescos del techo titulado... *¡Glorificación de la guerra!* Era una señal divina, ¡el fin del mundo era inminente! Teníamos que abandonar de inmediato lo que estuviésemos haciendo, arrodillarnos y arrepentirnos de nuestros pecados. La iglesia de San Esteban, consagrada hacía siglos al santo patrón de Viena, había sido alcanzada. ¡Otra señal! El viejo tenía a su alrededor varios oyentes británicos, pero ninguno de ellos parecía excesivamente dispuesto a caer de rodillas. Los británicos habían instalado su cuartel general en el palacio tras quitárselo a los rusos, a quienes les hubiera gustado quedárselo para sí (en sentido figurado y literal). Me vi obligado a reconocer que los británicos estaban rehabilitando todo lo que había quedado bajo su jurisdicción, sin aspavientos, ni bandas de música, ni banderas, como hacían los rusos cada vez que colocaban un bloque de cemento o arreglaban la baranda de un puente.

Pasé junto a los hospitales y los cuarteles que acogían a los refugiados. Los niños se habían adaptado mejor que sus padres, si es que aún los tenían, y parecían felices de vivir con tantos vecinos. Para jugar a la pelota, ataban dos cascos de soldado, y fabricaban juegos de té con casquillos de bala. El gimnasio de la escuela también se usaba para alojar familias. Algunos roncaban aún, dentro de sus sacos de dormir; otros tomaban el desayuno, y otros se vestían apresuradamente, turbados al ver que una fila de estudiantes se detenía cada pocos pasos para apretar la nariz contra los cristales de las ventanas y espiar. Al final de la semana, ya se habían acostumbrado a los niños, y los niños a ellos.

No sonó ningún timbre, sólo se oyeron los gritos de unos adultos seguidos de un correteo y, al poco, nos pusieron en una clase con niños pequeños que se nos quedaron mirando, sin salir de su asombro. Aquello era una afrenta para nosotros, y sospecho que lo hicieron justamente por eso. La maestra, una mujer con cara de pocos amigos, indicó a uno de aquellos adultos de metro noventa que saliera a la pizarra. El joven se dispuso a incorporarse, empujando la silla hacia atrás, pero pareció cambiar de idea. Su actitud dio pie a un discurso: éramos todos iguales y no se harían excepciones con nadie, así que debía ponerse en pie y pasar al frente. El problema no tardó en hacerse evidente. La mesa se sacudió en todas las direcciones como un potro salvaje mientras el muchacho intentaba sacar las piernas de debajo del escritorio, provocando un estallido de hilaridad entre los más pequeños.

Después, la maestra me señaló a mí. Por suerte, logré salir de mi puesto con el muñón del codo oculto en un bolsillo. Cogí la tiza que me dio la profesora y me concentré cuanto pude, pero dejé abierta una *o*, cerré una *c* y, al querer ponerle el punto a una *i* se me deslizó la tiza por la pizarra, provocando un chirrido estridente. Podía sentir las miradas de todos, fijas en aquel batiburrillo ilegible, y me parecía oír lo que estaban pensando. Había hecho progresos sobre el papel, pero escribir sobre un soporte vertical era como empezar otra vez desde cero. A la maestra ni siquiera se le ocurrió que yo pudiera ser zurdo. Me preguntó delante de todos si alguna vez me habían enseñado a leer y a escribir.

Fue un alivio distinguir nuestra casa desde el pie de la cuesta, pero cuando me acerqué un poco, vi que la puerta principal estaba abierta de par en par. No había nadie entrando ni saliendo. Agucé el oído, atento a cualquier señal de alarma. Tenía la impresión de que todo estaba en calma. ¿Quizá Pimmichen quería que entrara aire fresco?

—Pimmi... —llamé.

No se encontraba en ninguno de los sitios en los que solía estar. Una de las alfombras tenía una esquina levantada, los cojines del sofá se veían desordenados y sobre la mesa había dos tazas, pero estaban limpias.

No había subido aún ni la mitad de la escalera, silbando una melodía para Elsa, cuando oí a mi abuela que me gritaba desde la biblioteca:

—Johannes, ¿eres tú? ¡Estamos aquí!

Me detuve en seco, transido de temor por quiénes pudieran ser «nosotros». ¿Encontraría a Elsa charlando con ella como dos buenas amigas?

Pimmichen estaba con dos extraños, sentados en nuestras sillas de anticuario con las rodillas tan separadas como lo permitían los frágiles reposabrazos. Uno de ellos era tan fornido y estaba tan gordo que las patas torneadas parecían estar a punto de ceder bajo su peso. Su rostro resplandecía con un tono rosado que tanto podía deberse a la buena salud como a la emoción o el exceso de alcohol. El otro, por su edad, podría haber sido su hijo, pero no se parecían en nada, aunque ambos tenían el mismo pelo de color rubio sucio, lo cual hizo que una luz se encendiera en mi mente. ¡Herr Kor y Nathan!

Al advertir lo mal que me estaba sintiendo, Pimmichen hizo que me sentara.

—Johannes, vamos a dar alojamiento a estos señores. Han luchado con los aliados para liberar nuestro país. Aquí tienes el documento oficial que han traído —dijo—. No tenemos otra opción —añadió con una tosecita.

Con dedos temblorosos, cogí el documento. Estaba en francés, pero vi que tenía los sellos oficiales y, arriba, los nombres de Krzysztof Powszechny y Janusz Kwasniewski. Mi incredulidad fue instintiva. Tenía la intuición de que era una maniobra de las autoridades para acorralarme. Incliné el documento hacia la luz, en diferentes direcciones, desconfiando de la forma en que aquellos dos hombres se movían en sus incómodas sillas. Empecé a estudiar al más joven. Parecía más maduro y curtido que Nathan, pero sin las gafas, aunque era de esperar que hubiera cambiado con el paso de los años, sobre todo si había combatido al lado de los rusos.

—Encantado de conocerlo —dije, esbozando una reverencia, con la esperanza de causarle buena impresión a pesar de lo estrafalario de las circunstancias, pero sólo conseguí que se ruborizara más mientras se estiraba el lóbulo de una oreja.

—Son polacos, no nos entienden —me explicó Pimmichen—, y yo he olvidado lo que sabía de húngaro, aunque no estoy segura de que hubiera servido de algo.

Entonces, los hombres se acercaron el uno al otro y susurraron en un idioma que, por lo que a

mí concernía, podía haber sido hebreo.

A la primera oportunidad, le advertí a Elsa que mi abuela tenía invitados y le indiqué que tomara todas las precauciones posibles. Para mi gran contrariedad, cada vez que me veía cansado, Elsa volvía a sacar el tema de Madagascar. Por ejemplo, ¿dónde había encontrado la información que le había dado? ¿Tenía algún artículo que ella pudiera leer? ¿Le sería posible escuchar la radio para tener algún vínculo con el mundo exterior? No tuve más remedio que decirle que sí, Elsa, ningún problema, Elsa, claro que sí, no seas tonta, Elsa. No podía arriesgarme a despertar más sospechas. Lo que básicamente me estaba pidiendo eran pruebas. Durante los últimos cuatro o cinco años no había pedido nada y ahora, de pronto, necesitaba pruebas.

Después tuve una discusión con Pimmichen acerca de la necesidad de proteger nuestra intimidad desde el comienzo. El ambiente se volvió tenso, hasta que puse la mesa para cuatro. Cuando ella les hizo señas para que vinieran, los polacos declinaron la invitación con un ademán. Ante la firmeza de su rechazo, insistí con un gesto, más que nada como táctica para hacer las paces con Pimmichen sin demasiado riesgo. Nuestros huéspedes habían acampado en el vestíbulo, sin usar ninguno de nuestros muebles. Al contrario, cada uno tenía su saco de dormir, un taburete de tres patas y una jofaina que, puesta boca abajo, les servía de mesita. Pan, manzanas y queso duro fueron la base de su cena, y usaron las navajas a modo de cuchillo y tenedor. Parecían muy autosuficientes.

Hubiese querido mandar a Pimmichen temprano a la cama, porque necesitaba reflexionar, pero ella estaba con ganas de charlar.

—¿Te has dado cuenta? No nos dicen ni una palabra. No hablan ni siquiera entre sí. Prácticamente no abren la boca.

—Todo el mundo habla poco en comparación contigo, Pimmi.

—También se esfuerzan por no usar nada de lo nuestro. ¿Era pedirles demasiado que se sentaran a la mesa con nosotros? Nos consideran sus enemigos. Yo juzgo a las personas por sus actos, no por sus palabras.

—¿No decías que no hablaban?

—¿No te parecen sospechosos? Tal vez no son quienes dicen ser.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, Johannes, tal vez son... —Inspiró profundamente y a continuación susurró—: Espías.

—¿Qué crees que podrían espiar aquí? ¿El verdadero color de las uñas de tus pies?

—Quién sabe lo que hizo tu padre. Hay algo en esta casa que les interesa. Lo noto en los huesos. Mis huesos nunca se equivocan, sobre todo este viejo metacarpo de mis pecados —dijo mientras levantaba un índice artrítico como señalando el aire.

Las palabras de Pimmichen y la hora tardía terminaron de convencerme. Pensé que mi primera impresión de que Herr Kor y Nathan habían venido a clavarme un puñal en el corazón

mientras dormía y llevarse a Elsa podría ser cierta.

Como precaución, planté un campamento delante de la puerta de Elsa. En el segundo piso había una balaustrada desde la cual se dominaba el pasillo de abajo. La cubrí con mantas para disimular mi posición y dejé encendida la luz del pasillo, para ver a mis asesinos cuando subieran el primer tramo de la escalera. Me puse mi viejo casco y estuve montando guardia con el fusil de caza de mi padre. Cada vez que oía un crujido, me asomaba entre los barrotes, apuntando al piso de abajo.

Debí de quedarme dormido en algún momento, pero eso no importó, porque a las cinco, cuando me levanté, ya se habían marchado. Sus sacos de dormir estaban enrollados, metidos en las jofainas y coronados por los respectivos taburetes, de cuyas patas colgaban como orejas de conejo un par de calcetines mojados y unos calzoncillos raídos. Sobre la mesa habían dejado una bolsa de nueces para nosotros. El ambiente de espías y asesinos se había disipado. Lo que sólo unas horas antes me había parecido verdadero, ahora, bajo la pálida y apacible luz del alba, se me presentó como la estupidez que era.

14

Recorrí la devastada ciudad en busca de algo, de cualquier cosa para convencer a Elsa de lo que le había contado. Cada titular contenía palabras que martillaban la derrota en mi corazón, y los artículos que encabezaban eran igual de incriminatorios. Las tiendas me desalentaron, rebosantes de artículos que testimoniaban la ocupación de Austria. Anaqueles enteros de pacientes pierrots se cernían sobre ratones Mickey menos resignados, junto a mondadientes adornados con la bandera británica y carteles que calificaban a Iósif Stalin de «papá del pueblo». Los objetos de uso cotidiano —tazas, ceniceros, llaveros— repetían hasta la saciedad los motivos en rojo, azul y blanco de las banderas francesa, británica y estadounidense; sólo el estandarte soviético, rojo con un detalle amarillo, introducía cierta variación. En cualquier caso, no había nada, grande ni pequeño, que conservara el menor rastro del Reich. Por lo demás, cualquier persona sorprendida en posesión de algo así se arriesgaba a una condena de diez años de cárcel o incluso a la pena de muerte. Era una búsqueda sin esperanzas, por lo que volví a casa arrastrando los pies y con las manos vacías. Lo único que pude llevar de vuelta fue mi mentira.

En el vestíbulo encontré al polaco de más edad lustrándose las botas y al más joven leyendo el periódico donde éstas estaban apoyadas, ambos tratando de quitar al otro de en medio. Agucé la vista para discernir qué era aquello que parecía tan interesante, pero los caracteres eran tan enrevesados como los de la escritura rusa.

—¡¿Dónde has estado?! —gritó Pimmichen—. ¡Es tarde! ¡Ha ocurrido una tragedia!

No tuve tiempo de intercalar una sola palabra antes de que me lo contara.

—Dejé la puerta principal cerrada pero sin echar la llave, porque nuestros huéspedes se habían marchado sin que les diésemos una copia. Cualquier ladrón podría haber entrado tranquilamente, y ya sabes que yo, cuando echo un sueñecito, no oigo ni a un ejército de cosacos. Entonces recordé que había una copia en la casa, pero no la encontré por ningún sitio. —Dicho sea de paso, era normal que no la encontrara, porque me la había guardado yo para que no la cogiera ella—. Fui a buscarla por el piso de arriba —prosiguió—, aunque Dios sabe que detesto esa escalera. El estudio de tu padre estaba abierto, pero el cuarto de invitados no. Pensé que no tenía fuerza en mi muñeca, pero no, estaba cerrado con llave. Cuando iba bajando con mucho cuidado, peldaño a peldaño, bien agarrada al pasamanos, oí un golpe. Me sobresalté y perdí el equilibrio.

Yo escuchaba, inmóvil:

—¿Y entonces...?

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Ya te lo he dicho, perdí el equilibrio.

—¿Te has hecho daño?

—¡Tendrías que haberme visto! ¡Plas! ¡Me caí sentada sobre mi parte más mullida!

—¿Cuál es la tragedia, entonces?

—¡Podría haberme roto el cuello! ¡Podría haberme matado!

Mi suspiro de impaciencia fue en realidad de alivio.

—¡Ya verás mañana los cardenales que tendré en el trasero!

—Espero no verlos.

—Pero ¿por qué está cerrada la puerta de arriba? ¿Quién está ahí dentro?

—Verás, Pimmi, suelo dejar la ventana abierta de par en par, para que circule el aire fresco. Como la puerta no cierra bien, echo el cerrojo para evitar que la corriente la abra y la cierre constantemente.

—¡Ah, es eso! Debe de haber anidado una paloma. ¿O se habrá metido una comadreja o un hurón? ¡No, no, una marta! ¡Tiene que ser una marta! Dicen que se meten, mordisquean los cables eléctricos y pueden arruinar casas enteras.

—Ahora subo a mirar, dame un minuto. Ayer mismo estuve arriba y no vi la reserva de fauna.

—Tranquilo. Yo ya no pienso subir, hoy ya he tenido suficiente.

—Sabia decisión.

—¡Y que lo digas! ¡Esos peldaños son la ruta más directa al cielo! Ojalá tus padres no hubieran reformado ese desván. No necesitábamos más habitaciones. ¡Ni siquiera usamos las que ya teníamos!

Elsa me estaba esperando. Tenía los ojos grandes y redondos con autoproclamada inocencia cuando aparté el tabique, lo cual significaba que no llevaba mucho tiempo allí dentro, pues de lo contrario la luz la habría deslumbrado. En un frenético susurro, me contó:

—¡Alguien ha intentado abrir la puerta hace un rato! ¡Creo que fue tu abuela!

—Y crees bien.

—Me parece que me ha oído.

—Así es. Y Dios sabe que está medio sorda.

—Cuando me levanté, la silla se volcó. Juraría que oí un ruido, como si alguien cayera por la escalera.

—¡Qué perspicaz!

—Yo no podía hacer nada. Fue horrible, la oí llamándote. No hacía más que repetir: «Dame la mano, mi pequeño Johannes, para que tu agotada y destrozada Pimmi se levante; dame la mano...».

Saqué de la mochila una lata de aceitunas, pescado seco y media hogaza de pan.

—¿Sabe ella que estoy aquí? —preguntó.

—Siempre tú. ¿Qué hay de ella?

Elsa se ruborizó hasta ponerse de color escarlata, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento. Estoy aturdida.

—Tú y yo tenemos mucho en común. La persona que a mí me importa más eres tú, y la persona que te importa más a ti eres tú también. Estamos hechos el uno para el otro. Ha sido el destino, la voluntad de Dios, ¿no crees?

Me daba cuenta de que Elsa estaba avergonzada, y yo disfrutaba echándoselo en cara.

—O sea, ¿que te interesa saber cómo está ella? —insistí—. Se pondrá bien, Elsa, no te inquietes. Ya tienes suficientes preocupaciones y además debes cuidar de ti misma; así que, por favor, no te detengas ni un segundo a pensar en los demás, sólo tú, tú y nadie más que tú.

La vi retorcerse las manos, arrepentida de su conducta, pero también advertí el vistazo de una fracción de segundo que echó a mi mochila. Sabía lo que estaría preguntándose, pero ella se daba cuenta de que no era el momento de sacar el tema.

—Elsa, mientras esos invitados de mi abuela estén en casa será mejor que permanezcas detrás del tabique. Si crees que serás capaz de guardar silencio, puedo dejar que salgas cuando yo esté en casa.

Me hubiese gustado hacerle compañía y charlar de cosas intrascendentes, como hacíamos antes, pero tenía que marcharme antes de que empezara a preguntarme por el tema que yo sabía que le estaba royendo las entrañas. Recogí la jofaina, el orinal y los platos que había que lavar, contento de haber ganado otro día más.

La noche siguiente no tuve tanta suerte. Sacó el tema en cuanto abrí la cremallera de la mochila, antes incluso de que metiera la mano dentro.

—Eh, Johannes, ¿te has acordado de traerme un periódico?

—¡Eso era lo que quería hacer! —exclamé, golpeándome la frente—. ¡Sabía que se me olvidaba algo!

Mi voz distaba mucho de sonar falsa, no obstante percibí el escepticismo en su cara.

—Y es fin de semana, ¡estúpido de mí! —continué—. No puedo hacerte esperar hasta el lunes. ¿Qué te parece si salgo ahora a ver si encuentro alguno? Este distrito está bastante muerto, pero en el de al lado tiene que haber algún quiosco. Seguro que ha dejado de llover.

Recordando el día anterior, tuvo cierta consideración hacia mí. Cuanto más insistía yo, más tranquila parecía ella, y viceversa.

—¿Estás segura? De verdad que no me importa ir. Creo que mi abuela estará bien si me doy prisa. No la haré esperar mucho.

Su mirada se suavizó y nuestra confianza se restableció. Me encontraba en una situación muy poco envidiable. Con mi farol había ganado dos días más, era cierto, pero el límite se había vuelto acuciantemente real. Sólo había conseguido posponer mi dilema. No veía ninguna salida,

como no fuera un milagro. Si por un lado tenía todo el fin de semana para pensar, también lo tenía para atormentarme en un laberinto del que no podía salir a menos que rompiera una pared.

El sábado fue lluvioso y triste. Los polacos se marcharon hacia las cuatro de la madrugada, dejando los sacos de dormir enrollados, con el cuello de una botella verde sobresaliendo de uno de ellos.

—Aquí lo único que necesita un repaso es tu cara. Vete a dar una vuelta. Los hombres jóvenes no están hechos para quedarse en casa quitando el polvo a los relojes de los abuelos —me regañó Pimmichen.

—Hace mal tiempo, por si no lo habías notado.

—Eso no habría detenido a don Juan, ni un millar de gotas de lluvia, ni un millar de lágrimas de mujer.

Se inclinó para arrebatarme el plumero, entre temblorosos gemidos de afectación que me recordaron los balidos de las cabras.

—No lo hago por ti. Tengo que moverme para que mis músculos entren en calor.

Procuraba mantenerme alejado de ella, pero fuera adonde fuese, me seguía de cerca, agitando el plumero en el aire. A veces me movía demasiado deprisa para ella y entonces la sorprendía avanzando rápidamente a saltitos, pasando el plumero por el aire sin tocar los muebles. No dejaba de mirarme de una manera extraña con el rabillo del ojo, tarareando entre dientes una melodía que yo no acababa de reconocer. Para mí, con lo poco que yo sabía de música, podían ser las *Danzas polovtsianas*, las *Danzas húngaras* o incluso el aria de Papageno.

—Se te ha olvidado decirme su nombre —soltó como de pasada antes de seguir con su melodía.

—¿De quién?

—De tu novia.

—No es mi novia todavía.

—Entonces, ¿no era ella la que te estaba esperando en el piso de arriba?

—¿Cómo puedes pensar algo semejante de mí? ¡Traer a una chica a casa, a tus espaldas! Además, ¡ella no es una cualquiera, abuela!

Por la atónita expresión de su cara, me di cuenta de que me había estado tomando el pelo, pero mi reacción la había sorprendido.

—¡Dios santo! La última vez que te vi tan indignado eras un mocoso de tres años que no quería bañarse.

—Si vuelves a verla, lo entenderás.

—Entonces, ¿la conozco?

—Has oído hablar de ella.

—Eso quiere decir que es de buena familia.

—¿A qué te refieres con «buena»? ¿Decente o conocida?

—¿Tiene nombre?

—Todavía no.

—¿Iniciales?

—Que no, Pimmi, que no.

—¿Qué mal puede haber en que me lo digas? Anda, no seas supersticioso. ¿La primera letra de su nombre de pila? Sólo la primera.

Después de alguna vacilación, cedí:

—La E.

Atravesó la habitación, abrió la cerradura de su buró y echó atrás la cubierta cilíndrica. Un extremo de la manga se le quedó enganchado en la marquetería, de la que arrancó un trocito al tratar de soltarse. Hizo una mueca de disgusto, depositó el trozo roto en el cajón superior, con el propósito de encolarlo en algún momento indeterminado del futuro, y extrajo un librito.

—Veamos. ¿20 de mayo, Elfriede?

—No —contesté, a la vez divertido e irritado.

—23 de julio, Edeltraud. Bonito nombre, ¿verdad? Edeltraud. Significa «preciosa fe».

Se me arrebolaron hasta las orejas cuando caí en la cuenta de que estaba leyendo el santoral católico, que a buen seguro los señores Kor no habían consultado para bautizar a su hija, quien probablemente ni siquiera estaría bautizada, no, claro que no, ¡cómo iba a estarlo!

—Pimmichen, por favor, déjalo ya.

—Me estoy acercando. Ven y ayúdame a leer esto; la letra es pequeña y tengo mal la vista. ¿Cuál es, santa Emilia o santa Edith?

—Ninguna de las dos.

—Aquí hay otra: Santa Elizabeth. Santa Elizabeth fue la hija de un rey húngaro en el siglo XIII...

Le quité el calendario de las manos, lo devolví a su sitio, cerré el buró y tiré la llave a la parte más alta, donde no iba a poder alcanzarla.

—Parece que ése tampoco es —dijo con un brillo maligno en los ojos. A partir de entonces, «Edeltraud» fue su manera de referirse a Elsa.

Recuerdo los detalles de aquel fin de semana como si fuese ayer. Tenía la sensación de que todo era presente y pasado a la vez, algo que apreciaba más que de costumbre y que al mismo tiempo ya echaba de menos. Para mí, el final ya había comenzado. Si hubiese podido detener el tiempo, lo habría hecho, pero el tiempo es el peor de los ladrones y al final nos lo roba todo, la verdad y la mentira.

Las gotas de lluvia que golpeteaban el tejado me daban una sensación de acogedora intimidad con Elsa. La escuché hablándome de los animales de la tierra, de cómo sería, por ejemplo, si los humanos hubiésemos sido creados con forma de tortuga, ¿cómo afectaría eso a nuestras vidas? Lo comparó con ir andando por ahí con la casa cargada a la espalda; sería incómodo, pero

supondría grandes ventajas. No tendríamos que construir viviendas, no habría en el mundo gente sin techo, podríamos cambiar diariamente las vistas de nuestras ventanas y estaríamos siempre en nuestra casa, con independencia del lugar del mundo donde nos encontrásemos, lo cual evitaría el derramamiento de sangre a causa de las fronteras. Sentí que me invadía cierta calidez cuando la oí decir «nuestra casa» y «nuestras ventanas», como si ella y yo, juntos, tuviéramos las cuatro patas necesarias para convertirnos en un mismo ser, aunque sólo fuera una tortuga.

Me preguntó si sabía dónde estaba localizada la mente, si en el corazón o en el cerebro. Le respondí que en el cerebro, esperando no equivocarme. Entrecerró los ojos para pensar y declaró que la suya estaba fuera de su cuerpo. En ese preciso instante, mientras me hablaba, su mente estaba viendo una casa de tres plantas, abierta por delante como una casa de muñecas, y nosotros no éramos más que dos efímeros individuos diminutos en la habitación triangular de la esquina superior derecha.

Le supliqué que no lo hiciera, pues en cierto modo dejaba de vivir en el momento en que su mente abandonaba su cuerpo, y le advertí que algún día podía decidir no regresar. Además, me molestaba que su mente anduviera correteando por ahí, en lugar de quedarse quieta conmigo. Se me había dormido la pierna, porque Elsa la estaba usando de almohada, pero yo no la movía para que ella no cambiara de posición. Me alivió que por fin levantara la cabeza como para verme mejor. Su mirada era borrosa, desenfocada, y me pregunté si tal vez yo no era para ella más que una mancha blanquecina, un blando trozo de arcilla a partir del cual podía modelar el rostro que eligiera. Entonces, con una mano infantil, atrajo hacia sí mi cabeza y lentamente me besó.

Después, hubo aquella quietud en el aire, pero no porque ninguno de los dos se moviera o hablara, sino porque aquella bendita quietud existía por sí misma y había que respetarla. Mientras Elsa seguía con la vista fija en la pared, con la misma mirada de antes, yo le acariciaba el pelo, con la esperanza de que por esa vez sus pensamientos estuvieran más cerca de mí.

De camino al baño, me crucé con los polacos. Como cabe imaginar, yo resplandecía de felicidad hasta tales extremos que había olvidado el contenido del orinal que llevaba en la mano. Las narices arrugadas y la seca interjección eslava me devolvieron enseguida a la realidad. A mí mismo me sorprendió la naturalidad con que culpé a mi abuela, señalando su dormitorio, y me encogí de hombros, como diciendo: «Es parte de la vida». Compadeciéndose visiblemente de mí, me dieron unas palmaditas en el hombro antes de alejarse en silencio, uno más rápido que el otro.

Limpié la estufa de cerámica y encendí el primer fuego de la temporada, diciéndome que si Elsa me amara, si solamente me amara, toda la casa sería suya, le daría todo lo que tenía. Pimmichen advirtió mi cambio de humor y me preguntó si ya habíamos recibido el correo (en aquella época había reparto los sábados). Muy risueño, le contesté que no había tenido tiempo de mirarlo.

No recuerdo bien cómo empezamos, pero en algún momento Krzysztof y Janusz se sentaron conmigo alrededor del escabel de Pimmichen, acompañados de su botella de vodka. Mientras bebíamos a su salud, nos vino a la cabeza lo que yo llevaba conmigo cuando me los había cruzado antes, y la primera carcajada, aunque hicimos todo lo posible por contenerla, no hizo más que provocar otra y otra... Pimmichen no entendía dónde estaba la gracia, y me dio pena por ella, tan pudorosa como era, ignorante de la broma, perdida en su gran sillón, pero no pude evitar reírme yo también. El beso de Elsa contribuyó a mi embriaguez tanto como los sorbos del vodka de los polacos.

Por la mañana tenía jaqueca, pero me obligué a levantarme temprano. Me sorprendió ver que los ojos de Elsa ya no parecían ausentes, sino al contrario, estaban febriles y llenos de vida. Aceptó la bandeja sin prestar atención a la hiedra fresca del jardín con que la había decorado, mientras estiraba con sus arqueados piececitos el borde del camisón de mi madre, ciñéndolo más estrechamente a las curvas de su cuerpo. Al no darse cuenta del volumen añadido que le conferían sus pechos, hundía en el té los flecos del chal de mi madre cada vez que se inclinaba hacia delante.

—Johannes, he estado pensando. ¿No sería posible que me fuera yo también a Madagascar?

Sólo pude dar las gracias a Dios por no haberle dicho la verdad el día anterior, porque había estado tentado de hacerlo después del beso. La despreocupación con que masticaba la tostada me estaba atacando los nervios, y fue aún peor cuando empezó a lamer la cucharilla del té. Me tomé mi tiempo y, en el tono más neutro posible, repliqué:

—Pondrías en peligro la vida de mi abuela y la mía. Eso parece ser tu especialidad.

Se recompuso, concentrada en enrollar un rizo alrededor de un dedo.

—¿No podrías simplemente dejarme en la calle por la noche? Dime lo que hay que hacer para coger el tren que va al puerto. Puedo disfrazarme, lo he estado pensando. Si me descubren, no diré nada de vosotros, lo juro por Dios.

Levanté un fleco mojado del chal para que lo viera. Ella lo sacudió un poco, dispersando en todas las direcciones las migas que se le habían pegado a los dedos, hasta que advirtió mi mirada desaprobadora; entonces recogió una miga del suelo y la aplastó entre los incisivos.

—Todos van a la caza de judíos. Te dispararían nada más verte. Cuanto más tiempo dejes pasar, más probabilidades tendrás de salvarte. ¿Por qué no esperas un año más?

Su expresión abatida fue un insulto para mí. Me exasperaba su impaciencia. ¡La atraparían, la ejecutarían! ¡Yo la estaba protegiendo! ¡Prácticamente me había quedado sin familia! ¡Y todo por su culpa! ¡La estaba manteniendo con vida! ¡La ayudaba en todo lo que podía! ¡Después de todo lo que habíamos hecho y perdido por su causa! ¡Por ella, yo era un traidor a mi patria! ¡Y lo único que sabía hacer para darme las gracias era morder la mano que le daba de comer!

Yo estaba tan atrapado en mi mentira como ella.

15

El domingo estuve dando vueltas febrilmente en la cama durante toda la noche, incapaz de admitir la derrota. Fue entonces cuando se me ocurrió una idea. Era improbable, loca, pero no más que la guerra. De hecho, era una continuación de la lógica pasada, una rama que se extendía en ramificaciones menores y ramitas en lugar de que la podaran. Mi plan requería cierta preparación, por lo que falté a clase el lunes, el martes..., hasta que al final lo convertí en un hábito.

Le advertí a Elsa que la verdad era un concepto peligroso que nadie necesitaba para vivir. Si sus sentidos hallaban un mundo menos doloroso que el real, haría mal en no vivir en ese mundo. Le entregué la caja de recortes. Sin los artículos que condenaban a los nazis, las elevadas cifras de los pies de ilustración sonaban a hazañas. Ella los iba observando uno a uno, me miraba a mí, volvía a los artículos y volvía a mirarme. Había escarpadas montañas de zapatos, relucientes colinas de lentes, montes de pelo, cordilleras de ropa. Había esqueletos que no vestían más que la piel, a la espera de su condena, o enterrados en su desnudez, unos sobre otros. Le dije que si le había mentido acerca de Madagascar, si durante tanto tiempo había aplazado ese momento y la había mantenido aislada del mundo exterior era únicamente para protegerla de la verdad. Como ella misma podía comprobar, el exterminio se había organizado con sumo cuidado. Le hablé del vasto y verde mundo soñado por Hitler, del otro lado de nuestros muros, pero reconocí que era más feliz con ella, porque a su lado vivía encerrado en mi propio sueño en lugar de moverme libremente por el sueño del Führer.

En cierto modo, mi mentira no carecía de fundamento. Lo que le dije tenía una existencia propia, y no hice más que prestar voz a una verdad alternativa. Perdimos la guerra, pero podríamos haberla ganado, era una posibilidad igual que otra. Tamizando los hechos, sólo habrían quedado unos cuantos verbos conjugados en modo condicional. Yo sólo estaba dando vida a lo que existía en el absoluto abstracto, las ramas invisibles en los espacios huecos entre lo real, las ciento una ramificaciones que podrían haber sido pero no fueron. Además, era cierto que los padres de Elsa y su prometido muy probablemente habrían fallecido. No me inventé lo que ilustraban las fotografías.

Durante cuatro días, Elsa no dio señales de pesar. Parecía que nada de lo que le había mostrado había alterado sus intereses personales. Me sentí aliviado, lo peor ya había pasado, aunque noté que su frialdad me producía cierto encono, quizá porque era igual de fría conmigo. Después, sin motivo, dejó de comer. Ya había ayunado alguna vez, por lo que no le presté mayor atención. Pero pasaron los días, una semana, y más días.

Intenté hacerla entrar en razón, pero no me quedó más remedio que meterle la comida en la boca. Pese al estado en que se encontraba, era avispada, manipuladora. Me abrazaba o, mejor dicho, se aferraba a mí como una niña, siendo como era una mujer hecha y derecha, y en cuanto yo me ablandaba y le daba una palmadita en la espalda, escupía lo que había conseguido hacerle comer. Aquellas noches, el hambre debió de hacerla sufrir más que nunca, porque por las mañanas me la encontraba con marcas oscuras en los brazos.

Era más de lo que yo podía soportar. Enfermo de preocupación, decidí decirle la verdad. Pero la misma verdad me detuvo. ¿Cuál era aquella gran verdad? Repasé los hechos desde todos los ángulos posibles. No podía devolverle a sus seres queridos, y era por ellos por quienes estaba sufriendo. Lo único que podía darle era su libertad, pero ¿libertad para qué? ¿Para vagar por su viejo y maltrecho vecindario, señalando los lugares donde había vivido y oyendo lo que les había sucedido a las personas que conoció, con todos sus morbosos detalles? ¿Qué techo tendría sobre su cabeza? Me había contado que el desván de la casa de su familia tenía goteras, ¡y eso era antes de la guerra! ¿Con qué dinero iba a comer? ¿Qué iba a hacer para vivir?

Y sí, para ser completamente sincero, también pensaba en mí. ¿Qué iba a ser de mi vida? ¿Se daría cuenta de que nada me había obligado a contarle lo que por fin había admitido? ¿Agradecería mi honestidad, o por el contrario me miraría como a un monstruo desde el principio hasta el fin? Desde luego que lo haría. Yo sacrificaría por ella mi felicidad, y ella me lo agradecería cerrándome la puerta en las narices. Ella, que al venir a mi casa la había dejado vacía. ¿Y qué otra iba a quererme con mi aspecto? No, ni una sola vez quise sustituir a Elsa, pero ésa también fue una excusa en aquel momento. Y la más difícil de admitir: yo respetaba a la persona que Elsa pensaba que yo era, y tampoco quería perderlo a él.

Después de sacar el dinero que quedaba en la caja fuerte de mi padre, entré en la primera joyería que encontré en Graben. Había dos vendedoras coqueteando con un oficial francés, las dos apoyadas en un expositor. Vieron que yo estaba esperando, e incluso el oficial hizo un gesto en mi dirección, pero la primera chica no movió un músculo y la segunda se colgó del cuello del francés y levantó las piernas, lo cual le valió una palmada en el trasero. Estaban rivalizando por ver cuál de las dos pesaba menos. Su adversaria reclamó su turno. Finalmente, una de ellas me miró por encima del hombro, como si yo fuese un fastidio, y preguntó:

—¿Sí? ¿Qué desea?

Debería haberme marchado, pero fui lo bastante ingenuo para creer que, si era franco con ella, me atendería mejor. Le expliqué que estaba buscando un regalo para una chica muy especial, pero no sabía lo que podía gustarle más a una mujer, si un collar o un brazalete. Reconocí que un anillo podía intimidarla, a menos que eligiera una gema que pudiera considerarse un símbolo de amistad, como la amatista, ¿no eran amarillas las amatistas, o las estaba confundiendo con el ámbar? Su sonrisa desdeñosa me hizo añadir, tartamudeando, que las rosas amarillas eran menos significativas que las rojas, por lo que debía de pasar algo parecido con las joyas...

Con un altanero encogimiento de hombros, me sugirió que averiguara un poco mejor lo que le

agradaba o le desagradaba a la dama en cuestión y, de paso, a las mujeres en general. Ella y su amiga intercambiaron sonrisitas antes de proseguir donde lo habían dejado, en un empate, lo cual significaba que tenían que quitarse los zapatos para quedarse en su peso real. Para el momento en que yo había encontrado un insulto adecuado, otro oficial entró a buscar a su amigo y le recordó la ley que prohibía «confraternizar» con los lugareños. El primero le replicó que las leyes no decían nada de las lugareñas.

Recorrí el largo paseo de Mariahilfer Straße y Linke Wienzeile, refunfuñando cada vez que veía chicas austríacas haciendo carantoñas a los franceses, probablemente para no tener problemas si salían a la luz sus hazañas de la guerra. «Perras rubias superficiales», pensé. La mayoría ni siquiera eran rubias auténticas, sino que habían descolorido artificialmente su pelo de color ratón. Pasaban tan cerca que podría haberles dado una bofetada. ¡En brazos de los enemigos que derrotaron a sus maridos, a sus padres, a sus hermanos! ¡Rameras! Mi corazón clamaba por mi Elsa.

Al pasar por encima de un mendigo, vi unos gramófonos de segunda mano en la acera, a mitad de precio. Elegí uno, junto con una grabación de una cantante francesa de moda, Édith Piaf. Cuando hube pagado al vendedor, el mendigo reclamó su parte, y ese día se llevó una tonelada de calderilla, porque la música ablandaba el corazón a todos los transeúntes y les hacía sentirse afortunados de estar vivos. El regalo fue un fiasco. A Elsa no sólo la emocionó, sino que además la hizo llorar. Viendo la mueca en su cara hinchada, deseé que hubiera sido ella quien estuviese desfigurada y no yo, pues de ese modo todo habría sido más fácil.

No me sancionaron por los días que había faltado a la escuela, porque los profesores me creyeron cuando les dije que había estado con gripe. La excusa era creíble, porque había adelgazado unos diez kilos. No podía decirse lo mismo de Pimmichen, a la que las cremalleras se le bajaban cada vez que se sentaba, pero eso era también porque se había convertido en la mimada de los dos nuevos «hombres de la casa», como ella los llamaba, Janusz y Krzysztof, que siempre le llevaban pan de nueces y pasas cubierto con semillas de amapola o de sésamo, y pastas para el té. No sé de dónde podían sacar cosas como ésas ni en tales cantidades, especialmente en aquellos tiempos. Pimmichen creía haber oído que trabajaban en una panadería, lo cual explicaba que se marcharan antes del alba. A mí me alegraba que le hicieran compañía, pues así tuve oportunidad, en aquellas vitales semanas, de dedicarle más tiempo a Elsa.

Quisiera mencionar ahora la otra razón por la que falté a la escuela. Por fin, después de cambiar de idea media docena de veces, había ido a ver si por casualidad alguien de la familia de Elsa había sobrevivido. La duda, inexistente cuando estaba en casa, me asaltaba cuando salía a la calle. Cada anciano podría ser su padre, y cada mujer mayor, su madre. Nathan era alto, bajo, delgado, robusto, de veinte, quince, cuarenta años. Era nadie y todos a la vez. Hasta era invisible, arriba en el cielo, vigilando cada uno de mis pasos.

Supuse que habría algún lugar en Viena adonde sería posible acudir para conseguir información, alguna sede oficial asignada a tales efectos, pero no lo había. Los nazis habían destruido muchos de los archivos antes del final de la guerra, y no había una manera sencilla de averiguar qué había sido de una persona concreta ni de saber dónde se encontraba. Dentro y fuera de Viena había campos de desplazados, pero en ellos estaban agrupados los antiguos reclusos de los campos de trabajos forzados y de prisioneros, junto con los supervivientes de los campos de concentración y exterminio. Además, era preciso proporcionar el nombre completo de la persona buscada e indicar el campo adonde había sido enviada o, mejor aún, ir allí personalmente. Les dije que si ya supiera todo eso, no los necesitaría. Me preguntaron si tenía idea de cuántos judíos desaparecidos había; era como encontrar una aguja en un pajar. Algunos me dijeron que lo mejor era hablar con los supervivientes y confiar en que supieran algo. ¿Por qué no iba a la IKG? ¡Era la Asociación Cultural Israelita, aniquilada durante la guerra! ¿O tal vez al hospital Rothschild? ¿No había diferentes puntos instalados en lugares de paso de mucha gente? ¿Por qué no probaba con el servicio de búsqueda de la Cruz Roja? Tal vez ellos pudieran localizar el campo. Nada de eso era tan fácil como podría parecer. No podía entrar simplemente y pedir información. Tenía que dar mi nombre y decir por qué estaba buscando a la persona en cuestión. Una y otra vez, asumí el riesgo de revelar mi verdadera identidad, hablé del socio comercial de mi padre y expliqué que estaba buscando a unos amigos de la familia.

Sólo puedo decir que consultar lo que entonces se consideraban listas parciales (ni siquiera hoy puede decirse que nadie tenga nada completo) era más o menos como leer la guía telefónica. Cualquiera que alguna vez las haya consultado sabrá lo mucho que llega a afectar el solo hecho de leer sus nombres. Puedo asegurar a quien lo dude que no experimenté ningún alivio. Estaba sentado delante de otra voluntaria más, intentando reunir suficiente coraje para seguir el rápido descenso de su dedo. Se detuvo. Incluso cuando supe que esa vez era Nathan, mi rival largamente despreciado, sentí un dolor desgarrador, del que nunca me habría creído capaz. Me dieron el resultado final de la investigación:

Mosel Kor, muerto después del 16 de enero de 1945, durante un traslado a marchas forzadas de Auschwitz a Mauthausen.

Nadja Golda Kor (apellido de soltera, Hochglauber), gaseada en Mauthausen, en octubre o noviembre de 1943.

Nathan Chaim Kaplan, muerto el 6 de enero de 1942, en Sachsenhausen, por agotamiento.

Todos esos años, él, mi peor enemigo, había estado muerto, incluso antes de que yo supiera nada de Elsa. Fue un duro golpe para mí. Estuve toda la tarde sentado bajo un árbol en una desolada plaza pública, reorganizando mis ideas y perspectivas, e intercambiando entre sí distintos estratos de verdades, verdades a medias y engaños, para que todo volviera a encajar.

Pimmichen estaba intentando hacer un trato con Janusz y Krzysztof. A cambio de unos

trabajillos de pintura en la casa, podían ocupar el viejo estudio de mi padre y el cuarto de invitados. Al principio no hacían más que sonreír cuando ella mojaba en el aire un rodillo imaginario, pero Pimmichen podía ser testaruda, y yo sabía que era cuestión de tiempo que cedieran.

¡Lo que llegué a padecer en la escuela contando los minutos de cada hora y las horas de cada mañana y de cada tarde! Podía pasar cualquier cosa si yo no estaba en casa para controlar las situaciones que continuamente se presentaban. La escuela me estaba complicando la vida y, por si fuera poco, no estaba aprendiendo cuanto debía, porque tenía la mente demasiado ocupada con lo que pasaba en casa. Imaginaba las peores eventualidades hasta sentir calambres en el estómago, pero finalmente volvía a casa y lo encontraba todo más o menos como lo había dejado. Aun así, parecía imposible que los hilos de nuestras vidas, de nuestras cinco vidas, siguieran entretejiéndose sin un solo enredo. Cuanto más se acumulaba la providencia, más probable parecía que fallara.

Todas las mañanas llegaba a la escuela jadeante y sudoroso, justo cuando estaban cerrando la puerta. Al final de clase volvía corriendo tan deprisa como podía: cuesta abajo, cuesta arriba, conocía la topografía de memoria. De vez en cuando, los chicos de mi edad me invitaban a ir con ellos a jugar al ping-pong (lo cual demuestra lo poco que sacaba el brazo del bolsillo). Aparte de no tener tiempo, sentía que mi secreto me apartaba de ellos, en primer lugar, porque seguramente habría tenido que censurar todo el tiempo lo que decía, y en segundo lugar, porque sus temas de conversación —motores, resultados deportivos y chicas— no eran exactamente los que más me interesaban.

Sabiendo el estado en que me encontraba, es fácil entender lo que pasó por mi mente cuando doblé la esquina y vi un vehículo militar estacionado junto a nuestros setos. Un oficial me indicó con un gesto que me acercara a la puerta, donde cinco soldados franceses montaban guardia con las ametralladoras preparadas. Levanté los brazos y les aseguré que la persona que habían venido a buscar estaba sana y salva.

Pero no registraron los pisos de arriba, ni pasaron más allá del vestíbulo, donde Janusz y Krzysztof estaban manipulando unas tuberías. Nunca olvidaré la mirada que me dirigió Janusz, que pasó a juzgarme como un traidor. Krzysztof volcó varias sillas en su huida hacia el baño, maniobra que me pareció bastante inútil. Los franceses intentaron convencerlo de que saliera. Se hizo un breve silencio antes de oírse un ruido de cristales rotos.

—*Il se suicide!* —gritó un soldado, aplastando el picaporte con la culata de su ametralladora.

El oficial ordenó a los otros que rodearan la casa. Krzysztof había elegido la dirección de los viñedos. Los disparos no lo disuadieron, había decidido probar suerte. Yo estaba seguro de que le habían dado, porque vi que tenía la espalda manchada de sangre, pero después encontré más sangre en el baño, por lo que debió de cortarse con el cristal de la ventana; después de todo, siguió corriendo.

Janusz se había limitado a observar pasivamente, hasta que los disparos le sacudieron el

sopor, pero el oficial lo atrapó antes de que toda su persona saliera al exterior. Temí que lo matara si no conseguía mantenerlo agarrado. No dejaba de apostrofarme con una palabra que me alegró no haber entendido. Pimmichen increpaba al oficial francés:

—*Ce ne sont pas des criminels! Je vous défends de traiter mes invités comme ça chez moi!* [1]

La mirada de Janusz pareció esperanzada cuando la discusión se convirtió en conversación. Con la dignidad de una reina y el apretado moño destacando su gran nariz, Pimmi atravesó el salón sin preocuparse por llevar la cremallera de la falda medio bajada y los zapatos ortopédicos calzados como si fueran zapatillas, y sacó de un cajón el documento sellado y firmado. Como lo había enrollado y atado con una cinta roja, Janusz no lo reconoció hasta que ella lo hubo extendido, y entonces la miró con grandes ojos y empezó a forcejear de nuevo con el oficial. Pimmichen, convencida de que tenía razón, estaba decidida a demostrarlo. Su francés era grandioso, se hubiese dicho que le estaba leyendo un tratado a Luis XIV.

En realidad, nuestros huéspedes se llamaban Serguéi Karganov y Fiódor Kalinin, y no eran polacos, sino rusos. Los soviéticos estaban reclamando a sus soldados, algunos de los cuales estaban haciendo cuanto podían por quedarse en los países donde se encontraban. Los gobiernos de los respectivos países colaboraban con la Unión Soviética para enviarlos de vuelta, sin el menor remordimiento ante su renuencia. Se decía que los que se suicidaban para no regresar, como sucedía a veces, corrían mejor suerte que la que esperaba a los desertores bajo el régimen de Stalin. Ya entonces fue un escándalo aquella «misión soviética de repatriación».

Durante más de un año dejamos sus pertenencias donde estaban. Al final, Pimmichen y yo las registramos y vimos que tenían dos pares de calcetines y una muda de ropa interior cada uno, dieciséis sobres con lo que resultaron ser semillas de calabaza, dos crucifijos y una botella vacía. Prosiguiendo con el inventario, encontramos una libreta metida en uno de los sacos de dormir. Allí estaban las primeras palabras en alemán de nuestros huéspedes, muchas de ellas mal escritas y con una ilustración para cada vocablo en el margen. Todavía recuerdo que la de *sein*, el infinitivo del verbo ser o estar, consistía en un personaje muy esquemático, erguido como un soldado, excepto por los brazos extendidos, y, curiosamente, con una solitaria sonrisa trazada sobre el círculo blanco de la cara.

16

Pimmichen se quedó perpleja cuando me vio llegar con los óleos y los lienzos. Atravesé precipitadamente el salón antes de que hiciera preguntas, pero me interceptó al pie de la escalera, mirándome de arriba abajo con suspicacia:

—¿Es ésta tu última táctica para conquistar a Edeltraud? Si has llegado a tales extremos de desesperación, pronto te cortarás una oreja.

—No, Pimmichen, lo hago únicamente para mí.

—Nunca hacemos nada creativo en esta vida para nosotros mismos. Siempre lo hacemos para otra persona, aunque sólo sea esa persona que vive en nuestra cabeza —dijo.

Me arrebató el estuche de madera, miró con una mueca los tubos de pintura alineados en su interior y se lo puso detrás de la espalda, fuera de mi alcance.

—Te aseguro que no hay ninguna Edeltraud ahí arriba.

Por «ahí arriba» quise decir «en mi cabeza». Es una expresión corriente en alemán: *oben*, «arriba».

—¡Pum, pum! —dijo ella, llamando a una imaginaria puerta en mi frente—. ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡Edeltraud! ¿Cuánto tiempo llevas encerrada en ese espacio minúsculo? ¿Por qué no sales a respirar el aire fresco? ¿Te tiene encerrada? Cree que no sé que estás ahí. Cree que su abuela es tonta.

—Muy divertido —repliqué, retrocediendo e intentando reír pese a la tensión que traslucía mi cara.

—Me parece que sabes lo que quiero decir.

—No, ni lo sé ni lo quiero saber.

Intenté escabullirme, pero me cerró el paso.

—Creo que sabes exactamente lo que quiero decir.

—Hasta luego, Pimmi.

Forcejeando para que me dejara pasar, compensó con cosquillas su falta de fuerza, y se me cayeron los lienzos al suelo.

—Sé dónde vive.

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé —dijo, apostada en el primer escalón, cerrándome el paso con una mano apoyada en cada pasamanos—. Oh, pero eso no es asunto mío.

Saqué fuerzas de flaqueza para simular que la conversación me divertía.

—Y... ¿dónde se supone que vive Edeltraud?

—Como tú mismo has dicho, vive arriba.

Tenía la cara devastada por el tiempo, pero sus ojos azules seguían siendo agudos e inteligentes. Una leve curvatura de sus labios coincidía con el movimiento ambiguo de su sinuoso dedo índice, que señalaba primero mi cabeza y después el techo y la escalera, antes de proseguir su curso impredecible, poniendo a prueba mi reacción con cada desplazamiento.

Hubiese querido sostenerle la mirada, pero no podía controlarme. Sentí que mi nerviosismo empezaba a notarse.

—Arriba, ¿dónde?

Su dedo se inclinó tres veces hacia el cuarto de invitados; después, cuando ya había saltado la chispa de la verdad entre nuestros ojos, se desvió en mi dirección, apuntando justo entre mis ojos hasta apoyarse y hacer presión.

—En tu cabeza.

—Ya veo.

—Pasas el tiempo ahí arriba, siguiendo el curso de los arroyuelos, admirando las cascadas y las estrellas, le cuentas tus secretos, y después os besáis, ¡ah, ese primer beso! Aunque no sea más que el suave dorso de tu mano, ella es real en tu mente. La echas de menos, vuelves a casa a toda prisa, no ves la hora de contarle cómo te ha ido el día. Yo tuve uno de esos pretendientes viviendo conmigo en casa de mis padres: Lucas.

Estallé en carcajadas.

—¡Pimmi! ¡Es la historia más ridícula que he oído en toda mi vida!

—¿Quién ha dicho que te hayas inventado a esa joven? La habrás visto en algún sitio. Mi Lucas era hijo del dueño de una importante casa de subastas. Lo veía los sábados por la tarde, de pie en la tarima, enseñando las piezas al público. Yo sólo tenía ojos para él, con lo afeminado que era, si me permites el eufemismo. No me inventé la persona, sino nuestra historia de amor.

—Te aseguro que nunca me he besado el dorso de la mano. Ni siquiera tengo mano de este lado.

Me desordenó el pelo y unos mechones cayeron sobre mi cara.

—Eres demasiado tímido, no sabes qué hacer. Después de lo que te ha pasado, no crees que nadie pueda quererte. Pero te equivocas, cariño. Lo he estado pensando. ¿Por qué no te inscribes en un grupo de jóvenes católicos? Conocerás jovencitas agradables que sabrán apreciar tus cualidades y te ayudarán a olvidar a la chica de arriba. Y tranquilo, porque cuando envejezcas, tu cara se rendirá a la gravedad. Mira la mía —añadió, tirando de la piel de su rostro y adoptando una expresión con la que no habría encandilado más que a un besugo muerto—. El tiempo lo cura todo, incluso las cicatrices. Desaparecen entre las arrugas.

Sentí que me invadía una estampida de emociones: miedo intenso, por lo cerca que había estado de la verdad antes de la inesperada y abrupta relajación de la tensión; autocompasión, al oírla decir cómo debía de sentirme, y una repentina conciencia de mí mismo, pequeño y mutilado en una casa vacía, sin mi madre, sin mi padre, sin mi hermana.

Pimmichen se sentó a mi lado para enjugarme las lágrimas con su pañuelo amarilleado y me dio acceso a una cuenta bancaria heredada de una tía suya, que en su juventud había perdido a dos de sus pretendientes en uno de los últimos duelos celebrados en el Imperio austrohúngaro: dieron diez pasos, se giraron y se mataron mutuamente. Su cabeza vacilaba involuntariamente de un lado a otro. Se volvió más vieja; la casa, más grande y más vacía, y yo, muy pequeño. Su pañuelo no pudo secarme con suficiente rapidez.

Esa noche tuve una pesadilla en la que Pimmichen me enseñaba unas cartas con la dirección de nuestra casa: Baumeistergasse, 9, 1016, Viena. «Son para una tal Elsa Kor. ¿Conoces a alguna Elsa Kor?», me decía.

Se me encogió el corazón. ¿Quién podía saber que estaba en mi casa? ¿Quizá uno de sus hermanos de Estados Unidos? «Es un error, alguien habrá escrito mal la dirección —decía yo—. Mañana a primera hora se las devolveré al cartero.»

«¿Cómo puede haber un error si las has escrito tú mismo?», replicaba ella, y me las tiraba a la cara.

Para mi sorpresa, estaban escritas con mi letra. No sólo había cometido la estupidez de poner una dirección en el remite, que no era otra que Baumeistergasse, 9, sino que, en lugar de sello, alguien había pegado una vieja fotografía mía de la escuela, con el pelo cortado al estilo tazón. Observé que los sobres estaban abiertos y, peor aún, que la fecha del matasellos era de tres años atrás. Entonces me daba cuenta de que mi abuela había estado al corriente de lo de Elsa durante todos esos años y de que había interceptado todas las cartas, aunque no me había dicho nada.

17

Le di a Elsa el abrigo de cachemira que mi padre le había comprado a mi madre, en las rebajas de verano, durante su viaje de luna de miel a París. Siempre recordaban la anécdota de cómo ella había llevado puesto el abrigo todo el camino desde Montmartre hasta su hotel en Saint-Germain, durante una ola de calor que hizo historia. Elsa seguía pasando frío. El calor se escapaba por el tejado y, con la puerta cerrada, prácticamente no notaba la calefacción. Yo llenaba las estufas hasta los topes, sin dejarme amedrentar por el precio de la leña, pero no siempre conseguía madera, o a veces sólo en pequeñas cantidades. Ella me preguntaba por qué no iba directamente al bosque y cortaba yo mismo un par de árboles. Fue un desafío para mi orgullo. Lo intenté un día, antes del alba, pero el hacha era difícil de manejar y, tras fallar al árbol y atinarle a una de mis botas, abandoné la idea.

Elsa hizo girar la punta del pincel sobre la pintura negra, de modo que diminutas cuentas, semejantes a caviar, se pegaron a las cerdas. Pero su timidez no duró mucho. Al cabo de unos días, ya sumergía el pincel hasta el aro metálico, manchando el mango y transportando goterones grandes como para llenar la concha de una ostra, que no siempre llegaban al lienzo. Abochornada, bajaba la vista para mirarse el abrigo, echaba vistazos a izquierda y derecha, y volvía a empezar mientras yo cavilaba sobre las manchas que ni siquiera había notado en el dobladillo del abrigo o en el borde de la manga.

Hubiese querido decirle que no usara los lienzos para probar los colores, que eran demasiado caros y voluminosos, y que no podía cargar más de dos a la vez, pero no habría soportado que me considerara mezquino, ni que mi mezquindad fuera un obstáculo para su trabajo. Usaba una docena de lienzos por semana, orgullosa de lo mucho que estaba trabajando. Sencillamente, creo que no imaginaba lo que costaban. Vivía demasiado apartada del mundo real, pero ¿quién tenía la culpa de eso, ella o yo?

A menudo su concentración era tan intensa que se olvidaba de mí. Para atraer su atención, yo me desperezaba, prolongaba mis bostezos más allá de lo que hubiesen llegado por sí solos o hacía estiramientos para desentumecer la espalda. El surco de su entrecejo me hacía saber que estaba siendo un *nudnik*, como ella decía (un «pesado», en yidis). El fingido interés por lo que hacía me llevó más lejos: «¿cómo se llama ese verde?», o «¡qué pincelada tan bonita!, ¿cómo la has conseguido?». Aun así, sus explicaciones contenían una insinuación de impaciencia. Quizá le hacía demasiadas preguntas al día. Las que de verdad le interesaban —«¿tienes hambre?, ¿sed?, ¿quieres que te traiga algo del centro?»— me procuraban por lo general unos instantes de

atención y un tono más cálido de voz, a menos que las planteara demasiado pronto, antes de que el hambre, la sed o alguna otra necesidad hubiesen tenido tiempo de manifestarse.

Pese a todo, me encantaba mirar. Ella se instalaba junto a la ventana y, a intervalos regulares, su expresión cambiaba reflejando lo que veía, aunque tal cosa era imposible porque las persianas estaban bajadas. Sus ojos oscuros podían iluminarse de intensa emoción, o bien perder la luz interior, quedando vacíos y sin brillo. Nunca le pregunté lo que veía, pero me volvía loco la curiosidad. ¿Una ciudad animada y ruidosa? ¿Trigales llenos de moscas zumbando y abejorros? ¿Niños riendo, con nieve hasta las rodillas? ¿El descolorido horizonte de un mundo inundado, azul con azul, caído ya el telón sobre la humanidad? Sabía que era uno de esos enigmas que nunca tendrían respuesta.

Sin llegar a ser irreconocibles, los objetos que pintaba carecían de toda propiedad, y al final del día, cuando era evidente que no iba a conseguir nada de lo que había intentado expresar, el trabajo cedía paso al juego. Exageraba los rasgos de sus frustrados autorretratos, levantando las cejas hasta alturas grotescas, prolongando el mentón hasta el suelo o convirtiendo en hocico la nariz, antes de cubrir el lienzo con rápidas pinceladas. Pero un día llegó el ansiado instante: buscó una silla, estiró las piernas con los arqueados pies en su habitual postura de tenso entusiasmo, y por fin me miró de verdad a mí. Mi nuevo papel consistía en escuchar cómo se criticaba a ella misma por las cosas que ella había hecho mal.

La abarrotada tienda a la que acudí estaba regentada por una pareja mayor, que al poco ya me conocía. Los dueños de la tienda se daban codazos cuando me veían llegar bajo la lluvia o la nieve sin paraguas; nunca lo llevaba, sencillamente porque tenía demasiado que cargar y a menudo me veía obligado a ayudarme con la boca. Los dueños me observaban con indisimulada admiración. Yo era para ellos el artista prolífico que llegaría a la fama. Me entregaban los artículos con unción religiosa, como si también ellos formaran parte del gran ciclo del arte en proceso de realización.

Debí de gastar la acera entre Baumeistergasse y Goldschlagstraße, un tramo tan polvoriento como ruidoso, a causa de las obras de reconstrucción. Adquirí la costumbre de mirarme los zapatos mientras avanzaba paso a paso. La punta se estaba despegando de la suela, las costuras se deshacían y el cuero tenía grietas. Una mañana me dije que debía de estar acostumbrándome a las tropas francesas, porque las veía cada vez menos, quizá por ir concentrado en mis zapatos. No había terminado de pasarme por la mente esa idea cuando empezaron a ser un espectáculo corriente las filas de carros de combate avanzando lentamente por las calles. En realidad, las tropas se marchaban de Austria con destino a Indochina, donde los franceses estaban en guerra. Para cruzar a la otra acera había que armarse de paciencia. La organización de nuestro sector se deterioró, y los controles de documentación se volvieron menos frecuentes. Aproveché la situación para dejar de ir a la escuela, y me alegró que nadie hiciera nada para obligarme a regresar.

No estaba demasiado seguro de si las tareas que me asignaba Elsa eran para poner a prueba mi

afecto o para torturarme. Una vez la sorprendí atisbando por una esquina de la persiana. Estaba tan absorta mirando los copos de nieve que no me oyó entrar, o quizá prefirió ignorarme. Me rogó que atravesara toda la ciudad para llevarle nieve del Aspernbrücke en un cuenco. La nieve de nuestro jardín no le servía. Podría haberle llevado cualquier nieve —¿cómo iba a notar la diferencia?—, pero demostré mi amor por ella, aunque no mi autoestima, recorriendo todo el camino hasta el puente en cuestión. Cuando volví, enrojecido y aterido hasta los huesos, su expresión se ensombreció. Dijo que había llevado el cuenco demasiado tiempo en la mano y la nieve se había fundido. ¿Sería tan amable de volver y traer esta vez la nieve en una cesta, para que se mantuviera blanca y pudiera crujir entre sus dientes? ¡Por favor, había soñado tanto con hacer una bola con nieve del Aspernbrücke entre sus manos!

Cada poco tiempo, me enviaba al centro de Viena a ver los carruajes tirados por caballos, una popular atracción turística, y me pedía que frotara la mano sobre el cuello de uno de los animales. ¡Qué tonto me sentía yo, a mi edad, allí de pie, acariciando al caballito! Pero lo hacía. Después, ella se llevaba la palma de mi mano a la cara, y sus profundas inhalaciones sobre mi piel eran mi recompensa. Sin embargo, la mayoría de mis encargos no me suponían ninguna gratificación. Me pidió que le llevara pesados libros de texto de filosofía, astronomía, biología, zoología y latín. La mitad tuve que cambiarlos. No era biología lo que me había pedido, sino botánica. Y aquel otro libro que le había llevado no era de latín, sino de historia de Latinoamérica.

Por muy amable que fuera con ella, se quejaba constantemente de mi tono de voz. Una vez se había apretado los labios con el cierre de uno de los pendientes de mi madre, que yo acababa de regalarle. Pálidos, sobresalían en una mueca grotesca. No creo que estuviese bromeando. No había hecho más que decir su nombre, cuando ella estalló:

—¡Por favor, Johannes! ¡Deja de hablarme en ese tono!

Era ella quien me hablaba mal, no yo.

Había llegado el día: Elsa estaba satisfecha con uno de sus cuadros. Su sonrisa era tan dulce que mi esperanza se renovó después de un año de rechazos. Se abalanzó sobre mí riendo y me echó los brazos al cuello, pero antes de que pudiera abrigar la esperanza de que se hiciera realidad aquello por lo que cualquier joven de mi edad habría dado las muelas, se pasó mi brazo por la cintura y trazó un giro de ballet. Cuando comprendí que sólo intentaba que yo interpretara el papel del bailarín, me sentí ridículo. Sin previo aviso, se inclinó hacia atrás, de modo que estuve a punto de dejarla caer. Hubiese deseado que se estuviera quieta, pero no dejaba de dar saltitos impacientes delante de mí:

—¡Levántame, Johannes!

—¿Cómo...?

—Ponme la mano aquí y levántame cuando salte.

No me esperaba que colocara mi mano, así sin más, bajo su parte más íntima. De todas las tonterías que podría haber hecho, hice la peor: ¡me negué! Desde luego que quería, llevaba años queriéndolo, pero temía la humillación de no ser lo bastante fuerte para levantarla.

—¡Por favor! No seas aguafiestas.

Le sudaba la espalda y su aroma era dulce, casi punzante. Tenía el pelo desordenado, y los ojos vivos y oscuros. Su pecho se agitaba vigorosamente con el esfuerzo, adentro y afuera, adentro y afuera, y me costaba desviar la vista. Para mi bochorno, mi deseo empezó a notarse.

—¡Por favor!

Se acercó, se puso de puntillas, sus ojos al nivel de mi barbilla, y levantó los brazos en un arco sobre la cabeza, con los pechos sobresaliendo aún más.

Lo intenté, más que nada para que no adivinara qué era lo que tenía apoyado contra el hueso de la cadera. Con gran esfuerzo, conseguí levantarla a medias; su suave vientre me golpeó en la cara y empezó a sofocarme. Se apoyó con fuerza en mis hombros para subir un poco más mientras yo sentía que mis piernas estaban a punto de ceder bajo su peso. Inesperadamente, oí un golpe seco seguido de su chillido. Deduje que Pimmichen había irrumpido en la habitación y estaba cara a cara con Elsa, con su dedo huesudo apuntando a la calle. Pero no, era sólo Elsa, que se había golpeado la cabeza contra el techo. Su cuerpo se aflojó y yo la bajé. No estaba llorando, como había supuesto, sino riendo hasta las lágrimas, e incluso me llevé un abrazo. Hacía siglos que no la veía de tan buen humor. Cinco minutos de atención fueron suficientes para borrar la larga temporada de desaires que había sufrido, unos desprecios que yo consideraba, contra todo razonamiento analítico, una excepción dentro de su comportamiento normal. ¡Aquélla era la Elsa que yo conocía!

18

Durante mucho tiempo había necesitado mi brazo más corto para equilibrar la bandeja, pero para entonces me había convertido en un auténtico profesional y podía llevarla sólo con el bueno, y el izquierdo a la espalda, como los camareros. Aprendí a girar el picaporte y a empujar la puerta con el pie, sin volcar la bandeja apoyada en la rodilla ni dejar que la servilleta acabara bebiendo más té que Pimmi o Elsa.

—¡El desayuno...! —anuncié en mi acostumbrado tono cantarín.

Al levantar la vista, me sorprendió ver que la cabeza de Pimmichen colgaba al borde de la cama y que un arco de la dentadura le sobresalía de la boca de tal forma que parecía que se le hubiera roto la mandíbula.

—¡Abuela!

Dejé caer todo lo que llevaba, me apresuré a desabrocharle el botón del cuello del camisón y le quité la dentadura postiza.

Mis sacudidas le revivieron los ojos en dos asustadas hendiduras.

—Estoy aquí, contigo, todo está bien.

Centró la mirada ligeramente a mi izquierda, mascullando «¿Wilhelm? ¿Wilhelm?» con la boca desdentada.

—No, soy Johannes. Pimmichen... ¿Me oyes?

—Oh, oh.

—Respira profundamente. Así, muy bien...

Después de lo que para alguien joven y nervioso como yo pareció una eternidad, mi abuela hizo un esfuerzo para hablar. Tuve que acercar el oído para distinguir lo que decía, porque de sus labios parecían salir más suspiros y carraspeos que palabras.

—Cariño..., no te hagas demasiadas ilusiones, debes trabajar en alguna otra cosa. Cometí un error animándote. Me temo que vas a quedarte sin nada —dijo, aferrándome de la manga para que no me apartara hasta que ella hubiese terminado de hablar—. Tienes que conseguir un trabajo remunerado. Hacer algo útil con lo que ganarte un jornal. He sido una egoísta, que Dios me perdone, quería tenerte aquí conmigo, me sentía sola, sin más familia que tú. Debes conseguir un empleo y olvidarte de todo lo demás.

Me soltó y se dejó caer en la cama. Yo estaba confuso, herido en mi orgullo e irritado.

—Tú no te vas a ninguna parte, abuela.

—Los oigo ahí arriba, cantando, con las manos unidas en un corro: tu abuelo, tu madre, tu padre y tu hermana. Tengo que abandonar este envoltorio, pero has de saber que te quiero y que

siempre te he querido.

—Todavía te queda mucha guerra que dar.

—He visto una sombra. No me queda mucho tiempo.

—¿Qué es lo que has visto? —le pregunté.

—Una sombra. Abrió mi puerta y se quedó ahí de pie, en el dintel, mirándome a la cara. No se trata de un error. La muerte está batiendo las alas.

—¿Una sombra?

—En medio de la noche. Me miró y se marchó. Fue un aviso, ha llegado la hora de decir mis últimas plegarias.

—¿Cómo has podido ver una sombra en la oscuridad?

—La vi. Te dejaste encendida la luz de la biblioteca. Vi sus contornos perfectamente.

—No me dejé ninguna luz encendida. Comprobé que todas las luces de la casa estaban apagadas antes de irme a la cama. Si me la hubiese dejado, todavía estaría encendida. A menos que tú te hayas levantado para apagarla.

—En ese caso, no era una luz de este mundo, sino del otro. ¡Ay, Virgen santa! *Adieu* —se despidió. Me acarició una mejilla y cerró los ojos.

—Te estás comportando como una lunática.

—Silencio, Johannes, me distraes. Mi alma debe elevarse.

—No ha sido un ángel, te lo aseguro.

—Ayúdame a irme en paz.

—Tú no te vas a ningún sitio.

—Tienes que ser fuerte, cariño.

—No ha sido quien tú piensas.

—Llámalo como quieras. Una presencia materializada. Un ser.

—¡Una!

—Un, una, ¿qué más da? La muerte no tiene sexo.

—Pero ella sí lo tiene. ¡Vaya si lo tiene!

Muy lentamente, mi abuela abrió un ojo.

—¿Quién?

—Bajó a buscar un libro. Me pidió que le llevara uno antes de irme a la cama y le dije que no. ¡Maldita sea! ¡Sabe perfectamente que no puede bajar!

—¿De quién demonios estás hablando?

—De Elsa.

—¿Elsa?

—Se llama Elsa, no Edeltraud.

—¡Johannes, tú no estás bien! —exclamó mi abuela, uniendo las manos en señal de intensa preocupación—. Debes prometerme que irás a ver a un especialista.

—Escucha, abuela...

—Escúchame tú a mí, jovencito. Esto ha ido demasiado lejos. Estás enfermo, y no me refiero a tu cuerpo, que está perfectamente curado; en ese sentido, no tienes ningún problema. Lo que quiero decir es que padeces algún tipo de dolencia mental, un trauma psicológico.

—¿Te acuerdas de la niña que tocaba el violín con Ute?

—No, y no quiero oír ni un solo disparate más.

—Papá y mamá la escondieron durante la guerra. ¿No lo sabías?

En la mirada de Pimmichen había miedo y confusión, no sabía si creerme o no, o tal vez no quería hacerlo.

—Pues bien —añadí—, todavía está arriba. No le he dicho que hemos perdido la guerra.

Mi abuela estaba en estado de choque, no sé si ante la verdad o ante mi confesión, que la vinculaba a mi mentira. Recorrió mi rostro con la mirada, el miedo reflejado en sus ojos.

—Tú no estás bien. Si lo que dices es verdad, ¿cómo ha vivido ahí todos estos años? ¿Alimentándose del aire?

—Mamá la cuidaba y papá la ayudaba cuando podía; y yo me he ocupado siempre de ella desde entonces.

Con unas cuantas muecas y varias sacudidas torpes, consiguió incorporarse, agarrándose a mi camisa para apoyarse.

—¿Todos estos años?

—Sí.

—Johannes, la Gestapo la habría encontrado, sabían lo de tus padres. ¿Dónde ibas a esconder tú a esa niñita?

—No es una niñita, abuela. Es una mujer.

—Ya no existe, nunca llegó a hacerse mujer —dijo mi abuela, enjugándose los ojos acuosos.

—Tú misma la oíste en el cuarto de invitados, te caíste por la escalera.

—¡No te inventes lo que no es! Aquel día había palomas arriba que habían anidado ahí porque tú dejabas la ventana abierta. Palomas, lo recuerdo muy bien... —replicó, sacudiendo delante de la cara las manos cubiertas de pecas, como si cientos de palomas se precipitaran sobre ella.

—Está viva.

—En tu memoria.

—En esta casa. Está viva como tú y como yo.

—Y tú estás enfermo, ¡debes tener cuidado con lo que dices! ¡Y mucho más con lo que haces! ¡Podrías meterte en un lío o hacer que te encierren durante el resto de tu vida si vas por ahí contando esas cosas!

—¿Quién iba a encerrarme? Soy un héroe, la estoy protegiendo, sólo que la he retenido un poco más que el resto de la gente, por si acaso. El mundo no es de fiar.

—La culpa habla por tu boca, Johannes. Puede que desees haber ayudado a esa niñita. Te sientes culpable por omisión, por todo lo que no has hecho.

Pasó largo rato tratando de convencerme de lo que era y lo que había sido. Increíblemente, yo

mismo llegué a dudar. La situación real, la verdad, se me antojaba irreal: que hubiese habido una guerra, que Austria estuviera ocupada, y que el hombre que había acaparado mi admiración infantil, se hubiera suicidado junto con su amante en una aurora de dramática teatralidad al día siguiente de pronunciar los votos del matrimonio. Imaginé a Eva Braun tragando el veneno al mismo tiempo que el Führer se disparaba en la sien, mientras Martin Bormann salía del búnker corriendo y gritando: «¡Hitler me ha nombrado nuevo amo del Reich! ¡Hitler me ha nombrado nuevo amo del Reich!», para después perderse entre las ruinas de Berlín hasta desaparecer. Todo era demasiado demencial. Ni siquiera mi propia vida parecía real, ¿cómo podía serlo la de Elsa?

Subí lentamente un peldaño. Subí otro con idéntica lentitud y sentí el peso de mi pierna, la dureza de la madera debajo del pie, la solidez del pasamanos de madera. El picaporte estaba duro y la puerta era pesada. De detrás emanaba un olor a pintura y trementina. Empujé con fuerza la puerta. Abrí los ojos. Y miré. Allí estaba ella, inconsciente, con una espesa mancha de pigmento verde desvaído rodeándole la boca. Tenía los brazos trágicamente extendidos, uno por detrás de la cabeza y el otro a un lado, aferrando el tubo vacío. Dudé de que todo aquello hubiese pasado. La mancha verde alrededor de su boca se extendía, haciéndose más grande. Ella no era real, nada de eso había sucedido. Estuve un rato contando, pero no desapareció. La empujé con un pie y rodó sobre su espalda. Ella también era sólida, pesada, real.

La cogí en brazos y la pintura verde se derramó de su boca, formando burbujas. Sabe Dios qué hice entonces. Le abofeteé la cara, le apreté el vientre y traté de levantarla por los pies. Hubo más verde en el suelo, y después naranja, amarillo, azul. Al poco resbalábamos por el pavimento, y con los resbalones, el suelo se convirtió en un mejunje oscuro y caótico, al igual que ella, que parecía hecha de arcilla.

La elección estuvo en mis manos en ese momento: la cuestión de su existencia fue mía. Ella era tan mía como si la hubiese modelado yo mismo, como si hubiera sacado sus contornos apretando una masa informe y hundiendo en su cabeza dos dedos para hacerle los ojos, y el pulgar para formarle la boca. Podía volver a hacer de ella una bola, del mismo modo que podía completarla, modelando cada uno de sus rasgos.

No la abandoné. Me quedé a su lado las veinticuatro horas del día, el sábado, el domingo, purgándola, curándola y nutriéndola. El lunes por la mañana pudo moverse otra vez por su propia voluntad y no sólo con mi ayuda. Abrió los ojos ávidamente; la figura de fango cobró vida, no dijo nada, pero contempló arrogante su pie, que se agitaba de lado a lado. Ya no luchaba por sobrevivir, luchaba por recuperar las fuerzas. Como me había apartado de ella lo menos posible, la habitación estaba mugrienta. La pintura que había manchado la colcha, las paredes y la cortina estaba reseca; se habían acumulado varios recipientes de comida y bebida, y su contenido presente o pasado había dejado las correspondientes manchas circulares encima de los muebles. Estiró su arqueado piececito hasta conseguir lo que quería. Volcó una botella de leche

que estaba sobre un baúl a los pies de su cama, junto a una vela que yo había puesto para atenuar los olores acumulados. Le di la leche que no se había derramado, y ella se la bebió antes de dejar caer la botella. Más leche y un reguero de cera blanca endurecida se añadieron al inventario de manchas.

Cuando se hubo dormido, intenté sobreponerme y recordar todas las cosas que debía hacer. Tenía que limpiar la casa, pagar las facturas acumuladas, redactar algunas respuestas administrativas, averiguar si mi abuela necesitaba algo del centro aprovechando que tenía que ir a la oficina de correos... ¡Pimmichen! En todo ese tiempo no le había llevado nada, ni siquiera un vaso de agua.

Bajé los escalones de tres en tres. Su puerta estaba entrecerrada y reinaba el silencio. Me acerqué, alternando el miedo con la esperanza, la esperanza con el miedo, como si cada paso cambiara mis emociones. Su rostro de escayola arrugada parecía sereno, y tenía las manos unidas en una plegaria. Las mil pequeñeces de su vida quedaron resumidas en aquella única y definitiva escultura.

Mi abuela no tuvo el funeral que había soñado, ni por la ropa (su vestido de bodas ya no le estaba bien), ni por el número de personas presentes. Su hermano mayor, Eggert, había muerto hacía siglos y Wolfgang, el menor, estaba de misionero en Sudáfrica. En los últimos diez años sólo habíamos tenido noticias suyas dos veces. Encontré las señas de sus antiguas amigas y conocidas entre las páginas medio sueltas de su agenda, pero preferí no avisarlas por miedo a que vinieran a visitarme de imprevisto cuando supieran que me quedaba solo. Incluso era posible que alguna me preguntara si su hijo o su nieto podían venir a vivir conmigo para combatir mi soledad, o me propusiera que le alquilara una habitación a algún miembro de su familia, ya que, después de todo, ¿para qué quería yo una casa tan grande únicamente para mí?

Solo y sin ayuda, tuve que hacer frente a los aspectos económicos del funeral, que resultaron ser tan onerosos como crueles. Cada detalle tenía un precio: la parcela en el cementerio, el almacenamiento del cadáver en la morgue, el ataúd, que podía ser forrado o sin forro, de madera noble o corriente y, por tanto, menos resistente a los elementos, labrado o completamente liso, con las asas de bronce o de alguna aleación industrial más barata. Ojalá hubiese podido tomar decisiones racionales. Me repetía que mi abuela estaba muerta y que para ella daba lo mismo una cosa que otra. Aun así, las consideraciones económicas me pesaban, pero no como para demostrar que no me importaba mi propia abuela, algo que el empresario de las pompas fúnebres estaba acostumbrado a aprovechar en su beneficio. Sin duda, la tristeza de no haber podido enterrar ni a mi madre ni a mi padre contribuyó a que decidiera echar la casa por la ventana.

La capilla de Santa Ana estaba lejos, en el decimoséptimo distrito, una zona de bosques, viñedos y refugios de aves. Sólo el anciano cura y yo estuvimos presentes y, pese a todo, se engalanó el ataúd de Pimmichen con coronas de gladiolos y en la iglesia sonó la cantata de

Johann Sebastian Bach *Reposad ahora, ojos cansados*, tal como había sido su deseo, pero interpretada por un barítono y un organista contratados de talento más bien moderado. No fue el órgano de setecientos tubos que ella había soñado, pero tampoco un armonio de dos octavas. Pese a su avanzada edad, el sacerdote agitó el incensario con el vigor de un joven acólito y, tras hundir el hisopo en agua bendita, lo sacudió con energía suficiente para rociarme incluso a mí. Lamentablemente, habló sobre todo en latín, por lo que su sermón resultó bastante impersonal.

Entró en la iglesia un grupo de turistas norteamericanos, probablemente familiares de algún ocupante de los sepulcros. Podía entender sus sonoros susurros mejor que el latín mientras recorrían los pasillos admirando las figuras labradas en los bancos («¡venid a ver qué muñequitos tan monos!») y los tapices («esas fabulosas telas antiguas que todavía conservan»).

—¡Mirad, están celebrando un funeral! —oí que comentaba una mujer de aspecto maternal.

Los sepultureros removieron la tierra con las palas. Para ellos, era un trabajo manual como cualquier otro. En un santiamén, la lápida de mi abuela le estaba haciendo compañía a la de mi abuelo. De ese modo, ninguno de los dos pareció estar tan solo. Al sol del verano, reflexioné sobre la inscripción:

HANS GEORG BETZLER, 1867-1934
LEONORE MARIA LUISE BETZLER,
DE SOLTERA VON ROSTENDORFF-ECKEN, 1860-1947

Me dije que era hermoso para una pareja yacer en una misma tumba, creaba una ilusión de felicidad completa y les aseguraba a ambos el eterno descanso, olvidados del resto del mundo.

Después de esos dos sucesos, la muerte de Pimmichen y la casi muerte de Elsa, no dormía más de una hora o dos por noche y, aun así, necesitaba cinco o seis de insomnio para conseguirlo. El miedo a volver a encontrarla como aquella vez me atormentaba. La pintura le había dejado líneas de color verde oscuro entre los dientes, e incluso cuando las rasqué con un alfiler quedaron residuos. Se quejaba de dolores abdominales que iban y venían, y de rigidez en las articulaciones. Las venas que se le habían marcado bajo los ojos, finas y protuberantes como las nervaduras de una hoja, tampoco se le borraron, lo cual le confería un aspecto de perenne cansancio.

No supo darme ninguna razón coherente para explicar su acción; no sabía por qué, simplemente lo había hecho, eso era todo. Estaba sentada al borde de la cama, girando un pulgar sobre el otro y mirando las paredes, pero no a mí.

—¡¿Por qué, por qué?! —le grité—. ¡Dame un solo motivo!

—¡¿Y por qué no?! ¿Por qué tengo yo derecho a vivir? ¿Qué sentido tiene que hayan muerto cientos, miles, millones, mis seres más queridos, y yo siga viva?

Podía plantearle todas las preguntas que quisiera, porque lo único que recibía eran más preguntas. Era una experta en responder a una pregunta con otra y en hacerse la tonta cuando no

quería discutir algo y la lista cuando sí quería, y en las raras ocasiones en que se sentía acorralada, siempre acababa encontrando una cita apropiada en alguna lengua muerta que traducía según su conveniencia, o alguna abstrusa ley matemática que algún ingenuo se había inventado un millón de años antes de que existiera la ciencia.

Yo iba y venía por la habitación, pateando la pila de ropa y sábanas sucias, que era su sutil manera de recordarme que había que hacer la colada. Algo brillante me llamó la atención, un broche, una joya de familia que yo le había regalado, prendido todavía en una blusa. Ya no supe hacia dónde caminar, las paredes me oprimían, parecían confrontarme adondequiera que me volviera. Me paré en el centro, sintiéndome enfermo y mareado.

—Elsa. Préstame atención. Tengo algo que confesarte, no me interrumpas hasta que haya terminado.

Me vi reflejado en los inteligentes ojos oscuros de Elsa, lo cual me situó en posición de gran desventaja.

—Verás..., Elsa..., estoy seguro —comencé—, estoy seguro de que todos estos años habrías preferido estar en cualquier parte menos en esta casa conmigo, y probablemente has pasado todo el tiempo lejos de aquí, mentalmente. He intentado hacerte feliz, he hecho todo lo que he podido por complacerte, pero me temo que no ha sido suficiente. No eres feliz.

Secretamente, hubiese deseado que lo negara, pero sólo percibí inmovilidad, por lo que me agaché para recoger parte de lo que acababa de esparcir a puntapiés y me llevé al pecho el montón de prendas arrugadas para lanzarlo con fuerza a la cesta. La repetición de estos movimientos me ayudó a continuar.

—No puedes imaginar lo que siento cuando abro tu puerta todas las mañanas, es como si mi corazón fuera a estallar. Soy dos personas a la vez: el muchacho estúpido y servicial que obedece todas tus órdenes, pero también el otro, el que quiere abrazarte y retenerte. Te quiero, Elsa, te quiero más que a mí mismo y voy a demostrarte cuánto, porque estoy dispuesto a darte una felicidad que también será mi felicidad. Ya sé que crees que esto no cambia nada, porque para ti no soy más que tu sustento, tu casa y tu comida, crees que me necesitas para sobrevivir...

—Calla, por favor —dijo levantando la palma de la mano.

—¡No me interrumpas! ¡La verdad es que no me necesitas para nada! ¡Para nada en absoluto! Pero primero, antes de que siga, debes saber que todo lo que he hecho hasta ahora lo he hecho únicamente porque te quiero, aunque fue un error por estar basado en una mentira. La verdad es que no te estoy ayudando; al contrario, te estoy destruyendo. Con lo que sucedió el otro día no necesito más pruebas. Hace mucho tiempo que debería haberte dicho...

Corrió hacia mí y me abrazó.

—¡No, no digas nada! ¡No es culpa tuya!

Para entonces, yo ya me había quedado sin habla.

—Sí que es culpa mía, es culpa mía porque...

—¡No, no! —protestó, tapándome la boca—. ¡Has sido bueno conmigo! Y yo he dudado de ti.

Pensé, justo antes de que todo se volviera negro, que si lo que decías de la guerra no era cierto, si había alguna forma de escapar, yo había dado con ella: con tal de salvarme la vida, me llevarías al hospital o adonde tuvieras que llevarme para ayudarme. Sólo pensé en mí, ¡sólo en mí!

Sus ojos estaban llenos de compasión, y los míos, desorbitados ante tantas complicaciones. Sacudí la cabeza mientras ella me apretaba los labios hasta hacerme daño y me advertía con una mirada aguda que no siguiera hablando.

—He sido egoísta todos estos años —dijo—, tenías toda la razón. No he hecho más que regodearme en mi propio infortunio, sin pensar ni una sola vez en ti. ¡Mírate! —añadió, repasando con los dedos mis cicatrices—. Tú también has tenido tu ración de dolor y aun así no te pasas el día rumiando tu desgracia. Durante todos estos años, nunca has pensado en ir a ver a un especialista, mientras que has gastado un montón de dinero en satisfacer todos mis caprichos. ¡No digas que no, Johannes! ¡Has sido tan bueno...!

Me solté de su abrazo e intenté negar lo que estaba diciendo, pero ella no estaba dispuesta a ceder.

—¡No! ¡Calla, por favor! ¡Yo te he dejado hablar! ¡Ahora déjame tú a mí!

Yo estaba estupefacto, nunca antes la había visto actuar así. Creo que se dio cuenta de que estaba enseñando una parte de sí misma cuya existencia yo ignoraba, porque cuando prosiguió, su voz era más afable que nunca.

—En comparación con los demás —dijo—, no me ha pasado nada malo, ¿verdad? Gracias a ti, he permanecido indemne entre estas cuatro paredes. ¿Y qué puedes agradecerme tú a mí? La pérdida de tu madre y de tu padre. Nada más. La única consecuencia que ha tenido mi vida. La verdad es que no sé si yo habría arriesgado mi vida por alguien, como habéis hecho tus padres y tú. Francamente, creo que no lo habría hecho. He tenido muchos años para pensarlo ahí dentro, ¿sabes? Yo nunca podría haber sido tan generosa. ¿Sabes cómo me hace sentir esa idea que día tras día se remueve en mi mente como una pluma de paloma en el ojo o en el oído? ¡Me hace sentir como uno de esos pájaros que viven y engordan en nido ajeno! Me siento como si hubiese arrojado de su nido a unos pajaritos de plumaje tibio y mullido. Y si te parezco fría, esquiva e insensible es porque la mayor parte del tiempo me alegro de haber sido yo quien ha sobrevivido.

—Elsa, nada es como tú crees...

—¡Chiiis! —me ordenó, llevándose un dedo a los labios, con una mirada fingidamente severa —. ¿De verdad piensas que estoy tan ciega? ¿Crees que no sé? ¿Que no oigo? ¿Que no veo? Oh, Johannes, tonto, tontísimo Johannes... Es una condena que me han impuesto desde arriba. No es coincidencia que yo esté precisamente aquí, obligada a sobrevivir.

—¿Cuándo vas a dejar que termine? —imploré.

—¡Nunca!

Se apretó contra mí, me cogió la cara con las dos manos y levantó la vista para mirarme directamente a los ojos. Al sentir mi resistencia, inclinó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

Hechizado como estaba, tomé la decisión de contenerme hasta que hubiese soltado lo que tenía que decir. Fue como si ella hubiese leído mis pensamientos, porque en ese preciso instante me abrió bruscamente la camisa, se puso de puntillas y me besó bajo el mentón. Por su descarado abandono, comprendí que lo principal para Elsa era impedir que yo siguiera hablando. Fue como el cielo en el infierno, porque ella me ofrecía saborear lo que yo llevaba deseando desde tiempo inmemorial, pero no me sentía libre para aceptarlo. Todas y cada una de mis sensaciones eran ambiguas, pues sabía que yo no era la persona que ella creía estar besando. Y lo más irónico de todo es que una fracción de mí desconfiaba de ella, e intuía que todo el tiempo había sabido que la estaba engañando, lo cual significaba que era ella quien me había estado engañando a mí. Estudié exhaustivamente esa posibilidad, en busca de algo que la delatara, pero sólo encontré la expresión de una bondad pura y sin mezclas.

Me acarició el pelo, repitió lo mal que se había portado conmigo y dijo que acababa de darse cuenta de lo destrozado que estaba yo. Intenté besarle el cuello, pero su barbilla bajó de repente para interponerse. Ahora era ella quien se resistía. No, me dije, no lo malinterpretes, sólo quiere que le beses la cara, y así lo hice, pero mis besos eran demasiado ardientes. Me volvió la cara, ¿o quizá me estaba ofreciendo la otra mejilla?

Caímos de rodillas, fue como si nos hundiéramos en el suelo, como si amándonos fuésemos a morir juntos, y muriendo fuésemos a disponer de mucho más tiempo para amarnos. Nunca la había visto así, ni a ella ni a ninguna otra mujer, pero sentí que reconocía lo que veía por primera vez. Ella era increíblemente suave, nuestros brazos y piernas se entrelazaron, casi me dolía el anhelo de apretarla contra mí hasta que me atravesara la piel, los huesos y la carne del pecho y se me quedara dentro.

—Te quiero, te quiero —admití de plano.

—Te quiero, te quiero —repitió ella en un eco melódico y sincero, pero juraría que distinguí una nota falsa apenas perceptible que se quedó flotando en el aire y que, antes de desvanecerse, consiguió inyectar una minúscula duda en mi corazón.

19

Desde que la conocía, Elsa había estado confinada en un espacio detrás de un tabique, en un hueco bajo el suelo o en la habitación más pequeña de la casa. Incluso antes de que yo la conociera, ya llevaba años allí, demasiados en total. Quizá por eso su noción del tiempo era tan distinta de la mía. No lo dividía en semanas, meses y años. Como llevaba tantos días sin distinguir la luz solar de la oscuridad, tampoco ella hacía distinciones ya. Para Elsa todo formaba parte de una vida, la suya, y aunque todavía guardaba su pasado enjaulado y a buen recaudo en la cabeza, su presente no tenía por qué estarlo. Su cuerpo seguía condenado a permanecer físicamente en esos lugares, pero su mente salía y vagaba a voluntad. Su situación vital era opuesta a la mía. Yo podía moverme físicamente, pero mi mente permanecía siempre a su lado, atrapada en esos mismos espacios. Envidiaba su libertad mental tanto como ella ansiaba mi libertad corporal. Poco a poco, mi imaginación se resintió. En mi mente, yo podía subir a visitarla, pero ella ya no venía a verme. Por mucho que lo intentara, su imagen se desvanecía en cuanto la liberaba de su confinamiento. Un paso más allá de la puerta y desaparecía. Elsa se estaba muriendo en mi memoria porque casi no tenía recuerdos suyos de este lado de la vida. Empecé a sentirme como si me hubieran emparedado vivo, padecía síntomas de claustrofobia incluso al aire libre, pues también a la intemperie su habitación cerraba sobre mí su boca de madera, y su ventana, su ojo solitario.

Una agobiante noche de verano infestada de mosquitos, le anuncié que toda la casa era suya, con la condición de que no se acercara a las ventanas y de que se desplazara a gatas. Por las sienes le caían perlas de sudor cuando la seguí, haciendo las veces de guía, mostrándole las habitaciones. Al principio se detenía cada cuatro pasos, palmoteándose aquí y allá para matar mosquitos de sus piernas y mejillas, pero supongo que debían de ser sus nervios, porque sospecho que no todos los mosquitos eran reales. Después cogió el ritmo, pero cada vez que volvía una esquina, se paraba en seco como un caballo sobresaltado, como si se hubiese dado de bruces con un extraño que estuviera allí esperando o pensara que iba a hacerlo. Si alguien hubiese estado mirando desde fuera, no habría visto más que una figura, la mía, recorriendo la casa sin rumbo.

Su timidez no duró mucho. Después del recorrido por la planta baja, me embistió las pantorrillas con la cabeza y apoyó todo su peso contra mí. El pelo le tapaba la cara y su risa se había vuelto gutural mientras reculaba. Con el pulgar y el índice empezó a azuzar mi deseo, riendo del fácil resultado. La mitad de mí esperaba que no se detuviera, pero la otra temía que la caricia se convirtiera en pellizco. Entre risas incontrolables, me desvistió de la cintura para abajo,

dejándome los calcetines puestos, y me arrastró hacia ella. Antes de que apoyara mi peso, se apartó, y di con el trasero desnudo en el suelo frío. Cuando extendí la mano para buscar mi ropa, había desaparecido.

Me llegaron ecos delatores de su paso, primero por el piso de arriba y después por el de abajo; no se estaba quieta. Empecé a lamentar mi decisión, la creía capaz de salir afuera a curiosear. Recordé que sólo yo tenía las llaves para salir de la casa, pero enseguida me di cuenta de que estaban en el bolsillo de mis pantalones. De pronto me pareció que su silencio duraba demasiado. La llamé, pero tuve la impresión de estar solo en una casa vacía. Unas risitas que no conseguí localizar parecieron responder a mis temores, y por un instante sentí miedo, convencido de que era un espíritu venido para atormentarme.

Seguí por el pasillo, dejando atrás el cuarto de Pimmichen. La puerta del baño estaba abierta, y la encontré a ella medio sumergida en la bañera, con el dedo gordo metido en el grifo y un chorrito de agua corriéndole sin hacer ruido por el pie. Al verme, empezó a patalear con sus piernas de bailarina, batiendo el agua con los talones. Mis pantalones estaban arrugados, formando una bola bajo su cabeza; me apresuré a cogerlos, como si mi única preocupación fuera que no se mojaran. Las llaves seguían en el bolsillo.

Mi nerviosismo se disipó en un santiamén. La luz de la luna se filtraba a través del cristal empañado de la ventana y el agua la hacía temblar en el estrecho óvalo de su cara, mientras su nariz bailaba sobre una amplísima sonrisa, como un barco balanceándose en el mar. Simplemente se estaba divirtiendo. Era maravilloso contemplarla. Aunque me costaba trabajo entenderme a mí mismo. ¿Por qué la creía capaz de cosas que a ella nunca se le hubiese ocurrido hacer? ¿Por qué me resistía a creer lo que tenía ante mis propios ojos?

—¡Cepíllame el pelo! —me ordenó, pagándome por adelantado con un sonoro y mojado beso en los labios y el honor de secarla.

Como tenía demasiados nudos, opté por lo más sencillo: cortarle el pelo. Ella echaba tensas miradas a los rizos que caían a sus pies y tuve que regañarla para que mantuviera la cabeza quieta. Cuando estaba intentando igualarle los dos lados, pensé que debía tener cuidado para no cortarle las orejas y entonces recordé que nunca se las había visto. Corté y recorté hasta que el pelo se adaptó a su forma, dos frágiles signos de interrogación que parecían completar aún más su belleza. Sintiendo las orejas al descubierto, repasó con los dedos mi obra y estuvo largo rato reprendiéndome. Le repliqué que daba igual, ya que después de todo yo era el único que la veía.

Ya sé que puede parecer que estaba fuera de lugar, pero la amenaza de ejecución agudizaba nuestra sensación de estar vivos. Puesto que no podía tener las cortinas permanentemente cerradas sin llamar la atención, Elsa se veía obligada a atravesar la casa de rodillas, como si su vida dependiera de ello, apoyada sobre los codos al modo de los soldados en la guerra, y a veces tenía que quedarse quieta en un rincón hasta que hubiera pasado el peligro. Los detalles más nimios, que la mayor parte de la gente pasa por alto en su vida cotidiana, tenían vital importancia para nosotros. Vivíamos entre ominosos nubarrones de presuntas amenazas. ¿Y si un día yo no

estaba en casa y alguien se ponía a escuchar del otro lado de la puerta? ¿Y si nos estaban controlando la cantidad de agua que consumíamos? ¿Y si alguien inspeccionaba nuestra basura? ¿Y si algún vecino veía por la ventana que yo estaba solo pero movía la boca, porque estaba hablando con ella? Los nubarrones eran nuestros enemigos, pero también nuestros amigos. Gracias a ellos, sacar la basura o tender su ropa era suficiente para inyectar adrenalina en mis venas, y también en las suyas mientras me esperaba dentro conteniendo el aliento. Las tareas corrientes, tediosas y destructivas para otras parejas eran vivificantes para nosotros. Una vez cumplidas, nos lanzaban al uno en brazos del otro.

Usábamos el inodoro uno después del otro antes de tirar de la cadena. Le propuse aplicar el mismo método a nuestro baño, pero con su infatigable lógica me preguntó:

—¿Por qué no podemos tomar cada uno nuestro propio medio baño?

Ofendido por lo que consideré un signo de rechazo, porque había abrigado la esperanza de que ella sugiriera tomar el baño juntos, repliqué:

—Lo siento mucho, pero no estoy acostumbrado a medios baños.

—Con la mayor masa de tu cuerpo joven y musculoso, la cuarta parte de un baño se convertiría en medio baño, del mismo modo que medio baño serían tres cuartos de baño, y, además, un caballero no discute asuntos de fracciones con una dama.

Era inútil argumentar con ella, una auténtica experta en envolver las pullas en azucarados elogios. Pero, en suma, las horas que yo dedicaba antes a sus necesidades corporales, las mismas de cualquier bebé sólo que a mayor escala (dicho sea esto con todo mi respeto), me quedaron libres, porque ahora ella lo podía hacer todo sola, y eso me hacía feliz.

En el espejo toqué el reflejo de Elsa, deslizando la mano desde su mejilla hasta su hombro y siguiendo el contorno hasta su pecho. Ella arqueó la espalda bajo mi mano, y los botones se estiraron con la tensión. Los rasqué con las uñas, pero el reflejo de su vestido no se movió. Ella me ayudó, dejándolo caer a sus pies. Al verse desnuda, su expresión se endureció. Eché mi aliento al cristal, para vestirla con vapor caliente y tejerle un vestido de gasa modelado por mi fantasía. Cuando volvió a relajarse y ya hervía de deseo, desgarré el vestido de vapor con los dedos y me arrodillé para quitárselo con los labios. Ella recorrió con los dedos mi reflejo, interponiendo un escudo fabricado con su aliento. Yo borré una y otra vez las barreras de su deseo. Muy pronto anhelé franjas enteras del cristal frío y los dos fuimos tras el reflejo inalcanzable del otro, conociendo así el punzante éxtasis de querer y no conseguir.

En otra ocasión la deseé tan intensamente sólo con los ojos que ella se tumbó en la cama y empezó a interpretar los movimientos que en su imaginación yo le dictaba. Estábamos locos de deseo, mis ojos clavados en los suyos, pero arrastrando a la vez hacia mí una parte suya, más y más cerca, injertándola en mi esencia, dos hendiduras, fluyendo la dulce savia.

De forma lenta pero segura, Elsa fue adaptándose a su nuevo papel de ama de casa. Con mis zapatos ajustados a las rodillas y un delantal atado por encima del pecho, iba y venía de rodillas entre el frigorífico y la encimera de la cocina. Cualquiera hubiese dicho que aquélla era la manera normal de desplazarse. Como las sartenes le salpicaban grasa a la altura de los ojos, revolvió los cajones hasta encontrar las viejas gafas de leer de mi abuela y regresó a tientas, llevando por delante las manos extendidas.

—La vida sería más sencilla para mí si hubiese nacido enana —bromeaba a veces mientras fregaba los cacharros.

Encontró en un libro de cocina la receta de mi plato favorito, una especialidad austríaca, aunque debo aclarar que los bávaros la consideran propia de Baviera, y los puristas, checa, antes de que el imperio se la apropiara. Incluso se lo pasó en grande preparando un *Servietteknödel*, una especie de buñuelo gigante hecho con pan del día anterior, que se hierve envuelto en un paño. Nos dimos un atracón de reír, sobre todo cuando dijo que a ella le parecía más bien una bola de béisbol y fingió lanzármela. Yo me daba cuenta de que estaba haciendo un doble esfuerzo: por un lado, el de cocinar, y por otro, el de no comer lo que preparaba; pero en cuanto empezó a probar sus platos, su vaporosa dieta cayó en el olvido. A partir de entonces, ambos comimos lo mismo y del mismo cazo. Me complació el nuevo giro romántico de los acontecimientos, al menos hasta que los dos empezamos a engordar.

20

Al final de nuestro sendero nevado estaba nuestro buzón, con un libro blanco de nieve abierto sobre el tejado inclinado y carámbanos creciendo en el alero, como una hilera de bestiales dientes árticos. Tras sacudirme la nieve de las botas, me sorprendió encontrar los platos del desayuno todavía sobre la mesa, el baño en su desorden matinal y nuestra cama sin hacer. Dejé la compra en la cesta y reconocí que últimamente me había estado portando como un vago.

Al llegar a la biblioteca, me sobresaltó encontrarme a Elsa mirándome a los ojos, como si hubiese estado esperando que yo, su presa, fuera a buscarla. Su caballete se erguía sobre tres patas segmentadas, como un fiel animal de compañía. Bajó la barbilla y me dedicó una sonrisa sádica, que lo mismo podría haberse interpretado de desprecio como de deseo. El corte de pelo que le había hecho hacía que su cabello se proyectara en todas las direcciones, acentuando la voracidad de su mirada. Hacía muchísimo tiempo que no tocaba un lienzo, tanto que había empezado a creer que yo le bastaba para ser feliz.

Lentamente, muy lentamente, me acerqué a ella y, según lo hacía, cada vez tenía menos claro si iba a abofetearme o a acariciarme las mejillas. Antes de que pudiera hacer cualquiera de las dos cosas, crucé los brazos en señal de desagrado y le dije:

—¿Puedo preguntarte qué estás haciendo?

—Adivina —contestó mientras rellenaba algo, moviendo la muñeca en pequeños círculos controlados.

En lugar de mirar lo que estaba haciendo, me sonreía abiertamente, con gesto desafiante. Yo no veía lo que estaba pintando, pero aun así me pregunté si no sería mi propio ojo, porque con la vista concentrada en mí, ¿o debería decir en ello?, no dejaba de mojar el pincel en un azul luminoso. Ella sabía lo que yo estaba pensando y parecía complacida, ya fuera porque había acertado o porque había conseguido confundirme.

—Estás pintando —le dije con frialdad.

—¡Bravo!

—Después de lo que te ocurrió, ¿te atreves a pintar otra vez?

—Ya no pinto porque sufra, pinto por gusto —respondió, y cogió un tubo de pintura negra.

—¡Te prohíbo que toques eso!

Espoleada por mi desaprobación, retorció el tubo hasta hacer caer una gota en la paleta. Otra penetrante mirada a mi ojo, y clavó la punta de madera del pincel en la pintura. Con un cruel movimiento giratorio, marcó lo que supuse que debía de ser la pupila. Harto de todo aquello, comencé a arrojar en dirección a la estufa de cerámica los lienzos en blanco que ella había

dispersado por la habitación. Sólo entonces pareció flaquear su confianza, sobre todo cuando quebré a taconazos los marcos de madera y enrollé los lienzos como velas castigadas por la tormenta.

—¡No tienes ningún derecho a hacer eso! —lloró, levantando las manos, unidas como en una plegaria, para taparse con ambas la nariz y el mentón.

—¡Estoy en mi casa y tengo todo el derecho!

—¡No estoy presa! ¿Lo sabes? ¡Puedo irme si quiero!

—¿Irte para que te maten?

—¡Soy libre de irme para que me maten! ¡Sería mi muerte! ¡Mía, no tuya!

—Adelante, pues, vete.

Actuando como si no me importara en absoluto, presté una atención inmerecida a lo que llevaba en los bolsillos —cerillas, de un azul marmóreo que me recordaba a la clásica imagen del globo terráqueo, recibos...— con la esperanza de que se echara atrás. Podía percibir su mirada incrédula, pero me mantuve firme, y justo cuando empezaba a recuperar el aliento, se dio cuenta de que era un farol y echó a correr hacia la puerta de la calle. Corrí tras ella, la cogí por un brazo y, sin saber siquiera lo que hacía, la golpeé contra la pared. No pretendía asustarla, pero estaba desesperado.

—¡No estás sola! ¡Si haces que te maten, también me matarán a mí! ¡Tu muerte es mi muerte! ¡Tu vida es mi vida! ¡Estamos atados, maldita sea! ¿No lo entiendes? ¡Como hermanos siameses! ¡Separados moriríamos!

Se retorcía sin cesar para escapar de mí, pero no con suficiente fuerza, repitiendo una y otra vez: «¡Suéltame! ¡Déjame salir de esta cárcel de veinte celdas!». Pretendía convencerme de que la necesitaba más que ella a mí.

Al final, le di lo que buscaba de verdad, un abrazo firme para controlarla, y tras algunos forcejeos por su parte, fue calmándose lentamente y el abrazo se volvió un poco más recíproco.

Durante nuestra confrontación, se había mostrado maliciosa, independiente. Ahora era otra persona, tierna y sumisa, y dependiente de mí. Por cómo me dedicó una mirada compasiva, con lágrimas aflorando a sus suavizados ojos castaños, tuve que preguntarme cuál de las dos Elsas sería la verdadera y cuál la impostora.

—Te estaba preparando una sorpresa —dijo, señalando el caballete con la cabeza—. Era para ti; bueno, todavía lo es si la quieres —añadió, parpadeando para quitarse las lágrimas de los ojos.

Aparté la vista de ella en dirección al lienzo. ¿Qué podría haber pintado? ¿Mi retrato? ¿Me habría ridiculizado? Temí que intentara huir mientras yo iba a ver la pintura. La apreté un poco más y la mantuve pegada a mi cuerpo mientras yo me quedaba helado delante del lienzo.

La pintura estaba inconclusa y era tan simple como cualquier dibujo infantil, pero podría haber jurado que tenía algo que ver con lo que acababa de pasar entre nosotros. Había dos monigotes dentro del tosco contorno de una casa. Estaban uno junto al otro, mirando al frente, en dirección al observador. Yo quedé situado casualmente frente a la figura masculina, la más alta,

y ella frente a la femenina, ¿o quizá no fuera coincidencia, sino una maniobra suya? Al principio, me pareció que estaban cogidas de la mano, pero mirando con atención vi que en realidad no era así. Su brazo se unía a mi brazo a la altura de la muñeca, para luego desviarse perpendicularmente, lo mismo que el mío. No estábamos cogidos de la mano, no, estábamos esposados el uno al otro. Y la imagen coincidía a la perfección con lo que yo estaba haciendo en ese preciso instante, sujetándola firmemente por la muñeca. Por otro lado, ninguna de las facciones había sido dibujada aún, excepto uno de mis ojos —grande, inquisitivo y azul—, que parecía estudiarme a mí tanto como yo lo estudiaba a él en ese momento. Me estaba volviendo loco. ¿Qué significaba? ¿Que yo era una especie de tirano que la retenía por la fuerza? ¿O era ella quien me había convertido en su perrillo faldero?

—¿Te gusta? —me preguntó con ingenuidad.

Poco después irrumpí en el baño, donde la encontré metida en la bañera, rosada y resbaladiza. Otra vez había usado medio frasco de champú para formar una capa de espuma, aunque le había dicho cien veces que no lo derrochara de ese modo. Le puse el lienzo delante de la cara arrebolada.

Visiblemente turbada a causa del exceso de espuma, cogió un poco y la usó para enjabonarse el pelo. Las temblorosas hombreras de espuma a modo de lana me recordaron la fábula de Esopo, la del lobo con piel de cordero que mi abuela solía leerme antes de dormir, y espolearon aún más mi desconfianza.

Omitiré todas las idioteces que solté porque francamente me avergüenzo de haberlas dicho. Bastará con que cuente que saqué a relucir de nuevo el asunto de su pintura y la llamé, entre otras cosas, manipuladora. Nuestra pelea se convirtió en una batalla de unas dos horas. Sus respuestas serán suficientes para transmitir la idea de las tonterías de las que la acusé. Me respondió que los judíos nunca habían intentado robar sangre germánica, que se casaban entre sí y que cualquier madre o padre judío habría considerado una desgracia que sus hijos quisieran romper la tradición. Me aseguró que era verdad y lo juró por su vida, porque si lo juraba por la mía, no iba a creerle ni una palabra. Mencionó de pasada que las leyes de Núremberg no dejaban de ser irónicas, que habían prohibido el matrimonio entre arios y judíos, aunque su comunidad se había abstenido de comentar el asunto cuando fueron promulgadas. Los siguientes fueron algunos de los «para que lo sepas» que salpicaron su argumentación: su calendario, lunar y de trece meses, era mucho más antiguo que el gregoriano (que según me enteré en ese momento era el nuestro), y ya iba por el año 5707 (o al menos eso creía, porque contando con los dedos, calculó primero 5706 y después 5708). Del mismo modo que los cristianos se dividían en católicos, protestantes, baptistas, cuáqueros y quién sabe qué más, entre los judíos había ortodoxos, conservadores, jasídicos, reformistas... Combustible fresco para una explosión: ¡el cristianismo y el islam se habían desarrollado a partir del judaísmo! ¡Lo mejor fue cuando dijo

que Jesús, María, José y los doce apóstoles eran judíos! No sé qué mentiras le habrían contado, pero le dejé bien claro que eran cristianos ¡y no judíos! Aquello condujo a un encendido debate, aunque mi fe estaba lejos de ser ferviente. ¡¿Para qué me habría metido en esa discusión?! Me ofreció detalladas relaciones históricas, hasta que ya no fui capaz de oír nada más acerca de desiertos arenosos de épocas remotas, tuviese razón o no.

A decir verdad, me llevó tiempo asimilarlo. Por algún motivo, lo que se aprende de niño en la escuela forma un núcleo sólido. Es imposible sustituir ese núcleo dentro de uno mismo. Sólo se puede crecer encima, proseguir a partir de ahí. Las creencias que se tienen a lo largo de la vida son como los anillos de un tronco, como si cada año se solidificaran los sucesivos pensamientos, dudas y opiniones. La naturaleza no presta atención a las ideas y a los actos contradictorios cuando pasamos de una estación a otra, sino que los guarda uno tras otro, para fabricar el tronco que somos, el residuo compacto y unificado de nuestros diametrales años pasados.

21

Al final, muy a mi pesar, me vi obligado a vender nuestros muebles para pagar los impuestos de la herencia. Al no tener experiencia, cometí el habitual error de decir la verdad. Debería haber declarado al ayuntamiento que mis padres me lo habían dado todo en vida, o usar las conexiones familiares para conseguir tasaciones oficiales a la baja. Irónicamente, esa práctica tan corriente (pues en materia de sucesiones había una teoría y una práctica) recibía el nombre de *chuzbe*, término que en yidis significa algo así como «organizarse con ingenio». No hubiese imaginado que el Estado iba a contabilizarlo todo, desde el reloj de pulsera de mi padre que yo llevaba puesto hasta el retrato para el que había posado mi abuela a los dieciséis años. Como yo le había regalado a Elsa buena parte de las joyas de mi madre, por suerte algunos objetos de valor escaparon del inventario. Mi única alternativa habría sido hipotecar la casa, pero el notario de mi abuela me advirtió que si no pagaba las mensualidades, el banco tendría derecho a venderla a cualquier precio mientras fuera suficiente para cubrir la deuda.

La subasta estaba programada para el sábado en el Dorotheum. Hubo codazos y empujones cuando abrieron las puertas, y sólo comprendí por qué cuando ya era demasiado tarde. No había suficientes asientos, y los que no conseguimos sentarnos, unos dos tercios del público, tuvimos que quedarnos de pie al fondo, apretados como sardinas y sintiendo crecer la envidia con el paso de las horas. Entre las diversas piezas presentes, de estilo barroco, imperio, Thonet vienés, modernista, art déco, Bauhaus y Biedermeier, nuestros muebles de familia estaban distribuidos en puntos estratégicos de la sala de exposiciones, donde parecían tan fuera de lugar como unos recién llegados a un cóctel que intentaran incorporarse a algún corrillo sin conseguirlo del todo.

El azar quiso que me situara a escasa distancia de la butaca de cuero de mi abuelo, expuesta cerca de una de las filas de asientos. Me tentaba la idea de sentarme, y debí de mirarla en exceso, porque una señora gorda captó la idea y fue a apoltronarse antes que yo.

La primera pieza vendida fue nuestro buró de Luis XV con tapa cilíndrica y decoración de marquetería, herencia de la familia de mi abuela. En la subasta a mano alzada, las ofertas treparon al triple del precio anunciado en el catálogo. Me esperaba, por tanto, una suma igualmente elevada por el tocador de mi madre, pero la florida descripción de la talla rústica en roble que hizo el subastador no incitó a nadie a levantar la mano. Tras reprender al público por su falta de interés, redujo a la mitad el precio de salida; hubo cierta animación, que se agotó en cuestión de segundos, y el martillo cayó.

De pronto, en casa todas las habitaciones parecieron más grandes, como si milagrosamente los muros se hubiesen separado. El interior, sin estar vacío del todo, había quedado lo bastante

despejado como para que resonara el eco. Cualquier tos, una voz o unos simples pasos sonaban duplicados, pero inexplicablemente huecos. Las vitrinas, las consolas, los espejos y los armarios ausentes habían dejado marcas en las paredes, como puertas que no conducían a ninguna parte. Por la noche, las manchas claras que atestiguaban antiguas alfombras se convertían en fantasmagóricas trampas que invitaban a bajar a los abismos. Abolladuras semejantes a monedas eran el recordatorio de sillones y sofás desaparecidos, y un grupo de tres abolladuras indicaba el lugar de nuestro piano, una zona que yo evitaba por su singular silencio melancólico. Ciertos defectos en los que nunca había reparado se habían vuelto palpablemente evidentes, como la pintura desconchada, el papel pintado despegado y las cretonas desgastadas.

Mantener el orden pasó a ser un problema. Las camas fueron sustituidas por montones de sábanas y mantas en habitaciones vacías. La falta de cajones, aparadores y armarios hizo que surgieran por la casa multitud de dunas abigarradas. Los subastadores me habían asegurado que las librerías encargadas especialmente para nuestra biblioteca se venderían a buen precio, y estaban en lo cierto, pero, como consecuencia, los volúmenes encuadernados en cuero acabaron apilados en el suelo.

Llegó el invierno y la casa se enfrió. En las estufas había cenizas frías. Como no me quedaba otra opción, corté, aserré, pateé y maldije uno de los árboles del jardín. Confiando en encontrar algo que me ayudara a hacer arder la madera húmeda, subí al desván. En el rincón más alejado, a la derecha, colgaban los restos polvorientos de lo que alguna vez debieron de ser telarañas florecientes, delicadamente tejidas y tensadas. Allí encontré las cajas. Les quité el polvo y la suciedad y eché un vistazo al interior. Todavía contenían lo que creía recordar: los libros que mi madre intentó salvar. Teníamos que calentarnos.

Yo era consciente de que debía conseguir un trabajo, pues de lo contrario estábamos abocados a la ruina, pero no sabía cómo. Siempre había supuesto, al igual que mis padres y mis abuelos, que trabajaría en el negocio de la familia. De niño, mi padre siempre me decía que yo quedaría al frente de la fábrica cuando tuviera suficiente experiencia y él alcanzara la edad de la jubilación. Me pasaría el relevo —decía—, lo mismo que había hecho su padre con él y lo mismo que haría yo con su nieto cuando llegara el momento.

Pero ya no había fábrica. Había sido bombardeada mientras producía material de guerra que no debería haber producido. Por regla general, los ausentes cargaban con las culpas de todo lo que no fuera posible probar, para ahorrar problemas a los supervivientes, y en aquel entonces no se hizo ninguna excepción con mi padre. Su coche nunca se halló entre los escombros. Mi abuela sospechaba que lo había robado uno de sus empleados, que probablemente había cruzado la frontera para ir a venderlo a Hungría. Aunque no hubiese sido así, nunca habría conseguido recuperar el coche ni ninguna otra cosa, porque la fábrica había quedado en el sector soviético.

Como es natural, el coche y la fábrica estaban asegurados, pero las cláusulas de la póliza eximían a la compañía de toda indemnización por daños o pérdidas causados por guerra, insurgencia o cualquier otra eventualidad que superara su capacidad de cobertura. Mis

esperanzas renacieron brevemente con el plan Marshall, y aunque no niego la importancia que tuvo ese programa para mucha gente, a mí no me reportó ningún beneficio directo.

Sentado en un café, repasaba los anuncios por palabras con la única compañía de un café expreso, un *kleiner Brauner*, *Brauner* por llamarlo algo, porque aquella clase de café, con su nubecilla de leche, más que marrón era beige, pero era la más barata de las consumiciones. No podía decirse que hubiese páginas y páginas de ofertas; a veces ni siquiera había una página completa, pero me llevaba tiempo considerar cada anuncio. La mayoría consistían en trabajos de construcción o reconstrucción, para los que yo estaba físicamente incapacitado. El empleo de cajista de imprenta habría sido un paso hacia el periodismo, pero ¿quién en su sano juicio habría contratado a alguien con mis limitaciones manuales? Lástima que fuera demasiado mayor para repartidor de periódicos o aprendiz de soplador de vidrios...

En la calle mostraba más coraje. Fui a media docena de fábricas y me ofrecí para trabajar en la línea de producción. Nadie me quiso, con una sola mano y sin experiencia. Les propuse trabajar por la mitad del salario mínimo, asumiendo lo que ellos mismos insinuaban, «una mano, media persona», pero no cambiaron de idea. Les propuse trabajar gratis hasta demostrar que era capaz de hacerlo, pero siguieron negándose. Decían que, si me hacía daño, la responsabilidad sería suya. Después probé suerte en correos y en el ayuntamiento, pensando que si el gobierno austríaco no me pagaba una pensión digna, al menos haría lo posible por compensarme de esa manera. ¡Qué equivocado estaba! Aun así, alguien del ayuntamiento me envió a la Wiener Arbeitsamt, la oficina de empleo de Viena.

Casi me doy la vuelta cuando desde fuera vi a toda la gente que esperaba en el vestíbulo iluminado con tubos fluorescentes. Entrar fue peor. Aunque sólo había seres humanos, los olores corporales eran más intensos que en ciertas zonas del zoológico de Schönbrunn. El solo hecho de encontrar el espacio físico imprescindible para rellenar un impreso requería un esfuerzo considerable, pero no tanto como el paso siguiente: hacerse una foto en una máquina alimentada con fichas. Eso significaba ofrecerse en espectáculo, pues para acometer la hazaña era preciso sonreír, contra toda lógica, delante de un mar de caras abatidas.

Me atendió una chica morena, flacucha, con el pelo recogido en dos trenzas lacias, que antes de nada se restregó los ojos metiéndose los dos dedos índices por detrás de las gafas. Cuando los abrió, acuosos y desenfocados, yo estaba contemplando el águila negra de dos cabezas de nuestra república, dibujada en un cartel que estaba colgado detrás de ella. El águila procedía del escudo de armas de los Habsburgo; Austria la había conservado tras la caída del Imperio austrohúngaro, pero le había encontrado un nuevo empleo: ahora el ave empuñaba un martillo y una guadaña (¿o sería una hoz?, yo sabía muy poco de agricultura). Empecé a decirme que hasta el águila tenía empleo, pero la mujer me interrumpió secamente:

—Su solicitud está incompleta. ¿Aptitudes?

Cogió un lápiz y empezó a dar golpecitos sobre la línea correspondiente, tan veloz como la aguja de una máquina de coser.

—Bueno..., soy muy trabajador... —empecé a decir.

—¿Cómo sabe que es muy trabajador si nunca ha trabajado? —preguntó, repiqueteando con el lápiz y poniéndome aún más nervioso.

—En casa. Siempre he trabajado mucho en casa. Cocinando, limpiando..., todo eso. Es mucho trabajo, ¿sabe?

Su sonrisa reveló una separación entre los dos dientes delanteros que no pude dejar de advertir. Ella reparó en la dirección de mi mirada y endureció su expresión.

—Gracias. ¡Siguiente!

Me puse en pie, pero no me decidía a marcharme. Habría querido recuperar una opinión favorable de la manera que fuera, pero otro hombre había ocupado mi silla, y a ella ya se le había olvidado que yo alguna vez había estado allí.

Mientras tanto, se me volvió a imponer la realidad económica. Había que pagar impuestos, había montañas de facturas a las que debía hacer frente, no terminaba nunca. Recibí cartas de acreedores que me amenazaban con presentarse en la puerta y que me decían que, si no les abría, volverían con una orden judicial para que la abriera un cerrajero. ¡Sufría con sólo imaginar lo que habría pensado Elsa! El pánico inspiró mis siguientes decisiones. Mandé desmontar los paneles de roble de las paredes, las molduras de piedra de las esquinas y las baldosas florentinas del suelo, así como las puertas antiguas de nuestras habitaciones, con sus picaportes de bronce labrado. La puerta principal siguió en su sitio, pero sin la aldaba de cabeza de león. Se vendió todo en la siguiente subasta, pagué mis deudas y recuperé la tranquilidad. Momentáneamente.

Las cornisas desmontadas dejaron cicatrices en los muros, que me miraban acusadores desde lo alto. Los huecos de las puertas eran como bocas desdentadas, azoradas ante mi proceder. El vestíbulo y el salón parecía que estuvieran en obras y, pensándolo bien, también lo parecía el resto de la casa. Ya no quedaba ningún rincón acogedor. Era como si Elsa y yo viviéramos clandestinamente en una casa que no fuera nuestra.

La reacción de Elsa fue de integridad. Apoyó las manos en las caderas, como solía hacer, y me reconvino:

—¡No esperarás, Johannes, que me quede mirando sin decir nada! Sé que estás arruinado. He sido y soy una carga para ti. Tienes que poner comida en mi boca, ropa sobre mis hombros y dinero en manos de esa prostituta para que no me delate.

—¿Arruinado, yo? ¿El propietario de una casa como ésta? ¡Cuántos en Viena quisieran estar así de arruinados!

—Cuanto más espléndida es la casa, más espléndidos son los gastos.

—Ésas no son preocupaciones para una mujer.

—¡Tengo un cerebro igual que el tuyo o que el de cualquier otro hombre!

—Eso ya lo has demostrado, pero las matemáticas no son lo mismo que las finanzas, así como el marxismo de los libros no es lo mismo que el comunismo.

Fui al Stadtpark a probar suerte con la venta de mis libros, porque aún teníamos muchos en casa. En el parque sonaban instrumentos de cuerda en manos de músicos profesionales necesitados de dinero. Algunos solistas tocaban durante horas por un puñado de monedas que recogían en las cajas forradas de terciopelo. Eran tiempos difíciles. En comparación con ellos, a mí me fue mucho mejor, porque conseguí vender dos hermosos volúmenes encuadernados en piel, uno sobre el Sacro Imperio Romano y otro sobre el Imperio de los Habsburgo, por siete chelines cada uno, y por aquel entonces —para hacerse una idea de lo que aquello representaba— con 1,75 chelines se podía comprar, si mal no recuerdo, una jarra de medio litro de cerveza, y con 1,80 se podía conseguir un billete de ida y vuelta en tranvía. Los dos compradores habían sido ocupantes británicos que apreciaban ese tipo de obras, o al menos tenían algún pariente en casa a quien supuestamente le gustaban.

Entonces vino hacia mí una pareja cogida del brazo que paseaba por el sendero. Aunque a él no lo había visto desde la infancia, lo reconocí al instante. Era Andreas, uno de los gemelos que asistió a la fiesta de cumpleaños que me había organizado mi madre a los doce años. Iba con su novia, una bonita joven austríaca, de porte reservado y solemne. Avergonzado de que me vieran haciendo lo que hacía por unas monedas, recogí enseguida los libros que no había vendido, escogí un sendero apartado para atravesar el parque y me fui con la cabeza gacha. El suéter se me empezó a enganchar en los arbustos secos y me enfurecí conmigo mismo, porque sinceramente ¿qué probabilidades habría tenido de volver a encontrar a dos personas por la avenida principal, en un parque tan enorme? Pero cuando levanté la cabeza, no pude creer mi mala suerte: ahí estaban, Andreas y su novia, a menos de diez metros delante de mí. El barro me enfangaba los zapatos y Andreas avanzaba de puntillas, entre maldiciones, en un vano intento de salvar los suyos, mientras su novia iba colgada de su brazo, resbalando a uno y otro lado.

Nos miramos y sólo entonces comprendí que Andreas me había reconocido a la primera y se había tomado el mismo trabajo que yo por evitarme. Mantuvo en su cara una expresión indefinida. Teníamos que cruzarnos en aquel estrecho sendero, y cuanto más nos acercábamos a ese desagradable punto, más miradas furtivas nos dirigíamos. Su reacción iba a depender de la mía, y viceversa. Me horrorizaba fingir, porque cuando lo hacía la voz se me ponía demasiado aguda.

—Vamos —dijo su novia, algo impaciente, arrastrándolo hasta dejarme atrás.

Nunca volví a ir al parque; preferí llenar de reliquias familiares una cesta y acarrearla hasta el mercadillo de ocasión. Un día era ropa usada lo que vendía; al siguiente, baratijas, figurillas, adornos de inspiración oriental, pastilleros, monerías rococó, piezas de porcelana Meissen y, en pocas palabras, todos los recuerdos que quedaban en casa. El mercadillo no era el lugar alegre y frívolo que es actualmente. Se trataba de una deprimente reunión de gente hambrienta que hacía lo que podía para sobrevivir. Allí había ancianas vendiendo pasteles, y cuando no conseguían venderlos, los convertían en su comida para el resto de la semana. Vi a un hombre vendiendo tres

veces los mismos candelabros de plata. Un cómplice suyo seguía a quien acababa de comprarlos y los hacía reaparecer a fin de mes en su tenderete. Todos sabían que el mercadillo era el lugar más barato donde volver a comprar los objetos que les habían robado. Hoy los clientes pueden dejar el paraguas a la entrada de la pescadería mientras compran. En aquel entonces, la gente entraba y salía con paraguas, pero no necesariamente el mismo. Los robos eran algo habitual, incluso entre la gente honesta.

Tras algunas incómodas reflexiones, deseché mis escrúpulos respecto al violín de Ute. Fui al mercadillo, seguro de que lo vendería en menos de una hora, pero yo todavía seguía allí cuando el público empezó a ralear y se recogieron los tenderetes, dejando el suelo cubierto de basura. Durante todo el día, multitud de niños se habían acomodado el violín bajo la barbilla y habían rascado las cuerdas, riendo con sorpresa ante los ásperos sonidos casi digestivos que le arrancaban. Luego, los padres me devolvían el instrumento, contritos por haberse permitido usarlo como momentánea distracción para sus hijos. Algunos niños se iban chillando, y, recordando a Ute, yo me sentía triste y discordante en el mundo.

Al día siguiente, dos soldados estadounidenses se detuvieron a examinarlo y uno de ellos se puso a tocar una música folclórica. Tocaba dos cuerdas a la vez y deslizaba los dedos de nota en nota, pero el efecto no era ni remotamente húngaro. La gente empezó a arremolinarse a su alrededor, unos cuantos comenzaron a dar palmas y uno gritó: «¡Yija!». El amigo del músico retrocedió para que no lo asociaran con el espectáculo, dándose con el dedo golpecitos en la sien, queriendo decir que su amigo estaba loco. Yo ya estaba paladeando una venta segura, pero cuando el norteamericano terminó, quedó claro como el día que la idea ni siquiera le había pasado por la mente.

—*Thank you..., thank you... Please, no autographs* —dijo, al mismo tiempo que hacía amplias reverencias.

Para demostrar la calidad del instrumento, hice correr el arco sobre las cuerdas. Atraje así el interés de varios curiosos, que me contemplaron brevemente. Una señora se adelantó y algo tintineó en la caja del violín. Al poco la imitó un hombre, que soltó en ella todas sus monedas extranjeras. Me quedé consternado ante la confusión: me creían un violinista que ya no podía tocar a causa de una desgracia sufrida en la guerra. De pronto me vi con sus ojos. Era un inválido, un desterrado de otro tiempo y otro lugar, que suplicaba en las calles unas migajas que comer.

Se me hizo insoportable... Me vi convertido en lo que ellos me creían, y las melodías tristes y dulzonas que sonaban por el parque me sumieron aún más en el papel. Abandoné el mercado, inmerso en un negro estado de ánimo, y decidí llevarle el instrumento al viejo lutier al que se lo había comprado mi padre. Durante una hora, recorrí arriba y abajo cada una de las callejuelas, e inspeccioné las manzanas vecinas, pero la tienda había desaparecido. Mucha gente del barrio ya no estaba. Un riachuelo discurría suave y silencioso por la calzada hasta alcanzar la cara de un hombre en el canalón, donde gorgoteaba y se dividía en dos brazos. Pensando que el hombre se

estaba ahogando, solté el violín y corrí en su ayuda, pero no era más que un viejo abrigo negro que alguien había tirado. Entonces regresé en busca del violín, miré a mi alrededor y volví a mirar, pero también había desaparecido. Seguí andando unas horas más, sin poder creerlo, pero en el empedrado no había nada ni remotamente parecido a un estuche negro, ni tampoco en las alcantarillas.

22

En julio del año siguiente, tuvimos en Austria las peores inundaciones desde hacía muchos años, porque el Danubio se desbordó y se extendió por toda la capital, con lo que una barca resultaba más útil en algunos lugares que unas ruedas. Incluso los que vivían lejos de las riberas se encontraron con agua hasta las rodillas. El agua entraba en sus casas y les redistribuía el mobiliario. Vi botellas de aguardiente de manzana flotando por las calles como si de familias de patos se tratara. Campos convertidos en lagos. Los ánades, por su parte, no perdieron el tiempo: chapoteaban por todas partes, como si las charcas hubiesen existido desde el origen de los tiempos. Se les sumaban parejas de cisnes. Las casas tenían vistas al río, y también los hoteles.

Elsa se aventuró cinco días seguidos por aquel grandioso escenario diluviano, como lo había hecho con la nieve aquel invierno, pero ninguna de las veces tardó mucho en regresar. Por voluntad propia. Yo no la obligué. Veía las inundaciones como la ansiada señal con la que consolidar su fe, y pronto de cada dos palabras que pronunciaba una era «Dios». Todo lo que era, en lo que se había convertido y lo que había sido de ella lo atribuía a la voluntad de Dios. Calada hasta los huesos, temblando, se envolvía en mantas y se sentaba en el suelo, esperando una señal divina con la mirada fija en las alturas. Me recordaba a una crisálida. No me habría sorprendido encontrármela algún día con las alas desplegadas detrás de la espalda. Al final, Dios llegó a ser un motivo de tensión y conflicto, un intruso que convertía en trío nuestra pareja, un adversario que era preciso mantener a raya, un amante rival, generoso, afectuoso, perfecto, omnisapiente y entrometido.

Le dije a Elsa con toda franqueza que no había nadie arriba, ni nadie abajo. Yo no creía en Dios, no de verdad, no más de lo que creía en fantasmas, al menos mientras no acaparara mi atención algún ruido nocturno. Ella replicó que había una luz con existencia absoluta, gracias a la cual distinguíamos el bien del mal y la verdad de la mentira. Según ella, cuando los mortales perecemos, se nos permite ver esa luz iluminando de manera retrospectiva nuestra vida y entonces somos capaces de asimilar toda la verdad de una vez, en su esencia general y en sus detalles más nimios, del mismo modo que Dios ve una pradera y conoce al mismo tiempo cada brizna de hierba. Consiguió angustiarme, proclamando que la casa estaba saturada de esa luz de Dios, ¿acaso no podía verla?

Miré a mi alrededor, adonde ella señalaba, y tenía razón, había más luz que de costumbre, una luz desusadamente tamizada y dispersa. Sin embargo, la explicación era perfectamente racional. Las tormentas de nieve habían sido catastróficas aquel invierno; faltaban tejas y había huecos de todos los tamaños que dejaban pasar la luz. Para colmo, había grietas en el techo por toda la casa.

La lluvia se colaba y humedecía las paredes, sobre las cuales resplandecía el sol, produciendo un efecto radiante que rara vez se ve en los interiores. Además, a los deteriorados elementos arquitectónicos se añadían aleatoriamente, por todas partes, columnas y líneas diagonales de luz. Era deprimente, pero no tenía dinero suficiente para hacer nada al respecto.

Sin embargo, habría hecho cualquier cosa con tal de recuperar a mi antigua Elsa, aunque sólo fuera por una fracción de segundo o el tiempo de una sonrisa. Me gastaba el dinero que no teníamos en golosinas que encontraba en el sector de los ricos norteamericanos: almendras confitadas, crema de leche y palomitas dulces. Le compraba preparados instantáneos de chocolate caliente, que estaban listos con sólo añadir agua hirviendo, o de tortitas, que sólo había que freír en mantequilla después de añadir agua fría a la mezcla. Recuerdo particularmente una caja de bombones que a ella le encantó, porque los rellenos no aparecían enumerados en el reverso, y cada nuevo sabor —coco, nuez, trufa, café o jalea de arándanos— hacía que se le iluminase la cara. Todo le gustaba, era capaz de comer toneladas de golosinas, hasta quedar tendida en el suelo, rodando de lado a lado, con la mano apoyada en el vientre como una embarazada.

Su rostro se iluminaba desde que me veía entrar con la bolsa de papel hasta que la vaciaba. Entonces todo terminaba. Yo era un cobarde, un idiota. Cedía una y otra vez, consciente de las consecuencias a largo plazo, pero ignorándolas, a cambio de un breve alivio para mi sensación de culpa. Naturalmente, a ella ya no le entraban las dos piernas en ninguna prenda, ni tampoco los dos brazos. Pero yo me encogía de hombros y le compraba ropa nueva, tan lujosa como la de aquellos tiempos más opulentos. Quería que ella pensara que disponía de una última reserva inagotable. Quizá también fuera por egoísmo. Hubiese querido ver que recuperaba su aspecto de antaño, pero era imposible. Nada podía disimular su piel grasienta, las manchas de su cara, ni el tono enfermizo de sus dientes saturados de azúcar.

La pérdida de su belleza me hizo ganar confianza en mí mismo. A veces ella bromeaba, diciendo que a mí al menos me quedaba una mitad atractiva, mientras que ella tenía feas las dos. Con frecuencia me decía que mis cicatrices estaban mejorando, y yo notaba que mi cuerpo se volvía más fuerte y musculoso. La gente en la calle ya no me miraba con la repulsión de antes, ni desviaba la vista cuando la sorprendía estudiando mis facciones. Por algún motivo atraía su atención. No amaba menos a Elsa, y me tranquilizaba la idea de que los otros hombres ya no habrían estado tan ansiosos por arrebatármela como años atrás. También sabía que Elsa, con su falta de atractivo, se daba cuenta en secreto de que mi amor era verdadero. Era algo inexpresado, que sin embargo estaba allí, con su pesada y confusa cabeza colgando en el aire.

Mi decisión de vender la casa no se debió únicamente a consideraciones económicas. Si examino el verdadero motivo, en el fondo, las finanzas no fueron sino la verdad que necesitaba para poder mentirme a mí mismo. En general, creo que quería vender la casa porque así, en lugar de tener que ir a trabajar, podría tener vigilada a Elsa.

No tardé mucho en firmar un contrato de exclusividad con un agente de la propiedad inmobiliaria, que me traía posibles compradores todas las tardes de entre semana. El primero que

mostró interés fue un arquitecto, y el agente estaba impresionado, porque el hombre entendía la casa mejor que yo, que llevaba tantos años viviendo en ella. Me indicó lo que pertenecía a la estructura original y lo que había sido modificado a lo largo de los siglos, aunque sólo fuera una piedra, con respecto a su vecina. Yo apenas me sostenía en pie y al agente le costaba disimular la sonrisa. Mi semblante se tornó aún más ceñudo cuando empecé a temer que arriba el hombre reconociera el tabique y se diera cuenta de lo que en realidad era, y mi temor no resultó infundado porque en cuanto lo vio pasó la mano por la precaria estructura. Lo noté perplejo, pero fuera lo que fuese lo que pensó no nos hizo partícipes de ello.

Elsa notaba la tensión que yo padecía. Aquellos días perdía los nervios sin motivo. Si se derramaba la leche o quedaba un grifo abierto o una luz encendida, la acosaba repitiéndole que a causa de ese tipo de descuidos ahora me veía obligado a poner la casa en venta. En realidad, no lo creía ni remotamente. Mi preocupación no era tener un céntimo más o menos, sino lo incierto de nuestro futuro. Aun así, podía perorar durante horas, culpándola de mi situación. La trataba de egoísta, egocéntrica, despilfarradora e irresponsable. A veces, como un auténtico tirano, cerraba la llave de paso del agua cuando veía que la bañera estaba medio llena y el nivel seguía subiendo. Cuando me agobiaba demasiado hablándome de Dios, iba a la caja de los plomos y cortaba la corriente. Si era cierto que Dios le daba tanta luz, no veía por qué tenía que gastarme yo una fortuna en electricidad.

Pero ella ya no reaccionó con amargura ni se refugió en la autocompasión, como había hecho otras veces. Me decía que estaba actuando como un tonto celoso, tratando a Dios como si fuera un rival con quien pudiera competir en pie de igualdad.

—De todos modos —dijo—, creo que ya has sacrificado demasiado tu vida por mí. Es hora de que me sacrifiques a mí por tu libertad.

Sus palabras escondían cierta ironía, pero el tono de su voz era serio.

—¿Qué has dicho?

—Eres libre para deshacerte de mí.

—¿Qué quieres decir?

—Usa tu imaginación para olvidar que alguna vez he existido. Déjame salir por esa puerta. Es lo más fácil. El destino decidirá mi suerte.

—¿Por qué dices esas locuras?

—Es la mayor prueba de amor que puedo darte. Estoy dispuesta a sacrificar mi vida para ofrecerte la libertad. Es la definición misma del amor. Concederse mutuamente espacio y libertad. El amor no es posesivo, no consiste en enjaular a alguien porque así lo quieres tú. No, estoy segura de que el amor no ata a quienes se aman. El amor es tan libre y liberador como el aire, como el viento y, sí, como la luz de Dios.

Yo sabía que cada uno de sus elogios a Dios era un ataque directo contra mí. Me estaba sermoneando por mi conducta de los años pasados, me estaba criticando, sabiendo que yo

entendía perfectamente lo que quería decir. Me sorprendí estrechándola contra mi pecho, en el más posesivo de los abrazos.

—¡Eso no es amor en absoluto! El amor son dos personas que permanecen juntas contra viento y marea. El amor es un adhesivo, el más potente de todos, que une a dos seres. ¡No te deshaces del otro sólo porque es más fácil correr sobre las dos piernas que avanzar por el suelo a gatas! ¡No es egoísmo desear que el otro esté contigo! ¡Es amor! ¡Debes amar a la persona que dices que amas! ¡Debes quedarte a su lado! ¡El amor es un lazo sólido, no una especie de pocilga con la puerta abierta!

Sólo entonces advertí que Elsa me estaba suplicando que dejara de asfixiarla. Tuvo que doblarse para recuperar el aliento.

—¡Bestia! ¡Animal! ¡Claro que no lo entiendes! ¿Cómo podía esperar que lo entendieras? ¡Es como echar margaritas a los cerdos! ¡Sólo cuando puedes elegir estar con alguien, elegir libremente entre un centenar, un millar de posibilidades más, significa algo de verdad!

Discutimos durante toda la noche. Cuando trató de dormirse sin habernos reconciliado, volví a conectar la electricidad y le encendí una lámpara directamente en la cara. Me comporté como un niño, es verdad, pero ella también lo hizo. Me llamó *schlemiel*, o tal vez *schlemasl*, nunca acababa de aprenderme del todo sus palabras en yidis. (La primera, creo, se refiere al que siempre derrama la sopa, y la segunda, al que siempre le derraman la sopa encima.) Me llamó imbécil desfigurado y me dijo que me fuera a dormir a otra parte, mientras trataba de tirarme de la cama empujándome con sus piernas rechonchas. Yo no hice más que desplazar el peso del cuerpo de una nalga a otra, burlándome de ella todo el tiempo, o al menos hasta que vació su vaso de agua sobre mi lado del colchón. Entonces ocupé por la fuerza su mitad y la empujé al lado mojado. Ella reaccionó yéndose a buscar uno de sus libros sobre la filosofía de la metafísica o alguna otra cosa que acababa en «física». En realidad, no estaba con ánimo de leer, pero era una forma de echarme en cara su superioridad. Su expresión altanera lo decía todo. La lectura estaba más acorde con su nivel intelectual que perder el tiempo con alguien como yo. Volví a cortar la corriente.

Y así seguimos. Sólo cuando oí el cerrojo que abría la puerta de la calle corrí a pedirle perdón. Pasé el resto de la noche aferrándola con mi único brazo, acostado yo del lado mojado de la cama, sintiendo que seguía enfadada conmigo, aunque lo negaba cada vez que se lo preguntaba (aproximadamente cada cinco minutos).

El sol se levantó antes que yo. Ella fingió estar dormida, según creo, porque no sabía cómo actuar, y para ser francos, me alegré de que así fuera, porque yo tampoco hubiese sabido qué hacer. La casa era un caos. Cada objeto era un recordatorio de nuestra pelea y una evocación de detalles que habría querido olvidar. El libro aún me insultaba desde el lugar donde había aterrizado, e infinidad de pañuelos de papel arrugados, con sus lágrimas y las mías, yacían dispersos por el suelo, como falsas flores rosadas aguardando a ser integradas en algún ramillete.

Con esa jaqueca sorda que proviene de la falta de sueño, salí a comprar el pan. Al pasar por

delante de una floristería, pensé en un delicado ramo de edelweiss, la flor de las nieves, pero esa idea desembocó en otra mejor y cogí el tranvía hacia el centro.

Fue un fiasco. Su rostro se ensombreció nada más ver al vivaz pajarillo sobre la mesa. Incluso viéndolo saltar de un soporte a otro de la jaula, balanceándose y cantando, su expresión no se alteró. Dijo que era un pecado encerrar a una criatura que Dios había creado para ser libre.

—Estaba en la jaula cuando lo compré. ¿Qué diferencia hay entre vivir en una jaula aquí o en la pajarería o en la casa de alguna otra persona que lo compre?

—¡Es un pecado espantoso!

Se tapó la cara con tanta brusquedad que asustó al pájaro, el cual echó a volar y se estrelló contra la bóveda blanca de la jaula. Al oír el golpe, Elsa gimió aún más fuerte.

—¡Ahí fuera lo atraparía un gato o un halcón! No sobreviviría. Aquí está mejor. Está protegido.

—Aquí no conocerá la vida. Será una mascota, pero nunca una verdadera ave. ¿No lo entiendes? —me preguntó en un tono inconfundible. Ambos sabíamos perfectamente de qué estábamos hablando en realidad.

—Si tú llamas vivir a que lo despedacen y jueguen con sus trozos, allá tú. Yo, por mi parte, lo llamo morir. ¿Tanto quieres a esta criatura de Dios? ¡Entonces, adelante, hazlo tú misma! —exclamé, abriendo con dificultad la ventana de la cocina, por los años de herrumbre acumulada —. Te traeré los restos para que los veas, pero te advierto que no será el espectáculo más apropiado para tus delicados ojos de gran dama.

Al principio, parecía enferma. El pajarillo cantaba, inclinando inocentemente la cabecita. Elsa abrió un poco la puerta de la jaula, y después un poco más hasta dejarla medio abierta. El pájaro saltaba más y más deprisa de un soporte a otro, creyendo que iban a darle de comer. Tras un largo paréntesis de vacilación, Elsa abrió la puerta del todo. El pájaro no se movió. De inmediato, la brisa abrió de par en par la ventana y una fuerza celestial pareció instar al pajarillo a disfrutar de su libertad, pero éste no quiso alzar el vuelo. Elsa metió la mano en la jaula para sacarlo, y el animalillo empezó a dar saltitos y a aletear. Cuando ella envolvió con los dedos su cuerpecito y lo sacó de la jaula, el pájaro le picoteó la mano y volvió adentro como una bala, refugiándose junto al bebedero. La victoria fue mía y no pude evitar sonreír.

Despacio, volvió a cogerlo de la jaula. Esa vez lo depositó con cuidado en el alféizar, sujetándolo con ambas manos, y lo fue soltando poco a poco hasta dejarlo en libertad. El pájaro se quedó donde estaba, con las plumas alborotadas. Fuera, la brisa tenía la tibieza de la primavera y desprendía ese perfume a hierba cortada que anima a inspirar más profundamente, dejando que el alma se expanda con los pulmones. Con la rapidez de un dardo, el ave se marchó como si estuviera huyendo y no como si alguien acabara de soltarla.

Harto de sus juegos y de que siempre llegara demasiado lejos, hice algo vergonzoso, debo confesarlo. Fui a revolver entre las ruinas de la casa de Frau Veidler, saqué un esqueleto de pájaro de entre las cenizas y lo enjaulé bajo la cúpula blanca, con una de las esqueléticas alas

asomando dramáticamente entre los barrotes. Los restos eran demasiado viejos y estaban demasiado desintegrados para ser los de su pájaro, pero Elsa no se paró a pensarlo. Se tapó la cara y se puso histérica.

23

Mi contrato con el agente de la propiedad expiraba en primavera, y yo me hallaba en el centro de la ciudad, buscando a otro agente más apropiado. Estaba a punto de probar con una agencia de la Schenkenstraße cuando oí un griterío procedente de uno de los grandes hoteles situados una calle más allá, en la Löwelstraße y, como no tenía prisa, fui a ver qué pasaba.

Lo que vi en ese momento ya se había vuelto un espectáculo corriente al final del día. Parte de las tropas ocupantes se marchaban para siempre, volvían a sus casas, donde debían estar, llevándose consigo todo lo que consideraban *souvenirs*, o aquellas cosas con las que se habían encariñado durante los últimos tres años y de las que no se veían capaces de prescindir, es decir, todo lo que no estuviera firmemente clavado al suelo. No, retiro lo dicho, eso se lo llevaban también. Vi oficiales rusos que con la ayuda de sus soldados abandonaban los hoteles cargando camas antiguas, cómodas, cuadros, lámparas, bañeras de patas de león y lavabos de mármol. Más inesperadamente aún, también vi a los norteamericanos haciendo justo lo mismo. Los austríacos, enfurecidos, los insultaban a voz en cuello, pero sólo conseguían que los trataran de canallas ingratos, y si se pasaban un poco de la raya, se ganaban un par de golpes con la culata de una ametralladora, como pequeño recordatorio del debido reconocimiento a las fuerzas extranjeras.

Vi a un grupo de militares estadounidenses —y no me lo invento, aunque pueda sonar grotesco— que se llevaban material de guerra de siglos pasados: cañones, armaduras, lanzas y estandartes medievales. No sé dónde los habrían encontrado, tal vez en la mansión de alguien o en un museo, pero en todo caso supongo que habrán vuelto a un museo o a la mansión de alguien del otro lado del océano. Tal vez el estado de ánimo general no era tan malo como pudiera parecer; al fin y al cabo, no todos los austríacos reunían los requisitos para ser saqueados, es decir, tener posesiones codiciables.

En casa me esperaba una nueva sorpresa: un cartel anaranjado cruzado sobre una de las ventanas, con la palabra VENDIDO en grandes letras negras. Me pareció demasiado bueno para ser verdad y deseé que no la hubiese vendido sin mi conocimiento alguna autoridad judicial para saldar mis deudas. Fue entonces cuando dos hombres salieron del jardín del fondo. Reconocí al agente inmobiliario, al que hacía mucho que no veía, y al arquitecto.

—¿Ha visto ya la buena noticia? —preguntó Herr Eichel, con tanta naturalidad como si nos hubiésemos visto el día anterior.

—La he visto —repliqué con aspereza.

—Si quiere que le diga la verdad, intenté disuadirlo, pero no conseguí hacerlo entrar en razones. Suya o de él, ¿qué más da si es del dominio público que dentro de unos años tendrán

que marcharse todas las tropas? Le garantizo que los rusos estarán de vuelta antes de que pueda rascarse el trasero con la primera moneda. La casa no será suya, ni mía, ni de ninguno de nosotros.

Al arquitecto el comentario le pareció hilarante.

—Tonterías —replicó, antes de llevarme aparte y bajar la voz para que le prestara aún más atención—. No se crea una palabra de las cosas que se están diciendo.

Mientras tanto, Herr Eichel decapitaba con un movimiento lateral del pie las setas que infestaban nuestro jardín y desafiaba al comprador con una sonrisa autosuficiente.

—Ser el propietario de una finca como ésta podría pesar en su contra si cambia la marea. ¿No tiene miedo?

—Sí, le confieso que tengo miedo... ¡de oír otra de sus advertencias sobre la marea roja!

—Como dice el proverbio, puedes llevar un caballo al río, pero no obligarlo a beber. Herr Betzler, venga mañana por la mañana a mi oficina y formalizaremos la venta. Aunque, a decir verdad, no creo que el concepto de propiedad vaya a durar mucho...

De niño, escuchar esa suma de dinero me habría hecho pensar que éramos millonarios, pero tuve que aprender en carne propia la relatividad de las cifras. Sólo cuando me dispuse a comprar otra casa con el dinero de la que acababa de vender me di cuenta de su auténtico valor. Era cierto que podría haber adquirido una casa más pequeña en buen estado, pero había otro problema que hasta entonces no había considerado. Si invertía todo lo que tenía en otra casa, no me quedaría nada para hacer frente a los gastos de la vida diaria, y la experiencia me había enseñado hasta dónde podían llegar esos gastos y cómo de rápido. En consecuencia, me vi obligado a renunciar a la idea de comprar otra casa y empecé a mirar apartamentos. Un piso grande era casi tan caro como una casa pequeña, o incluso más dependiendo del barrio.

Hice mil cálculos y preparé presupuestos cada vez más ajustados. Un bonito apartamento en un distrito elegante nos habría supuesto vivir pobremente entre muros espléndidos. Entonces empecé a visitar, en los distritos malos, el tipo de apartamento que podía proporcionarnos cierto desahogo económico, al menos durante cinco o seis años, el tiempo necesario para que yo lograra reponerme de alguna manera. Ver aquellos apartamentos fue un duro golpe. Las calles ya eran suficiente para deprimir a cualquiera. Los edificios más viejos eran oscuros y llevaban la marca de la ocupación rusa, pero los más recientes eran construcciones chapuceras, semejantes a cajas de zapatos, que dañaban la vista. Los inmigrantes pobres miraban pasar la vida, sentados en sus portales o asomados a las ventanas fumando un cigarrillo. Los niños no parecían niños, sino pequeños adultos desencantados que jugaban tan mecánicamente como si estuvieran trabajando. Hasta los gatos y los perros que entraban y salían tenían cierto aire de falsedad.

No obstante, tenía problemas más importantes que considerar, aparte de la estética y el espacio. Me acercaba a cada ventana y estudiaba con cuidado el exterior. Había pocos solares

vacíos en la acera de enfrente, y los pocos que lo estaban probablemente no iban a seguir así por mucho tiempo. En mi opinión, tener a otras personas a la vista era casi como vivir con ellas, y eso era algo que Elsa y yo no podíamos permitirnos. Uno de los edificios que había al otro lado de un patio interior estaba tan cerca del que yo estaba visitando que podría haber alargado la mano y estrechársela a la señora que me miraba por la ventana.

Yo ya era demasiado viejo para todo aquello: ojos fisgones y oídos curiosos..., enemigos acechando por todas partes, deseosos de arrebatarme a Elsa... Anhelaba una vida normal y prosaica a su lado. Ya era hora de que viviéramos los dos fuera del fantasioso tapiz que nuestras manos juveniles habían tejido.

Mientras tanto, ella contemplaba con deleite las cajas apiladas, como los niños que siguen jugando ante la llegada inminente de un huracán mientras los adultos aguardan en el refugio enfermos de angustia.

—No irás a dejarme aquí, ¿verdad? —me preguntó con los ojos brillantes de emoción, como si en el fondo esperara que lo hiciera.

Le acaricié el pelo áspero, que se había ido poblando de canas.

—Elsa, quiero que nuestra relación futura esté llena de veracidad, franqueza y confianza mutua.

—¡Oh, qué aburrido! ¡No me prometas nada de eso! Yo también te he mentido antes, ¿o qué pensabas? ¿Acaso crees que un hombre y una mujer pueden ser ciento por ciento honestos el uno con el otro? ¿Sólo la verdad, la verdad y nada más que la aburrida verdad? ¿Qué quieres? ¿Matar todo el misterio, acabar con el encanto?

No reconocí su rostro mientras decía esas palabras, ni tampoco sus modales. Agitaba frívolamente las manos, por no mencionar la barbilla, excesivamente alta y unida desde hacía tiempo a la suave curva de la papada. Se estaba convirtiendo ante mis propios ojos en una persona superficial y despreciable. Tenía una sonrisa afectada y cínica y una mirada de párpados caídos, como de mujerzuela, que nunca habría imaginado ver en su cara. Es cierto que ese tipo de actitud se estaba volviendo frecuente, en aquella época, entre ciertas mujeres poco recomendables que pedían emancipación, pero ella nunca las había frecuentado. ¿Cómo podían haberle influido? Pero más que ninguna otra cosa, me escandalizaron sus palabras.

—¿Tú me has mentido a mí antes?

—Desde luego que sí —replicó, con un revoloteo de pestañas mientras agitaba un brazo con la mano blandamente caída—. ¿Cómo puedes esperar que hiera tus sentimientos un día sí y otro también con la verdad absoluta? ¿Te imaginas cómo sería la vida? ¿Has dormido bien, cariño? No, he dormido horriblemente mal, has roncado como un cerdo y me han entrado ganas de matarte. ¿Me has echado de menos? No, ni siquiera un poco, el tiempo se me ha pasado volando, no he hecho más que fantasear, recordando a mi primer amor. ¿Te imaginas cómo de abominable sería la vida entre las afiladas cuchillas de la verdad? ¿Poder leer en todo momento la mente del

otro? ¿Cómo te sentirías si supieras que me he acostado contigo mientras imaginaba que eras otro hombre?

De repente, mis mentiras se volvieron inocentes al lado de las suyas. Incluso hubiese dicho que mis mentiras, en comparación con las de Elsa, eran una prueba de amor.

—Estoy segura de que tú has hecho lo mismo conmigo, claro que sí —prosiguió.

—Nunca, te lo juro por los huesos de mi madre.

—Oh, vamos, Johannes. Ya sé que es una de las crueles realidades de la vida. El mundo entero lo sabe, generación tras generación, pero nadie quiere admitirlo. Es una mentira colectiva, quizá la mejor definición del hombre, de la humanidad. No somos «los fabricantes de herramientas»; somos los fabricantes de mentiras. Vamos, a mí puedes decírmelo, no me enfadaré. ¿Nunca he sido otra persona para ti? ¿Nunca han sido mis pechos los de otra? Cuando cierras los ojos, ¿nunca me pones la cara de una enfermera? ¿De una maestra?

—Nunca. ¡Siempre eres tú! Con tu cara, tu nombre y todas las partes de tu cuerpo.

Para entonces, yo estaba pálido de ira, lo cual parecía producirle un placer infinito. Fue como si me hubiese liberado de un encantamiento, o de una maldición, porque fui capaz de colocarme por encima de sus múltiples manipulaciones físicas, que no obraban ningún efecto sobre mí. Iba a marcharme, pero una acuciante curiosidad me tentó a quedarme para comprobar si lo que acababa de confesar era cierto. En busca de la verdad, le exploré como un ginecólogo los genitales, esa parte pequeñísima de su ser que no podía mentir. Su deseo era auténtico, algo que no me esperaba. De hecho, mis gestos médicos parecían alimentarlo. Me encontré mirándola fijamente, con profundo odio.

—Dime, ¿quién soy ahora?

Me mordió los labios y hundió las uñas en mi espalda como una demente. El dolor que me infligía se volvía cada vez más sádico, y yo hacía lo posible por resistirlo sin siquiera parpadear.

—¡Por fin un hombre! ¡Un hombre de verdad! —susurró mientras maltrataba una de mis partes vitales.

Me dejé caer, pero sólo por ponerla a prueba (aunque el dolor también debió de tener algo que ver, desde luego). La observé. Tenía los ojos cerrados mientras me aplicaba sus pequeñas torturas.

—¡Abre los ojos! —Lo hizo, pero con una sonrisa propia de una furcia que no me hizo ninguna gracia—. ¡Mírame, te digo! ¡Aquí! ¡Mírame a mí! ¡No te atrevas...! —La obligué a contemplar detenidamente mis partes más íntimas, primero de frente y luego de perfil, mientras le apretaba las sienes para que abriera más los ojos. Los míos eran duros, amenazadores—. ¡Échalo o de lo contrario os mato a los dos! Si llego a sorprenderte transformando una pequeña parte de mí en otra persona... ¡sólo una pequeña parte...! —le dije, hincándole el miembro en la cuenca de los ojos.

Todo terminó en un encuentro de lucha, en un combate, en hacernos daño, más que en un acto de amor. Cuando aquel abominable episodio de dominación acabó, o lo que fuese que hubiera

sido, ella se enrolló en un dedo uno de mis rizos.

—Yo sé que me quieres, Johannes. A veces creo que no te merezco. Soy una mala persona.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —repliqué, levantando una ceja, esperando una disculpa que creía merecida.

—Por ejemplo, a veces me pregunto, solamente algunas veces, sólo de tanto en tanto...

—¿Sí? Solamente algunas veces, sólo de tanto en tanto...

—Bueno —dijo, para luego hacer una pausa y recorrer con los dedos el suelo desnudo, donde aún estaban marcados los contornos de las baldosas faltantes—. Pienso que después..., ya sabes, después de todo lo que has hecho, arriesgado y perdido por mí... Y cómo te he torturado... Porque los dos sabemos que te he torturado...

—Mi cuerpo lo recuerda vivamente.

—Si alguna vez se supiera la verdad... Quién soy yo, quién eres tú, por dentro y por fuera. La hermosa gran verdad, la horrible gran verdad. ¿Recuerdas lo que me dijiste una vez cuando perdí del todo la razón y la voluntad de seguir adelante? «La verdad es un concepto peligroso que nadie necesita para vivir» —me dijo, saboreando al parecer la palabra «verdad», paseando la r por el paladar como si fuera un buen vino.

¿Cuánto sabía en realidad? ¿Cuánto se negaba a saber? ¿Me estaba contando aquellas mentiras espantosas para que yo reconociera las mías? ¿O justo al contrario: dándome permiso para que no lo hiciera? Como protector suyo, la incitaba. Como compañero corriente, la aburría muchísimo. De heroico y poderoso, pasaría a ser un simple hombre que la necesitaba. Para desearme, ella necesitaba necesitarme. Aun así, yo debía admitir la verdad, por mi propio bien.

—Nunca debería haber dicho esa idiotez —mascullé—. Las mentiras son como amigos fáciles, que te ayudan a salir de un aprieto. A corto plazo. Pero a la larga son traidores que te hacen naufragar.

—Son muchas las criaturas que encuentran refugio en el interior de los barcos hundidos después de un naufragio —replicó ella—. ¿Piensas que sin unas pocas mentiras aquí y allá yo sería capaz de seguir viviendo así? Yo no lo sé, no estoy segura. ¿Acaso no escaparía? Quiero decir, si pudiera intentarlo, como aquel pajarito que salió por la ventana, y volar hasta los confines del mundo, sin dar las gracias, sin nada, sin mirar atrás, batiendo las alas, no una vez, sino muchas, sin parar. —Extendiendo los brazos, aleteó unas cuantas veces y pareció que se elevaba, con los ojos inundados de una luz aguda y salvaje—. Pero entonces te golpea la realidad exterior, la libertad provista de afilados colmillos. Una mente plagada de pensamientos, un alma plagada de remordimientos. Nadie a quien enloquecer más que a mí. Es dura la caída desde el cielo —dijo, antes de emitir un silbido que bajaba progresivamente de tono y dejar que sus brazos se desplomaran con fuerza contra su cuerpo—. Te estrellas contra el suelo, en un abanico de huesos y plumas. No, Johannes, te lo advierto, guárdate para ti la verdad si quieres conservarme a tu lado.

El baúl estaba listo. Lo forré con edredones y le hice unos agujeros para que Elsa pudiera respirar. Sin entusiasmo, sostuve abierta la tapa para que entrara. «Ningún otro hombre volvería a poner sus ojos en Elsa, ni ella pondría los suyos en otro que no fuera yo.» Por sus miradas furtivas, supe que se sentía insegura después de lo admitido y que se preguntaba si no iba a arrojarla al Danubio. No le resultó fácil ponerse cómoda, sobre todo por lo mucho que había engordado. Las rodillas le quedaban apretadas contra el pecho y tenía que doblar mucho el cuello para comprimirse lo suficiente. Le dije que no se inquietara y, consciente de que no había vuelta atrás, cerré la tapa con llave.

Los de la mudanza fueron puntuales y antes del mediodía se habían marchado con todas nuestras pertenencias, excepto una que yo vigilaba posesivamente. A juzgar por la frecuencia con que miraban el baúl, debieron de suponer que contenía una fortuna en monedas de oro de la época de la monarquía. Al poco llegó el taxi y, viéndome luchar con mi carga, el taxista se apresuró a venir en mi ayuda para levantarlo hasta el maletero. No cabía de pie y, maldiciendo en su dialecto, lo colocó de lado. Los dos oímos el golpe.

—¿Algo frágil?

Pese a la oleada de pánico que me recorrió por dentro, negué con la cabeza. Apenas me había subido al vehículo y ocupado el asiento del copiloto cuando empecé a oír unos clarísimos arañazos procedentes del interior del baúl, a los que no tardó en sumarse un amortiguado maullido. Nervioso, empecé a hablar del tiempo, pero el taxista ignoró mi parloteo.

—¿Adónde quiere ir?

—A Buchengasse, 6, distrito décimo —respondí, e inspiré profundamente—, por favor.

24

El taxista tiró bruscamente del freno de mano, y yo bajé a una acera alfombrada de cáscaras de nuez de un viejo que, sentado a la puerta del edificio, las estaba partiendo. A toda prisa, pagué la carrera más una sustanciosa propina al taxista, que torció el gesto, se marchó y me dejó allí plantado, con el baúl a los pies. El nuevo apartamento estaba en el cuarto piso y los de la mudanza no estaban por ninguna parte.

—Ji, ji, ji —rio el viejo, y luego hizo un gesto de cargárselo al hombro. Me di cuenta de que no hablaba alemán y, mirándolo (y oliéndolo) de cerca, deduje que no vivía en aquella finca, ni probablemente en ninguna otra.

Los hombres de mi mudanza bajaron por fin la escalera, haciendo uno de ellos malabarismos con mis llaves, pasándoselas de un dedo a otro. En cuanto cargaron el baúl, volvió a oírse el maullido, un ruido débil, el lamentable eco de un gemido. Los hombres se intercambiaron una mirada irónica. El misterio había quedado resuelto: estaba metiendo furtivamente un gato en una finca en la que no se admitían animales.

—Apártate de en medio, niño —le soltó uno de los hombres a un crío que deambulaba por la escalera, y éste se fue hacia su padre con paso vacilante, meneando el pañal como la cola de un ganso.

Cuando me quedé solo otra vez, no pude encontrar la llave del baúl. Me puse a buscar como un loco. No la tenía, sencillamente no la tenía en los bolsillos, por mucho que los volviera del revés. Lo que más me asustó fue que los maullidos habían cesado desde que los de la mudanza habían dejado caer el baúl desde una altura de un metro.

—¡Di algo, Elsa! ¡Responde! —le supliqué, pero no daba señales de vida.

Dios mío, ¿me habría dejado la llave en casa? ¿Tenía un martillo, un destornillador? Sí, pero ¿en cuál de aquellas condenadas cajas había guardado las herramientas? ¿Llevaba encima suficiente dinero para pagar un taxi de ida y vuelta a la casa? Abrí violentamente la cartera para echar un vistazo y oí caer una moneda. Era la llave; la había metido en la cartera para no perderla.

La mano me temblaba como una hoja cuando introduje la llave en la cerradura, levanté la tapa y aparté el edredón. Mi primer pensamiento fue que ya no tenía cabeza, porque, de algún modo, se había dado la vuelta hasta quedar boca abajo, con las piernas por detrás y la cabeza en una curva antinatural. Por cómo se prolongaban en diferentes direcciones, sus brazos, uno aplastado bajo su pecho y el otro rígido, a la espalda, parecían las extremidades desencajadas de una muñeca de porcelana.

De cualquier modo que la moviera, le causaba dolor; sin embargo, al cabo de unos minutos se echaba a reír cada vez que yo apoyaba un dedo en cualquier punto de su cuerpo, por lo que me pregunté si no habría estado fingiendo desde el principio.

—¡Calla, que te van a oír! —le dije.

—Callada. Diminuta. Invisible. Como un ratoncito... —susurró en tono cantarín—. Si no tienes cuidado, ratoncito, te retorcerán el cuello.

La historia del ratón me despejó de pronto la memoria.

—¿Por qué diablos tuviste que hacer todos esos ruidos por el camino?

—No te enfades tanto. ¡Por Dios, era sólo una señal para hacerte saber que aún respiraba! ¡Que no había muerto! ¿No te morías de preocupación? De preocupación... por mí.

Había algo de malicioso en su pregunta, algo que no me gustó un pelo.

—¿Qué crees, que estaba saltando de alegría?

—Lo que yo creo... —replicó, antes de mordisquearse la uña del pulgar para ganar tiempo—, lo que yo creo es lo mismo que crees tú.

Con exagerada cautela, empezó a recorrer su nuevo apartamento. Todas y cada una de sus precauciones resultaban sardónicas, mezquinas e incluso perversas. Se movía de puntillas, con toda la levedad de que era capaz, sin despegar el dedo índice de los labios. A cada crujido de las tablas del suelo, se tapaba los oídos y cerraba los ojos, como si acabara de pisar una mina explosiva. Al pasar bajo las ventanas del techo, se agachó y se tapó la cabeza con los brazos, como si alguien le estuviese disparando desde fuera. La vista consistía básicamente en el cielo, porque las ventanas eran de las que siguen la inclinación del tejado y no de las verticales como las que había en su buhardilla, de modo que estaba siendo descaradamente sarcástica. Yo no hice más que cruzarme de brazos y mirarla con gesto adusto.

El piso sólo tenía dos habitaciones, pero eran bastante grandes, sobre todo porque el techo era mucho más alto que el de su antiguo cuarto, donde era inevitable golpearse la cabeza al menos dos o tres veces y con suficiente fuerza antes de recordar que era preciso tener cuidado. Las paredes, recién pintadas de blanco, conferían al ambiente un olor vacío y deshabitado. La cocina americana estaba en la esquina de la habitación del oeste, y el baño, en la esquina correspondiente al este. Ni la cocina ni el baño tenían ventanas. Al ver que Elsa miraba la ducha con expresión compungida, no pude menos que alegrarme. La bañera había sido un motivo de conflicto entre nosotros, un motivo que de esa forma yo había eliminado. Había sólo un armario. Miró en su interior, con la esperanza de encontrar algo más que una percha de alambre golpeteando sobre la barra. Se quitó la rebeca y la colgó. Los hombros lúgubremente caídos reflejaban quizá su estado de ánimo.

Hubo una fase de adaptación de un par de meses, durante los cuales Elsa me enviaba a la ferretería tres veces al día, mientras que ella no hacía nada, excepto sentarse y descansar, o al

menos eso parecían indicar el par de vasos y las tazas de café que solía encontrar en el fregadero cuando regresaba. Cuando acometí la instalación de lámparas y apliques, descubrí que los tornillos elegidos eran demasiado pequeños. Al cabo de otro viaje de ida y vuelta a la tienda, me di cuenta de que también necesitaba arandelas. Pero, sin los tornillos, era casi imposible comprar las arandelas correctas.

Parte de mi falta de concentración se debía al comportamiento de los habitantes de los barrios populares. Más de una vez, cuando volvía, Elsa me soltaba la bomba: que en mi ausencia habían llamado a la puerta. Dejaban recados en papelitos retorcidos y esos recados siempre eran de Frau Beyer, que vivía con su marido en la planta baja, con lo que me veía obligado a ir a ver qué demonios quería. Cuando no necesitaba un huevo para hacer un pastel, era un abrelatas, porque el suyo se había roto, o un termómetro, para comprobar si el suyo estaba roto, porque no era posible que su marido tuviera la temperatura tan alta. Me di cuenta de que las necesidades le sobrevenían justo cuando yo acababa de salir.

Por suerte, Herr y Frau Campen, que vivían en el piso de abajo, nunca nos molestaban, al menos no directamente. Pero peleaban entre sí como perro y gato, y sus discusiones se oían como si estuviéramos todos en la misma habitación. Cuando los insultos se volvían demasiado crudos, a veces ponían música a todo volumen y yo golpeaba el suelo con una escoba. Estaba empezando a comportarme como los demás habitantes de la finca.

Todos los días, la tecnología moderna nos sorprendía con un nuevo artefacto eléctrico. Era imposible recorrer Mariahilfer Straße sin encontrar tenderetes rodeados de una muchedumbre tan maravillada como la que antaño atraía el guiñol. Desde antiguo, el aire había secado el pelo de las mujeres. Ahora había un aparato ruidoso, una especie de casco abultado, que hacía lo mismo en la mitad de tiempo. Ya nadie sabía preparar la mezcla para hacer un pastel. Era increíble, ¡hasta para batir huevos se había inventado un aparato! ¿Es que alguien se había torcido alguna vez la muñeca batiendo un huevo? Y les puedo asegurar que nada de eso guardaba la menor relación con la sufrida generación de la guerra; no eran ellos los que compraban esas cosas. Nuestros vecinos no eran ninguna excepción a la regla y, por su causa, Elsa no quedó al margen de la insensatez de los artefactos eléctricos, al menos, en su aspecto auditivo. Con una sonrisa levemente irónica, ella misma encontró su propia explicación: atribuía los estentóreos golpes y zumbidos a las obras de reconstrucción de la posguerra.

Cierto día cruzaba el modesto vestíbulo de nuestra finca cuando me abordó Frau Beyer con una fregona en la mano.

—Ah, Herr Betzler —me sonrió Frau Beyer—, hay algo que quería preguntarle. —Con el palo de la fregona señaló la tarjetita blanca que yo había pegado en mi buzón después de estropear unas cuantas intentando que la cursiva quedara bien—. Le haré una con nuestra máquina de escribir —me anunció—, para que las letras sean idénticas a las nuestras. Son las

reglas. La uniformidad es esencial para dar categoría a la finca. ¿Debo escribir solamente «Herr Betzler»?

Estudié su sonrisa, su orgulloso vientre redondo, las hebillas doradas de sus zapatillas, el oro que adornaba sus dedos y las uñas pintadas a pesar de sostener la fregona. ¿Qué pretendía expresar con esa pregunta impertinente, cargada de insinuaciones? ¿Simplemente que quedaría mejor escribir *Johannes* Betzler, o quizá que convenía añadir mis iniciales? Había hecho hincapié en mi apellido, ¿no? Intenté volver a escuchar su pregunta mentalmente. No, lo que de verdad había querido decir es si tenía que escribir solamente mi nombre. «¿No debería escribir también el nombre de esa mujer que vive allá arriba con usted?» «¿No piensa admitirlo?» «¿Cree que no nos damos cuenta de que no están casados?» Quería que yo negara abiertamente su existencia, por lo que fui cortante.

—Herr Betzler será suficiente de momento.

Un par de días después, al darme la barra de pan, el panadero me comentó: «Nunca vemos a la señora. ¿Le gusta el pan que hacemos?». Le contesté que el pan era sólo para mí, y con fingida admiración exclamó: «¡Vaya, vaya, pues sí que tiene usted buen apetito! —Lo dijo frotándose la barriga y mirando con incredulidad mi vientre plano—. Les estará dando la corteza y la miga a los pájaros, ¿no? ¡Ja, ja!». Su conducta se contagió como la peste a los otros tenderos e incluso al pescadero, que esa misma tarde, poniendo en la balanza dos piezas de pescado en vez de una, tuvo el descaro de preguntarme cómo estaba mi «media naranja». A partir de entonces, decidí que iría a las afueras a comprar en un supermercado, más grande e impersonal, con todo lo necesario en un solo establecimiento, un concepto que nos había llegado de América. El pan no estaría tan rico, el pescado sería sin duda congelado, pero al menos me libraría de los chismorreos.

25

A finales de semana compré un gato. Mientras lo elegía, Elsa debió de estar entreteniéndose con una especie de solitario, o eso deduje por las cartas que encontré al llegar a casa. Dos manos estaban boca abajo, con aquellos dorsos de florituras rosadas que recordaban a los delicados abanicos de las damas de siglos pasados, y sobre ellas, el cerco aún húmedo de los vasos que probablemente se había llevado corriendo. El gato era el más grande que había encontrado, un macho de rayas anaranjadas y blancas, y enormes ojos suplicantes. Lo conseguí en una jaula atestada de gatos en la perrera municipal, donde lo habrían sacrificado tres días después si yo no lo hubiera sacado de allí. A partir de entonces, iba a ser la explicación de cualquier ruido que oyeran los vecinos en mi ausencia. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Cuando entraba me crucé con Frau Hoefle, que nunca había visto un gato en una cesta, o al menos eso me hizo pensar por la forma en que lo miró, sorprendida quizá por los gemidos del animal, a medio camino entre los de un bebé hambriento y una plañidera. En el transcurso de nuestra breve conversación sobre las hojas que la gente traía de la calle pegadas en los zapatos, dejé caer que venía del veterinario, para que no pensara que acababa de comprarlo.

Elsa le puso de nombre *Karl*, pero habitualmente lo llamaba «cariñito», «corazón», «mi amor» o «cielito». Pasaba horas acariciándolo de una manera que me recordaba a las caricias insistentes y sobonas de los niños, y admirando su cara simétrica, hasta que me sorprendí mirando con desagrado al animal. Se levantaba temprano para prepararle el desayuno y se acababa rápidamente el suyo, impaciente por elaborar serpientes con calcetines atados o transformar una de sus zapatillas en un ratón, con un par de botones y unas pajas de escoba. A cada hora le cambiaba el cuenco del agua; su cajón de arena estaba más limpio que nuestro baño, donde a menudo yo encontraba pelos suyos en el lavabo, y cada vez que le daba de comer, le fregaba el plato hasta dejarlo reluciente, y yo tenía que recordarle que no dejara la jabonera llena de agua.

Tenía los brazos llenos de arañazos, por su costumbre de enfundárselos en calcetines para hacerlos ladrar y jugar a morderle las patas traseras. Decía que los calcetines —¡en realidad eran mis calcetines!— la protegían de sus garras, pero si alguna vez yo le ponía un dedo encima, Dios no lo quisiera: «¡Ay! ¡Ya sabes que enseguida me salen cardenales!». O si era yo quien intentaba apoyar mi cabeza sobre su pecho: «¡No, Johannes! ¡Pesas una tonelada! ¡Quítate, no me dejas respirar!».

Lo peor era cómo esperaba de pie, con los tobillos juntos, y entonces *Karl* pasaba entre sus pantorrillas, frotándose ambos costados y emitiendo sonidos de delectación desde lo más

profundo de su cuerpo mientras arqueaba el lomo, con el pelo erizado y la cola rígida y erecta, como si de aquello obtuviera algún tipo de placer sexual. Se lo dije a Elsa y me respondió que no lo sabía, que tal vez fuera así. Pero eso no le impidió que siguiera haciéndolo. En cierto momento, consideré hacerme amigo del animal, como única manera de conservar la paz, pero cada vez que me acercaba al gato, éste se escabullía detrás del primer objeto que encontraba. Después de varios meses de paciencia, lo acorralé en nuestro dormitorio, lo levanté por la piel del cuello y lo obligué a sentarse sobre mis rodillas. Nada más soltarlo, salió huyendo despavorido, no sin antes hincarme en los muslos las garras de las patas traseras.

Después de eso, desapareció. Elsa me acusó de haberlo dejado salir. Sólo al caer la noche oímos un suave maullido ahogado, y Elsa lo encontró en el estrecho espacio que quedaba detrás del fregadero de la cocina. Estaba hecho un asco, y bufaba y escupía cada vez que ella intentaba alcanzarlo. No sirvió de nada sacudir la caja del pienso. El cuenco de agua fue más persuasivo (cuando se lo arrojé a la cabeza), pero ella jamás me lo agradeció, ¡qué va! En lugar de enfadarse con él, estuvo varios días hablándome con monosílabos: «sí», «no», «hum», «oh».

Con el paso de las semanas, tomé la difícil decisión de deshacerme de *Karl*, porque les sacaba las plumas a nuestros edredones, jugaba con lápices en el silencio de la noche y se meaba en la ropa si no me acordaba de colgarla. Después no había forma de eliminar la pestilencia, ese penetrante olor almizclado de la orina de gato.

—Por favor —me suplicaba Elsa—, yo lo vigilaré. Castígalo si vuelve a suceder.

—¿Para qué esperar? —replicaba yo, acercándome cautelosamente mientras el animal tensaba el cuerpo.

—¡No! Si lo haces ahora, no entenderá por qué lo castigas. Tienes que sorprenderlo in fraganti —dijo, y después de pensarlo un poco añadió—: Además, debo ser yo quien lo haga. Lo comprenderá mejor si viene de mí.

Para facilitarle la tarea, dejé mi chaqueta en uno de los rincones donde él solía dormir la siesta y no le quité los ojos de encima. Esa vez, mi paciencia obtuvo su recompensa. Mientras Elsa cosía un botón que el gato le había arrancado al ratón de juguete, me recosté en el asiento y vi que *Karl* se acercaba furtivamente y tomaba posición.

—Más vale que te des prisa si quieres sorprenderlo —le aconsejé con frialdad.

Ni siquiera se molestó en levantar la vista antes de terminar las siete pasadas y cortar el hilo con los dientes. Con andar cansino, dejando que sus dos nalgas se turnaran arrogantes en llegar a la altura de las caderas, fue hacia mi escritorio, cogió mi título de propiedad, lo enrolló y lo retorció hasta que asomó una punta.

—*Karl*, eso no se hace, no, no y no —lo conminó en un tono que a mí me pareció suave, dándole dos golpecitos en el lomo. Luego arrojó la escritura del apartamento sobre mi escritorio y volvió a su costura, sin intentar siquiera alisar el documento.

—¿Se mea en mi ropa y tú lo premias con un par de palmaditas en el lomo? —Estallé—. ¡Eres tan destructiva como él! ¿Sabes qué creo? ¡Que los dos estáis jugando conmigo!

Lo único que hice fue coger una regla, contradiciendo así (por una de esas sencillas deducciones que tan bien se le daban a ella) mis amenazas de «arrancarle las patas una a una».

Me quitó la regla de la mano y, furiosa, la partió en dos sobre una de sus rodillas.

—¡Qué primitivo eres! El castigo está en las palabras, no en el dolor.

—¡Ya verás lo educativo que puede ser el dolor! —le grité, pero el gato fue más rápido que yo. Aun así, creo que el ruido de mi patada contra la pared fue más eficaz que los azotes de Elsa con el papel enrollado.

—¡Eres un bruto!

Se abalanzó sobre mí, golpeándome el pecho con los puños, ¡ella!, que no le habría puesto un dedo encima al gato ni aunque de ello hubiese dependido su vida. Nuestros gritos airados provocaron golpes del piso de abajo, que nos hicieron enmudecer. Nos quedamos mirándonos frente a frente, como congelados en el tiempo, incapaces ni ella ni yo de movernos. Después de lo que me pareció una eternidad, deslicé la vista hacia la marca en la pared, arqueada como una sonrisa, y la acusé entre dientes:

—Mira lo que me has hecho hacer.

Al ser el primero en hablar, rompí el encantamiento. Elsa se dejó caer en su silla, con las cortas piernas abiertas en una postura muy poco delicada. *Karl* saltó a su gordo regazo y de inmediato ella se puso a acariciar el vientre del animal. El gato levantó una de las patas traseras, manteniéndola rígida en el aire, y comenzó a lamérsela. Fue una miserable provocación, destinada a exhibir con orgullo sus partes pudendas en el preciso instante en que yo empezaba a sentirme castrado por ella.

Antes del alba le mostré la salida. Se deslizó afuera como una pequeña sombra huidiza. Lo perseguí con su cesta y lo atrapé en el vestíbulo, bajo los buzones.

Era casi mediodía cuando regresé. Elsa estaba agachada, con la espalda apoyada en la cocina. Su expresión recuperó la confianza nada más ver lo que yo traía, y su sonrisa fue de victoria cuando me tendió las manos. Le entregué la cesta. Sacó al gato, se lo puso sobre el hombro y le cubrió la cara adormilada de besitos. Volvió a mirarme: había visto el vendaje. Sus facciones habían perdido los rasgos infantiles y su cara volvía a reflejar su verdadera edad.

En las semanas siguientes, el gato empezó a engordar y a dejar abandonado al ratón en medio de la habitación, sin el menor olisqueo de atención. Si Elsa lo animaba, moviéndole la cola hecha con un cordón de zapato, él le daba un manotazo casi indiferente antes de parpadear cínicamente. Observaba a los pájaros por la ventana con una pasividad que era un descrédito para su especie. Por la noche miraba las sombras de las paredes sin la menor emoción. Elsa se enfundaba las manos con mis calcetines y los hacía saltar, gruñir y olfatear. Al gato parecían molestarle sus puerilidades. Si ella insistía, se marchaba, arrogante, a dormir la siesta a otra parte. Sus explosiones de besos las recibía con los ojos entrecerrados, toleradas, pero no apreciadas como antes.

Elsa y yo encontrábamos cada vez menos temas comunes, pues, por lo visto, habíamos agotado nuestra reserva de conversaciones. Seguíamos hablando, naturalmente, pero parecía como si todo lo que dijéramos ya lo hubiésemos dicho antes. Oí la historia de su audición para el conservatorio de música de Viena por lo menos un centenar de veces. En la primera ronda, había tocado como si el espíritu de algún gran artista la estuviera poseyendo. En la segunda, estaba tan nerviosa tratando de igualar su interpretación anterior que la mano se le deslizó levemente de la posición correcta, lo cual en un instrumento tan delicado como el violín la redujo a la categoría de principiante. Del mismo modo, supongo que ella debió de oír igual número de veces, o incluso más, la historia de cuando Pimmichen y yo estuvimos al borde de la muerte hasta que ambos compartimos la misma cama.

Nos aburríamos mutuamente. Hasta el gato se aburría con nosotros. Para combatir el tedio, pasaba el tiempo durmiendo. Seguramente, su vida había sido mucho más interesante en la época en que me temía y temía por su futuro. Ahora, si Elsa le daba alguna cosilla de comer por debajo de la mesa y yo levantaba airado el brazo, el animal sólo desviaba la vista para ver si por casualidad yo también tenía algo de comida en la mano. Ya nunca exploraba su territorio, porque conocía de memoria cada recodo y cada esquina del apartamento. Yo sabía cómo se sentía. La rutina, también para mí, había hecho encoger nuestra casa, hasta el punto de que a veces tenía la sensación de estar viviendo en una caja de zapatos. Probablemente, los olores eran lo que reducía el espacio. Desde la cama, el olor de las lentejas se percibía con la misma intensidad que horas atrás en la cocina. Desde la cocina, la crema de afeitar podía olerse como en el baño. Desde cualquier punto de la casa, nos enterábamos al instante de las puntuales funciones fisiológicas del gato, al igual que él debía de enterarse de las nuestras. No había muchas cosas que ninguno de nosotros pudiera hacer sin que los demás se enteraran enseguida.

Elsa y yo no nos importunábamos demasiado con el deseo físico. Para ser sincero, creo que estábamos demasiado próximos en el sentido puramente espacial, el noventa y nueve por ciento del tiempo, para querer estar todavía más cerca. En la cama nos dábamos la espalda y permanecíamos cada uno en nuestro lado. Muy rara vez le tendía yo la mano y, cuando lo hacía, era sólo después de algún inopinado sueño con alguna mujer que no había visto en mi vida. Invariablemente, Elsa parecía escandalizarse, como si yo hubiese sido su propio hermano. Me pegaba en la mano y me la empujaba de vuelta, como un guante de jardinero sucio de tierra.

Por su parte, Elsa podía pasar sin mí durante meses. Quizá sea así como actúan las mujeres. Después me deseaba un día o dos, no más, pero siempre volvían las restricciones. De Pascuas a Ramos, se calentaba los pies apoyándolos en mis piernas, pero tengo la impresión de que habría hecho lo mismo con un peluche. Como ya he dicho, si cometía la tontería de dar el primer paso, podía estar seguro de que Elsa iba a rechazarme. Lo único que podía hacer era esperar y esperar durante todo el tiempo que hiciera falta para que ella viniera a mí, y entonces ponerme a su disposición. Me juraba a mí mismo que la próxima vez que me abordara yo iba a hacerla esperar

a ella. Pero cuando ella tocaba el silbato, yo acudía corriendo como un perrito. Quizá sea así como actuamos los hombres.

Se me olvida mencionar que casi nunca se desnudaba totalmente, y debo decir que, con el paso de los años, tampoco se soltaba del todo el pelo. Si podía apartar una prenda, no veía la necesidad de quitársela. Con mucha frecuencia, ni siquiera quería hacer el amor, sino únicamente «pedirme prestada la pierna», como solía decir, para restregarse en ella o frotarse sus partes en mí hasta que conseguía lo que buscaba. Debo reconocer que siempre me preguntaba antes. Ese pasatiempo suyo me ponía en estado de intensa excitación, pero se suponía que yo no debía hacer nada, o de lo contrario me arriesgaba a recibir una de sus palizas verbales. Mi papel consistía en quedarme quieto, con los brazos a los lados del cuerpo. Lo único que podía esperar de ella, después, era la posibilidad igualmente generosa de usar del mismo modo su pierna.

El goteo del grifo de la cocina era nuestro único indicio del paso del tiempo. Pero una gota podría haber sido cualquier otra gota, del mismo modo que el día de ayer podría haberse cambiado por el de mañana o el de hoy. Entonces, una mañana, se produjo un pequeño cambio. Sin decir palabra, empecé a cortar el pan. Elsa se encogió de hombros y decidió que ella prepararía el café. Lo dejé todo sobre la mesa y me fui primero al baño. Al salir, vi que la cama estaba hecha. Increíblemente, sonreímos. Como esa mañana me ocupé yo del gato, ella se encargó de hacer mi trabajo recogiendo la cocina. Mientras ella estaba en el baño, puse las lentejas en remojo. Yo sabía que ella sabía que yo iba a hacerlo. Cuando salió y vio que lo había hecho, nos sonreímos por segunda vez: dos veces antes del mediodía, todo un récord.

Al ver que pasaba algo nuevo, el gato sintió una natural curiosidad. Saltó a la encimera de la cocina y, cuando bajó la cabeza para olisquear, la mitad de sus bigotes entraron en contacto con la llama del gas y desprendieron un olor pestilente. Elsa acudió enseguida para ver qué pasaba. Cuando le quitó el hollín, vio que los bigotes se le deshacían en la mano como granos de arena, lo cual condujo a otra sorpresa, la mayor hasta el momento: no me culpó a mí.

Durante aquella comida, en lugar de mirar los platos mientras comíamos sin verdadero apetito, hablamos. Le dije a Elsa que no se inquietara, que los bigotes de *Karl* eran algo tan superfluo como los míos para mí. Ella me respondió que me equivocaba, porque los bigotes eran tan vitales para un gato como la pértiga para un funambulista. A mí aquello me pareció graciosísimo, pero ella replicó que nos pasaba lo mismo a los humanos, que no tenemos el equilibrio en los pies, sino en los oídos. Le respondí que, si era cierto lo que decía, para entonces *Karl* ya debería haber estado inclinado hacia un lado o andando en círculos. No sé por qué, pero al poco tiempo estábamos riendo como no lo habíamos hecho en años. Cada vez que mirábamos al gato, que esperaba alguna sobra con largos y ufanos bigotes de un lado y unos pocos pelos achicharrados del otro, estallábamos otra vez en carcajadas, sobre todo cuando nuestra conducta le hacía inclinar la cabeza hacia el lado de los bigotes largos, hasta que, ofendido, se quitaba de nuestra vista. Entonces, Elsa abrió las ventanas y esa vez, en lugar de cerrarlas por miedo a que entrara corriente, las dejé tal como estaban.

Esa misma tarde, durante la siesta, fue como si nos conociésemos por primera vez. Fue maravilloso, porque ella y yo seguíamos siendo los mismos de siempre, pero como llevábamos tanto tiempo alejados, al encontrarnos de nuevo se nos olvidó odiar lo que en su día habíamos amado. Fue un raro don el de valorar la novedad, compartiendo al mismo tiempo la desenvoltura que ofrece la familiaridad. Estreché a Elsa contra mí, y un viento tibio barrió viejas inquinas, insuflando nueva vida en nuestras almas. Oí a un pájaro que trinaba y me quedé dormido, volando hacia cielos de color pastel y dulces melodías.

Al despertar no noté el agua hasta que la pisé, una somera extensión semejante a la sutil lengua de mar que avanza sobre la arena con el oleaje antes de retirarse. Pero esa agua, lejos de retirarse, seguía avanzando espasmódicamente, centímetro a centímetro. Elsa se había metido a presión en un barreño de plástico que yo habitualmente utilizaba para guardar los cinturones, los calcetines y otras cosas por el estilo. Sólo había conseguido introducir la cabeza y el torso, mientras que las piernas y uno de sus brazos sobresalían de la forma más ridícula, con el otro brazo flexionado pellizcándole la nariz. La alcachofa de la ducha se había quedado en algún lugar debajo de su cuerpo y el tubo se había agrietado y proyectaba chorros de agua en toda su longitud. El nivel del agua había subido, ondulándole el pelo, y cada vez se derramaba más por el borde... En nuestro dormitorio ya había alcanzado a dos paredes, y seguía trepando progresivamente.

—Los vecinos vendrán de un momento a otro. ¡Levántate! —le grité mientras la arrancaba del barreño y la empujaba, desnuda y chorreando, hacia el armario—. Métete ahí.

Pero algo había cambiado en ella y estaba completamente serena. Se quedó quieta un buen rato, buscando mis ojos, suplicando un poco de realidad con aquella mirada suya de entendimiento tan difícil de sostener. Creo que fue en ese momento cuando perdí mi oportunidad.

—No hay tiempo para payasadas. Yo intentaré arreglarlo todo. Si oyes voces, ¡ni pío! —le dije, porque no estaba preparado para digerir aquel cambio, menos aún en medio del caos.

Tuve que empujarla para que obedeciera y me vi obligado a apretar las puertas metálicas contra su trasero.

Hecho eso, bajé corriendo la escalera y me encontré a unos cuantos vecinos acusándose unos a otros con rotundidad.

—Le aseguro, amigo mío, que no somos nosotros —dijo un marido a otro en defensa de su esposa—. Viene del piso de Betzler. Tal vez se esté ahogando.

—Hola...

Mi llegada provocó una ráfaga de turbación.

—¿Lo ha secado todo? —me preguntó ásperamente Frau Campen, señalando al techo, donde se formaban gotas gordas como guijarros que luego caían al suelo.

No había terminado la frase cuando ellos ya estaban reuniendo cubos y fregonas, y antes de que pudiera protestar, marcharon escaleras arriba, abrieron la puerta e irrumpieron en mi casa

conmigo detrás. Tenía que ser un sueño. Elsa había colocado una silla en el centro de la habitación del oeste. Su postura erguida y rígida habló en su lugar: tenía todo el derecho a estar allí sentada, completamente desnuda, con el pelo chorreando, los opulentos pechos apoyados sobre el abultado vientre, el abultado vientre descansando sobre el generoso regazo, lo bastante generoso para ocultar la parte más escandalosa, y las manos cruzadas sobre las rodillas cubiertas de hoyuelos como una escolar obediente, aunque los dedos de sus pies, rosados y regordetes, se movían nerviosamente, semejantes a diez cerditos. Había otra contradicción en su pose, porque la cabeza le colgaba como si su cuello se hubiese dado por vencido, o tal vez estaba un poco avergonzada por haber desobedecido.

Yo estaba detrás de mis vecinos, por lo que no pude verles las caras, pero sí pude ver bien la de Elsa, que levantó un momento la vista para recibirlos. Vi a Herr y Frau Campen desviar ostensiblemente la mirada y taparse luego las bocas abiertas. A mí se me secó la mía y pude sentir cada pulsación en el cuello. Sin perder ni un segundo más, todos se pusieron de rodillas y empezaron a secar el suelo con las bayetas y a escurrirlas en cubos, evitando mirar hacia donde estaba Elsa. Al oír la conmoción, se sumaron los Beyer, como si de una fiesta se tratara, hasta que vieron esa escena tan surrealista. La forma en que Elsa miró a Herr Beyer como si lo conociera desde hacía tiempo de esa forma especial en que sólo se conocen un hombre y una mujer, me resultó tristemente reveladora. Creo que también Frau Beyer lo notó, o al menos eso dio a entender la mirada asesina que le dirigió a su esposo. Pese a todo, Herr Beyer, con una galantería casi instantánea y cierto desenfado, se quitó la chaqueta de caza y la arrojó encima de Elsa. La prenda aterrizó asumiendo una forma extraña, como un amante sin cabeza atraído por sus pechos, antes de deslizarse obediente a sus pies.

Las mujeres me dirigían, sin respiro, miradas acusadoras. Los hombres, aunque visiblemente perturbados, reaccionaron con más solidaridad; secaban como si no fuera culpa mía, sino un desastre natural que combatían unidos. Herr Beyer nos aseguraba que la vida seguiría igual, que no iba a morirse nadie y que los del seguro enviarían a sus peritos. Me di cuenta de que nos estaba poniendo nerviosos a todos y deseé que cerrara la boca.

Le ordené con la mirada a Elsa que se cubriera, pero su única reacción fue un desdeñoso parpadeo. Por la forma en que estaba allí sentada, protestando por algo invisible e inexpresado, todo parecía mucho peor que cualquier cosa imaginable. Lógicamente, las mujeres pensaron que era una víctima. Pero hacía tanto tiempo que Elsa no veía a nadie, aparte de mí, que tal vez ya no sabía cómo comportarse.

—Mi esposa no lo ha hecho adrede —dije tartamudeando, con una voz pastosa y forzada que no sonaba como la mía, y me obligué a tragar saliva antes de proseguir—. No siempre es dueña de sus actos.

Frau Campen había dejado de escurrir su bayeta, pero todavía se oían las gotas cayendo sobre la superficie del agua. Se miraron entre sí, intrigados, quizá porque a ellos Elsa les parecía

bastante normal. Quizá porque no se habían tragado que fuera mi esposa. ¡Qué importaba eso! Casados o no, era asunto mío si a mí me apetecía vivir con una loca.

—No puede evitarlo. No es dueña de sus actos —me oí decir de nuevo.

Pensé que ella iba a aceptar la vara que le estaba tendiendo y que la utilizaría para salir de las arenas movedizas, pero en lugar de torcer las facciones, balbucear incoherencias y golpearse la cabeza para confirmar lo que yo acababa de decir, no hizo más que contemplarme con serenidad. Me estaba contradiciendo. No sólo parecía perfectamente consciente de lo que hacía, sino que incluso diría que daba la impresión de ser sumamente inteligente, lúcida y hasta condescendiente conmigo, que gracias a ella estaba quedando como un imbécil. Las emociones me asaltaron por sorpresa. Le eché una última mirada y hundí la cabeza. Delante de todos los presentes, mis últimas defensas se desmoronaron. No lo tenía planeado, pero cuando empecé me di cuenta de que era mi única oportunidad de salir más o menos bien parado.

—No saben lo que es tener una mujer como ella —dije entre sollozos—, verme obligado a esconderla todo el tiempo. Los apuros, la vergüenza que me hace pasar. Por su culpa no tengo libertad, no soy libre de salir, ni de vivir. Tengo que quedarme encerrado, como si hubiera hecho algo malo, como si fuera un criminal condenado a pasar la vida en la cárcel.

Herr Beyer no tardó en acercarse para darme unas palmaditas en la espalda, y los demás se aproximaron y me tendieron bayetas para que me sonara la nariz. Elsa meneó la cabeza, observándome fijamente. Su mirada era fácil de interpretar: yo era un miserable. Luego debió de incorporarse y meterse en el armario porque, cuando volví a mirar, la silla estaba vacía.

26

Tan pronto como se fue el último de los vecinos monté en cólera, y mis celos fueron ennegreciéndose hasta consumirme: cuanto más pensaba en la traición, más monstruosa me parecía. ¿Tendría un código secreto para hacer saber a Beyer que el perro guardián había salido? ¿Una media colgada de la ventana, tres golpecitos con los nudillos en el suelo...? A lo mejor él subía cada vez que yo me iba y tenía relaciones con ella en nuestra cama; posaba su culo sucio allí mismo mientras se quitaba los calcetines. ¿Se habría reído al verme llegar por la calle cargado con la compra o con una cesta de ropa limpia de la lavandería? ¡Qué imbécil había sido! El desvalido que tenía que hacer la vista gorda a todo para poder seguir con ella; y ella, la fuerte figura heroica que sólo estaba conmigo por compasión... ¿Habría inundado el edificio para poder verlo, quizá porque él ya había roto con ella y había vuelto con su mujer? ¿Sería ésa la razón de la protesta silenciosa de Elsa? Por eso Frau Beyer venía siempre a pedirnos algo en cuanto yo me iba... ¡Debía de sospechar de ellos desde el principio!

Elsa no negó que lo conociera, ni a ninguno de los otros vecinos, y cuando la agarré iracundo y la arrojé a la cama, sentí una súbita punzada en el pecho que ella aprovechó para subírseme a horcajadas hasta cortarme el aliento mientras repetía que nadie sabía nada de ella ni de su verdadera identidad, que para ellos no era más que Frau Betzler, así que ¿de qué me preocupaba, entonces? Descabalgó y me desarregló el pelo antes de preguntarme, en un tono juguetón, si no me preocupaba más bien que nuestros queridos vecinos pensaran que era Herr Betzler quien no era totalmente «dueño de sus actos».

¡Ésa fue la gota que colmó el vaso! Cambié la cerradura para que no pudiera abrir desde dentro. Sólo el dueño de la llave conservaría ese privilegio. Ella seguía mirándome con aquella condenada sonrisa suya de discapacitada intelectual, y al final me vi obligado a salir de casa.

En el centro, lo que me rodeaba me parecía familiar pero extraño, como si ya no perteneciera a ese tiempo ni a ese lugar del mundo. Brillantes estructuras metálicas se erguían por encima de las antiguas construcciones de Viena y parecía como si los bancos hubiesen construido sus edificios fundiendo las monedas que habían reunido, y que los más altos pertenecieran a los que habían conseguido reunir más. Por todas partes, coches extravagantes de color pastel recorrían la ciudad y filas de casi una docena de automóviles se paraban en cada semáforo en rojo, bloqueando al menos unos cuarenta metros de las calles. Los humos de los tubos de escape me mareaban, y el ruido de los motores mataba otros sonidos más dulces, como el arrullo de las palomas, el susurro de las hojas otoñales o la silenciosa corriente del Danubio, pues el silencio es un sonido más, al igual que las pausas forman parte de la música.

Unos policías me llevaron de vuelta a mi barrio en su coche patrulla, hablando entre sí de cómo sería el fin del mundo si las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, se lanzaran bombas atómicas la una a la otra. Con un solo misil, un hongo gigantesco crecería en el cielo y nos convertiría en restos humeantes, a pocos pasos de nuestras últimas sombras, que la sobrecogedora luz dejaría impresas en las paredes. Era una idea aterradora, ¡quería irme a casa! ¡A casa! ¡A mi casa!

Al ver que reconocía el taller del zapatero remendón de la esquina, me dejaron salir del coche y me aconsejaron que fuera a casa a descansar. Los aspectos del barrio que antes me disgustaban ahora me resultaban reconfortantes: las cáscaras de nuez por el suelo; las tuberías a la vista, como si a los edificios se les salieran las venas, y el olor a cocina que exhalaban las ventanas, como una tibia respiración familiar.

Eso fue antes de ver a la multitud congregada en círculo delante de nuestro portal, niños y adultos, todos mirando al suelo con expresión sombría. Ni siquiera me preocupé de mirar si Beyer estaba entre ellos. De inmediato busqué el hongo y enseguida lo vi: la claraboya de nuestro apartamento estaba abierta al máximo. Un crío lloraba y su madre le decía que todos tenemos que morir algún día. Fue entonces cuando recordé que yo había cerrado la puerta con llave. ¡La había cerrado! Era culpa mía. Ella lo había hecho, Dios mío, se había vengado de mí de la peor manera posible, la peor imaginable.

—¡Elsa! —grité, y me abrí paso hasta el centro del círculo.

Pero no se trataba de ella, sino del gato.

27

Elsa pasó más o menos un mes tumbada boca arriba mirando al cielo, un día sí y otro también. Miraba cómo las primeras luces disolvían el negro en gris, y luego, progresivamente, el gris en azul pálido. A continuación esperaba los manchones rosados, rojos y anaranjados, y absorbía después los azules, las huidizas pinceladas de blanco y gris. El final del día se llevaba la vívida paleta y dejaba un descolorido bosquejo de su propia cara que apenas se reflejaba en el cristal.

Me explicó lo que pasaba por su mente cuando se lo pregunté, pero descubrí que, pese a lo mucho que había meditado lo que decía, sus ideas simplemente carecían de sentido.

—¿Ves, Johannes? Mientras yo contemplo el cielo a través de esta ventana, alguien más, en la casa de al lado, también lo hace, pero tendrá una vista única de lo que hay dentro de su propio marco. Este trozo de cielo es mi vida, mi pequeña parte de cielo, la que se me ha dado a mí. Es como si Dios pintara para mí personalmente. ¿Lo entiendes?

No, no lo entendía.

A través de la parte baja de la ventana se divisaban las copas de los árboles, integradas también en su visión de la vida. Las miraba germinar, reverdecer y adquirir diferentes tonos de verde, hasta que el pincel del Creador las volvía rojas, anaranjadas y amarillas, tras lo cual las hojas caían. Veía una relación entre los árboles y el cielo, ambos vívidamente coloreados antes de morir, y tuvo una repentina intuición de los sutiles misterios de la vida y la muerte. Dios no se llevaba la vida, no, simplemente reabsorbía sus colores.

Me sacaba de quicio. Fuera, oía pasar un coche o una motocicleta cada dos minutos; en el piso de abajo, los Campen discutían por la longitud de las faldas de sus hijas, o más bien por su brevedad, que dejaban indecentemente al descubierto sus rodillas cuando se sentaban. Pero Elsa no vivía en el mundo moderno. Para ella, los cielos cedían el paso a los cielos y los pensamientos a los pensamientos. Y, según decía, no permanecía inmóvil, sino que se movía tan rápido como giraba el mundo, describiendo gigantescos saltos mortales en el espacio, pero la gente corriente como yo nunca notaba el gran viaje que estaba haciendo.

Yo, personalmente, no tenía tiempo para tonterías. El papeleo, las preocupaciones y las labores domésticas me ocupaban todo el día. Hacía poco había recibido una nota en el buzón que me informaba de la siguiente reunión de propietarios, pero la sola idea de sentarme con ellos a la mesa de la cocina se me hacía tan desagradable que decidí no asistir. Unos días después, recibí una carta que fue un golpe mayúsculo e inesperado. Los vecinos habían decidido eliminar la pátina oscura de nuestra fachada producida por el humo de los escapes de los coches, lo cual era completamente inútil, ya que los edificios vecinos que lo habían intentado volvían a estar negros

al cabo de pocos de años. Sospechaba que era una conjura para librarse de mí, inventándose algo mucho más caro de lo que yo podía pagar.

Ya no pude dormir más al lado de Elsa. Su respiración suave y rítmica era como un instrumento de tortura, capaz de prolongar dolorosamente cada noche, multiplicando varias veces su duración natural. Aquellas noches, toda mi vida desfilaba por mi mente en fragmentos, como las mil piezas de un rompecabezas. Recuerdos sin la menor relación entre sí se presentaban en mis pensamientos, cada uno ligado sólo parcial o irracionalmente con el siguiente. Me pesaban los años transcurridos desde la muerte de mis familiares. A veces, justo antes de quedarme dormido, se presentaba con brusquedad en mi mente la imagen de alguna niña que había conocido en la escuela y había olvidado hacía tiempo. Me despertaba entonces con el corazón desbocado, preguntándome qué habría sido de ella. Podía pasar horas haciendo planes para recuperar el contacto. Me parecía tan urgente que no podría haber vivido un día más sin tener noticias suyas. Con la llegada del día, la niña estaba olvidada y el drama mental que había experimentado parecía una enorme estupidez. No había racionalidad en mis insomnios.

Daba vueltas en la cama, echando de menos nuestra vieja casa, como si hubiese sido una parte de mí que me hubieran amputado brutalmente. Imaginaba medios infalibles para descubrir a quienquiera que estuviera en posesión del violín de Ute y para reabrir la fábrica de mi padre con subsidios y disculpas del gobierno.

Al final, conseguí un trabajo en una fábrica de pastelitos, en parte para ganar un salario y en parte para apartarme un poco de Elsa. Una fábrica de pastelitos puede parecer bastante extravagante. Había máquinas que mezclaban la masa y la dejaban caer en los moldes, que más tarde recibían un chorro de la sustancia que se hundía para convertirse en el relleno, antes de avanzar hacia los grandes hornos. Cinco metros después de salir, unos colosales ventiladores enfriaban los pastelitos y luego se recubrían con una capa de azúcar de color rosa. En mi opinión, dar el nombre de *Punschkrapfen* a esos productos mecánicos era un insulto a nuestros tradicionales pastelitos vieneses. Cada *Punschkrapfen* era exactamente igual que el anterior y que el siguiente, ni más grande ni más pequeño, y no se parecían en nada a los salidos de las manos amorosas de un pastelero.

Los operarios vigilábamos las máquinas porque a veces la cadena se atascaba o caía un alud de glaseado. Mi función consistía en verificar que hubiera seis pastelitos intactos en cada recipiente de plástico antes de cerrar la tapa, y que a ninguno le faltara el forro de papel que muy pronto se le quedaría pegado. El operario que venía después de mí tenía que asegurar la tapa con cinta adhesiva, y el siguiente le pegaba la bonita etiqueta.

Era un infierno. Sentía que trabajaba mucho para seguir siendo pobre. Si no hubiese sido porque había hipotecado el piso para pagar las deudas, lo habría dejado todo diez veces durante el primer mes. Me sorprendí envidiando a Elsa, que nunca había conocido esas fatigas, ni a esa gente tan siniestra. Ninguna de las tres personas que se sentaban junto a mí me devolvió jamás el saludo. Pensé que tal vez no me oían a causa del ruido de la maquinaria, así que una mañana

intenté estrecharles la mano. Mi mano quedó suspendida en el aire, recibiendo sólo de una de ellas el contacto más blando que he experimentado en mi vida. Tuvo que ser realmente flojo el apretón, considerando el tacto pegajoso de los pocos dedos que utilizó.

Descubrí que, pasando el tiempo suficiente lejos de Elsa para echarla de menos, volver a casa con ella era una alegría. Mi única alegría. Yo le daba libros, de los aburridos que a ella le gustaban, llenos de notas a pie de página, pero desde que *Karl* se había caído del tejado ya no leía, pues la contemplación le proporcionaba idénticas verdades sin cansarse la vista. Su apatía crónica me impulsó a llevar a casa periódicos antiguos de la sala de operarios y a dejarlos a la vista con la esperanza de que actuaran por mí y la realidad la sacara de la depresión. Todavía recuerdo la sensación de nerviosismo en las extremidades durante toda la jornada en la fábrica y la zozobra en el corazón cada vez que pensaba en ellos. Lo primero que hacía al volver era mirar si seguían donde los había dejado. Allí estaban. Ella no quería que actuaran por mí.

—¿Cuántos años tengo? —me preguntó de pronto un día, mirando su reflejo en la ventana.

—Cien —le contesté, pues prefería eludir la pregunta con un poco de humor.

—¿Dónde vivo?

Le di nuestra dirección. Tuve que repetírsela y deletrearle dos veces el nombre de la calle.

—¿Por qué vivo aquí?

Necesitaba oír la historia otra vez, la misma historia que cada vez se volvía más difícil de contar.

Como debería haber hecho antes, abrí un periódico al azar, de los que teníamos apilados, y después de hacer muecas a los titulares, adopté una voz burlona:

—«El metafórico telón de acero convertido en línea divisoria real. Una valla metálica rematada de alambre de espino continúa dividiendo en dos una gran ciudad alemana. En algunos lugares, la valla se colocó por la noche delante de los edificios, de tal manera que, cuando sus habitantes se asomaron por la mañana para ver si hacía sol o estaba lloviendo, una absurda estructura metálica que los enjaulaba había reemplazado a sus vistas del cielo. Sucedió más de una vez que un padre y un hijo quedaron a un lado preguntando qué había para desayunar, mientras que la madre y la hija quedaban del otro, friéndoles unos huevos».

Con un gesto de la mano, Elsa me mandó que me callara.

—Bien, bien. Pasemos a otro titular. Veamos. «Wernher von Braun: Del V-2 al sueño de los cohetes espaciales.» —Me esforcé más en la actuación, leyendo el texto literalmente, aunque saltándome algunas líneas y ciertos pasajes—: «Cuando se cercaba el ejército soviético en la primavera de 1945, Wernher von Braun y su equipo de científicos huyeron para rendirse a los norteamericanos. El hermano de Braun, también ingeniero espacial, le gritó a un soldado raso estadounidense: “¡Hola! ¡Soy Magnus von Braun! ¡Mi hermano inventó el V-2!”. El 20 de junio de 1945, la Secretaría de Estado aprobó el traslado a Estados Unidos de Braun y sus especialistas como parte de la Operación Paperclip, que dio lugar a la contratación de científicos alemanes antes considerados criminales de guerra o amenazas para la seguridad del país».

Me puse de pie e imité sus pasos en el espacio.

—Ya sabes que ahí arriba no hay gravedad. —Rio y me tiró una almohada para que parara—. ¿Nos imaginas a ti y a mí bailando? Por una vez, no te pisaría los pies —dije mientras utilizaba su edredón para que la interpretación resultara más afeminada, lo cual hizo redoblar sus carcajadas—. Y si crees que tus condiciones de vida son malas, escucha esto... Hay que fijar con clavos todos los objetos, hasta el jabón. Las gotas de la ducha suben en lugar de bajar, por lo que tienes que situarte encima y estar lista para atraparlas. Si pierdes pelo cada vez que te peinas, ¡cuidado!, porque puedes encontrar un nido bajo el techo, ¡que sería como la parte inferior de una sombrilla!

Para entonces, Elsa ya se agarraba el costado, muerta de risa. Eso me animó a continuar y, tras señalar otro titular, fingí leer:

—Hombre esconde a mujer. Había una vez un hombre austríaco que quería tanto a una mujer austríaca que la escondió del mundo, o al mundo de ella, poniendo así en peligro su propia existencia. —Elsa hizo ademán de arrojarme una segunda almohada, con un brillo amenazador en los ojos detrás del gesto jovial—. Pero no de la forma que ella creía. En realidad, Austria había estado en poder de los vencedores durante... cuatro años. La ciudad dividida en dos era Berlín.

No me atrevía a respirar. Mi corazón interpretaba su familiar danza en tres tiempos, más y más velozmente, una y otra vez. Arqueé las cejas, torcí la boca a un lado y señalé el periódico, añadiendo con la expresión más cómica que pude:

—Es lo que dice aquí.

Pero mi voz no sonó graciosa, sino extenuada, nasal, como la de un payaso que intenta hacer gracia pero sabe que no va a conseguirlo y sabe que el público sabe que él lo sabe.

Con el brazo aún levantado, Elsa dejó caer la almohada y, tras su risa hasta entonces nerviosa, detecté una pizca de amargo alivio o quizá una decepción ya irredimible. Me miró un buen rato con un semblante a la vez pesaroso y profundamente preocupado, como preguntándose qué sería ahora de ella, o más bien de mí en esa ocasión.

28

El día siguiente era lunes y los pastelitos de color rosa castañeteaban sobre la cinta sin fin, acercándose y alejándose de mí, mientras su dulce perfume sintético me golpeaba en la cara cada diez segundos. Estaba demasiado habituado a ver diariamente miles de pastelitos rosas, todos idénticos entre sí, para discernir uno del siguiente sin hacer un gran esfuerzo de concentración. Lo mismo me pasaba con mis pensamientos, de los que a veces se me escurrían remesas enteras sin que yo les echara un vistazo siquiera, con sólo ponerme a pensar. Aquel lunes pensé mucho. Los pastelitos eran hipnóticas manchas rosadas borrosas, seguidas de clump, bump, tump, y más manchas rosadas. Entonces sucedió. Simplemente, había tomado mi decisión. Sin mediar palabra, colgué la bata y la gorra blanca del gancho. No había tenido gestos de saludo, ni tampoco los tendría de despedida.

Estaba alborozado. Después de tantas soluciones falsas había encontrado la auténtica. Me llevaría a Elsa a miles de kilómetros, a una isla exótica. Vendería el piso y me llevaría el dinero, que en un país subdesarrollado valdría diez veces más. ¡Qué vida nos íbamos a dar! Ya nunca más tendría que trabajar. El sol brillaría sobre nosotros, el mar reverberaría a nuestro alrededor y las palmeras mecerían sus frescas frondas desmelenadas sobre nuestras cabezas. Elsa saltaría de alegría cuando se lo dijera, y también cuando hundiera los pies en arena de verdad, tibia y profunda. Nuestra nueva vida nos rejuvenecería. Quedaban muchos sitios así en el mundo. Así que ¿a qué estaba esperando? No tenía familia que me retuviera, ni raíces que me ataran al suelo de la patria. ¿Por qué esa posibilidad no se me habría ocurrido antes?

Hojeé los catálogos de una agencia de viajes y vi que, en todo caso, había demasiado donde elegir, el mundo era muy grande. Estaban las islas de la Polinesia, con nombres que por sí solos hacían soñar, Rurutu, Apataki, Takapoto, Makemo, y también las Antillas, con Barbados, Granada... Había tonos turquesa que parecían restarle importancia al límite donde terminaba el mar y comenzaba el cielo, lo mismo que a la frontera entre pasado y futuro, pues ambos parecerían de pronto hechos de cartón.

Pero las imágenes idílicas sólo amortiguaban la realidad, pues descubrí que cada isla o conjunto de islas era un país independiente. ¿Cuál nos permitiría inmigrar? ¿En cuál valdrían más mis recursos? El agente de viajes me indicó horarios de vuelos, tarifas, e intentó venderme unos billetes, pero no pudo responder a mis numerosas preguntas. Aun así, copió para mí una lista de embajadas y consulados.

Mis sueños se resintieron con las primeras palabras de un funcionario del consulado de la República Dominicana, que me dijo que, para viajar a su país, necesitaba dos pasaportes

vigentes, el mío y el de mi acompañante. Me dijeron lo mismo en los otros consulados. El pasaporte de Elsa, si es que podía encontrarlo, era demasiado viejo y habría caducado hacía tiempo. No era más que una niña en la foto. Además, el pasaporte tenía una estrella amarilla. ¿Llamaría eso la atención si iba a renovarlo?

El aire fresco en la cara me hizo bien mientras regresaba andando a casa, y se me ocurrieron ideas adicionales. En vez de hacerle un pasaporte nuevo, podía cambiar la foto de Elsa y rectificar las fechas con tinta negra. Si con eso lográbamos salir del país, ¿sabría alguien en la isla de Takapoto lo que significaba la estrella? Lo dudaba. Puede que lo tomaran incluso por un símbolo de algún privilegio diplomático.

Pero ¿y si controlaban nuestros pasaportes aquí, en el aeropuerto de Schwechat, antes de partir? Tenía que llegar a casa para pensar con más claridad. En el peor de los casos, podía esconderla en una maleta, aunque esta vez nos íbamos lejos y podía asfixiarse. Mientras subía la escalera iba sopesando otro tipo de riesgos. Al llegar arriba, me quedé perplejo cuando la llave encontró un hueco. La madera parecía roída y lo primero que pensé fue que habían entrado a robar y que ahora los ladrones sabrían de la existencia de Elsa. Antes de comprender que, en 1949, a menos de seis meses de alcanzar la mitad del siglo, a nadie le habría extrañado lo más mínimo encontrar a una mujer en un piso, me di cuenta de que Elsa se había marchado.

En ese momento supe que me meterían entre rejas y me condenarían a vivir sin ella. ¿Volvería con la policía? Era lo peor que cabía imaginar, que se me llevaran sin que pudiera tener una última conversación sincera con ella. Me dije que no era justo. ¡Ella era tan culpable como yo! No tenía pruebas, ¡pero yo sabía que ella lo sabía! Cada vez que había intentado decírselo se había abalanzado sobre mí, para disuadirme o suprimir físicamente las palabras de mi boca, y al hacerlo ¡había concentrado toda la culpa en mí! Había estado en la calle, claro que lo sabía... Maldije mis errores de juventud y mi cobardía, hasta desear que la policía se apresurara a venir para detenerme, porque estar en nuestra casa sin ella no tenía sentido.

Entonces, una voluntad feroz de sobrevivir se apoderó de mí. Tenía la oportunidad de huir antes de que vinieran. A lo mejor haciendo autostop podía llegar a Italia al cabo de un día y coger el primer barco a Sudamérica, Tombuctú o cualquier otro sitio, me daba igual. Cualquier cosa sería mejor que lo que me esperaba. Tan rápido como pude, metí mis pertenencias en una bolsa y bajé dos pisos, pero volví a subir corriendo, con la idea de garabatear una nota para que la policía se la diera. Mientras buscaba las palabras adecuadas, se me ocurrió una idea inquietante. ¿Y si ella volvía? ¿Y si me necesitaba? No tenía a nadie más que la cuidara. ¿Creería alguien su historia?

Si me atrapaban por culpa de esa improbable esperanza, iba a sentirme como un imbécil. Pero por muy pequeña que fuese la probabilidad de que tal vez, sólo tal vez, ella regresara, si finalmente lo hacía y yo no estaba allí para recibirla, por haber huido a otro continente, iba a lamentarlo toda la vida y ese remordimiento me atormentaría hasta volverme loco. Así que abrí la bolsa y, tras demorarme un poco, volví a dejar mis cosas en su sitio.

La luz del día se esfumaba y yo no me decidía a encender una lámpara. Me tumbé bajo la claraboya y me puse a contemplar el cielo pálido, moribundo. ¿Qué grandes verdades habría visto ella? La imaginé caminando libremente, balanceando las manos, con las nalgas alternándose hasta la altura de las caderas, sabiendo que no arriesgaba nada en absoluto y riendo del susto que iba a darme. La vi con el torso inclinado hacia delante en aquella postura resuelta tan suya, fruncido el entrecejo, atravesando el parque y parando a los jóvenes para interrogarlos con ojos febriles. ¿Seguía vivo Adolf Hitler? Se apartarían de ella creyendo que estaba loca, y ella tomaría el temor a la locura por miedo al régimen totalitario. Esos jóvenes eran mi única oportunidad. Pero también visualicé al agente de policía a quien ella confiaría sus problemas. Después, la aterradora hipótesis echó sus retorcidas y nudosas ramas en mi imaginación. Vi al primer hombre con que se cruzaba ella por el camino. Al encontrarla de su agrado, le confirmaba todo lo que yo le había dicho, todo lo que ella quería oír y le aseguraba que era perfectamente cierto. Entonces se la llevaba a su casa y se la quedaba para él.

Llegó la mañana y maduró en mediodía, y aun así ella no había regresado. Lo más increíble fue que tampoco vino la policía. Por primera vez se me ocurrió que quizá no se había ido por voluntad propia, sino que alguien la había instado a hacerlo... Beyer, por supuesto, ese hijo de mala madre, o quizá todos los vecinos de la finca juntos. Sabiendo que yo no estaba en casa, habían desmontado la cerradura. Tal vez ella había golpeado la puerta pidiendo ayuda. Fui piso por piso plantando cara a nuestros vecinos, incluido Beyer, pero él, como los demás, me pareció sincero cuando declaró que ignoraba adónde podía haber ido Elsa, aunque noté que, en el fondo, su esposa y los Campen se alegraban de que hubiera decidido dejarme.

Como no me quedaba nada en los bolsillos ni en la cuenta bancaria, ni siquiera para comprarme la botella de cerveza que tanto hubiese necesitado, me presenté a varios empleos, pero las solicitudes me hundieron aún más. El papel, los sobres, las copias en papel carbón, las fotografías y el franqueo cuestan dinero. Bajé a la calle y propuse a dos hombres de negocios lavarles el coche a cambio de una moneda. Aceptaron mi oferta y les lavé el coche por una moneda. No podía quejarme, un trato era un trato. Las señoras mayores eran menos proclives a aceptar mis servicios, ni siquiera por una moneda, aunque no dejaba de pensar que cargarles la bolsa de la compra o llevar a pasear a sus perros podría haber sido mutuamente beneficioso. El rechazo de las abuelas, aferrando el asa de sus bolsos hasta que los nudillos se les ponían blancos, era más humillante que el de los dos hombres de negocios que se asociaron para darme una sola moneda.

Sólo me quedaba una solución, fruto del pánico y la venganza mezquina, y no era otra que vender una de las dos habitaciones del apartamento. Tuve que reflexionar detenidamente antes de decidir a cuál de las dos prefería renunciar, la suya o la mía. La suya tenía el baño; la mía, la cocina americana, lo cual significaba que a partir de entonces iba a verme obligado a lavarme en

mi cocina o a cocinar en su baño, y si bien ambos supuestos me parecían poco prácticos, consideré el segundo menos degradante. No tenía dinero para contratar a un albañil, ni la confianza de un banco que me prestara esa última suma de vital importancia, así que, con los ladrillos y el cemento que conseguí en un abrir y cerrar de ojos gracias a la «tarjeta de crédito» que me concedió una compañía privada estadounidense (una práctica foránea considerada poco respetable por la conservadora mentalidad austríaca), construí la pared para separar los dos ambientes. Tardé cuatro días en levantar un muro recto y de aspecto sólido.

Una mujer joven compró el apartamento de una habitación, pero antes de firmar me impuso una condición de último minuto: tenía que levantar otra pared y derribar parte de la primera para delimitar un pasillo que comunicara el baño con el rellano, bloqueando así el acceso desde mi propia habitación y convirtiéndolo en un aseo común para las dos viviendas. Estaba obligado a aceptar y ella lo sabía. Ahora tenía que salir de lo que quedaba de mi única habitación para usar mi propio cuarto de baño. A menudo me quedaba acostado, aguantándome las ganas de orinar, por carecer de la fuerza de voluntad para levantarme.

Además, pronto empecé a sospechar que yo mismo era objeto de exhibición dentro de aquel cubo. Sin que nadie estuviera al corriente de mi existencia, era conocido en algún nivel universal como un espécimen de hombre moderno, como una curiosidad humana. Ya no pude hacer nada sin sentirme observado. El cubo encogió y yo quedé reducido a una persona minúscula. Tenía el rincón donde dormía, el rincón donde comía y el rincón donde me aseaba, con el pequeño lavabo blanco del que bebía y en el cual me lavaba. El cubo se convirtió en una jaula, y alguien inmenso me miraba. Sentía la presencia de un gran ojo incansable, que me espiaba por mi única ventana en el techo, día y noche. ¿Era ésa mi idea de Dios?

Perdí toda sensación de hogar y, antes de que me diera cuenta, estaba en la jaula de Elsa. Sí, Elsa me había acogido a mí, estaba en su territorio, ya no conservaba nada mío. Sus paredes eran demasiado blancas y tenía que marcharme, así que me metí en el armario hasta que empezaron a golpearme en la cara cada vez que me giraba. Ella me había tenido atrapado todos esos años, ¡era ella quien me había aprisionado y torturado, quien me había encerrado en el equivalente de su antiguo agujero! ¡Se había concedido el placer de contemplar la verdad fermentando en mi interior hasta que mi alma supuró! Nada de mandarme al infierno, ni de darme un puñetazo en la cara, simplemente desapareció. Me dejó en el temor de todos los «qué pasaría» y en la esperanza de todos los «quizá», hasta condenarme a este agujero de podredumbre y decadencia.

Me había pedido la verdad y yo se la había dado. ¡No! ¡La verdad misma era un concepto mentiroso! Un hombre que sueña que está cazando no está seguro y a salvo en su cama. ¡El hombre está allí donde esté su espíritu! Si vive su vida diaria con una mujer, pero tiene a otra enclaustrada constantemente en su corazón, ¡ésa será la única a quien haya amado! ¡La única con quien realmente haya compartido su vida! El don más secreto y poderoso que le ha sido dado al hombre no es la vida, sino la capacidad de podarla en su mente, emparrarla en su corazón y cultivar todas las ramas y los vástagos que debieron haber existido y cobraron vida gracias a los

tijeretazos de su voluntad y los cortes de su alma. Allí es donde se oculta el árbol de la vida, injertado en todos y cada uno de los hombres.

¡Ya era hora de que me recompusiera; de que me afeitara, me aseara y recogiera toda esa ropa sucia y esos platos pringosos! ¿Por qué no iba a mirar la correspondencia? Quizá las respuestas estuvieran ahí si conseguía despertar. ¿Era la situación tan desesperada como yo la veía? ¿Por qué me limitaba a esperar, como un nudo en un tronco, a que ella diera el primer paso? ¡Ya era hora de actuar como un hombre! ¡Claro que sí! La recuperaría aunque tuviera que registrar todas y cada una de las casas de Viena para encontrarla, y la convencería para que me diera una segunda oportunidad... La arrancaría de allí. ¡Me la llevaría conmigo, por la fuerza de mis sentimientos! ¡La sinceridad de mi determinación! ¡Mi cambio radical! ¿Y si lo ponía por escrito? Así ella podría leerlo y juzgar por sí misma. Un esfuerzo semejante sería buena prueba de mi amor. Podía esparcirlo por Viena si era necesario. Alguien se toparía con ella, alguien sabría de quién hablaba.

Al confinar en palabras la realidad, los sentimientos y los recuerdos, al menos podría capturarla y albergarla para siempre en blanco y negro. Y quizá descubrirla, o mejor dicho destaparla, me vendría bien. Hace falta una buena lucha para desenterrar la menor gota de felicidad en esta vida, ¿no es cierto? Incluso los árboles tienen que forzar sus raíces a través de la roca. Cavan profundamente para sacar una simple gota. Se pliegan a los vientos de la realidad. Hunden tres cuartas partes de su estructura en la vieja y sucia verdad, pues no existe la tierra limpia.

Ya había desperdiciado suficiente tiempo. Tenía que comprar folios y una máquina de escribir, y toda una verdad por transcribir. Costara lo que costase. ¿Qué más podía perder? ¿La última habitación? Sin techo ni familia, me sería más fácil encontrarla, deambulando por las calles. No, podía recuperarla si libraba la batalla hasta el final. Por Dios, juro que podía ofrecerle una relación más profunda, una vida mejor, un nuevo hogar bajo un sol punzante y cítrico. Podía comprar para los dos una caravana rosa para ir de isla en isla durante el resto de nuestros días. Como tortugas, ¿acaso no lo había dicho ella una vez? Con la casa a cuestas.

Lo he escrito todo y lo he releído sólo por verificarlo. A veces parece que las palabras toman rumbo propio y me hacen decir más de lo que, por decoro, debería haber dicho, pero quizá sea ése un concepto anticuado. También he omitido escenas que se alejan del espíritu al que he procurado ajustarme. Me he limitado a escribir y esto es lo que ha salido y ha cobrado vida, tan imperfecta y mutilada como nuestros recuerdos. Aun así, creo que la autenticidad de mi amor puede leerse entre líneas, líneas que son como los tristes barrotes de la jaula de un primate en un zoológico. Aunque la falta de sueño me tiene agotado, jamás he estado más despierto. Abro, pues, el puño. Ojalá mis plegarias, siempre las mismas, levanten el vuelo con el irreductible coraje de un ejército otoñal de semillas.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias afectuosamente a Axel de Maupeou d'Ableiges, Florence Faribault y Carole Lechartier por su colaboración en la labor de investigación en el museo de la paz del Memorial de Caen, Francia; al fallecido Simon Wiesenthal y al Instituto Vienés Wiesenthal para los Estudios sobre el Holocausto, de Viena; a Paul Schneider, de la Fundación por la Memoria de la Deportación; a Georg Spitaler y Ursula Schwarz, del DÖW (Archivos de Documentación de la Resistencia Austríaca); a Eva Blimlinger, de la Comisión Histórica de Viena; a Jutta Perisson, del Foro Cultural Austríaco de París; al doctor James L. Kugel, de la Facultad de Teología de la Escuela de Teología de Harvard; a Vera Sturman y Elisabeth Gort, del Raiffeisen Zentralbank Österreich (RZB de Austria), y también a Anneliese Michaelsen, Amélie d'Aboville, el doctor Antonio Buti, Monique Findley, la doctora France Grenaudier-Klijn, el difunto doctor Morris Weinberg, Andreas Preleuthner y su padre, el ya fallecido Johannes Preleuthner. Agradezco inmensamente a Harriet Allan su visión crítica; a Rachel Scott y Claire Gummer sus propuestas de edición; a Claudia Conde, Josefina Caball Guerrero, Maurizia Balmelli y Bernard Turle las sutilezas de sus traducciones, y a Marco Vicentini, Christiane Besse y Philippe Rey la excelente labor de revisión que han hecho, y a estos dos últimos en especial la presente versión reducida de la novela. Por su fe en esta larga aventura desde el primer borrador hasta la fecha, quisiera dar mis gracias más sinceras a Laura Susijn y Berta Noy.

Notas

1 . «¿Promete ser amable con él?» *(N. de la T.)*

2 . «Sí, claro, claro.» *(N. de la T.)*

1 . «¡No son criminales! ¡Te prohíbo que trates a mis invitados así en mi casa!» *(N. de la T.)*

El cielo enjaulado
Christine Leunens

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Caging Skies*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Magdalena Russocka / Trevillion Images

© Christine Leunens, 2019

© de la traducción, Claudia Conde, 2012
© por la revisión, Pilar de la Peña Minguell, 2019

© Espasa Libros, S. L. U., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5785-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!